



W. R. BURNETT
VANITY ROW

Lectulandia

En *Vanity Row* hay tres clubs nocturnos y muchas cosas más. Es un mundo cerrado y deslumbrante. Un mundo donde vale el prestigio, el dinero, la notoriedad. Un mundo sólo abierto a los triunfadores, a los veteranos de los tiempos de la Ley Seca, ahora convertidos en ciudadanos ejemplares con amplias y misteriosas protecciones. Un mundo que no necesita publicidad; ni la quiere, ni la busca. Pero, un día, uno de los habituales más famosos cae asesinado a balazos en un ajuste de cuentas. Y entonces se descubre la angustiosa dimensión de un increíble tinglado.

Lectulandia

W. R. Burnett

Vanity Row

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

Título original: *Vanity Row*
W. R. Burnett, 1952
Traducción: Luis Solana Costa
Diseño de cubierta: Vicente Ballester

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Todos los periódicos dijeron que había grandes tormentas en la totalidad del Midwest, desde los Grandes Lagos, al Norte, hasta el río Ohio, al Sur, y desde los límites de Pensilvania, al Este, hasta las llanuras de Kansas, en el Oeste; pero, hasta el momento, no se había desencadenado ninguna tempestad sobre la gran ciudad, que se alzaba junto al ancho río de aguas lentas. Existía, sin embargo, una atmósfera tormentosa, un ambiente de ahogo e inquietud y la noche era pesada y negra, reflejando el empañado brillo rojizo de las luces de la ciudad, mientras una llovizna fina, poco más que una húmeda neblina, iba cayendo entre las fachadas, empapadas y relucientes por el agua, de los grandes edificios de los barrios centrales.

El reloj del Centro Cívico dio una campanada —las once y media— y el sonido vibró en el aire, húmedo y pesado; el enorme minuterero, en la gran esfera iluminada, emprendió su lenta ascensión hacia la medianoche. Era un lunes. La ciudad estaba casi desierta, y el río deslizaba su corriente, negra y silenciosa, hacia el Sur, bajo los puentes colosales, de múltiples arcos, vacíos de tráfico.

Rosey, el joven vendedor italiano de periódicos, cubierto con un impermeable negro, maldecía al mal tiempo y estaba dudando si irse a su casa y mandarlo todo al diablo; pero tenía sus clientes fijos y no podía desatenderlos: gentes que, todas las noches, salían de los establecimientos de las bocacalles, no muy seguros a veces sobre sus pies, para comprarle la última edición con el resultado de las carreras o de los partidos de *base-ball*. No faltaban, entre ellos, los jugadores que daban poco valor al dinero y se mostraban generosos en la cuestión del cambio, acostumbrando a dejárselo con un liberal: «quédatelo para ti». Rosey disponía de un buen rincón, bien protegido. Algo más abajo, en la misma calle, lucía la luz verde de la Comisaría de Policía del Centro. Allí, todos los agentes y guardias conocían a Rosey y lo apreciaban. El muchacho era fuerte y vigoroso y estaba siempre dispuesto a pelearse por un quítame allá esas pajas. Tenía 14 años y era bajo para su edad, pero duro y nervioso. A algunos de los policías les gustaba pincharle un poco para ver cómo se enardecía. Él se hubiera peleado con cualquiera de ellos, si fuera preciso...

Rosey encendió un «mataquintos» que alguien le había dado y, bajo el gran pórtico del Banco Agrícola y Ganadero, se dedicó a expeler lentas bocanadas de humo y a contemplar melancólicamente la solitaria calle cubierta por la niebla. Había apilado sus periódicos para protegerlos de la lluvia, y al cabo de un momento se sentó encima de uno de los paquetes para esperar a la clientela. Los lunes por la noche eran, generalmente, desastrosos en el Centro... y con ese cochino tiempo...

Un enorme camión que arrastraba un remolque casi del mismo volumen, se detuvo frente al muchacho obedeciendo la señal luminosa de parada y petardeando ruidosamente. El chófer se asomó por la ventanilla de la cabina y llamó a Rosey. Estaba a tanta altura como el maquinista de una locomotora. Rosey cogió un puñado de periódicos, corrió hacia el camión y se quedó a su lado, mirando hacia arriba con

una especie de espantado asombro... ¡Rediez! ¡Qué debía ser el conducir un monstruo como aquél, toda la noche...!

—Dame el *Racing Farm*, muchacho —gritó el chófer de facciones curtidas—. Y el *World*. ¿Han ganado los *Yanks*?

Rosey, empinándose, le entregó los periódicos y el chófer le tiró una moneda.

—Sí —dijo el muchacho—. Dimag se llevó la palma.

—¡Maldita sea! —exclamó el chófer—. ¡Esos *Yanks*...! Había hecho una apuesta fuerte a favor del Cleveland. Y con buenas probabilidades, además. ¿Por qué no habrán reventado esos *Yanks*?

—¿Qué lleva usted en el camión? —le preguntó el chico.

—Comestibles. Toneladas de comestibles. ¿Por qué?

—¿Y va usted a conducir toda la noche?

—Sí. A Toledo. Carretera 81. Y va a hacer una mala noche.

La luz de tráfico cambió con un chasquido metálico desafinado.

—Ve a que te examinen la cabeza, chaval —gritó el chófer mientras arrancaba entre las sobrecogedoras detonaciones del motor.

La niebla estaba ya convirtiéndose en una verdadera lluvia, una lluvia suave que caía verticalmente sin hacer ruido, empañando las luces del bulevar y convirtiendo las calles, anchas como plazas, de aquella parte de la ciudad, en lagunas de charol negro.

Rosey fue a refugiarse de nuevo rápidamente bajo el pórtico pensando en el chófer de facciones endurecidas pilotando aquel mastodonte a través de la noche. Le gustaban aquellos pensamientos. Rosey era un amante de la noche y quería estar en pie hasta que el sol empezara a asomarse por encima de los tejados. El día le fastidiaba... Mientras se volvía para meter sus montones de diarios un poco más dentro del pórtico para ampararlos de la lluvia, podía oír aún el ruido del camión, muy lejos ya, por el vacío bulevar, con las explosiones que se iban perdiendo en la distancia... De pronto, el petardeo volvió a resonar fuertemente: una, dos, tres detonaciones; casi como si fuese al otro lado de la calle. Rosey se volvió sorprendió. ¿Cómo podía ser?

Un sedán negro había doblado la esquina en el lado opuesto de la calle y se alejaba rugiendo por una bocacalle. Rosey vio un hombre de pie en el chaflán. ¿De dónde demonios había salido? El muchacho miró fijamente. De repente el hombre pareció sobrecogido por algún accidente extraño: se tambaleó, con las manos engarfiadas sobre el pecho, describió unas eses, vacilando, y, al fin, se desplomó pesadamente de bruces.

—¡Jesús! —exclamó el chico mirando en torno suyo, aturdido—. ¿Qué ha pasado?

A Rosey le gustaba ocuparse exclusivamente de sus propios asuntos; ya tenía bastante con ellos. Pero aquello era demasiado. No podía dejar a aquel pobre hombre tirado allí, en medio de la calle. El cuerpo cayó fuera de la acera, podía doblar de pronto la esquina algún automóvil y...

—¡Atiza! —exclamó el vendedor de periódicos cuando empezó a cruzar la calle corriendo y haciendo chasquear los dedos—. Estas últimas no eran las detonaciones de un motor. Alguien se ha cargado a ese pobre hombre.

* * *

Rosey no podía explicarse el nerviosismo que se apoderó de la Comisaría del Centro. Prácticamente, todos los días había algún homicidio. Pero era el caso que todos aquellos policías, sus amigos, estaban comportándose de una manera histérica, casi como mujeres trastornadas. ¡Por el amor de Dios!

—Mire usted, Coonan —le dijo a un hercúleo policía irlandés vestido de paisano—. Yo le digo lo que he visto. Y tenga en cuenta que mis periódicos se han quedado allí. Me los van a robar.

—No me fastidies, renacuajo —le contestó Coonan; y aun cuando éste era uno de los más bromistas del cuerpo, Rosey comprendió que esta vez no estaba para bromas.

—¿Por qué demonios me han de retener aquí? —siguió el muchacho—. ¿Es que he hecho algo malo? Haga usted un favor y mire después lo que pasa...

Nadie le prestó atención. Los teléfonos funcionaban por todas partes. ¡Vaya estrépito! Rosey tuvo una idea y miró a su alrededor en busca de Mike Antonelli, un policía siciliano que, sin duda, sabría comportarse como un buen camarada con otro siciliano. Al fin lo encontró en un rincón del gran departamento sentado en una silla con el respaldo apoyado en la pared y con el oído pegado al teléfono que sostenía con el hombro mientras abría un paquete de goma de mascar.

—Mike —empezó Rosey, pero el policía le hizo un ademán de rechazo con la mano y siguió hablando por teléfono.

—Muy bien, muy bien... ¡Maldita sea! ¡No corte...! No lo sé, no lo sé... ¿Para qué se cree usted que le pagan?

Después colgó el aparato.

—Mike, escuche. Mis periódicos...

Mike le miró cansadamente, sin apenas verle.

—Rosey: vete a buscar una silla y siéntate. Deja de molestar a todo el mundo.

Rosey apuntó hacia Mike con el pulgar.

—Debería haber dejado que aquel individuo se quedara tirado en mitad de la calle. Al fin y al cabo, ya estaba muerto... Pero no; tenía que convertirme en una especie de héroe.

Mike le contempló con expresión de lástima.

—Creía que usted me echaría una mano —prosiguió el muchacho con aire belicoso—; pero no... Usted se está portando conmigo como un irlandés.

Mike pareció ignorar la presencia de su paisano; cogió otra vez el teléfono y empezó a marcar un número, pero se detuvo de pronto. Colgó el aparato y se puso de pie al ver entrar precipitadamente a un hombre corpulento y de pelo gris, vestido de

paisano y con el sombrero empapado de agua. Era el capitán Shellenbarger, el jefe de la Comisaría del Centro.

Hubo una conversación a voces y luego pareció pasar por el departamento una ola de agitación. Rosey se puso nervioso al ver que los policías se apartaban y que el capitán se acercaba a él y se lo quedaba mirando. Con una mano que temblaba ligeramente, el chico volvió a encender su «mataquintos» (que las pasadas emociones le habían hecho olvidar), lo dejó plantado entre los labios y miró al capitán con aires de desafío.

—Mike —ordenó Shellenbarger—; lleve a este chico al Ayuntamiento, a la oficina del capitán Hargis. Espere allí.

Se produjeron unos contenidos susurros de expectación y sorpresa.

—Sí, señor —contestó Mike. Se volvió luego hacia Rosey y le dijo—: Vamos allá, matamoros.

Pero Rosey se hizo el remolón e intentó hacer una reclamación al capitán, quien no le contestó, limitándose a mirarle ceñudamente e, inmediatamente, alargó la mano, arrancó el cigarrillo de los labios del reclamante y lo tiró al suelo.

Rosey montó en cólera al punto.

—¿Qué se ha creído usted, mandamás del diablo...?

Alguien se rió sin poderlo remediar y después se produjo un profundo silencio en todo el local mientras el capitán paseaba a su alrededor una mirada furibunda.

Maldiciendo entre dientes, Mike cogió a Rosey por un brazo y lo empujó hacia la puerta.

—Esto le va a costar algo a alguien —bramó el enfurecido vendedor de diarios por encima del hombro—. Exigiré daños y perjuicios al municipio.

La puerta se cerró. El capitán miró en tomo suyo, con cara ya apacible, se sentó y sacó un cigarrillo. Inmediatamente cuatro policías se abalanzaron hacia él, dos empuñando encendedores y los otros dos cerilla en mano. El capitán condescendió con que uno de ellos le encendiera el cigarrillo, lanzó una lenta bocanada y suspiró.

—Bien, muchachos —dijo—, podéis descansar. Volved a vuestro ron, a vuestra ginebra o a vuestra «canasta». El Ayuntamiento nos quita este asunto de encima. Ahora es ya cosa de Hargis.

—El «verdugo» —interrumpió Coonan.

—Sí —apoyó otro policía que se llamaba Delahanty—. ¿Conocéis a Wesson, el reportero político? Escribió una cancioncilla sobre Hargis que tituló: «El verdugo no tiene ningún amigo».

Hubo una breve risotada y luego, otro de los funcionarios dijo:

—Bueno; éste es un asunto de envergadura y me parece que ellos quieren apuntarse el éxito.

El capitán paseó la vista en tomo a sus hombres y sonrió ligeramente.

—Tal vez, tal vez —dijo, y aunque pareció mostrarse indiferente, puso un leve matiz en su voz como si permitiese sospechar a sus subordinados que quizá no había

allí una mera cuestión de apuntarse un éxito, sino algo más serio.

Los policías se miraron unos a otros ávidamente. Tan pronto como se marchara el capitán, estallarían los comentarios. El Ayuntamiento les había quitado de las manos muchos casos, pasándolos a las de Hargis, pero, hasta entonces, siempre se había hecho después que ellos fracasaran... según el Ayuntamiento. ¡Ahora bien, el caso presente sólo tenía media hora de vida! El capitán se levantó lentamente y se puso el sombrero.

—Estaré en casa si se me necesitara, Coonan —dijo—. Pero sé que no me necesitarán.

El jefe salió del departamento mientras Delahanty le sostenía la puerta.

—Es un mal asunto —dijo Coonan moviendo comprensivamente la cabeza.

Estaba también lloviznando en Half Moon Beach y todo parecía bastante desanimado. Naturalmente, todo parece siempre bastante desanimado en un lugar veraniego pasado el primero de septiembre. La temporada había terminado, la mayoría de los *cottages* estaban vacíos y muchas tiendas se hallaban cerradas; pero nunca faltan algunos espíritus recalcitrantes que pretenden prolongar el verano quedándose todavía, y en la gran sala de fiestas del muelle una orquesta, mustia y descuidada, estaba tocando un vals para unas veinte o treinta parejas. La música resonaba en el espacioso local como en una estación férrea vacía de gente.

Joe Boley, llamado en realidad Joseph Boleslavski, chófer del capitán Hargis y su hombre de confianza, estaba sentado en una mecedora en el pórtico cerrado con persianas del *cottage*, mirando melancólicamente hacia el lago y escuchando la música de baile que tenía un sonido opaco y lamentable. Todo parecía, o sonaba en efecto, apagado y confuso en el pesado aire neblinoso. Las luces de la sala de fiestas que se reflejaban en el agua parecían serpientes doradas que nadaran culebreando hacia él por la negra superficie, y las farolas que flanqueaban el paseo a lo largo del muelle formaban un rosario de borrosos destellos que parpadeaban en la bruma. A Boley le parecía que se estaba ahogando; ¿y por qué? No había razón alguna para que experimentase semejante sensación. Gozaba de buena salud, tenía algo de dinero y su trabajo era llevadero. No había, en absoluto, ninguna razón.

Pero, en realidad, no es que estuviese demasiado preocupado por su estado de espíritu. Sabía perfectamente que no se ahogaría y que aquel estado de depresión pasaría. Encendió un cigarrillo y se entretuvo en pensar cuán diferente era él de su jefe, Roy Hargis.

Sonriendo melancólicamente, se esforzó en representarse a sí mismo diciéndole a Roy: «Mira, Roy: La música suena tristemente a través del agua, las luces parecen envueltas en gasas y yo siento que me ahogo». Sabía muy bien la mirada que su jefe le dirigiría: de indiferente menosprecio que brotaría de sus duros ojos grises carentes de todo calor humano.

Roy tenía siempre resueltos todos sus problemas. La vida era para él un juego y siempre tenía los triunfos en la mano. No parecía sentirse jamás triste, ni pensativo, ni feliz, ni nada por el estilo; ni siquiera parecía tampoco sensible a nada. A veces se enfurruñaba un poco y, de vez en cuando, se mostraba displicente o irritado. ¿Eran sinceros esos movimientos emocionales? Boley no lo sabía.

Sí. Roy, en efecto, tenía siempre resueltos todos los problemas. Era de los del puño cerrado en grado extremo y tenía mucho dinero en el Banco para un hombre de su posición. No era, sin embargo, avaro por naturaleza sino por sistema y, en consecuencia, nunca pagaba nada como no fuera el alquiler (ocupaba una sola habitación en un hotel barato) y la ropa de vestir, e incluso sobre esto podía existir alguna duda. Boley sabía que le habían regalado tres hermosos trajes, comprendida la

confección. Y lo mismo sucedía aquella noche. Se estaba divirtiendo de balde. No vería el color de sus billetes la chica con la que estaba (fruto, sin duda, de alguna cadena de complacencias cuyo último eslabón era aquél), ni tampoco le costaba nada la transitoria ocupación de aquel *cottage* que, concretamente, pertenecía a un concejal. Por cierto, que la chica era guapa y joven y no carecía de jovialidad.

Boley gruñó para sus adentros. Él mismo, al fin y al cabo, disponía de Myrt, pero se veía obligado a reconocer que entre ésta y la chica que estaba con su jefe, mediaba un abismo.

Las mujeres también estaban sistematizadas para Roy Hargis. Pasar el rato con alguna, con medidos intervalos, y después olvidarse del sexo. Para aquel hombre las mujeres no tenían fuerza alguna. No lo dominarían nunca, ni lo pondrían en compromisos, ni lo arrastrarían al matrimonio. Un verdadero sistema, en fin, seguía pensando Boley. «Pero —se dijo a sí mismo— yo no podría seguirlo nunca ni dispongo del dinero necesario para atender al género de muñecas como la que ahora está allí dentro. ¡Maldita sea...!».

Al principio hubo mucha charla y muchas risotadas, pero hacía ya un rato que reinaba la quietud. Boley se levantó y empezó a recorrer el pórtico a grandes zancadas. Estaba lloviendo de veras y podía oírse el tableteo de las gotas contra las persianas. La orquesta había dejado de tocar y, a través del lago, las luces de la sala de fiestas se fueron apagando una a una. Podía verse el resplandor de los focos de los automóviles que abandonaban el muelle.

«Sí —continuó el chófer en su obsesivo soliloquio—; sistema, sistema... Pero para ello se precisa ser un mozo de corazón helado como Roy. Esto no sirve para ti, Boley, viejo amigo —se dijo a sí mismo hablando casi en voz alta—. Tú eres uno de los que o hierran o quitan el banco y, además, tienes corazón.

»Pero, ¿lo tengo realmente? —prosiguió después de un momento de duda—. ¿No será que confundo la timidez con el sentimentalismo? ¿No será esto lo que me pasa con Myrt? Me irrita, desde luego... ¿Por qué no le doy la patada? ¿Es por sensibilidad de corazón o por miedo a lo que pueda ocurrir?».

Cuando, indeciso, se encogía de hombros sin saber qué contestarse a sí mismo, empezó a sonar el timbre del teléfono. Boley abrió la puerta maldiciendo, penetró en el vestíbulo de estilo hawaiano que servía también de sala de estar, y cogió el aparato. ¡Lackey, de seguro! Aquel hombre no dormía nunca, ni de día ni de noche. Pero, ¿por qué llamaría? A lo mejor algún maldito amigo del concejal...

—Diga, diga.

—¿Es Boley? Soy yo, Emmet. Lo siento, pero tengo que hablar con Roy.

—Déjelo correr. Roy está ocupado.

—Lo sé, lo sé. Pero el Ayuntamiento está en llamas, o poco menos. Ya comprenderá que no llamaría si no fuera...

—Claro, claro...

Emmett Lackey, el detective especial de Hargis y su colaborador, conocía los

hábitos de éste tan bien como pudiera conocerlos el propio Boley. Una vez a la semana, Roy desaparecía... en Half Moon Beach, en el campo o en alguna gran ciudad del condado próximo. Lackey nunca se mostraba indiscreto con su jefe aunque lo envidiaba profundamente. ¡Pobre Lackey, abúlico e irresoluto, con sus seis pies y cinco pulgadas y su miedo a las mujeres! ¡Pobre tonto, tímido y vergonzoso Lackey!

—Espere un momento —dijo Boley.

Dejó el aparato sobre la mesita y se volvió a mirar hacia la habitación inmediata; pero la puerta de ésta se abrió y Roy apareció en el umbral.

—¿Es Lackey? —preguntó—. ¡Con todos los diablos...!

—Sí, jefe. Quiere hablar con usted.

Roy entró en el gabinete hawaiano. Aunque era alto, algo cargado de espaldas y delgado, parecía más duro que el hierro, con un pecho ancho, unos bíceps poderosos, muñecas grandes y fuertes y manos también grandes.

Cogió rápidamente el teléfono. Boley se volvió para escuchar, pero en aquel momento la chica asomó la cabeza por la puerta que Hargis había dejado entreabierta.

—¿Qué pasa, maestro? —le preguntó al chófer con un murmullo suave que al interpelado le sonó como una armonía celestial.

—El teléfono —balbuceó el extático conductor—. Para Roy... él...

—¿Nos tendremos que marchar ahora? —siguió preguntando la muchacha.

—Tal vez, no lo sé...

Por lo menos Boley tuvo el suficiente dominio de sí mismo para ver que Roy Hargis colgaba el auricular.

—Tenemos que marcharnos ahora mismo —dijo éste— y a la máxima velocidad posible.

—Mala está la noche para conducir —alegó Boley—, pero...

—Por mi parte, estoy asegurado —observó Roy. Y luego, con una breve risita se dirigió a la rubia cabeza que seguía asomada a la muerta—. ¿Y tú, Kit...?

—Debes estar bromeando, cariño —fue la respuesta—. ¿Crees que hay alguien que esté esperando que me muera?

—Bueno, chica —comentó Hargis. Y luego, con tono resuelto, añadió—: Arréglate en seguida. Te doy dos minutos. Después nos marcharemos, estés o no dispuesta.

El viaje de vuelta se convirtió en una pesadilla, pues la tormenta latente se desencadenó al fin sobre ellos. Kit iba sola en el asiento trasero del coche, agarrándose, llena de miedo, a la correa, mientras Roy apremiaba a Boley para que corriera más. La densa lluvia azotaba el parabrisas como si alguien estuviera arrojando contra él cubos de agua. Los truenos retumbaban como si hubiera llegado el fin del mundo y las descargas eléctricas, en el cielo bajo, danzaban cegadoramente lanzando contra la tierra sus bifurcadas horcas de fuego.

—¿Qué es lo que pasa conmigo? —lloriqueó Kit llena de angustia—. ¿Me he vuelto una leprosa?

Tenía la cara blanca como el papel mientras los relámpagos se sucedían unos a otros sin interrupción.

—¿No podría sentarse aquí delante, con nosotros? ¡Por amor de Dios! —exclamó Boley apenado.

—Sigue conduciendo —le ordenó su jefe.

—¡Por compasión...! —gimió Kit—. Estoy aquí, rodando de un lado a otro. Me dan mucho miedo los rayos. Tenía un hermano que fue alcanzado por uno...

—Si el automóvil es alcanzado, todos quedaremos abrasados, cariño —alegó Roy tranquilamente.

—¡Por favor! ¡Por favor! —sollozó la chica.

Las manos del chófer parecían temblar en el volante. Roy le miró de reojo y después se volvió.

—Muy bien, amor mío. Salta por encima del asiento y ven aquí. No podemos parar.

Con una exclamación de alivio. Kit trepó por el asiento. Por un momento el coche patinó, las ruedas chirriaron y se arrastraron y el vehículo se ladeó, penetró en la cuneta y chapoteó en el agua. En seguida, y en el preciso momento en que estallaba el tremendo estampido de un trueno semejante a cien cañonazos juntos haciendo que Kit enterrara la cara en el hombro de Roy, Boley recobró el dominio de la dirección y volvió el coche a la carretera.

El chófer no perdía la serenidad y no apartaba la vista de lo que podía vislumbrar de la carretera que tenía delante. La cinta blancuzca corría interminablemente ante él entre la lluvia y la niebla pegajosa. Todos permanecieron callados.

Después, los truenos empezaron a resonar cada vez más lejos, inofensivamente.

—Dime —preguntó de pronto Kit—, ¿qué es un trueno, al fin y al cabo?

—¿Con qué sales ahora? —le dijo Roy—. No estamos para acertijos.

—No —repuso la muchacha—. Hablo en serio. Siempre me he preguntado por qué me asusto de los relámpagos, y los dos siempre van juntos: relámpagos y truenos, quiero decir.

—Me parece que también te asustan los truenos —observó Roy.

—Por favor; contéstame. Creo que eres un hombre amable; ¿qué es un trueno?

—En seguida quedarás enterada, querida. Fíjate bien. Los relámpagos provocan un vacío, y la atmósfera, o el aire, o lo que sea, se precipita dentro de él y produce un ruido de mil demonios. Esto es un trueno. Y los truenos no han matado a nadie todavía.

—¿No bromeas? —insistió Kit con cierto recelo—. ¿Estás seguro? Chico; me parece que con eso ganaré algunas apuestas. No hay nadie que parezca saberlo. Hace diez años que lo estoy preguntando; desde que yo tenía nueve y mi hermano resultó alcanzado.

—¿Murió?

—No. No hizo más que tirarlo al suelo. Algún tiempo se quedó alelado, pero

ahora ya está bien de la cabeza.

—¿Y cómo puedes saberlo tú?

—Vaya, qué gracioso... Dime, ¿por qué vamos tan de prisa? ¿Es que nos sigue alguien?

No hubo contestación. La muchacha, después de mirar a sus dos acompañantes sucesivamente, acabó por callarse. De vez en cuando aún se rasgaba el horizonte con alguna exhalación lejana y retumbaba el trueno haciendo que Kit se agarrara a Roy y escondiese nuevamente la cabeza en su hombro. Hargis ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia.

Poco a poco, la lluvia fue amainando. Al fin surgió frente a ellos la ciudad. Quedaron atrás los dormidos suburbios y los mercados centrales, cerrados a aquella hora. Todavía centelleaban las descargas eléctricas y resonaban los truenos, pero Kit ya no se agarraba a Roy. Estaba de nuevo en la ciudad. Fuera, en el campo, las cosas eran muy distintas: aterraban.

—Para en el Savoy —ordenó Roy al chófer.

—¿Por qué? —preguntó éste.

—Para que Kit pueda coger un taxi. No tenemos tiempo de dejarla en su casa.

—¡Vaya! —exclamó la aludida—. Pues es lo único que faltaba... Yo vivo donde Cristo dio las tres voces y me veré negra para encontrar un taxista que quiera llevarme hasta allí.

—Me parece que ya sabrás cómo arreglártelas —afirmó Roy.

Poco después llegaron frente al Savoy, un gran hotel de lujo frente al río, en un extremo de la población.

—Menos mal —dijo Kit mientras el automóvil se detenía frente, a la parada de taxis que funcionaba toda la noche— que he aprendido lo que es un trueno.

La lluvia había cesado y caía solamente una llovizna impalpable.

Roy entregó a la muchacha algún dinero mientras ésta descendía del coche.

—Dos dólares —le dijo—. Con esto tendrás bastante.

—Sí —respondió la chica—. Tengo lo justo para llegar a casa. Adiós, manirroto.

Roy no contestó. Boley miró por la ventanilla a la guapa joven rubia, de pie en medio de la bruma que le empapaba el cabello. Le pareció notar otra vez que se estaba ahogando.

—Buenas noches, *baby* —dijo a la muchacha con una voz que parecía un susurro.

Roy lo miró de soslayo, pero no hizo ningún comentario.

3

Vieron el coche del Jefe Superior de Policía aparcado enfrente del gran garaje de la casa, mientras Boley conducía lentamente y con todo cuidado por la larga rampa de cemento brillante por el agua. Nick Gray, el chófer del jefe, estaba apoyado en una columna fumando un cigarrillo y hablaba con un empleado del garaje vestido con un mono blanco.

Gray les saludó con la mano cuando descendieron del coche y después se fue a la cabina telefónica inmediata.

—Todo el mundo está nervioso esta noche...; verdaderamente impaciente —explicó Gray cuando regresó de telefonar—. He dicho que usted iba a subir.

—Quédate aquí, Boley —ordenó Hargis sin contestar a la observación de Gray y limitándose a elevar las cejas.

Roy desapareció por un largo corredor con suelo de cemento que conducía a los ascensores interiores que ponían en comunicación con la casa.

Nick Gray ofreció un cigarrillo a Boley y se lo encendió.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó—. El jefe ha estado friendo vivo a Lackey sin concederle respiro. El asunto es muy gordo, ¿eh?

—Sí —contestó Boley.

Gray le miró un rato con aire pensativo y preguntó:

—¿Cómo resulta trabajar con un bicho como ése? —siguió una pausa y luego Gray cambió ligeramente de tono—. Te estoy preguntando —dijo—. Yo también trabajo para otro que tal baila, pero de un género diferente.

—¿El jefe?

—Sí. No sabe mantenerse firme. Así es el jefe. De ese modo, un hombre puede tener amigos e influencias.

—Sí —se limitó a contestar Boley.

—Pues tú no eres muy locuaz que digamos, polaco —observó Gray, algo molesto por la excesiva concisión de las respuestas de su interlocutor.

Por los ojos menudos y oblicuos de Boley pasó un fugaz relámpago; luego, los bajó para contemplar plácidamente su cigarrillo. Gray lo notó y a continuación le dijo:

—Eso de «polaco» no tiene ninguna mala intención. ¿Te ha sabido mal? Es lo mismo que si tú me llamas *Mick* a mí.

—Sí —repuso el interpelado sin salir de su laconismo.

Al cabo de un momento. Gray se separó con un ademán de impaciencia, se metió en el automóvil del jefe, se sentó en el asiento de delante, cerró la portezuela de un golpe, encendió la luz delantera y se puso a leer una revista.

Boley se apoyó en la columna, fumando un cigarrillo lentamente... «Siempre queriendo sonsacarme —pensó—. Estos policías no cejan en sus intentos de hacerme hablar de Roy. Lo odian».

Hargis había pasado desde la calle, como quien dice, a ser capitán, y, en realidad, no podía decirse que hubiera desempeñado nunca servicios rutinarios de policía. El amo de Gray, el Jefe Superior de Policía Tom Smith, pertenecía a ella desde hacía 35 años y había ido ascendiendo lentamente pasando por todos los escalones intermedios. Pero el jefe era también un hombre perteneciente en cuerpo y alma a la Administración, y no parecía sentir ninguna animosidad contra Roy, aunque, desde luego, no tenía nada que decir sobre él.

Boley había oído toda clase de críticas sobre Roy. ¡El pistolero particular de la Administración! ¡El correveidile de Chad Bayliss! ¡El favorito político que consigue todos los apoyos y todas las gollerías! etc. etc. Esos chismes eran, en parte, fruto de la envidia y del resentimiento, pero Holey tenía que admitir que en todo ello había también algo de verdad.

Roy hacía lo que le daba la gana sin ninguna intromisión ni disciplina. Su jefe nominal era el comisario de policía, Prell; pero éste se hallaba demasiado ocupado sacando el jugo a los arrendatarios de las grandes propiedades rurales para prestar mucha atención a Roy que tenía su despacho y oficina particulares en el Ayuntamiento, uno de los mejores detectives del distrito, Emmet Lackey como ayudante, un par de agentes jóvenes como secretarios y, finalmente, al propio Joe Boley —cuyas reflexiones estamos siguiendo—, un antiguo funcionario de la Brigada de Homicidios de la Comisaría del Centro, como poco más que un mero chófer, para hacer recados y servir de mirón... sí; servir de mirón indefinidamente...

Roy, durante la segunda Guerra Mundial había pertenecido a la Policía Militar; un oficial con una brillante hoja de servicios. Después de la guerra, alguien le había presentado al gran cacique político, Chad Bayliss..., y eso era todo. La Administración tenía un gran arraigo en la ciudad y detentaba el poder desde hacía casi 20 años, pero, a veces, se producían desafortunadas crisis circunstanciales que ocasionaban graves recelos, ruidosos clamores cívicos e incluso rebeliones abiertas. Bayliss no era de los que dejaban que las cosas cambiaran. Necesitaba un experto apaciguador de dificultades, no contaminado por la politiquería policíaca, por la rutina policial ni por contumaces lealtades. Roy era el hombre que había estado buscando.

«Sí —se dijo Boley a sí mismo—. Roy es el hombre adecuado».

Tiró el cigarrillo y lo pisó. Nick Gray había decidido, entretanto que, después de todo, él no tenía ninguna necesidad de leer ninguna revista, y salió del automóvil del jefe.

—¿Quieres un trago, Boley? —preguntó a éste—. ¿Licor, café, algo...? El chico negro nos irá a buscar lo que sea. A lo mejor tenemos que seguir aquí quien sabe cuánto tiempo.

—Sí, Nick —respondió Boley—. Café.

* * *

El piso de Chad Bayliss en Stoneham, era grande y suntuoso. Se hallaba situado en el piso 15 y tenía enormes ventanales en el saloncito de estar.

Pero, aquella noche, nadie prestaba atención a la mastodóntica ciudad mojada por la lluvia que se extendía bajo ellos.

Tom Smith, el Jefe de Policía, un hombre corpulento, de cara bonachona y pelo gris, parecía enormemente fuerte y eficaz a pesar de sus años (reconocía tener sesenta). Se hallaba sentado en el borde de un sillón tapizado, evidentemente a disgusto en aquel lugar, no diciendo casi nada y esto en un tono bajo, malhumorado y cohibido. De vez en cuando, rascábase nerviosamente la barbilla o se alisaba el pelo.

El comisario Prell, un hombre entre los cincuenta y los sesenta años, bajo, delgado y de pelo áspero y erizado, no podía estarse quieto y se trasladaba de un asiento a otro, mirando de vez en cuando los cuadros que adornaban las paredes, manoseando los costosos bibelots y poniéndose y quitándose incesantemente las gafas de concha.

Pero Prell y Smith podían considerarse casi como unos seres imperturbables en comparación con Chad Bayliss que oscilaba bruscamente desde las más violentas y rudas acusaciones a las lágrimas, verdaderas lágrimas, haciendo que Roy bajara la mirada y se dedicara, con huraño embarazo, a contemplar fijamente la alfombra oriental.

De vez en cuando, la rubia esposa de Bayliss, con aspecto fatigado —una belleza ya desvanecida—, traía a su marido una taza de café y le decía con acento de preocupación:

—Bébetelo ahora, *daddy*. Tómatelo todo.

Bayliss la miraba con violenta irritación, pero se bebía el café sin hacer ningún comentario. Era un hombre corpulento y robusto, de unos cincuenta años, con pelo negro ondulado, cara rojiza de aspecto congestionado y ojos negros, emocionales y fluidos, que relampagueaban vivazmente y con un fulgor rayano en la locura cuando montaba en cólera. Era, según sabía muy bien Roy, un conductor político duro, implacable, sin escrúpulos y colérico, sentimental a veces y siempre en peligro de descarrilar, aunque hasta el presente había tenido el pulso firme y quizá también algo de suerte en el manejo de la Administración, que heredó diez años antes de su famoso hermano Al Bayliss.

Roy no conocía entonces a Chad, pero había oído contar que cuando su hermano murió de una apoplejía fulminante, en la misma mesa del comedor, Chad se negó a tomar alimento durante unos días y padeció de insomnios y de nerviosismo general de un modo tan terrible que tuvo que ser internado en un sanatorio y tratado allí durante dos meses, mientras los periódicos propalaban la versión de que se estaba tomando unas vacaciones en Coronado, Carolina del Sur.

En aquellos momentos, Chad estaba sufriendo otro mal golpe. Su mejor amigo, abogado de prestigio nacional, favorito de la Administración y millonario, había sido

muerto a tiros como un perro en una calle de la ciudad.

—¡Vamos, *daddy*, bébete esto! —dijo de nuevo la turbada esposa de Chad.

Éste cogió la taza con mano temblorosa y luego levantó la cabeza para mirar a su mujer.

—Merle; vete a dormir, por el amor de Dios —le dijo—. Me encuentro bien; pero estoy tan malditamente trastornado...

Iba vestido de etiqueta, pero en mangas de camisa y con el nudo de la corbata deshecho. Tenía la camisa arrugada y ajada y la acabó de arruinar vertiendo sobre la pechera la mitad de la taza de café mientras trataba de beber. Se puso en pie de un salto, con una maldición, y arrojó violentamente la taza y el platillo.

—¡Ay, Dios mío, *daddy*! —gritó Merle—. ¡Mi alfombra...!

Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar nerviosamente.

Se produjo un silencio aplastante en el espacioso saloncito, espléndidamente alumbrado y ricamente amueblado, y todos pudieron oír con claridad el tableteo de la lluvia en los vidrios de los ventanales y ver cómo el agua se deslizaba por el cristal semejando también el correr de unas lágrimas.

Bayliss, recuperado el propio dominio, trató de calmar a su esposa:

—¡Vamos, vamos, *baby*! Lo siento... Vamos, vamos...

Roy miró a Merle Bayliss y en seguida bajó los ojos.

Había oído decir que fue Miss América en... (la fecha resultaba ya bastante lejana). Actualmente tenía unos cuarenta años y era alta y de aspecto imponente, con una nariz pequeña y de perfil correcto y una cara bastante inexpresiva que estaba comenzando a marchitarse. También había oído decir que durante los primeros años de su matrimonio había ocasionado a *daddy* no pocas preocupaciones, coqueteando con los jóvenes. Ahora eso eran cosas pertenecientes ya al pasado, por lo menos, así lo decían. Chad la había dominado y esto, pensaba Roy, era muy verosímil pues aquél, aun desde el punto de vista puramente particular y simplemente como hombre, sabía llevar bien las riendas de todo.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó Merle—. ¡Mi hermosa alfombra!

—Vamos, vamos... *baby* —siguió diciendo Chad en tono tranquilizador, pero con una nota de irritación en la voz.

Era evidente que lo estaba fastidiando y cansando aquel asunto de la alfombra.

—Me voy a dormir —gimoteó Merle—. Ya no me importas nada después de lo que has hecho, *daddy*... ¡Estropear mi hermosa alfombra oriental! Me voy a la cama.

Se marchó lloriqueando. Chad la siguió con la vista, violentamente irritado; inició un movimiento para seguirla, pero después cambió de opinión y siguió sentado.

—¡Como si yo no pudiera comprar otra alfombra y cincuenta si quisiera...! —gruñó.

Al poco rato estaba ya más calmado y el membrudo Tom Smith exhaló un suspiro de alivio. Prell se limpió las gafas por centésima vez y fingió contemplar el gran retrato al óleo de Merle Bayliss que pendía encima de la chimenea.

—Es mejor que se haya marchado a la cama —gruñó Chad. Después levantó la cabeza—. ¿Os habéis fijado alguna vez, amigos, que las mujeres nunca pueden distinguir lo que es importante de lo que no lo es? Frank Hobart ha muerto y, sin embargo, mi esposa se preocupa por una maldita alfombra, por la que seguramente le hicieron pagar más del doble de su valor cuando la compró.

—Sí —asintió Prell juiciosamente, poniéndose las gafas y mirando pensativamente a Bayliss—. Tiene usted razón, Chad; toda la razón. Y su observación ha sido muy oportuna.

La contribución de Tom Smith al diálogo se limitó a un profundo suspiro. Roy se removió en su asiento inquietamente. «¡Vamos al grano! —hubiera deseado decir—. ¡Por el amor de Dios, vamos al grano!».

—¿Qué es lo que sabe usted respecto a Frank Hobart? —dijo Bayliss mirándolo con interés.

Roy clavó la vista en la alfombra y permaneció silencioso durante un momento; después preguntó:

—¿Qué clase de contestación espera usted que yo dé a esa pregunta?

Chad movió la cabeza con impaciencia.

—No haga caso de la escena, Roy —le dijo a éste—; son pláticas de familia... Se nos ha presentado un problema; un serio problema. Hable usted.

—Bueno —respondió el interpelado—. Sé que el difunto hizo una fortuna vendiendo el terreno destinado a la construcción del nuevo Instituto.

Tom Smith se le quedó mirando con la boca abierta. Aquello era una novedad para él. Prell tosió algo desasosegado, se puso la mano ante la boca y se ajustó nerviosamente las gafas. Bayliss enrojeció de enfado.

—¿Por qué diablos —dijo—, si es que puedo preguntarlo, nos proporciona usted semejante información? ¿Por qué trae usted esto a colación?

—Usted me preguntó que qué era lo que yo sabía... —contestó Roy haciéndose el desentendido.

—Sí —respondió Bayliss—. Así es, pero no era eso exactamente a lo que yo me refería. —Con tono de sarcasmo, prosiguió después de una pausa—: ¿Quiere usted insinuar que algún miembro de la Junta de Enseñanza no participaba en el asunto y se lo cargó? ¿O, a lo mejor, alguna empresa inmobiliaria despechada? Digamos, por ejemplo, Abstein y Preston...

Prell se echó a reír con visible desasosiego. Abstein y Preston, S. A. era la compañía inmobiliaria más antigua, poderosa y tradicional del Estado.

—No —dijo Roy—. Yo no sé por qué le han matado. Si lo sabe usted, dígamelo, y en seguida entraré en funciones.

—Precisamente —dijo Bayliss, dirigiendo una mirada circular a Prell y a Tom Smith— lo que nosotros queremos es que entre usted en funciones; y que se emplee a fondo, muy a fondo... Pero, Roy, lo que queremos también es que usted no obtenga ningún resultado práctico. Es por esta razón por lo que quitamos este asunto de las

manos de Shellenbarger.

—Muy bien —dijo Roy—. Pero tengo que saber lo que hago. Si he interpretado acertadamente sus palabras, usted sabe quién mató a Frank Hobart y no quiere que salga en los diarios o que sea conocido de modo alguno. ¿No es eso?

—Prácticamente, sí —contestó Bayliss.

—Perfectamente. Pero eso tiene sus dificultades. Todos los sabuesos de todos los periódicos estarán olfateando el rastro, ¿comprende usted? Así pues, tengo que indicar alguna pista falsa; pero, a lo mejor, meto la pata y tomo el rábano por las hojas...; así es que... ¿Quién mató a Frank Hobart?

Se produjo un largo silencio. Merle Bayliss reapareció en el umbral de la puerta vestida con una hermosa bata de terciopelo rojo y con los cabellos sujetos con una cinta blanca. Prell la contempló con aire apreciativo y después tosió y se ajustó las gafas.

—*Daddy* —dijo ella—. Me voy a acostar. Siento haberme portado mal, pero...

—Está bien, cariño —dijo Bayliss con aire de fatiga.

Después se levantó, se reunió con ella y ambos salieron del saloncito.

—Una joven muy hermosa... —comentó Prell.

Roy, que tenía treinta y cinco años, miró a Prell sorprendido.

«¿Joven? —pensó—. ¿Es que estaba bromeando?».

Tom Smith hizo un acentuado ademán de asentimiento.

—Sí —afirmó—; una joven muy hermosa.

«¡Oh, bien! —se dijo Roy—. Puede que cuando yo tenga sesenta años una mujer así me parezca joven».

Bayliss regresó fumando un cigarro y se hundió en su butaca.

—Mi esposa me ha pedido que la disculpe por su comportamiento —gruñó—. Por lo tanto, la disculpo, y al diablo con ello. Veamos, Roy. Puesto que usted se ha referido a algo tan extraño como eso del Instituto... que no es tan oscuro como parece, y Prell me dará la razón en eso...

—¡Oh! Desde luego, Chad; desde luego... asintió el comisario.

—Muy bien —prosiguió Bayliss—. Puesto que usted, Roy, se ha referido a esas cosas, repito, parece claro que usted sabe un poco más de lo que está diciendo. Precise algo más. Ahonde un poco en el terreno. ¿Qué me dice, Roy?

—Supongo que debe tratarse del asunto de las interferencias telefónicas clandestinas —respondió el interpelado.

Bayliss dio un respingo; Prell tosió y por milésima vez hizo el ademán de ajustarse las gafas, que, al parecer, estaban siempre dispuestas a resbalarle por la nariz. El Jefe de Policía Smith suspiró y se quedó embebido en la contemplación de sus propios pies.

—Sí —acabó por decir Bayliss—. De eso se trata. Frank se relacionó con unos cuantos chicos de muy mala calaña, que se habían metido en eso. Gente forastera, desde luego. Nuestro pobre amigo les puso las peras a cuarto y tuvieron que pasar por

el tubo. Les hizo ver cómo tenían que manejarse las cosas y cuáles hablan de ser nuestros... bueno, nuestros emolumentos.

—¿Nuestros qué? —repitió Roy.

—¡Vamos, vamos, por todos los diablos! —gritó Bayliss en tono colérico—. ¿Es que no entiende usted el inglés, Roy?

—Sí; ya comprendo —respondió éste—. No me olvidaré de esa palabra. Por lo visto usted hace que dé la cara otro; usted obtiene sus... emolumentos, y el otro sale con la cabeza partida.

Bayliss miró pensativamente a su interlocutor durante largo rato.

—Mire, Roy —acabó por decirle—. No tome usted las posas así. Tenga en cuenta que ésta es nuestra ciudad, que el dinero que corre es nuestro dinero y que nuestros negocios no funcionarían bien sin esos manejos. Es, pues, muy natural, que tengamos una participación en los beneficios. Supóngase que necesitamos sacar unos cuantos millones de la ciudad. Los pedimos, los obtenemos, y, en definitiva, también sacaríamos nuestros emolumentos; pero habría protestas, descontentos, los periódicos... ¿No comprende usted?

Roy permaneció sumido en sus pensamientos durante mucho tiempo. Se había levantado viento y arrojaba la lluvia contra los ventanales. Los truenos rodaban a lo lejos como carruajes que cruzan puentes de madera al galope de sus caballos. Prell, con un ademán torpe, tiró al suelo las gafas y estuvo a punto de pisarlas. El Jefe de Policía suspiró profundamente y pareció quedarse hipnotizado con la vista fija en sus zapatos que brillaban como espejos.

—¿Qué es lo que le hace a usted creer que está en lo cierto sobre esta cuestión del asesinato? —preguntó Roy a Chad Bayliss.

—En primer lugar —contestó éste—, es cierto que los individuos que antes he mencionado tuvieron que ceder en el asunto, pero nunca les gustó el arreglo y nunca supieron tampoco exactamente qué era lo que había detrás de Frank Hobart. Sabían que era un abogado importante, rico y todo lo demás, y que debía tener un buen agarradero, pero no sabían cuál era éste ni la altura a la que pudiera rayar. En segundo lugar, hay que tener en cuenta la forma en que lo mataron: un método auténticamente propio de pistoleros.

—Ya hablaremos de ello más adelante —repuso Roy—; pero, cuando menos, ya sé lo que tengo que evitar. Perfectamente. Pero, Chad, usted comprenderá que yo tengo que montar un tinglado, y no sólo para la Prensa sino también para la Comisaría Central.

—Lo sé. —Bayliss miró en tomo suyo—. Todos lo sabemos.

—Muy bien —terminó Roy levantándose—. Todo comprendido.

Bayliss se levantó también y estrechó la mano del capitán Hargis.

—En particular —expresó—• estoy muy apenado. Frank era mi mejor amigo. Me gustaría ver en la silla eléctrica al fulano que lo ha matado. Yo mismo movería con gusto la palanca; pero...

—Sí —comentó Prell—; todo esto es muy lamentable.

—Pueden ustedes seguir su juego —fue la despedida de Roy.

* * *

Cuando Roy salió del corredor de suelo de cemento y desembocó en el local del garaje, Boley, que estaba apoyado en la pared fumando y leyendo un periódico, levantó al punto la cabeza y señaló con el pulgar por encima de su hombro con un ademán de prevención. Mirando tras él, Roy vio al reportero de asuntos municipales, Perce Wesson, un hombre gordo y de facciones duras, que estaba hablando con Nick Gray.

Roy apretó los labios y pasó por delante seguido de su chófer.

—¡Hola! —saludó el periodista—. ¿Cómo van esos chanchullos?

Roy pareció no darse cuenta de su presencia y subió al automóvil. Boley dio la vuelta al vehículo y subió también de un salto al asiento del conductor. Wesson les siguió con una agilidad y una velocidad sorprendentes en un hombre de su peso.

—¿Ni siquiera un comentario? —preguntó con tono burlón.

—¡Ah! ¿Está usted ahí? —exclamó el policía aparentando que se daba cuenta en aquel momento de la presencia de Wesson—. No hay ningún comentario sobre el «sin comentarios».

—Las cosas se ponen mal en todas partes —dijo Wesson que era inglés por nacimiento, pero que había venido al Midwest hacía doce o quince años procedente del Canadá occidental—. Al paso que llevamos, hasta para hacerse *boy-scout* habrá que contar con influencias.

—Puede que tenga usted razón, amigo —asintió Roy.

—Y dígame —prosiguió el periodista—. ¿Tiene alguna idea de quién les ha aguado la fiesta, a Frank y a usted, esta noche?

—¿Ahora sé dedica a esas cosas? Tenía entendido que usted era un redactor político.

—Hargis, mire...; ¿no le parece que este asunto tiene algo que ver con la política?

—¿Cómo? Escúcheme, Wesson; si usted sabe quién se ha cargado a Frank Hobart, soy todo oídos. Usted puede ayudarme mucho. Precisamente voy a ocuparme yo del caso.

—¿Ninguna teoría?

—Ninguna. —Roy se volvió hacia Boley—. Nos vamos. Pasa por encima de su cuerpo si es preciso.

—¡Qué! —gritó Wesson—. ¡Eso sería abollar los guardabarros de un vehículo que pertenece a los contribuyentes!

Boley arrancó. Wesson permaneció un momento viendo cómo el coche se marchaba y luego se volvió hacia Nick Gray tarareando la cancioncilla que él mismo había compuesto: «El verdugo no tiene ningún amigo».

—Es todo un carácter —comentó.

—Sí —se limitó a contestar Nick, que se mostraba ahora tan lacónico con Wesson como Boley lo había sido antes con él.

—¿Sabe algo? ¿Tiene alguna cosa? ¿Cuenta con algún pariente en las altas esferas? En resumen, nepotismo.

—¿Cómo? —preguntó Nick con tono de asombro.

—¿Puede usted explicarse a un tipo así?

—No lo sé —respondió el chófer. Después dio media vuelta y se alejó precipitadamente diciendo—: ¡Escóndase en algún sitio, por Dios! Aquí viene el jefe.

Pero Wesson abordó al jefe con todo descaro. ¡Aquel buen viejo! Amable, flexible, figurón inofensivo...

—¿Reunión arriba? —le preguntó—. Estoy presenciando la salida de sus muchachos más prestigiosos e importantes.

—Por favor, Wesson... nada de bromas —dijo el jefe subiendo pesadamente al asiento trasero de su coche y hundiéndose en él con un suspiro.

—¿Una referencia, quizá...?.

—El asunto está fuera de mis manos...; es decir, ha sido asignado al capitán Hargis.

El coche partió. Wesson permaneció observando cómo trepaba por la rampa de entrada.

—Jefecillo —dijo en voz alta—: Creo que, por primera vez, has dicho una cosa exacta.

Emmet Lackey, el detective especial de Hargis, se hallaba sentado detrás de su mesa en el Ayuntamiento, contemplando por las ventanas la noche brumosa y negra agitada por el viento. Las señales luminosas se empañaban y distorsionaban, y reinaba tal oscuridad que las cimas de los elevados edificios parecían desaparecer dentro del cielo.

, Lackey era un hombre enorme de unos cuarenta años. No sólo era excesivamente alto —seis pies y medio cuando menos—, sino ancho y voluminoso, pesando casi las 300 libras; pero, a pesar de su estatura, su aspecto no tenía nada de formidable. Parecía blando, laxo y débil. Sus ojos, azules, pequeños y evasivos, semejaban atisbar nerviosamente el mundo circundante tras sus gafas pasadas de moda de montura dorada. Sus cara era ingenua, blanca y sonrosada, y en su aspecto había algo de infantil. Sus modales eran conciliatorios en extremo y siempre parecía dispuesto a apaciguar a todo el mundo. Wesson decía de él que era «un gigantesco pigmeo».

Pero tras las tímidas sonrisas de Lackey ardían las pasiones más fuertes. Odiaba, tanto a Wesson como a Roy Hargis, con toda violencia. Ambos eran duros, implacables, triunfadores en su encuentro con la vida, y, sobre todo, los dos tenían una agudeza de percepción que resultaba inquietante. Por alguna clase de intuición, se daban cuenta de la eterna lucha que se libraba en el interior de Lackey...; esa lucha que él procuraba enmascarar con su amabilidad, su moderación y su obsequiosidad. Nada era fácil para Lackey. Era nervioso, tímido, vergonzoso, y sufría el invencible complejo de su ineficacia personal. Su gran estatura no significaba nada para él. Nunca había sabido sacar partido de sus dotes físicas. Al lado de hombres como Roy Hargis y Wesson, se sentía empequeñecido, físicamente rebajado.

Aunque sabía que estaba conceptuado como uno de los mejores detectives de la ciudad y sabía también perfectamente que Roy Hargis, por órdenes superiores, le había elegido como ayudante suyo entre un centenar de aspirantes, esto no le daba ningún sentimiento de confianza en sí mismo ni experimentaba la satisfacción que otros hombres hubieran sentido en su lugar. Los éxitos iniciales del trabajo para el que fue elegido, tampoco significaban nada para él.

No era precisamente un incomprendido. Tanto Wesson como Roy Hargis parecían comprenderle demasiado bien. No era, pues, la comprensión lo que echaba de menos; lo que le aterraba era sentirse solitario. No había nadie en el mundo a quien le importara un comino si se quedaba en casa o salía, si estaba enfermo o sano y si se sentía alegre o triste. Le parecía imposible tener amigos. Boley era un ejemplo de ello; Boley, el eslavo melancólico. Lackey sentía hacia él un sentimiento de compañerismo, pero el polaco no le correspondía, rechazaba sus avances e incluso se reía de él, imitando en esto a Hargis.

Y respecto a las mujeres... Ante este pensamiento, Lackey se levantó de su sillón

(donde había permanecido abstraído en su melancólica introspección) suspirando penosamente, y se aproximó lentamente a la ventana donde permaneció mirando la ciudad anegada por la lluvia.

Quizá todo su complejo de debilidad e ineficacia provenía de que no hubiese existido ninguna mujer en su vida. La mera enunciación de esta circunstancia parecía hacerla imposible, increíble de todo punto, triste pero ridículamente cómica. Lackey cerró los ojos como si quisiera borrar una figura de su imaginación y retrocedió ligeramente. Pero, ¿qué podía ofrecer él a una mujer? Su apariencia resultaba grotesca y motivaba comentarios irónicos y burlas. Sus modales resultaban imposibles, ridículos... una mezcla de amabilidad artificial y de timidez. Él se daba cuenta de todo esto. ¡Quizá si no se hubiese dado tanta cuenta...!

Varias veces, después de largas deliberaciones consigo mismo, había decidido abordar a una profesional. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo llevarlo a cabo sin que nadie, bajo la capa del sol, pudiera llegar a averiguarlo jamás? Tenía un sentido casi morboso del ridículo y podía imaginarse, con un sobresalto, los comentarios de su jefe y de Wesson si tal cosa llegara a su conocimiento. Y parecía que ellos eran capaces de adivinarlo todo.

—¿Sabe usted algo más? —preguntó Mike Antonelli asomando la cabeza por la puerta que comunicaba con la oficina exterior.

Lackey volvió a la realidad con un esfuerzo y tosió nerviosamente. Después obsequió a Mike con una sonrisa amable.

—Nada más —contestó—. Roy va a venir; ya debería estar aquí. ¿Por qué lo pregunta?

—Ese pobre chiquillo está dormido ahí afuera. Me gustaría poderle dejar marchar, pero...

—No, no. Lo siento —dijo Lackey—. Es cierto que tenemos ya su declaración por escrito; pero creo que Roy querrá...; bueno, ya comprende usted, Mike. Me gustaría permitirle que se fuera, pobre chico.

—Uno tiene que endurecerse —suspiró Mike cerrando de nuevo la puerta.

Sonó el teléfono situado sobre la mesa de Lackey. Éste cogió el aparato y desde el otro extremo de la comunicación le llegó una voz emocionada, casi histérica, que comenzó a plañir confusas explicaciones.

—No —contestó Lackey—; lo siento, pero no está aquí. Habla el teniente Lackey, el ayudante de Hargis. —La voz prosiguió con sus explicaciones siempre en tono plañidero. Cubriendo con la mano el auricular, Lackey estableció contacto con el aparato de comunicación interior que tenía sobre su mesa y ordenó en voz baja—: Escuche. ¿Está usted ahí? Determine la procedencia de la llamada telefónica que estoy atendiendo. No se equivoque. —Después volvió a hablar por el teléfono exterior—: Sí, sí. Todo eso es muy interesante. Estoy seguro de que llamará la atención al capitán. Ahora, por favor, ¿podría usted repetirme lo que me ha dicho? Con calma, más despacio, por favor. —Lackey ganó tiempo, haciendo que su

comunicante, que era un hombre, no colgara el teléfono. Finalmente, cuando ya no pudo seguir más el juego, dijo—: Muy amable por su parte. Gracias. Y ahora, ¿querrá usted dejarme su nombre y dirección para que el capitán Hargis pueda ponerse en contacto con usted? ¿No? Bueno, comprendido. Gracias de nuevo, caballero.

Cuando Lackey colgó el aparato. Creel, uno de los jóvenes secretarios ayudantes de Hargis, entró precipitadamente y con señales de emoción.

—Lo he averiguado, Emmet. La llamada fue hecha desde «Cipriano's».

Las espesas cejas de Lackey se alzaron ligeramente. «Cipriano's» era el más caro y lujoso de los *supper-clubs* de *Vanity Row*; una especie de coto cerrado de la vida nocturna elegante.

—Pero —observó el teniente— hoy es lunes, y «Cipriano's» está cerrado los lunes.

—¿Qué le parece? —preguntó Creel—. ¿Qué debemos hacer?

—Yo no puedo aceptar la responsabilidad de una decisión así. El capitán estará aquí dentro de unos pocos minutos.

Creel reventaba de interés.

—¡Aquí hay algo! —exclamó—. ¡Algo!

Oyeron ruido de voces en la oficina exterior. Lackey se dirigió a la puerta y la abrió. El pequeño vendedor de periódicos, Rosey, se había despertado y estaba plantado en medio del antedespacho con un cigarrillo en la boca maldiciendo a Roy Hargis que le contemplaba con suave regocijo. Roy se volvió hacia Lackey.

—Emmet, ¿qué pasa con este chico?

Lackey se lo explicó mientras su jefe hacía ademanes de asentimiento.

—Muy bien, Mike. Llévatelo a casa. No lo dejes. Recoge sus condenados periódicos, si es que queda aún alguno. Ponte a su disposición... Espera, un momento, Mike: ¿ha trascendido esto?

—¿A la Prensa? ¿Que el chico es un testigo, quiere usted decir? No.

—Muy bien. Deja las cosas así. —Volviéndose al muchacho, le dijo—: Tú ten la boca cerrada y las narices limpias. Podemos necesitarte en lo sucesivo.

—Desde ahora en adelante me guardaré mucho de volver a abrir la boca —respondió Rosey amargamente—. Y, en cuanto a las narices, siempre las tengo limpias. No me preocuparé si vuelven a matar a nadie; aunque vea a alguien caer muerto a mis mismos pies. ¡Por éstas...!

Roy se rió ligeramente y se metió en el despacho seguido por Boley que parecía mustio y agotado por la fatiga.

Creel saludó a su jefe con la cabeza y se marchó a otro departamento. Lackey cerró la puerta del despacho y explicó al capitán lo referente a la misteriosa llamada telefónica desde «Cipriano's».

—¡Diablos! —exclamó Roy Hargis echando un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. ¡Si ya son más de las tres! Allí cierran a las dos.

—De todos modos —repuso Lackey— hoy es lunes y está cerrado.

—Es verdad. Y dime, ¿qué efecto te hizo el individuo que telefoneaba?

—Estaba muy nervioso —respondió Lackey—. Parecía trastornado, como loco. No sé cómo decirle.

—Llama a Creel. Me lo llevaré conmigo. Boley se quedará aquí. Podrá descansar un rato.

Boley, que había entrado también al despacho siguiendo a su jefe, se le quedó mirando sorprendido.

—Sí. No puedo más. ¿Cómo lo sabe usted, jefe?

—Ten presente que soy un detective —fue la respuesta, en tono zumbón.

—Sí, sí... —repuso Boley con un dejo de melancolía—. Yo estoy hecho polvo, pero, en realidad, usted aún tendría que estar más cansado que yo.

Lackey entretanto había llamado a Creel por la comunicación interior y éste, desde su escucha, oía con avidez, ligeramente ruborizado, la conversación que le transmitía el aparato abierto.

—No —prosiguió Roy respondiendo a la insinuación de su chófer—. La compañía de una muñeca como aquélla resulta, por el contrario, estimulante.

—¡Vaya con la muñeca...! —exclamó el polaco sarcásticamente—. ¡Y me la deja usted allí plantada y sola, con la lluvia cayéndole encima...! Aquello fue un sacrilegio, sí, señor.

Roy se volvió a mirar a Lackey y luego se echó a reír.

—¿Cuándo me vas a dejar que te arregle un plan, Emmet?

Lackey se rió nerviosamente e hizo un tímido ademán de denegación.

—Nunca. No, gracias.

Boley le dirigió una mirada irónica y luego se sentó frente a la mesa echándose el sombrero hacia atrás. Sacando el pañuelo, se secó despacio la frente sin dejar de suspirar.

—Era un sueño. Un verdadero sueño —comentó—. La más bonita de todas las que he visto en compañía del capitán.

Después, volviéndose hacia Lackey, le contó cómo la chica había tenido que pasar a la parte de delante del automóvil saltando por encima: que el coche había patinado estando todos a punto de matarse, y el modo cómo la muchacha se abrazaba al capitán y escondía la cabeza en su hombro cada vez que brillaba un relámpago.

—¿Dónde está Creel? ¡Maldita sea! —exclamó Lackey con una especie de cólera borreguil poniéndose más colorado que un tomate—. ¡Oyéndolo todo! —concluyó, cerrando de un golpe violento la comunicación.

Pero en aquel momento entró el aludido con el sombrero puesto, algo ladeado, y las mejillas arreboladas. Era un joven de unos veinticinco años, muy interesado por todo, en general, y especialmente por lo que se refería a su trabajo. Roy Hargis le inspiraba, por una parte, cierto pavor, pero, por otra, profunda admiración. ¡Qué suerte tenía el pequeño Lenny Creel de que el capitán le hubiera elegido como auxiliar!

Boley se volvió hacia Lackey y le examinó con ojos escrutadores.

—¿Por qué toma usted las cosas con tanto calor? —le preguntó.

—¡Como si no lo supiéramos...! —dijo Roy riéndose. Después se volvió hacia el recién llegado—. Vamos, Creel —le dijo.

Salieron ambos. Lackey se sentó en el sillón giratorio de su mesa y se quedó mirando plácidamente la tabla de la misma.

—Es lo que Wesson llama un verdadero carácter —observó Boley.

—¿Quién? —preguntó Lackey levantando la vista bruscamente.

—Pues el capitán. Un regreso como el que hemos tenido habría tumbado a cualquiera patas arriba... y sin contar con la chica. Yo no puedo con mi alma. Todavía estoy aturdido. Podríamos habernos matado una docena de veces. Y mírelo usted a él. Más fresco que una lechuga.

—¿Y la chica...? —preguntó Lackey—. ¿Estaba asustada? Seguramente será muy joven.

—Diecinueve años —respondió el conductor sin separar los ojos del teniente.

Commonwealth *street* era corta y típica. Constaba solamente de cinco manzanas desde la orilla occidental del río hasta la manzana única que se prolongaba después de cruzar el Blackhawk *boulevard*. Cerca del río. Commonwealth estaba llena de despachos de agencias comerciales, pescaderías y bares baratos; después, a medida que se alejaba del río, venían casas de empeño y agencias de colocaciones con anuncios sucios; luego, los edificios de ladrillo de dos o tres pisos llenos de pensiones mal iluminadas y con persianas polvorientas y desvencijadas llegaban casi hasta Blackhawk, quedando allí aplastados por la edificación de 14 pisos del Commonwealth Building. Pasado el Blackhawk *boulevard*, Commonwealth florecía espléndidamente, tomando entonces el nombre de *Vanity Row*.

Vanity Row constaba de una sola manzana y en ella había tres lujosos clubs nocturnos: «Cipriano's», el «Gold Eagle» y «Merlin's». Radicaba también allí uno de los más caros y mejores restaurantes del Estado, el «Weber's», y también dos salones de belleza, que, como decía Wesson, tenía uno que limitarse a verlos desde el exterior, como no se fuese una debutante, una señorona de Riverview o una *cocotte* con pieles de visón de *Vanity Row*. «Glassman's», el «Tiffany's» del Midwest, se hallaba en el chaflán de Blackhawk y *Vanity Row*, y en la acera de enfrente, un salón de venta del Cadillac.

Por la noche, los estilizados anuncios luminosos del *Row* resplandecían como joyas de lujo: rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes... Sólo un vistazo a las fachadas era bastante para que los palurdos no se atrevieran a entrar, y, en otro caso, los *maîtres d'hôtel* y demás empleados no tardaban en ponerles de patitas en la calle con la correspondiente humillación.

Wesson, que a veces se emborrachaba y se ponía pesado, era, por regla general, rechazado. No es que fuera exactamente un palurdo, y desde luego tenía relaciones periodísticas muy aceptables, pero, de todos modos, era considerado un indeseable. *Vanity Row* no hacía gran caso a los periodistas, pues no necesitaba publicidad. Los clubs no anunciaban nunca y «Weber's» tampoco. Nadie le invitaba a uno al *Row* y el que no perteneciera a aquel ambiente podía quedarse en casa. Los *maîtres* eran allí autócratas inapelables.

En el momento a que este relato va a referirse, el *Row* se hallaba oscuro, salvo las luces de «Glassman's» y del Cadillac, y tan desierto como si la calle hubiera sido abandonada repentinamente por sus habitantes huyendo de un ejército invasor. Reinaba el silencio en aquellos parajes, más allá de los cuales surgían los enormes edificios dedicados a despachos, sumidos ahora en la negrura y sin más iluminación que la de los huecos de los ascensores.

—Para aquí —dijo Roy—. Veremos si podemos entrar por el pasadizo de detrás. Si vamos directamente por el *Row*, quizá daremos a alguien una oportunidad para huir. Nadie pasa en coche por el *Row* a estas horas de la noche como no se trate de los

camiones de la limpieza.

Creel aparcó el auto en Endicott, una manzana antes del cruce con Blackhawk. Ambos policías descendieron y se encaminaron rápidamente a un pasadizo situado en la parte posterior de «Cipriano's».

—¿Cómo sabe usted que no se han marchado ya? —preguntó Creel a su jefe.

—No lo sé —dijo Roy—. Sólo es una prueba.

Detrás de «Cipriano's» había una luz. Roy atisbo a través del cristal de la puerta y después, de pronto, empuñó el llamador y llamó con él enérgicamente. Creel dio un salto, sobresaltado.

Tras el cristal apareció una negra cara donde se reflejaba cierto espanto, con los ojos desmesuradamente abiertos que dejaban entrever un círculo interior blancuzco. Roy le enseñó la placa, pero el negro parecía dudoso, pintándose la irresolución en su cara.

—Será mejor que abras —ordenó ásperamente Roy.

—No sé... no sé... —dijo el negro—. El amo... él...

—Necesito ver al amo —gritó Roy rápidamente—. Abre o tiro la puerta de una patada.

El negro quitó la cadena, a regañadientes, y abrió la puerta. Roy entró rápidamente, seguido de Creel. El enorme negro llevaba una camiseta y los pantalones de uniforme, color lavanda y oro, que usaban los empleados de «Cipriano's». Se quedó mirando hurañamente a Roy y Creel.

—¿Está el amo en su despacho? —preguntó secamente Roy.

—Ahora está ocupado. ¿Son ustedes policías de veras? ¿Por qué entran así?

—¿Es por aquí, verdad? —interrumpió el capitán atravesando con rápido paso el gran vestíbulo oscuro, con Creel pegado a sus talones.

—¡Eh! ¡Cuidado! —exclamó el negro—. Usted no puede proceder de esta manera. Aquí es «Cipriano's». Se expone a que le peguen un tiro por muy policía que sea.

Roy oyó en el fondo el rumor de una conversación, y volviéndose hacia el criado, le dijo:

—Muy bien, muchacho. Quédate ahí, ¿comprendido? Y no des un paso. Vamos, Len.

—Parece que vaya a ser yo el que reciba el disparo —dijo el negro siguiendo hoscamente con la mirada a Roy y Creel que se adentraban en el interior.

Los policías penetraron en un pasillo, corto pero muy lujoso, que parecía estar forrado de terciopelo y donde reinaba un grato olor a perfume caro. Las luces indirectas, de tonalidad sonrosada, daban al lugar un aspecto fantasmalmente irreal. La alfombra tenía un pie de espesor y los pies de los visitantes se hundían suavemente en ella al caminar. En la pared se veían varios desnudos estilizados y a mitad del pasillo, en una hornacina, había una fantástica estatua de una mujer desnuda, alta y alargada, tallada en madera negra. Un poco más allá se abría una

puerta, forrada de cuero color turquesa, que conducía al tocador a juzgar por una placa plateada colocada en la parte superior donde se leía: «*Mademoiselles*».

Pasada esta puerta, volvieron a oír murmullo de palabras, pero ahora más fuertemente. En el extremo del pasillo había otra puerta, ésta de madera corriente, ostentando con letras plateadas la indicación «PARTICULAR».

Roy abrió esta puerta y entró. Creel le siguió. Un hombre bajo, de cara morena, rechoncho y calvo, en mangas de camisa, se levantó de un brinco de la silla que ocupaba en un lado de una mesa y se les quedó mirando aturdido. Frente a él estaba sentada una joven rubia con traje de noche; junto a la mesa y sobre una banqueta, una botella de champaña asomaba su cuello en un cubo.

Se produjo un momento de tenso silencio y Roy mostró en seguida su placa.

—¡A usted le expulsarán del Cuerpo por esto! —rugió el hombre furioso.

—Me dijeron que usted me llamaba... —alegó Roy.

—Yo no he llamado a nadie.

—Muy bien, Mr. Sert. Cálmese usted. Pero alguien ha llamado desde aquí.

—Llamada descubierta, ¿eh?

—Claro.

—¿Es usted Hargis?

Roy asintió con un ademán y miró a la mujer. Era fina y joven y sus ojos chispeaban bajo los efectos del champaña. El hombre siguió la dirección de la mirada.

—Es mi esposa —dijo—. Tootsie: éste es Roy Hargis.

—Es un placer para mí... —dijo Roy.

La mujer no pareció prestar gran atención a esas fórmulas sociales.

—¡Más champaña! —exclamó—. Nunca hubiera esperado ver un policía en estas condiciones. Estás decayendo, *papá*.

Creel contemplaba boquiabierto a aquella mujer que parecía un ángel y se expresaba con tal desgarro. Aquello resultaba desconcertante.

—¿Quieren tomar ustedes algo, caballeros? —preguntó el hombre.

—¿Caballeros? —interrumpió Tootsie—. ¡Para el gato...!

Roy se echó a reír.

—Ríase —dijo la mujer—. Con esa cara, el reír no le hará ningún daño. ¡Más champaña, *papá*!

Mientras el marido llenaba a Tootsie la copa, se creyó obligado a dar una explicación:

—Háganse cargo de que estamos en nuestra luna de miel. Sólo hace tres semanas que nos hemos casado. Tootsie ha recargado un poco la bebida, ¿verdad, cariño?

—Sí, sí, *papá*. He bebido algo. Pero el champaña no puede conmigo. No se preocupen. Yo soy muy prudente con esta clase de vino; si se tratara de martinis, no les aseguraría tanto...

—Me llamo Joe Sert —interrumpió el hombre—. Creo que ya deben saberlo.

Bueno..., yo soy el dueño de esto.

—Nosotros somos los dueños de esto —rectificó Tootsie levantando la voz y alzando la copa como si brindara—. Somos los amos de «Cipriano's». Hace dos años ni siquiera podía asomarme a la puerta. Era camarera en «Headley's» y estaba morada de tantos pellizcos. ¿Bebía champaña entonces? Ginebra barata, y gracias.

—Pues si yo te hubiera visto, no te habría impedido entrar aquí, Tootsie —le dijo Joe Sert cariñosamente—. Claro que no.

—Gracias, Joe, muchas gracias. Quizá no lo parezcas, pero eres un caballero.

Sert se ruborizó ligeramente y Roy bajó la mirada contemplando la alfombra y conteniendo la risa. Creel, completamente estupefacto, se limitaba a contemplar a Tootsie, como si estuviera hipnotizado por ella.

Joe Sert, una de las viejas glorias de la ciudad, tenía ya cerca de los cincuenta años. Cuando tenía veinte, cumplió condena en tres distintas ocasiones por contrabando de licores. Aquello sucedió antes de que los muchachos organizaran las cosas como era debido. Después de 1925 no estuvo detenido ni un solo día más. Cuando se produjo la crisis económica tenía unos dos millones de dólares contantes y sonantes y a buen recaudo. Desde entonces, como él decía, había estado siempre dentro de la legalidad, aunque en un tiempo se hubiese mezclado en asuntos de juego.

Todo eso eran cosas pertenecientes al pasado y olvidadas por completo por Joe, que, año tras año, se iba volviendo cada vez más respetable y conservador: un buen ciudadano, un contribuyente (pagaba hasta el último céntimo, podía enorgullecerse de ello) y el propietario del más elegante y hermético *supper-club* de la ciudad. «¡Cien por cien dentro de la legalidad —se jactaba Joe—; cien por cien!».

Joe se mantenía siempre en un segundo término. Sólo los verdaderos iniciados sabían que era el dueño de «Cipriano's». El club lo dirigía un italiano, displicente y descarado, que se llamaba Attilio Gozza, conocido, por los asiduos, por César. El gran César, el *maître d'hôtel* más independiente, despectivo e impaciente de la ciudad. Las señoras más encopetadas de Riverview se acercaban a él tímidamente y casi se desvanecían si César se mostraba deferente con ellas: era un hombre que, en el Row, podía hacer o deshacer a cualquiera.

Tenía una casa junto al río y un *Cadillac* con su correspondiente chófer. Se decía que Joe le pagaba un salario nominal, pero que sus propinas ascendían casi a un millar de dólares a la semana.

—¡Más champaña, *papá!* —gritó Tootsie—. Entra bien y después hace cosquillas —añadió riéndose ruidosamente.

Joe volvió a llenarle la copa sin una palabra de reproche; después le dijo:

—Cariño, *baby*, ¿tendrás inconveniente en pasar un instante a la habitación de al lado? Tengo que hablar de negocios...

—¡Ésta es nuestra luna de miel... por piedad! ¡Negocios aún...! —Se puso en pie con escasa seguridad. Era alta y esbelta, con una figura de modelo—. ¿No tardarás mucho, verdad, *papá?* Si tardas, saldré, cogeré a ese jovencito que está ahí y me lo

llevaré adentro para charlar un poco.

Dirigió a Creel una sonrisa deslumbrante.

El agente pareció amoscarse un poco.

—Todo es broma, ¿comprenden, muchachos? —terció Joe con una mirada un poco cohibida—. Todo es broma.

—¡Viva la broma! —gritó Tootsie girando sobre sus tacones con un arrebato de energía que casi le hizo perder el equilibrio—. ¡Me encuentro estupendamente! ¿No tardarás mucho, verdad, *papá*?

—No tardaré, *baby*.

Creel se apresuró a abrir la puerta para que pasara la mujer, inclinándose ligeramente cuando ésta lo hizo.

Tootsie le cegó de nuevo con una sonrisa y le dio un golpecito en la mejilla.

—¡Adiós, monada! —le dijo.

Entró en la habitación contigua mientras Creel cerraba lentamente la puerta tras ella.

—No está acostumbrada a beber —disculpó Joe—. Se le sube el vino a la cabeza...

—Ya me hago cargo —asintió Roy mirando fijamente a la alfombra.

El joven Creel se secó la frente y se aflojó nerviosamente el cuello.

Joe, que se había sentado, arregló un poco la mesa y después empezó a dar vueltas entre sus dedos a una copa vacía de champaña. Parecía reacio a hablar, pero finalmente, dijo:

—Hargis: me parece que no necesito decirle que no soy ningún soplón.

—Conozco su reputación —asintió el capitán.

—Sí... Bueno; cuando yo no era más que un jovencito y bastante alborotado, ya sabe usted lo que es la juventud, lo pasé mal por no querer abrir el pico. Caí un par de veces en las redes de la ley y, después de eso, los chicos de la Comisaría Central acostumbraban a echarme el guante encima cuando había algún jaleo; pero nunca sacaron nada de mí. Una vez me tuvieron encerrado una quincena solamente porque no quise ayudar. Compréndame; desearía que usted se hiciese cargo...

Roy afirmó lentamente con la cabeza. Estaba rabiando porque Joe empezara a hablar, pero sabía que era más prudente dejar que hiciese las cosas a su modo. Aunque Joe era entonces un auténtico hombre de negocios, sin que tuviera la menor sombra de sospechas contra él, todavía procedía al estilo maleante. Sólo un rata miserable cooperaba con la policía; sólo un rata se *chivaba*.

—Hágase cargo —prosiguió el propietario de «Cipriano's»—. Frank Hobart era para mí el mejor amigo que pueda tenerse.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, apretó los labios y durante un momento se quedó callado y mirando a la mesa como si se esforzara en recuperar su propio dominio.

Haciendo como que miraba en torno a la habitación, Roy observaba a su

interlocutor con el rabillo del ojo. El viejo tunante parecía ahora completamente sincero en su sentimiento por la muerte de Hobart...; tan sincero como espectacularmente impetuoso se había mostrado Chad Bayliss, y tan anonadado también. Roy pensó que el tal Hobart debía haber sido un tipo atractivo. Sólo le había conocido de un modo superficial, como un hombre alto, guapo, elegante, con pelo gris en una cara joven y que debía parecer una perla entre aquel conjunto de rufianes más o menos encopetados: un hombre distinguido, en suma.

—Era encantador —prosiguió Joe—; el hombre más encantador que he conocido, y un perfecto caballero. Perfecto —afirmó—. No había en él nada de ficticio; nada, en fin, que le asemejase a esos cualquiera de corbata de lazo blanco que pululan por *Vanity Row*. Estaba documentadísimo en todo lo referente a vinos y menús. Tenía aquí su mesa especial y venía a cenar casi cada noche; y, lo hiciese o no, su mesa quedaba siempre libre con un cartelito que decía: «reservada para Mr. Hobart». César acostumbraba a servirle personalmente. Era el único hombre de la ciudad a quien el *maître* guardaba esta consideración, salvo ese viejo saco de oro de Riverview... ¿cómo se llama?

—¿Spalding?

—Sí. El viejo Spalding... Y conste que éste no sabe distinguir la cerveza del champaña ni el pollo de la ternera. Se le puede presentar cualquier cosa delante, y se la come sin fijarse ni siquiera en lo que es. No era así Mr. Hobart. Pietro, el *chef*, confeccionaba personalmente la comida de Mr. Hobart y después estaba temblando hasta que oía decir que Mr. Hobart se había mostrado satisfecho. En cuestión de salsas era un maestro y solía proporcionar fórmulas a Pietro. Había viajado por toda Europa y había participado en los banquetes más refinados. Yo... yo no voy más allá de las costillas de cordero.

—Ni yo tampoco —reconoció animadoramente Roy.

Joe se levantó. Parecía excitado.

—Mire usted, Hargis: ¿Cómo pudo un hombre como ése dejarse enganchar por aquella descarada sin pizca de vergüenza? Yo me lo pregunto; ¿cómo fue posible...?

Roy disimuló el interés que le sobrecogió de repente, manteniendo bajos los ojos y buscando el paquete de cigarrillos.

—No lo sé, Mr. Sert. A los hombres nos pasan cosas tan raras... —Roy se acordó de Tootsie y se preguntó también cómo un viejo aventurero tan baqueteado como Joe Sert se había dejado enganchar por aquella mujer—. Pero, por regla general, acostumbramos a ver las pajas en el ojo ajeno...

—La conocía muy bien —chilló Joe golpeando la mesa—. Era una mujer que me andaba rondando cuando empezó a trabajar aquí, pero yo maldito el caso que le hice. En sus ojos podía leer, que era una mala persona; y lo es, sin género de duda. ¡Es tan cierto como la luz del día, que fue ella la que lo mató! —gritó, sin dejar de golpear la mesa y poniéndose en pie.

La puerta de comunicación se abrió y Tootsie asomó la cabeza.

—¡Papá! —reprendió—. No chilles más y cálmate. Ya sabes lo que ha dicho el médico. —Volviéndose hacia Creel le miró con una sonrisa tierna y acariciadora—. *Papá* tiene la tensión muy alta —explicó.

La cara de Joe se ensombreció algo y después sus ojos reflejaron un sentimiento de preocupación y acabó por sentarse procurando tranquilizarse. Tootsie se acercó a él, le sacó el pañuelo del bolsillo del pecho y le enjugó suavemente la frente.

—Gracias, *baby*, gracias —le dijo Joe—. Ahora vuélvete allí, por favor. Acabo al momento.

Tootsie se sonrió vagamente y luego hizo un ademán vacilante hacia la botella de champaña. Roy se levantó para acudir en su ayuda y le llenó la copa hasta vaciar la botella.

—Gracias —dijo Tootsie mirando apreciativamente al capitán—. ¿Qué es lo que está usted haciendo en la Policía? Un caballero como usted...

Roy se inclinó con irónica ceremonia. Tootsie se volvió para mirar a Creel.

—Y éste, también —prosiguió—. Es muy mono. —Después cruzó por su frente la sombra de una duda y se quedó mirando a la copa—. O puede que todo sea debido a este vino... Sí; puede que sea así. —Volviéndose hacia Joe, le amonestó—. Ahora, *papá*, acuérdate. Ten calma. Tienes presión arterial.

Joe asintió sombríamente. Tootsie se encaminó hacia la puerta tambaleándose un poco. Creel entró al punto en acción, le abrió la puerta y volvió a inclinarse ligeramente.

—¡Qué amabilidad por parte de los *guindillas*! —dijo la mujer—. Nunca me lo hubiera figurado. ¡A mí; a mí...!

Desapareció luego por el hueco y Creel cerró la puerta tras ella algo a regañadientes, según le pareció a Roy.

—No importa que esté bebida —dijo Joe como si pensara en voz alta—. Es la mujer de mejores sentimientos que he conocido en mi vida. Lo único que le preocupa es cuidarme. Creo que he acertado en mi elección. Si, por el contrario, fuese una perra como aquella... como aquella... —Joe volvió a levantarse barbotando de rabia—. Quiero decir que estaría pensando en la forma de acabar conmigo o procuraría hacerme la vida imposible hasta que acabase por reventar.

—Sí —convino Roy—. Y, dígame, Mr. Sert: ¿Sabe Tootsie algo de este asunto?

Joe permaneció silencioso durante un momento, se fue calmando poco a poco y se sentó. Al fin, habló:

—Hargis —dijo—, estrictamente hablando. Tootsie no sabe nada de nada.

A Roy le asaltó la risa, pero se contuvo. Joe no estaba tan atontado como podía parecer a primera vista. Eran los buenos sentimientos de Tootsie los que le habían atraído de aquella manera. ¿Y por qué no había de ser así? Joe estaba ya en las puertas de la vejez y seguramente se daba perfecta cuenta de ello.

Tomando una repentina decisión, Joe abrió uno de los cajones de la mesa, sacó un retrato y se lo enseñó a Roy por encima de la mesa. Era una fotografía de aspecto

eminentemente profesional, clara y sobre cartulina brillante. Roy le echó un vistazo. Era una morena de cara ancha y cuerpo opulento. Levantó la vista para mirar a Joe que tenía el ceño fruncido, y después volvió a examinar el retrato con más atención. De pronto se sintió sobrecogido por la belleza original, inesperada, de aquella fisonomía que resultaba plácida, casi inexpresiva. Le hizo el mismo efecto que si hubiera recibido un golpe.

—¡Jesús! —exclamó.

—También usted, ¿eh? —comentó Joe ceñudamente—. ¡Esa maldita...!

Creel atisbaba por encima del hombro de su jefe. Éste le miró. Creel permaneció indiferente, limitándose a un encogimiento de hombros.

—¿Qué me dices, Len?

—Parece gorda. No sé... Nada más que una cara.

Roy estaba asombrado, pero no dijo nada. Joe asintió con un ademán y dirigió a Creel una mirada de gratitud.

—Sí —afirmó—. Nada más que una cara y nada más que un cuerpo. Yo no veo nada de particular en esa mujer. Hobart permaneció viudo durante veinte años. Él fue quien eligió...

—Conservaré este retrato —indicó Roy.

—Adquiriré muchos más, si usted los necesita —dijo Joe—. Ella estaba tratando de abrirse camino cuando se tomaron. Pretendía ser cantante o yo no sé qué. No era capaz de cantar ni una sola nota. Ese condenado pianista que tengo le daba lecciones..., él sabía por qué; probablemente, para ver si la conquistaba. Todo el mundo iba detrás de ella por lo mismo, tengo que reconocerlo, pero lo que es a mí, no. Yo la tenía bien calada: es una perra que no sirve para nada, sin corazón y que sólo va a lo suyo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Roy secamente.

—Se llama Ilona Vinck, pero usaba el alias de Ilona Vance.

—¿Un alias?

—Quiero decir que es el nombre que adoptó —explicó Joe moviendo la cabeza con impaciencia—. No quiero dar a entender que ocultara su nombre por tener antecedentes o, por lo menos, nunca he oído nada sobre ese particular; pero, desde luego, era una vividora.

—Creía haber entendido que trabajaba aquí. ¿Qué es lo que hacía?

—Era una de las chicas que venden cigarrillos. César la contrató. Pensó que era una belleza. Por mi parte tengo que reconocer que vestida de aquella manera... bueno...

Joe revolvió en un cajón de la mesa y sacó otra fotografía. Era una instantánea tomada en el club. La muchacha estaba mirando a la cámara con una expresión petulante y algo enfurruñada. Parecía muy alta. Llevaba las piernas enfundadas en medias oscuras, muy finas y tirantes, y Roy pensó que eran las piernas más espléndidas que viera en su vida. Tenía los ojos claros, grises o de un azul pálido, que

contrastaban con su pelo, negro como el carbón. Su cara era ancha y de pómulos salientes. De toda ella se desprendía una sugestión de... ¿cómo diríamos...? Una especie de delicada brutalidad, tal vez. Resultaba, desde luego, adusta. El labio inferior era grueso y le daba un aspecto algo infantil.

—Mire usted lo que algún majadero escribió al dorso del retrato —observó Joe.

Roy dio media vuelta a la fotografía. Con lápiz se había escrito allí: «La Venus morena».

—¿Quién lo escribió? —preguntó el capitán.

—Dios sabe —respondió Joe moviendo la cabeza con impaciencia.

—¿Puede usted decirme algo respecto a esta mujer?

—Ya lo creo —asintió Joe hoscamente—. Y quisiera verla ahorcada o puesta fuera de la circulación para siempre. Ha matado al mejor hombre que he conocido en mi vida, y he conocido a mucha gente. Pues bien; César la contrató. Algún buscavidas barato de bulevar se la presentó. Nadie sabe de dónde venía. Siempre pensé que había sido una profesional, una buscona; pero no tengo pruebas. César es un marido feliz, con seis hijos, y no se mete en enredos. Para él, todo eso son porquerías. Él pensó solamente que le servía para el empleo. Y así fue, en efecto. Nunca vi, hasta entonces, tantos hombres que parecieran perder la chaveta; y la muy tuna sabía cómo manejarse con ellos. Nada de pasear en auto ni de piropos ni eso de dos orquídeas para ti. Los snobs nunca le hicieron mella. Cuando averiguó que era yo quien cortaba aquí el bacalao, me hizo unas cuantas cucamonas por lo fino, no como esas desvergonzadas que se le ofrecen a uno a la primera de cambio; pero pinchó en hueso. Yo he vivido lo mío y conozco el paño. Ella se dio cuenta en seguida y plegó velas. ¿Me comprende? Después Mr. Hobart empezó a dejar que se le enfriara la cena. El *chef* estaba desesperado y estuvo a punto de ahorcarse. Después les vi a ella y a Mr. Hobart charlando cada noche y cómo él le deslizaba una buena propina y le decía que la escondiese. Nosotros nos incautamos de todas las propinas, ¿sabe usted?

—Lo comprendo —dijo Roy inexpresivamente.

Lo comprendía, en efecto, perfectamente bien.

—Una noche le dio cincuenta dólares. César consintió que se los quedara, pero cuando yo me enteré dije que nones. No podían hacerse excepciones a favor de nadie; había otras dos chicas que también trabajaban y aquello no era juego limpio. Ambas eran más guapas que ella, o al menos así lo creo yo. Bueno, por aquel tiempo ella se decidió a sacar partido de su palmito y convertirse en cantante. Bob Dumas, mi pianista, un chico guapo, simpático y tranquilo, pero bastante despistado, empezó a darle lecciones. Ella no sirve para eso, desafina. Y tiene una voz que parece de barítono; más baja aún que la de Crosby. ¡Espantoso!

»Creo que estaba tratando de impresionar a Mr. Hobart, haciéndole creer que era una mujer que tenía aspiraciones y que era algo más que una simple vividora que se pasaba el día tumbada a la bartola mientras algún ricachón se encargaba de mantenerla. Bueno; lo creyera o no, lo cierto es que, Mr. Hobart siguió adelante. Le

dio todo lo que quería: un buen departamento, diamantes, pieles..., en fin, ya sabe usted, lo de costumbre —Joe suspiró ruidosamente y se encogió de hombros—. Bien; eso es lo que hay...

—¿Cuál es la dirección del departamento? —preguntó Roy.

Joe se la dio.

—Vaya, vaya... —comentó el policía—. Ashton Terrace. Buen sitio.

—Sí. Muy bueno —asintió Joe Sert.

—Y, ese Dumas —siguió preguntando Roy—, ¿dónde vive?

—No estoy seguro. Vive en no sé qué cuchitril. Mañana por la tarde, a las seis, estará aquí. Por regla general toca en el salón tangerino hasta la una o más tarde.

—Muchas gracias, Mr. Sert. Ahora contamos ya con algunos hechos nuevos. Pero todavía estamos a oscuras. ¿Por qué le mató esa mujer?

—Bien —respondió Joe—. En primer lugar ella tenía un genio de todos los diablos. Uno de nuestros camareros, Giuseppe, un italiano inofensivo, con un acento endemoniado, pero siempre de broma, le gastó alguna de las suyas, y ella se le echó encima, tiró al suelo una bandeja llena de platos y le dejó *knock-out*...

Joe se quedó mirando a su alrededor con aire de asombro.

—Una chiquillada... —comentó Roy.

—Pues le dejó fuera de combate lo mismo que podía haberlo hecho un campeón. Hubo que sujetarla después. Echaba humo.

—¿Qué me dice...?

—Bueno; más tarde, unos meses después, Mr. Hobart empezó a emborracharse de un modo habitual. ¡Mr. Hobart, él...! No podía uno creerlo. Él y esa maldita perra, entraban y se sentaban en la mesa reservada donde permanecían sin dirigirse la palabra en toda la noche; cuando hablaban, era sólo para pelearse. Giuseppe, que odiaba a la mujer, como usted debe comprender, procuraba escuchar y a veces pescaba alguna frase. Parece que las cosas no iban muy bien entre ellos o, por lo menos, así lo interpretó el camarero. Después, una noche, armaron un gran zipizape. La bronca fue de órdago. No podíamos consentir esas escenas en «Cipriano's», ya sabe usted cómo es esto. Sin embargo, César no quería decirle nada a Mr. Hobart y tuve que decidirme yo a hacerlo. Resultaba endemoniadamente violento el tener que indicar a un caballero como Mr. Hobart cuál debía ser su modo de comportarse. No volvió por aquí en un mes aproximadamente. Resultaba muy penoso cuando, al fin, reapareció. Vino solo y bebía como un alelado. César lo llevó personalmente a su casa... —Joe suspiró y se levantó—. Primero, esa maldita puerca lo arruinó y luego se lo quitó de encima.

—¿Y por qué lo hizo? —preguntó Roy.

Joe tragó saliva, se pasó las manos por la cara y pareció estar a punto de decir alguna cosa, pero debió cambiar de pensamiento y volvió a sentarse.

—¿Cuál fue el motivo? —insistió el policía.

—Quizás él la dejó —respondió Joe débilmente—. Tal vez interrumpió los

suministros o, a lo mejor, riñeron por celos. ¿Cómo voy a saberlo? Pero lo que le digo es cierto... ¡Fue ella quien lo hizo!

Roy se levantó, asintiendo con un ademán.

—Muy bien. Muchas gracias, Mr. Sert. Ya me ocuparé del asunto. ¿No le importará si hablamos de esto más adelante?

—No —respondió Joe—. Pero, por favor, nada de publicidad.

—A usted no se le mencionará nunca si yo puedo evitarlo.

Los policías se dispusieron a retirarse. Tootsie abrió la puerta interior y entró sonriéndose, muy alegre.

—¡Adiós, adiós, muchachos! —gritó blandiendo la copa vacía—. Me he alegrado mucho de verles. —Señalando a Creel, repitió—: ¡Adiós, adiós, encanto!

—Usted lo pase bien, Mrs. Sert —respondió Creel cortésmente...

—¡Dios mío! —gritó la mujer—. Siempre me estoy olvidando. Ya verán ustedes... Hace tan poco que me he casado... Ésta soy yo: Mrs. Joseph Sert, *esquire*.

—Ésa eres tú, *baby* —asintió Joe con una débil sonrisa llena de indulgencia.

6

Chad Bayliss no quiso tratar por el teléfono de su casa de nada que pudiera referirse a una cosa tan importante como las ramificaciones del caso de Hobart. La Administración tenía sus enemigos. Dos años antes hubo una racha de interferencias clandestinas telefónicas para interceptar las comunicaciones y captar noticias con finalidades ilícitas y un experto electricista fue cogido con las manos en la masa, negándose a revelar el nombre de las personas por quienes trabajaba y siendo duramente condenado por un Juez de la Administración.

Chad condujo su automóvil hasta el Club de Patines. El edificio se hallaba cerrado a aquella hora y aquella parte de la ciudad se encontraba casi desierta por la noche. Era un paraje lleno de cobertizos y almacenes, especialmente de hierro, depósitos de gas y edificaciones de parecida naturaleza. La lluvia había cesado y un vivo viento del Este empujaba las negras masas de nubes. En el aire había una especie de olor a otoño, y muy lejos, hacia oriente, brillaban algunas estrellas.

La esposa de Chad se había empeñado en acompañarle y estaba acurrucada en un rincón del asiento de detrás del coche, arrebujada en un gran abrigo de pieles.

Creel no salió del otro coche. Roy y Chad recorrían de arriba abajo la desierta acera sombreada por el enorme pórtico con arcos del Club de Patines. Un hombre con aspecto de vagabundo salió de no se sabe dónde y les pidió una moneda para echar un trago. Roy se dispuso a despedirlo a puntapiés, pero Chad se interpuso y dio unos centavos al pedigüño.

El capitán se encogió de hombros demostrando su desagrado.

—Debería haberle sacudido —dijo—. La próxima vez es capaz de atracar a alguna mujer en una callejuela. Es una mala pinta.

—Olvídese de que es usted un policía —le dijo Chad suavemente—. Tenemos asuntos más importantes de qué ocupamos. Vamos al grano, Roy. Me he percatado de lo que me ha dicho. ¿Qué le parece lo que cuenta ese fulano de Joe Sert? ¿Qué impresión saca de sus noticias?

—Joe ha dado rienda suelta a sus emociones, pero la mujer ésa es una pieza muy aprovechable para nuestros propósitos. Si a usted no le importa un pequeño escándalo en tomo al nombre de Frank Hobart, yo creo que hemos dado en el clavo.

—La esposa de mi pobre amigo murió hace años —observó Chad—. Un hombre tiene que tener alguna mujer y el escándalo no sería excesivo. No existen hijos de por medio, no olvide este extremo. Como usted sabe, Frank fue mi mejor amigo; pero ahora ya no me preocupo por Frank, me preocupo por la Administración.

—¿Ha visto usted alguna vez a esa mujer?

—No. Cuando nosotros nos veíamos la dejaba en casa, supongo.

—¿Bebía mucho su amigo durante los últimos meses?

—Sí, lo hacía, y esto me preocupaba mucho. Una noche vino a casa muy mareado y por primera vez desde que le conozco se salió de la línea. No podía creerlo. Se puso

muy pesado y Merle se fue a la cama llorando como una Magdalena. Charles Prell estaba presente. Creí que iba a desmayarse por el asombro de que dio muestras. Hágase usted cargo de que Frank era un auténtico caballero procedente de una familia verdaderamente distinguida de la que él era el último representante. Quizá haya pasado lo que Joe Sert dijo; me refiero a esas borracheras. A veces las malas mujeres aprietan demasiado la mano sobre los hombres que parecen menos indicados para sufrirlo. Nosotros sabemos quién mató a Frank, Roy, y los motivos para ello. —Hubo una breve pausa y Chad prosiguió después—. Realmente, esto ha sido un golpe muy duro para nosotros... Muy bien, Roy; siga adelante. Eso va a ser sensacional y mucho. Mientras, entre bastidores, nosotros procuraremos solucionar nuestras pequeñas dificultades con esos mozos forasteros. Ya he dado algún paso en ese sentido. Creo que esta semana tendremos una conferencia; pero eso no es cosa suya. Usted, siga el juego.

—Muy bien, Chad. Y ahora, un par de cosas más. Sé que Joe Sert procede dentro de la Ley desde hace ya mucho tiempo. Creo que ahora está en el camino recto; pero no quiero desdeñar ninguna posibilidad. ¿No puede ser que él esté dando la cara por esos advenedizos? ¿No tratará de cargar el mochuelo a la chica?

—Ni por asomo —respondió Chad enfáticamente.

—Perfectamente. Ahora voy a referirme a un asunto puramente de procedimiento. La chica vive en el Terrace. No quisiera dar allí ninguna campanada. ¿Qué necesidad hay de ello? ¿Qué puedo hacer?

—¿El Terrace, eh? —dijo Chad emitiendo un silbido entre dientes—. Muy bien. Ahora me voy derecho a casa. Conozco al administrador del edificio. Le telefonaré sacándole de la cama, desde luego. Espere usted media hora, digamos, y luego vaya allí. El administrador, o quien sea, estará ya en la oficina. A estas horas no rondará por allí ningún inquilino y todo se desarrollará de un modo perfecto, cortés y tranquilo.

—A menos —interrumpió Roy— de que alguno de esos sabuesos de la prensa no ventee la pista. Entonces tendremos que luchar con dificultades.

—Las dificultades ya vendrán más tarde. Esto es lo que puede hacerse ahora en beneficio del Terrace. No deberían admitir allí a mujeres como ésa.

—Perfectamente, Chad.

—Buenas noches —terminó éste. Después, mientras se encaminaba hacia su automóvil, se volvió—. Mire al cielo, Roy —le dijo—. Empieza a ponerse gris. No creía que fuera ya tan tarde. Buenas noches.

El automóvil partió rápidamente. Roy se encaminó lentamente al suyo, mirando al cielo. Hacia levante, por encima de los elevados edificios, empezaba ya a reflejarse una pálida claridad. Creel estaba sentado frente al volante fumándose un cigarrillo. Roy subió al coche.

—Acabo de pensar una cosa —dijo—. No he comido nada desde la hora del almuerzo.

—Pues ahí abajo, en esta misma calle, hay un bar abierto toda la noche — respondió su subordinado—. También a mí me gustaría tomarme una taza de café.

* * *

El establecimiento se hallaba desierto y solamente un barman de aspecto cansado estaba tras el mostrador con un gorro de cocinero de dudosa limpieza. En un rincón había una máquina tragaperras y Creel se acercó a ella y empezó a hacerla funcionar, maldiciendo de su mala suerte.

En el momento en que el empleado salía con el servicio pedido, entró y se sentó junto al mostrador un hombre gordo enfundado en un impermeable. Era Wesson. Roy le miró fugazmente de reojo y luego pareció no darse cuenta de su presencia.

—¿Todavía trabajando, Hargis? —preguntó el periodista.

—Me parece que está usted algo bebido, Wesson —le contestó el capitán de la Policía—. ¿Por qué no se va usted a su casa?

—Mi casa está donde está mi corazón —fue la respuesta—. Y ahora mi corazón late por un poco de tocino y un par de huevos fritos, sin contar una tostada con mantequilla y el correspondiente café. ¡Así me engordo!

El del bar le dirigió una mirada huraña y luego fue a prepararle lo pedido.

—Claro que se engorda —le dijo Roy al reportero—. Está usted más gordo que un cerdo.

Wesson empezó a tararear una cancioncilla que, según explicó, era la favorita de los soldados australianos. No podía quitársela de la cabeza. De modo que la entonó supliendo con palabras imaginarias la parte de letra que había olvidado y repitiendo incesantemente el estribillo.

Al fin Roy pareció resentirse de semejante concierto.

—Mire usted, Wesson —le dijo—, tiene usted una voz que parece un serrucho oxidado. ¿No podría irse usted con la música a otra parte?

Wesson prorrumpió en risotadas estentóreas y estuvo a punto de caerse del taburete.

Después se serenó y dijo:

—Bueno; si ustedes se empeñan en seguir con sus trapisondas y me tienen en pie a estas horas...

—¿Qué diablos está usted diciendo? —gruñó Roy dejando de comer.

—¡Vaya un sitio que han elegido usted y Chad para charlar! El Club de Patines. Ahí es donde colgaban antiguamente a los bandidos.

Roy empujó su plato hacia delante.

—¿Quiere usted que le dé una noticia sensacional? —preguntó al periodista.

—¿Es que hay aquí eco? Me voy a volver loco. ¡Noticia sensacional! ¡Noticia sensacional! ¡Noticia sensacional!

Wesson lanzó un grito penetrante y se asió, por encima del mostrador, al

camarero.

—¡Cuidado, maestro! —gritó éste con cara de pocos amigos.

—Pues insisto en lo dicho —reiteró el policía—. Sólo le pido que espere a mañana, y después puede llamarme temprano. Tiene usted mi promesa.

Terminó alargando la mano al reportero con un ademán de compromiso.

Wesson se quedó mirando un momento a su propia mano.

—¿Y puedo contar también con su palabra de honor?

—Sí —respondió Roy—. Mi palabra de honor.

Wesson se sacó unas monedas del bolsillo y las arrojó sobre el mostrador.

—El dinero es el dinero —dijo— incluso en estos tiempos; pero, ¿qué es lo que vale su palabra de honor?

Roy descargó un revés sobre la cara del periodista derribándole del taburete.

—¡Ahí va! Espere un momento —dijo el *barman* buscando debajo del mostrador una especie de porra hecha con un tubo de caucho que reservaba para tales ocasiones.

Wesson se levantó lentamente y luego, de repente, moviéndose con la rapidez y agilidad de un boxeador, agarró una botella de salsa e hizo ademán de tirársela a la cabeza a Roy, pero antes de llevar a cabo su amenaza, el camarero, abalanzando el cuerpo por encima del mostrador, le dio un golpe en la cabeza con la porra y Wesson volvió a caer al suelo.

Roy se bajó del taburete y se quedó de pie junto al caído periodista que estaba algo *groggy*.

—La cosa marcha, Lenny —dijo a su subordinado—. Vámonos.

Roy salió y Creel le siguió después de pagar. Wesson se puso de pie tambaleándose.

—¿Qué le padece que quiso decirme? —le preguntó al impasible *barman*.

—No lo sé, maestro —fue la respuesta—. Pero aquí no quiero riñas. Una noche me estropearon el chiringuito, con platos, vasos y todo lo demás. Todavía no me he recuperado.

Los primeros indicios, de un amarillento débil, del nuevo día, surgían al fondo de la calle residencial, amplia y desierta, cuando Creel detuvo el automóvil un poco más allá de la adornada marquesina del Ashton Terrace y Roy saltó del coche.

—Es mejor que entres conmigo —le dijo a Creel—. Puede que te necesite.

Subieron la ancha escalinata que conducía al enorme pórtico, que parecía una terraza, donde se abrían las puertas de diez pies de altura, de bronce y cristal.

Sobre ellas, el mastodóntico edificio estaba sumido en el sueño con las persianas echadas. Si alguien estaba despierto allí a aquella hora, sería porque padecería insomnio.

En el vestíbulo, que resultaba pequeño para el volumen del edificio, las mujeres de la limpieza estaban terminando sus faenas. Era una entrada de aspecto elegante y tenía un aire de solidez, por decirlo así, que le daba aspecto de Banco.

El empleado que estaba de guardia durante la noche había sido avisado y antes de que Roy pudiera hablar, le dijo:

—¿Es usted Mr. Hargis? Mr. Clemm le está esperando. Siga recto. Es en la puerta donde dice «particular».

Roy se limitó a asentir con un ademán, y él y Creel, que estaba mirando en tomo suyo lleno de interés, se encaminaron por un pasillo de suelo de mármol hasta llegar a la puerta de madera negra donde campeaba una placa de latón.

Roy llamó con los nudillos y al no obtener respuesta, empujó la puerta y entró con Creel pisándole los talones. La puerta les dio acceso a un antedespacho desierto. Oyeron voces. La entrada del despacho principal se hallaba abierta y un hombre calvo con gafas de concha asomó la cabeza por el umbral y se quedó mirando a los policías. Tenía los ojos un poco enrojecidos y la cara descolorida.

—¿Es usted Hargis? —preguntó. El interpelado asintió con la cabeza y el otro prosiguió—: Mr. Bayliss ha telefoneado. ¿Quiere hacer el favor de entrar? Yo soy Mr. Clemm, el administrador auxiliar. Mr. Dykes, el administrador, se halla algo indispuerto. Un poco de gripe de fines de verano.

Roy entró en el despacho, siempre seguido de Creel. Un hombre corpulento y de cara rojiza se hallaba sentado tras una mesa con la tabla cubierta con un cristal y estaba fumando un cigarro.

—Es Mr. Grant, el detective de la casa —presentó Clemm. Después prosiguió—: No puedo decirle cuánto me ha impresionado el saber que una huésped nuestra está... bueno... que la Policía tiene necesidad de interrogarla.

—¿Ha visto usted ya algún diario de la mañana? —preguntó Roy.

—¿Por qué? No; no lo he visto. Acaban de despertarme, y a Grant le pasa lo mismo. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Conoce usted a Mr. Frank Hobart? —siguió preguntando el policía.

—¿Cómo? Desde luego. Él...

Mr. Clemm se detuvo y se quedó mirando interrogativamente a su interlocutor.

—Él... ¿qué? —preguntó éste.

—Bueno; iba a decir... Miss Vance era una especie de protegida suya. Venía aquí con frecuencia, pero puedo asegurarle que nunca subió al departamento de Miss Vance. Él la esperaba en el vestíbulo. Estoy seguro de que Mr. Hobart...

—Pues bien; alguien lo ha matado esta noche pasada —espetó Roy de repente.

Mr. Clemm pareció sentirse indispuerto y tuvo que retroceder apoyándose en la mesa como si necesitara sustentarse en algo. Grant se levantó de un salto como si hubieran encendido una hoguera debajo de su asiento.

—¿Muerto? ¿Mr. Hobart? —preguntó el detective—. ¡Aquel caballero tan distinguido...! Pero, ¿quién diablos...?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —dijo el capitán de policía—. Dígame, Mr. Clemm —prosiguió—. ¿Cómo quiere usted que yo maneje esto? ¿Querría usted llamar a la chica y decirle que baje aquí?

—Pero eso es imposible —respondió el administrador auxiliar—. Se ha marchado. Nos dejó la noche pasada, a cierta hora. —Se volvió al detective de la casa y le dijo—: Grant; creo que será mejor... Se trata de un asunto grave.

Grant tosió nerviosamente para aclararse la garganta.

—Sí, Mr. Clemm. Bueno; ella estuvo fuera toda la tarde y noche, me parece. Después volvió a las dos y media de la madrugada, aproximadamente. La acompañaba un hombre joven a quien yo no había visto nunca.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era un guapo tipo —respondió Grant—. Alto, esbelto y de pelo negro. Vestía con descuido y no llevaba corbata ni sombrero. Una especie de Gary Grant en su juventud. Moreno. Parecía un italiano refinado... No; no es eso exactamente... Quizá más bien un francés, aunque he visto irlandeses jóvenes con ese mismo aspecto.

—Muy bien. Adelante —dijo Roy después de reflexionar un instante.

—Bueno; él la ayudó a hacer la cuenta. Aquello resultaba un poco extraño creo yo. Especialmente después que...

Se detuvo y miró a Mr. Clemm.

—No es éste el momento de dejarse nada en el tintero, Grant —le dijo aquél, cuyo aspecto de indisposición parecía ir en aumento y sirviéndose un vaso de agua de la botella que había encima de la mesa con mano temblorosa.

—Pues bien, capitán —prosiguió el detective particular—. Aquí pasó una cosa rara. Un robo que no fue robo. Quiero decir..., bueno; se lo contaré. Comparecieron aquí un par de individuos que se hicieron pasar por inspectores, exhibiendo las insignias de tales; lampistas. Tenían la orden escrita en toda regla, que enseñaron, de inspeccionar las cañerías, las instalaciones de la calefacción, etc. Ni Mr. Clemm ni yo estábamos aquí. El segundo administrador auxiliar les franqueó el paso. Estuvieron revolviendo por todas partes. Llevaban una caja llena de herramientas, trozos de tubería y no sé cuántas cosas más. Finalmente, un camarero de piso les dejó entrar en

el departamento de Miss Vance, donde afirmaron que habían encontrado una avería. Estuvieron trabajando alrededor de una hora y después se marcharon. De pronto entró corriendo una camarera en mi despacho. Dijo que el departamento de Miss Vance había sido saqueado. Subí inmediatamente. Miss Vance acababa de llegar. Fue una situación condenadamente extraña. Miss Vance se limitó a preguntarme qué era lo que yo quería. Yo no sabía qué decirle. Le pregunté si todo estaba en orden y ella me contestó afirmativamente. De todos modos, la puerta de un armario empotrado en la pared se hallaba abierta y pude darme cuenta de que estaba vacío. Era allí donde guardaba sus abrigos de pieles.

—Comprendo —dijo Roy—. Usted cree que aquellos lampistas le saquearon el departamento y ella no quiso decirlo.

—No es que lo crea —respondió Grant—. Es que lo sé.

—¿Y cuándo pasó eso? —preguntó Roy.

—El sábado. Hace dos días.

—Muy bien —dijo el capitán—. Ahora, ¿qué me dice de Miss Vance?

—¿De Miss Vance? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó el detective.

—Que cuál es su opinión respecto a esa mujer.

—Bueno; pues mi opinión es —respondió Grant midiendo las palabras— que era una chica muy lista y que sabía cómo arreglárselas en sus propios asuntos. Yo no creo que tuviera ni un solo visitante mientras vivió aquí, excepto Mr. Hobart, naturalmente. Y en su departamento nunca recibió a nadie. Las camareras se enteran de todo y nos mostramos muy severos tratándose de una mujer sola. Únicamente tenemos unas pocas, y éstas muy bien recomendadas; como lo estaba también Miss Vance, por Hobart.

—¿Tiene usted algo que añadir? —preguntó Roy volviéndose hacia Mr. Clemm.

—No —respondió éste—. Nada que pueda arrojar ninguna luz, me temo. Miss Vance era una de las jóvenes más hermosas que he visto en mi vida y muy educada. Vestía con sencillez y con un buen gusto excelente. Apenas cambiábamos palabras con ella, pero siempre se mostró amistosa y sonriente. ¿No es verdad, Grant?

El detective de la casa asintió.

—¿Pagó la cuenta? —preguntó Roy.

—Bueno; en realidad no lo hizo —fue la contestación de Mr. Clemm—. Pero, desde luego, eso no tiene gran importancia. Sólo nos debe un mes y nos mandará un cheque. Todo está conforme. Ella siempre se mostró muy puntual en los pagos y, naturalmente, estaba avalada por Mr. Hobart.

Roy sacó un cigarrillo y lo encendió; después hizo una indicación a Creel para que le siguiera al antedespacho.

—Lenny —le dijo—; llama a Emmet, tengo necesidad de que haga dos cosas. Primero, averiguar dónde vive Bob Dumas. Es un pianista y sin duda pertenece a la Unión de Músicos. Dile que obtenga un mandamiento oficial para sacarle de la cama por si fuera necesario. Después dile que necesito que venga al Terrace y que practique

un registro minucioso en el departamento de la Vance... ¿Comprendido? Llámale en seguida, desde aquí. Vuelvo al despacho y dejaré la puerta cerrada.

Roy regresó al despacho principal.

—¿Han limpiado el departamento de Miss Vance después de marcharse? —preguntó.

—No —respondió Mr. Clemm—. Existe la costumbre de hacer la limpieza un poco más avanzada la mañana.

—Pues no permita que nadie toque nada. Voy a mandar a un experto para que eche un vistazo allí.

—Muy bien, capitán —dijo Grant mirando a Clemm—. Tendremos mucho gusto en colaborar en todo lo que sea preciso.

Roy se dio cuenta de aquella mirada.

—Ese departamento ha de considerarse como si quedara sellado desde este momento —observó secamente.

—¡Oh, naturalmente! —exclamó el administrador auxiliar. Después de una pausa algo tensa, prosiguió—: Capitán..., esto resulta algo embarazoso para nosotros. No había pasado nunca nada en el Terrace que ni remotamente se pareciera a esto. Nosotros...

—¿Qué es lo que puede preocuparles? —interrumpió el policía—. Miss Vance se despició anoche, ¿no es verdad? Ella está ya fuera de su jurisdicción.

—Y damos gracias a Dios por ello —convino Clemm con un suspiro—. Pero, la publicidad, quiero decir. Los periódicos. Después de todo ella ha vivido aquí y...

—Veré lo que puedo hacer —dijo Roy—. Quizá no aparezca ni una línea respecto a esto. Procuraré que sea así.

—¡Oh!; muy amable, capitán, muy amable —dijo Clemm—. Y si hay algo que alguna vez podamos hacer por usted..., cualquier cosa que sea..., quiero decir... En fin, ya sabe usted. El mundo es un pañuelo, como dicen, y...

Clemm se rió nerviosamente. No estaba acostumbrado a ofrecer dádivas a los oficiales de policía.

—Lo pensaré —respondió Roy sonriéndose ligeramente—. Siempre queda la mutualidad de funcionarios, para un caso. Puede remitir el cheque a mi nombre, desde luego, al Ayuntamiento. Siempre que consiga mantenerles fuera del asunto, claro está. No hay prisa.

Se volvió y salió del despacho. Grant y Clemm se miraron uno a otro, consternados.

—¿Estaría bromeando, Grant?

—Lo dudo —respondió éste moviendo la cabeza—. Lo dudo mucho.

Resultó que Bob Dumas vivía en Melton Stairs, en el rincón bohemio de la ciudad, al norte de Paxton Square y contiguo al peor barrio bajo de la población. Melton Stairs estaba lleno de músicos, pintores, escritores, rameras y traficantes de drogas; salpicado de pequeños restaurantes italianos que ocupaban los bajos de las casas, de cafés que parecían agujeros abiertos en las paredes y de hoteles baratos más que sospechosos por todos conceptos.

Melton Stairs se levantaba desde la orilla occidental del río y trepaba lentamente hasta una altura que dominaba un ancho recodo de la corriente fluvial y los enormes edificios del distrito central que se alzaban más allá. Durante la Guerra Civil la base de aquellas stairs (escaleras) había sido un desembarcadero de los vapores y, en la actualidad, una placa de latón marcaba el lugar donde unos pocos voluntarios de las milicias habían rechazado una incursión de los Irregulares Confederados que ascendieron por el río y que habían intentado apoderarse de un vapor de paletas con calderas alimentadas con leña. Este histórico acontecimiento fue conocido con el nombre de batalla de Melton Stairs.

En aquellos tiempos pasados, las stairs estaban habitados por una ruda y endurecida caterva de marineros, aventureros, esclavos fugitivos procedentes del bajo Sur, corredores de bosques, merodeadores..., un muestrario, en fin, verdaderamente formidable, pero si aquellos hombres hubieran podido levantar ahora la cabeza se hubieran quedado asombrados, divertidos y quién sabe si un poco apenados, también, por la calaña de sus sucesores.

Creel iba conduciendo. La Melton Stairs Hill era casi recta, con espacios llanos y reducidos en los cruces. Roy fumaba silenciosamente un cigarrillo. Empezaba a sentir el esfuerzo agotador de aquel largo día, pero no decía nada.

Detrás de ellos, el sol iba alzándose sobre los elevados edificios y hacía brillar un número infinito de doradas lentejuelas en la ancha curva del río, oscuro y oleaginoso. Las ventanas de las casas que se alzaban en la cumbre de la colina relucían como láminas de cobre pulido. El viento había barrido todas las nubes del cielo. Iba a ser aquél un día caluroso.

Creel se detuvo frente a una destartada casa de tres pisos, hecha de ladrillo. La mayoría de las persianas estaban echadas. Salvo la presencia de algún carro de lechero, las calles estaban desiertas. La bohemia dormía tan profundamente a aquella hora del día como los ricos huéspedes del Ashton Terrace.

—Esto es un cuchitril, verdaderamente —comentó Roy cuando descendió del coche—. Vamos, Lenny.

Atravesaron la acera sembrada de trozos de periódico y desperdicios de toda clase y llena de rayas toscas de tiza, obra, sin duda, de los juegos infantiles.

—No puedo comprender cómo la gente que pulula por aquí puede tener chicos —apuntó el capitán.

—Todavía quedan por este barrio muchos italianos —contestó su subordinado— aunque tengan que vivir como sardinas en banasta.

—Es una maldita vergüenza.

—Sí —asintió Creel—. Mike Antonelli vive en algún sitio de por estos andurriales. El otro día me dijo que tendría que mudarse. En toda la noche no cesa la música, las francachelas y demás. No es raro ver mujeres gritando y alborotando que corretean medio desnudas por las calles.

—Ese cabezota de Wesson también acostumbra a estar por aquí. Está en su ambiente.

Los policías entraron en un vestíbulo pequeño y sucio donde había una hilera de timbres con sus correspondientes bastidores para tarjetas, unas ocupadas y otras vacías. Roy, que estaba examinando el abigarrado muestrario, emitió un leve silbido y señaló una de las cartulinas. Creel miró. En una de las tarjetas de visita se leía: Robert Bonaventure Dumas.

—Con una filiación así, ese individuo debería vivir en el Terrace —dijo Roy—. Subamos al segundo piso; es el número 218.

Encontraron el departamento junto al descansillo de la escalera. Antes de que el capitán llamara con los nudillos a la puerta, ésta se abrió desde adentro y se encontraron frente a frente con una joven rubia y delgada, de aspecto asustado, que se les quedó mirando y luego trató de cerrar la puerta. Roy se deslizó en el interior de un empujón, con Creel pegado a su espalda.

—Si que se ha levantado usted pronto... —dijo el capitán paseando la vista por el sucio y desarreglado departamento.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren? —estalló la joven.

La repentina intrusión de aquellos desconocidos la había asustado mucho, al parecer; pero recobró el dominio de sí misma en seguida y dejó de aparentar turbación o temor, mostrándose solamente fría y con cara de pocos amigos.

—Venimos en busca de Bob Dumas —dijo Roy.

—No está aquí.

—Pero usted debe estar esperándole...

—¿Lo cree así...?

Roy penetró más en el interior de la estancia y cerró la puerta.

—Sí —dijo—. Siéntese.

La joven se limitó a quedárselo mirando con aire de reto a través de las gafas que campeaban sobre su nariz. Creel la encontró muy atractiva. Era alta y esbelta y vestía con sencillez y limpieza, con blusa blanca y falda negra. Su fisonomía era más bien delicada, como podía apreciarse a primera vista; tenía los pómulos anchos, y los ojos azules, parcialmente ocultos tras los cristales de las gafas, oblicuaban ligeramente. Tenía el pelo rubio platino natural y, en general, su apariencia era refinada y señorial, aunque en su cara se observaban algunas señales peligrosas, indicativas de un temperamento resuelto y decidido. Era la única mujer a quien Creel había visto que le

sentaban bien las gafas, aunque había que reconocer que el artefacto en cuestión excedía mucho de lo ordinario pues tenía la montura grande, de un material plástico sonrosado y en sus ángulos exteriores adoptaban un oblicuo sesgo hacia la frente, añadiendo más carácter a aquella mirada, ya de suyo un poco mogólica.

—¿Usted conoce a Bob? —preguntó ella mirando a Roy suspicazmente.

—No —contestó el interpelado—; pero quiero conocerle —añadió exhibiendo la placa y el carnet.

—¡Vaya; la policía...! —exclamó la muchacha sentándose y encendiendo un cigarrillo.

—¿No me dirá usted que vive en esta zahúrda...? —dijo Roy contemplándola.

—Vivo abajo, en el *hall* —contestó la joven con indiferencia.

—¿Y cómo es que usted va tan pulida y correcta?

—Mi departamento no se parece en nada a éste.

Roy miró a su alrededor. Camisas y chaquetas colgaban del respaldo de las sillas. Las persianas estaban abarquilladas y rotas. Un montón de revistas atestaba una mesa desvencijada y algunas de ellas habían caído al suelo en confusa mezcolanza. Junto a la pared, un piano vertical se hallaba materialmente cubierto de piezas y hojas sueltas de música. Olía a polvo y humedad.

—De vez en cuando me meto aquí y hago una limpieza a fondo —dijo la mujer—. Entonces el inquilino de este cuarto me niega el saludo durante varios días. Dice que no puede encontrar nada en su sitio.

—¿Cómo se llama usted? —la interrumpió el capitán.

—Ruth Jensen.

—¿Sus ocupaciones...?

—Tengo una pequeña tienda de música en la esquina de Melton Stairs y el bulevar. Formo sociedad con Mrs. Andrews Sims.

—¿La señora de Riverview?

—La misma que viste y calza —respondió la joven sonriéndose ligeramente ante el aspecto sorprendido de Roy—. Es mi tía.

—¿Y cómo demonios está usted viviendo en un zaquizamí como éste?

—¿Qué quiere usted decir? —alegó ella—. ¿Es acaso algo contrario a la ley o cosa por el estilo?

Creel tuvo que volverse sonriéndose ligeramente y se puso a mirar por la ventana a la sucia calle iluminada ya por el sol.

—Bueno —insistió el capitán—; cuando formulo una pregunta es porque tengo mis razones para hacerlo.

—Está bien. Pues vivo aquí porque me da la gana. ¿Queda contestada su pregunta?

Roy la contempló durante unos minutos con aire observador. La fatiga se estaba adueñando de él y los recuerdos de aquella noche interminable se confundían en su mente: Kit, los relámpagos, Tootsie, Wesson, Chad Bayliss, Joe Sert barbotando con

la faz purpúrea...; todos aquellos personajes danzaban una especie de infernal zarabanda en su cerebro agotado como en un aguafuerte fantástico. Se estiró, desperezándose.

—¿No habrá por ahí un poco de café?

—Sí —respondió Ruth, levantándose—. Acabo de hacer un poco.

La joven entró en una pequeña cocinilla, separada por un biombo de papel blancuzco cubierto de pentagramas con anotaciones musicales hechas a lápiz y de garabatos con tizas de colores, y volvió poco después con tres tazas humeantes. Creel le dio las gracias cortésmente y ella le miró con cierta curiosidad. Roy se limitó a tomar una taza de sus manos y empezó a beber. La joven se sentó; cruzó discretamente las piernas y paseó la mirada, de un modo suave y comedido, de uno a otro de los visitantes. Era, pensó Creel, como si estuviese en una terraza del Riverview Country Club. Resultaba de una incongruencia casi cómica en aquel cuarto desastrado y revuelto.

—¿Hace mucho tiempo que está fuera Dumas? —le preguntó el capitán.

—No lo sé —contestó Ruth.

—¿Ha estado fuera esta tarde?

—No.

—¿Acostumbraba usted a levantarse tan temprano... o está levantada toda la noche como parece ser el caso?

—No podía dormirme. Me levanté sobre las cuatro, me vestí y subí aquí para hablar con Bob. Éste no se acuesta nunca hasta alrededor de las seis. No estaba aquí. Creí que no tardaría ya mucho en regresar y, en consecuencia, hice un poco de café y me dispuse a esperarle.

—¿No tenía usted ninguna idea acerca de dónde pudiera hallarse?

—No. Eso no tiene nada de particular. Muchísimas veces sale, sólo por salir, y ronda de una parte a otra. Hay algunos pocos sitios que permanecen abiertos toda la noche como usted sabe. En Paxton Square hay algunos establecimientos así y a veces Bob se mete allí y está escuchando la música.

—Las vacaciones del cartero, ¿eh? —interrumpió Roy—. Me parece que él debería estar ya cansado de música después de estar tocando toda la noche en «Cipriano's».

—Eso —observó Ruth— es sólo un trabajo que él desempeña; una colocación para ganarse la vida que nada tiene que ver con la música. Odia ese trabajo, créame. —La muchacha observó al capitán de policía con atención durante unos momentos y después tomó un sorbo de café y prosiguió—: Bob es un genio musical o, por lo menos, a mí me lo parece, y he de añadir que él está totalmente conforme conmigo en este punto.

La joven pronunció estas palabras con toda solemnidad, pero Roy captó su sentido humorístico y se sonrió.

—Conque admite eso, ¿eh? —dijo—. Tengo entendido que los *Stairs* están llenos

de gente así.

—Pero no como Bob; se lo aseguro.

—Usted, por lo visto, vela un poco por él, ¿no es así?

—En cierto modo —dijo Ruth bajando los ojos.

Siguió una larga pausa y luego Roy preguntó de repente:

—Miss Jensen: ¿conoce usted a llora Vance? —La muchacha tuvo un leve sobresalto—. Ya veo que sí, que la conoce —prosiguió Roy lacónicamente. Después se volvió hacia Creel y le dijo—: Llama al Terrace. Mira si Lackey está allí y si ha encontrado algo.

Creel salió para cumplimentar la orden.

—Sí; la conozco —acabó por contestar Ruth—. ¿Tiene todo esto algo que ver con ella? ¿Ha metido a Bob en algún compromiso?

—¿Es que usted teme que haya sido así?

—Tratándose de una mujer como ésa todo puede temerse.

—Pues, ¿qué pasa con ella?

—Mire —explicó Ruth—. Creo que sería mejor esperar a que Bob regrese. Me niego a contestar a ninguna pregunta más.

—Como le parezca. Pero se trata de un caso grave. Alguien ha sido asesinado.

Ruth dio un salto y se quedó mirando al policía, de un modo agitado.

—¿Asesinado? —repitió—. ¿Quién, por amor de Dios?

¿No será... Bob?

—Siéntese, Miss Jensen —le dijo Roy—. Dumas está perfectamente bien. Cállese. Creo que sería conveniente para usted si quisiera ayudarme. En tal caso yo también la podría ayudar a usted.

Ruth se sentó recobrando el color.

—¿Cómo podría usted ayudarme? —preguntó.

—¿Quién sabe? —Roy terminó de tomarse el café y dejó la taza—. Desde luego el hacerme un boceto del carácter de esa muchacha podría resultarme provechoso.

—¿Cómo puedo hacerle a usted el boceto del carácter de una persona que no tiene ningún carácter, ni ninguna clase de principios morales, ni nada que se parezca a una inteligencia, como no quiera confundirse con esta facultad una astucia maligna?

—Es posible que usted obre bajo los efectos de sus prejuicios —observó el policía.

—Sí; es más que posible. Desde luego reconozco que tengo un prejuicio contra esa mujer. Tiene usted que hacerse cargo que se trata de una persona de esas que nunca toman un no como una respuesta. Hace mucho tiempo que anda detrás de Bob; éste es muy guapo y también bastante indiferente con las mujeres.

—Excelente combinación...

—Sí, y, al parecer, esto resulta atractivo para una mujer como ésa, que está acostumbrada, sin duda, a verse asediada por los hombres desde que cumplió los once años. —Se produjo una pausa. Ruth miró a Roy pensativamente—. No quiero que

usted interprete mal —prosiguió— lo que le he dicho respecto a Bob. Me refiero a su indiferencia hacia las mujeres. Es un hombre perfectamente normal, pero se halla embebido por completo en su trabajo. No tiene idea de lo atractivo que resulta y no se preocupa de su aspecto personal. Si no fuera porque tiene que trabajar en «Cipriano's» dudo de que ni siquiera se lavase o afeitase. La mitad de las veces se olvida hasta de comer.

—Siempre dando tumbos de un sitio a otro, ¿eh?

Ruth lanzó sobre su interlocutor una aguda mirada.

—Sí —convino—. Supongo que, para usted, él parecerá que, en efecto, siempre va dando tumbos de un sitio a otro.

Roy experimentó la sensación de que le había puesto en su sitio. Aquella muchacha tenía la típica manera de ser Riverview, el espíritu de aquella esfera social, una forma característica de seca condescendencia, llena de despectiva indiferencia para los patanes. Roy estaba lleno de fatiga y, a la vez, de irritación, y acabó por perder las riendas.

—Perfectamente —dijo con hosca frialdad—; para mí, un vago es siempre un vago, sea cual fuere la forma en que usted quiera calificarlo. Las Stairs están llenas de vagos pretenciosos.

—Es cierto —afirmó la muchacha—; pero Bob no es uno de ellos... Y creo que no voy a contestar ya a ninguna otra pregunta más. Como es natural, usted puede apelar al recurso de retorcerme las muñecas.

—Bob estaba enseñando a cantar a esa chica, ¿verdad? —dijo Roy al cabo de un momento.

—Nadie sería capaz de lograr una cosa así —replicó Ruth sonriendo burlonamente—. Creo que canta como una gata acatarrada.

Roy respondió con una leve sonrisa. En aquel momento la puerta se abrió y entró un joven de elevada estatura. Llevaba la camisa abierta y usaba una chaqueta de franela ajada y descolorida, con remiendos de cuero en los codos. Su cutis tenía un tinte oliváceo y su pelo corto era negro como ala de cuervo. Tenía una belleza varonil, suave y apacible, con unos negros ojos, vivaces y expresivos. En la mano llevaba un periódico y estaba a punto de empezar a decir algo, cuando se dio cuenta de la presencia de Roy y se detuvo en seco.

—¿Quién es usted? —preguntó sin perder la apacibilidad de su expresión.

—Un policía —terció rápidamente Ruth.

—Uno de tus amigos, ¿eh, Ruth? —dijo el recién llegado en tono de guasa.

Se quitó luego la chaqueta y la lanzó a través de la habitación hacia una silla, errando la puntería. Ruth se levantó, cogió la chaqueta del suelo y la colgó de la silla.

—Sí. Es uno de los muchachos amigos con los que cuento entre la Policía —respondió.

—¿Trae el periódico algo interesante? —aventuró Roy.

—Sí —contestó el músico—. Hay una novela por entregas que me tiene loco...

una novela del Oeste, claro está.

—No lee más que historias de *cow-boys* —explicó la muchacha tratando de atraer la mirada de Bob.

—Me parece una literatura muy sedante —prosiguió el pianista—. Nada de psiquiatría ni de psicoanálisis; nada de problemas sociales ni de sexualismo. Muy sedante, sí. —Se sentó y apoyó los pies en la mesa no sin derribar media docena más de revistas que fueron a incrementar el desparramado montón de sus compañeras yacentes en el pavimento—. ¿Quieres darme un poco de café, Ruth?

—En seguida, Bob —respondió la muchacha desapareciendo detrás del biombo.

Roy echó un vistazo al periódico que había venido también a parar al suelo. En grandes titulares se leía «FRANK HOBART, ASESINADO».

—¿Conocía usted a Hobart? —le preguntó a Bob.

—No —respondió éste—. Había oído hablar de él. ¿Quién cree usted que le ha asesinado?

Ruth llegó con el café.

—¿Asesinado a quién? —interrogó sin mirar a nadie.

—Mr. Hobart, el abogado, ha sido muerto —explicó tranquilamente Bob.

Ruth dio un respingo y derramó un poco de café en el platillo.

—¡Cuidado, chica! —exclamó Bob—. Por cosas así fusilan a las camareras.

—¿Se ha sorprendido usted, Miss Jensen? —insinuó el capitán Hargis.

—Pues..., naturalmente que sí. Mr. Hobart fue amigo de mi padre. Tuvieron buena amistad durante muchos años..., hasta que murió mi padre.

—Vamos, vamos —interrumpió Bob volviéndose hacia el policía—. Dejemos de jugar al ratón y al gato. Resulta molesto. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

Dieron un golpecito en la puerta y entró a continuación Creel. Se acercó rápidamente a su jefe y le susurró unas palabras al oído. Roy hizo un lento ademán de asentimiento y leyó con atención un pedacito de papel que le entregó su subordinado.

—Muy bien —dijo después—, pero necesito un par más de hombres. Los recogeremos en el Ayuntamiento. —Se volvió en seguida hacia la pareja de jóvenes—. Coja usted su sombrero, Miss Jensen, si es que lo usa. Nos vamos todos al centro de la ciudad.

—¿Quiere usted decir que quedo detenida? —preguntó la muchacha.

—No. Sólo me los llevo para un interrogatorio.

—Esto resulta muy molesto para mí —dijo Bob con un gesto de desagrado—. Necesito dormir. He estado trabajando toda la noche.

—Desearía telefonar —indicó Ruth secamente.

—Ya lo hará en el Ayuntamiento si quiere, Miss Jensen —respondió Roy—. Pero yo no se lo aconsejaría. Es sólo un interrogatorio y no creo probable que continúe retenida después.

Ruth, indecisa, miró a Bob, pero éste se limitó a encogerse de hombros con indiferencia, cogió la chaqueta y empezó a ponérsela.

En la calle. Wesson les estaba esperando.

—¡Hola, mala cabeza! —le saludó Roy—. ¿Tiene usted ahí su coche?

—Naturalmente —respondió el periodista.

—Pues déjelo aquí y véngase con nosotros. Voy a cumplir la palabra de honor que le he dado.

—No sé... —respondió Wesson mirando a Ruth y Bob—. A lo mejor encuentran luego mi cadáver flotando en las aguas del río... ¿Qué va usted a hacer con esa simpática pareja?

—No se trata más que de un interrogatorio rutinario —respondió el capitán—. Nada... Así pues, ¿no quiere usted venir conmigo?

—No; pero le seguiré.

—Puedo hacerle un hueco...

—Creo que estaré más seguro en mi propio coche.

—Como le parezca; pero yo soy hombre de palabra.

—Nunca lo pondré en duda otra vez, especialmente si estoy cerca de un individuo con una porra en la mano —dijo Wesson. Luego, volviéndose hacia Bob preguntó—: Dumas: ¿puedo servirle en algo?

—¿Por ejemplo? —preguntó el interpelado.

—Puede usted —terció Roy— mantener su nombre fuera del periódico. Por ahora, claro está.

—Toca muy bien el piano —dijo el reportero—. Me reanima cuando me siento deprimido... El cuerpo de Sileno, la cabeza de Sócrates... y la mentalidad de un niño travieso: éste es Wesson. Vaya adelante, Roy. Yo le seguiré.

Cuando llegaron al Ayuntamiento, la gran ciudad se estaba despertando y el tráfico iba creciendo en volumen en todas las calles principales. Había ya muchos remolcadores en el río dedicados a su trabajo, arrastrando lanchones y pesados barcos de carga. Una negra masa de pájaros emigrantes, llevados por el viento hacia el Sur, volaban con gran algarabía sobre el Parque Central. El otoño llegaba ya y podía sentirse su proximidad a pesar del calor que reinaba aún.

Roy dejó a Bob y a Ruth en las manos de Sid Paul encargándole que les tuviera con toda la comodidad posible, pero incomunicados. Después envió a Creel para que tomara consigo dos agentes de paisano del Destacamento de servicios especiales y preparase otro automóvil, sin distintivo alguno, y a continuación se metió en su propio despacho. Gert Carlson se volvió para mirarle alzando las cejas. Acababa de llegar y se estaba arreglando frente a un espejo colgado a la pared. Era una mujer de unos treinta años, sencilla, divorciada, reservada y eficiente.

—¿Ha vuelto Emmet? —preguntó el capitán.

—Creo que sí —respondió la secretaria—. Me parece que he oído ruido ahí dentro. Pero no estoy segura porque acabo de llegar. No abuse, Roy; está usted pálido y fatigado. ¿El asunto de Hobart quizá...?

—Sí. Lo tenemos nosotros. Dentro de poco podré descansar.

Roy empujó la puerta. Emmet Lackey estaba en una de las mesas. El corpulento detective se quedó mirando con aspecto de culpabilidad sorprendida y después trató apresuradamente de esconder algo que estaba mirando.

—¡Oh! —exclamó sonriendo débilmente—. Pensaba que era Gert.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —preguntó el capitán—. ¿Dibujos pornográficos?

—No sé por qué has de gastar esas bromas, Roy —refunfuñó Lackey barajando algunos papeles que tenía encima de la mesa—. Tengo aquí notas, apuntes... He hecho un minucioso registro en el departamento de aquella mujer... ¿Dónde está la tarjeta? ¡Ah, sí! Aquí está.

Lackey alargó a su jefe una tarjeta y éste la leyó. Decía así: Avalon 37135. Ad: 237 Avalon Parkway. Barrington States. Mrs. Allen Spencer.

—¿Y bien...? —preguntó Roy.

—Hemos averiguado, por el detective del Terrace, que son las señas de una hermana de la mujer que buscamos —respondió Lackey—. Ese Allen Spencer es bastante conocido, Su verdadero nombre es Elmer, pero desde que se casó introdujo estas variaciones. Probablemente a su esposa no le gustaba el nombre de Elmer. Es una especie de agente de negocios, empresario, o cosa por el estilo; hace lo que le sale: administración de fincas y demás. Durante cierto tiempo tuvo arrendado el Club de Patines y quiso organizar allí espectáculos sobre la pista de hielo que fracasaron. Todo parece salirle mal. Debe a todo el mundo, pero se las compone todavía para vivir en Avalon Parkway.

—Capto el personaje —dijo Roy—. Adelante. ¿Y la esposa?

—No sabemos nada. Es forastera.

—¿Dónde encontraste esta tarjeta?

—Estaba olvidada en el fondo de un cajón.

—¿Alguna otra cosa de interés?

—No mucho más. Hice un informe muy detallado. Quizá podría encontrar algunas indicaciones si pueden ser de utilidad.

Roy observó a Lackey durante un momento. La cara del hombretón se hallaba un tanto congestionada y su mirada era aún más huidiza que de costumbre. Roy se acercó a la mesa rápidamente, revolvió un poco los papeles que la cubrían y al fin extrajo de ellos una gran fotografía en cartulina reluciente de Ilona Vance en traje de baño. Resultaba subyugante y capaz de hacer las delicias de cualquier combatiente de Corea.

—¡Gran hallazgo matinal! —exclamó burlonamente el capitán—. ¿En el fondo de dónde has encontrado esta fotografía?

—La... la encontré, pues, tirada debajo de un ángulo de la alfombra. Debía haberse caído allí casualmente e introducirse... no sé —contestó Lackey visiblemente turbado.

No sabía dónde mirar ni qué hacer con las manos. El sudor perló su frente, roja como una cereza.

Roy se apoyó en la mesa y clavó una mirada penetrante en su subordinado.

—Contesta simplemente sí o no... —ordenó en tono tajante—. Si esta mujer te pidiera que incendiaras la Audiencia o que le pegaras un tiro a tu madre impedida, ¿lo harías?

Lackey balbuceó y farfulló algo entre dientes, esforzándose por sonreír y procurando tomar todo aquello en broma, en la forma torpe, desmañada y patosa en la que él era capaz de hacerlo.

—Me ni... ni... niego a contestar esas preguntas por ser im... im... improcedentes.

—Lo harías —afirmó Roy—. Y robarías el cepillo de los pobres y golpearías ferozmente a un ciego y manco por añadidura. —Arrojó de nuevo la foto en el montón de papeles—. No la necesito —dijo—. Es tuya, Emmet; y no es preciso que la archives. Guárdatela para tu recreo..., y puedes clavarla en la pared de tu cuarto, encima de la mesilla de noche.

Los intentos de Lackey para parecer jovial y dársela de hombre de mundo, resultaron patéticos. Hizo un esfuerzo desesperado para prorrumpir en una carcajada, pero no consiguió más que hacer temblar su vientre voluminoso.

—Todo lo que puedo decir —continuó Roy— es que fuera lo que fuese lo que Hobart pudiera hacer, me parecería justificado.

—Eso es una afirmación completamente cínica, Roy. Cínica hasta más no poder.

—¿No estás conforme con ella?

—Claro que no —respondió Lackey juntando las palmas de la mano con un ademán de santurrón—. La belleza es una cosa puramente superficial, epidérmica. La belleza de la mujer, quiero decir. Remueve nuestros más bajos instintos.

—Pues yo no creo tener otros.

—Eso es una desgracia, Roy, y te inhabilita para juzgar a los demás correctamente. Sí; precisamente como me estás juzgando, o prejuizando equivocadamente en estos momentos a mí mismo.

—Lackey —le interrumpió su jefe—. ¿Sabes lo que eres en estos momentos? Pues un condenado hipócrita. Me gustaría verte en una isla desierta y a solas con el original de esa foto.

—Estaría absolutamente segura a mi lado, Roy. Te lo aseguro. Tú no me comprendes a mí de ninguna manera.

Gert llamó en aquel momento por el aparato de comunicación interior y Lackey contestó; después hizo un ademán de asentimiento y se volvió hacia Roy.

—Creel está preparado, Roy. Que tengas buena suerte.

Roy le miró agudamente de nuevo y se apoyó otra vez en la mesa encarándose con el atribulado detective.

—Mira, Lackey —le dijo—. Si vuelvo aquí con esa mujer, te abstendrás por completo de entrar en comunicación con ella. No está bien el abusar de las ventajas que da el tener a una chica en el calabozo.

—¡Vamos! ¡Vete a la porra! —exclamó débilmente Lackey, tratando de reírse.

—La voy a poner bajo la custodia especial de la matrona más robusta que pueda encontrar.

Mientras Roy se retiraba. Lackey permaneció sentado en su sillón riendo forzosamente mientras se sujetaba el vientre con las manos, pero tan pronto como la puerta se cerró detrás de su jefe, su expresión cambió por completo y en sus pequeños ojos azulados brotó un rayo de odio salvaje. Después se levantó y empezó a recorrer a largas zancadas el espacio frente a su mesa haciendo retemblar el pavimento bajo sus pies de gigante.

En el antedespacho, Gert bostezó frente a su máquina de escribir y murmuró entre dientes:

—¿Qué será lo que pone tan nervioso a ese mastodonte de ahí dentro? ¿Por qué se paseará de ese modo de arriba abajo?

Después concluyó para sí mismo: «Es un ejemplar de la fauna prehistórica». Se encogió de hombros y dedicó su atención al teclado.

Poco a poco, Lackey fue recobrando la calma. Al fin, se sentó, volvió a arreglar los papeles a fin de poder ocultar instantáneamente la foto de Ilona Vance si alguien abría la puerta, y luego, con un largo suspiro, se embebió en una dilatada y minuciosa contemplación de la hermosa mujer, deslumbrante en su estética opulencia.

No es que Barrington States fuera precisamente Riverview, pero, cuando menos, ocupaba un segundo lugar muy discreto entre los barrios de la ciudad. Las calles, anchas y de trazado curvilíneo, iban ascendiendo con orientación hacia el Oeste, desde las regiones fluviales donde asentaban sus reales el «Avalon Yacht Club» y el «Regatta Pier» hasta las bajas colinas, formando terraplenes. Los terrenos donde un día lejano acamparon los indios, ahora formaban un parque para el esparcimiento de los habitantes de la ciudad, de piel algo menos enrojecida que la de aquellos extinguidos aborígenes. Los grandes robles, los álamos y los sicómoros bordeaban las avenidas; había extensos jardines con cuidados parterres esmaltados de flores y rodeados de setos ornamentales.

Era aún temprano y Barrington States apenas acababa de despertarse. Aquí y allí, criadas negras con vestidos del mismo color que sus caras, y delantales que contrastaban por su blancura, iban y venían con periódicos en las manos o bien recogían paquetes de los camiones de reparto o sostenían cambios de impresiones, más o menos vivaces y prolongadas, con los caballeros que, a aquellas horas, desempeñaban la importante misión de distribuir artículos tan esenciales como el pan y la leche, sin que ello suponga, ni mucho menos, desdeñar a los también abundantes repartidores a domicilio de las prendas y ropas debidamente lavadas y planchadas con la pulcritud característica de quienes, no en escaso número, añorarían, sin duda, la colgante coleta de los hijos del Celeste Imperio.

La barriada tenía un aire gratamente silvestre. El temprano sol matinal lanzaba sus oblicuos rayos entre los altos árboles y las amplias calles parecían un tablero de ajedrez con sus alternados cuadros de luz y de sombra. Algunas hojas amarilleaban ya y otras tenían tonalidades ocres y rojas, pero el césped era verde aún y en algunos parterres funcionaban los surtidores para el riego elevando sus pulverizadas aguas coloreadas con los reflejos del arco iris. Después de la pasada tormenta se había ido esparciendo una ola de calor procedente de las llanuras del Oeste, y donde no había sombra, brillaba el asfalto caliente.

Roy había estudiado cuidadosamente un plano de aquel barrio, lo que resultaba necesario pues sus vías parecían ir de un lado a otro sin un plan ni un destino definido. No corrían paralelas entre sí durante mucha distancia sino que formaban curvas, rodeos e intersecciones en lugares insospechados. Era como si el esquema urbanístico se hubiera ideado con el deliberado propósito de hacer poco menos que imposible la localización de unas determinadas señas en el laberíntico conjunto.

Pero el capitán de policía halló al fin el hilo de Ariadna que había de constituir su orientación y dispuso que el segundo automóvil, a cargo de Creel, se estacionara en uno de los cruces. Se llevó consigo a Ed Reynolds. Era éste un agente fornido y silencioso, de unos cuarenta años, paciente, eficaz y digno de confianza, pero carente, al parecer, de toda ambición. Llevaba a cabo su trabajo, cobraba su sueldo y eso era

todo. Era un hombre que apenas hablaba.

El número 237 de Avalon Parkway era una gran casa antigua de ladrillo y madera, con un vago estilo del normando inglés, situada en el centro de un jardín con el césped limitado por vistosos setos y caminos enarenados. En la parte posterior parecía haber una piscina con casetas. Roy emitió un ligero silbido entre dientes. Para un empresario, contratista, agente de negocios o lo que fuera, pero insolvente de todas maneras, aquélla no era una mansión despreciable. No; no lo era, en absoluto.

En el camino de entrada estaba aparcado un cupé nuevo y brillante, en dirección al exterior.

—Quédese aquí, Ed —ordenó Roy al agente que le acompañaba—. Si alguien intenta largarse en ese coche, ciérrele el camino.

Ed no dio la menor señal de haber oído nada. Roy bajó de su coche y se encaminó por el paseo central hacia la puerta de la fachada. No siéndole posible encontrar un timbre, hizo sonar el gran llamador de cobre. En una de las ventanas apareció la cara de una niña de unos tres años, pelirroja, que miró al que llamaba, y cuando éste la miró a su vez, hizo una mueca y le sacó la lengua, desapareciendo después como un monigote guiñolesco que, repentinamente, se ve estirado fuera del escenario.

Roy esperó un rato y luego volvió a repicar con el llamador. Al fin abrió la puerta una criada de pelo rojizo, despeinada, con el uniforme blanco bastante sucio y mostrando una expresión de recelosa hostilidad.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Deseo ver a Mrs. Spencer —contestó Roy.

—Está acostada. Tiene dolor de cabeza y no puede recibir a nadie.

—¿Y está visible Mr. Spencer?

—Está indispuesto y no se ha levantado aún. Regresó tarde. No puedo molestarle ahora.

—¿No podría hablar con la hermana de Mrs. Spencer?

—¿Con quién? —preguntó la criada con tono de sorpresa—. La señorita no tiene ninguna hermana, que yo sepa, aunque es cierto que sólo hace dos semanas que estoy aquí.

—Tenía entendido que la hermana de su dueña vino aquí anoche.

—¿Hermana...? No. No sé nada de eso; pero...

Una agitada voz femenina interrumpió a la doméstica.

—¡Clarice! ¡Cierra la puerta! No queremos ver a nadie, ¿comprendido? ¡Cierra la puerta en seguida!

La interpelada alzó las cejas y se encogió de hombros, disponiéndose a cerrar la puerta, pero Roy se deslizó antes, empujándola, y entró en un vestíbulo grande y de aspecto sombrío. Al otro lado arrancaba una ancha escalera y en la mitad de su altura se hallaba una mujer rubia, alta y atractiva, de cerca de treinta años. Vestía un pijama de terciopelo negro muy holgado, iba sin maquillar y con el cabello, espeso y de un dorado pálido, recogido descuidadamente y sujeto por una cinta. Roy hizo, para sí

mismo, un ademán afirmativo. Era la hermana de la mujer que estaba buscando, desde luego. Tenía con ella un evidente parecido aunque la otra, más joven, la superase.

La dueña de la casa miró al intruso con silenciosa consternación. De pronto apareció en la parte superior de la escalera un hombre alto y vestido con un pijama arrugado. Llevaba revuelto el ondulado pelo castaño claro y estaba pálido y con los ojos abotargados de sueño.

—¿Quién demonios es usted? —gritó—. ¿No ha oído lo que ha dicho la criada? Si quiere tratar algo conmigo, diríjase a mis abogados, Richmond y Dietz. Y ahora, lárguese de aquí.

—Policía —dijo Roy—. Bajen aquí ustedes dos.

La mujer alargó el brazo y se cogió al barandal de la escalera; luego se volvió y miró a su marido con aire desolado, mientras éste, nerviosamente, se sujetaba los pantalones del pijama y daba muestras de aturdimiento.

—No ha sido culpa mía, señora —alegó Clarice.

—Muy bien. Váyase a su trabajo —le dijo su rubia ama.

La pelirroja paseó la mirada desde Mr. a Mrs. Spencer, dirigió luego a Roy una débil sonrisa como si quisiera congraciarse con él, movió la cabeza y desapareció al fin.

—¿Tiene usted algún mandamiento de detención o algo por el estilo? —preguntó Spencer.

—Sí —respondió el policía—, pero no referente a ninguno de ustedes. Bajen.

De repente la rubia señora se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar agitando los hombros.

—¡Válgame Dios! —gritó Spencer—. ¿Quieres callarte, Helene? No sé por qué te pones a llorar de ese modo, nada más porque venga a casa un policía. Permítame —añadió dirigiéndose a Roy— que me vaya a echar encima algo de ropa.

—Perfectamente —accedió el capitán.

Spencer desapareció hablando para sí mismo. Helene vaciló, sacó después un pañolito de blonda y se secó los ojos, bajando después las escaleras hasta el vestíbulo. Con sus altos tacones resultaba muy alta, casi tanto como Roy, y éste medía poco menos de seis pies.

—Desearía hablar con su hermana —dijo el policía.

—¿Mi hermana? Pero yo no tengo ninguna hermana... ¿A quién se refiere usted? —dijo Helene conteniendo con dificultad un estremecimiento.

—Vamos, vamos, Mrs. Spencer —respondió Roy—. La verdad nunca hace daño a nadie.

—¡Pero si no tengo ninguna hermana...! ¿Por qué insiste usted? Usted no me conoce. Yo no le había visto nunca.

—¿Ha leído usted los diarios de la mañana?

—No —contestó Mrs. Spencer volviéndose para mirarle fijamente—. ¿Por qué?

—¿No conoce usted a Mr. Frank Hobart?

La mujer palideció visiblemente y apartó la mirada.

—¿Hobart? ¿El abogado? No; no lo conozco. He oído hablar de él.

—Fue asesinado anoche.

Roy creyó que Mrs. Spencer iba a desmayarse y extendió los brazos para ayudarla, pero ella rechazó su mano con un ademán y, pasando precipitadamente, entró en el saloncito de estar. Roy la siguió. La mujer se arrojó de bruces en un ancho diván y empezó a llorar de un modo histérico. El policía permaneció a su lado de pie, sin perderla de vista. Al cabo de un momento apareció el marido en la puerta y miró a su esposa con actitud de desagrado. Se había puesto una amplia bata japonesa bordada con dragones y pagodas rojas y doradas. Con el pelo peinado y la cara ya más encajada, resultaba un hombre guapo, pero de aspecto fatigado, algo así como un actor popular, un tanto ajado, después de una representación agotadora.

—¡Por amor de Dios, Helene! —suplicó cansadamente.

La mujer se levantó, pálida y agitada, para mirarle.

—¡Al...! —exclamó—. ¿Sabes lo que ha pasado? ¡Dios mío! ¡Frank Hobart ha sido asesinado!

Spencer se tambaleó como si hubiera recibido un golpe en pleno pecho.

—¡Qué! —exclamó. Miró estupefacto a su esposa y después se volvió para mirar a Roy con aire aturdido—. ¿Quiere usted decir...? ¿Es eso cierto, oficial?

—Soy el capitán Hargis —respondió éste—. El caso es muy grave y he sido nombrado especialmente para él.

—¡Hargis! ¡Dios mío! —gritó Spencer cayendo medio desvanecido en una silla donde permaneció sentado mirando vagamente en tomo suyo y pellizcándose el labio inferior.

Al fin se reanimó algo y sacó un cigarrillo de una pequeña petaca de marfil, pero le temblaban tanto las manos que apenas podía encender el pitillo.

Mrs. Spencer se incorporó y quedó sentada. Tenía la cara mojada por las lágrimas, pero estaba calmada.

—Alien —dijo a su marido—. Lo siento. Hice todo lo que pude; ya lo sabes. Ahora estamos perdidos.

—No necesariamente —interrumpió Roy.

Ambos esposos se volvieron rápidamente para mirarle.

—Pero, ¡y el escándalo! —gritó Mrs. Spencer—. Esto arruinará por completo a Alien en esta ciudad; ¡y precisamente cuando bastantes preocupaciones teníamos ya sobre nosotros!

—Usted afirma que ella no es su hermana —observó el capitán—. Entreguéme la, simplemente. Eso es todo lo que tienen que hacer. No habrá ninguna publicidad.

—¿Quiere usted decir...? —dudó Mrs. Spencer contemplando al policía con profunda atención.

—¡Helene! —le gritó su marido con tono de aviso.

—Perfectamente —prosiguió la mujer poniéndose de pie—. Ella me ha estado poniendo una piedra de molino al cuello desde que era todavía una mocosa. Nunca hizo nada bueno por mí. Yo vine aquí para librarme de ella. Me casé con Alien. Todo iba bien..., y ella volvió otra vez, muerta de hambre como de costumbre. ¡Y ahora, esto...! ¡Yo no quiero aguantar más...! ¡No quiero!

Volvía a gritar frenéticamente sin prestar ninguna atención a su esposo que parecía querer decirle algo.

—¡Helene! —gritó éste—. ¡Escúchame! Ella se ha ido... La hice marchar por la puerta de atrás.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó Mrs. Spencer dejándose caer de nuevo en la otomana.

Roy ni siquiera hizo un movimiento sino que se sentó observando sucesivamente a los atribulados cónyuges. Spencer le miró lleno de curiosidad.

—Ya ha oído usted lo que he dicho —masculló—. Se ha ido. Si usted la necesita, será mejor que vaya en su busca.

—No me preocupo por eso —afirmó Hargis—. Lo que quiero de usted es que me conteste a unas pocas preguntas antes de irme.

—Muy bien —convino Spencer—; siempre que Helene esté conforme, le contestaré.

—Yo estoy conforme con todo, te lo aseguro —afirmó la esposa con un tono de enojo rayano en el histerismo.

—¿A qué hora llegó ella aquí anoche? —empezó a interrogar el capitán.

—Telefoneó sobre las dos y media, levantándonos de la cama —fue la respuesta de Spencer—. Llegó aquí sobre las tres.

—¿Iba alguien con ella?

—Sí. Un joven de elevada estatura. Le entró la maleta y después se marchó.

—¿Se llamaba Dumas?

—No puedo decirlo. Yo estaba fuera de mí y no presté atención. Estoy harto de esa mujer —concluyó mirando a su esposa.

—Sí, Alien, lo estás —dijo ésta—, y confío que esto sea ya lo último. —Volviéndose a Roy, prosiguió—: Sí; el apellido de aquel joven era Dumas y su nombre propio, Bob. Es uno de los muchachos jóvenes amigos de Olla, creo. Uno de sus moscones.

—¿Qué podrán ver en ella...? —empezó a decir Spencer; pero, moviendo la cabeza, se calló en seco.

—¿Mencionó alguien a Frank Hobart? —preguntó Roy mientras se ponía en pie.

—Sí —respondió Spencer—. Olla nos dijo que lo había dejado y que regresaría a San Francisco dentro de pocos días. Trató de comprometerme para que le facilitase el pasaje, pero yo me hice el sueco.

—Por una vez... —interrumpió Helene—; y yo me congratulo de ello.

—¿Es de ella el automóvil que hay en el camino de entrada? —siguió

preguntando el policía.

—No, no tiene ahora coche. Tenía uno, pero se lo vendió o no sé lo que hizo con él. Hobart le regaló uno. Ella vino aquí en un taxi.

—Muy bien —dijo Roy—. Quizá tenga que volver a hablar con ustedes. Les citaré, si fuese preciso. Veré si puedo mantenerles fuera de esto. Ocultaré que ella fue detenida en su casa.

—¿Qué ella qué...? —preguntó Spencer levantándose.

—Ya estará ahora cogida; estoy seguro de ello —afirmó Roy.

Se dispuso a marchar. Mientras pasaba al vestíbulo, alguien repicó con el llamador. Roy se adelantó y abrió la puerta. Era Ed Reynolds. Su mirada carecía de toda expresión e iba masticando goma. Cuando su jefe le miró, se limitó a asentir con un ademán.

Roy salió, cerrando la puerta tras sí y experimentando una creciente excitación que procuró dominar.

En el primer momento no la vio. La mujer estaba oculta por el auto de Creel. Al otro lado del vehículo, Roy vio a Wesson y a un fotógrafo que discutían con Red Benson, un agente seco y duro del Departamento Especial a quien le importaba un pito arrancar una máquina fotográfica de las manos de cualquier tomavistas que se le pusiera por delante.

—Aquí tiene usted al capitán —dijo Wesson—. Puede usted preguntárselo a él, ¿no es así, Hargis?

—¿De dónde ha sacado usted a ese mico? —le preguntó Roy refiriéndose al de la máquina de retratar mientras observaba con el rabillo del ojo a la capturada—. ¿Del barro, como un gusano de los que sirven de cebo para pescar?

—Los chicos de la cámara nunca se duermen —respondió el periodista—. Daba la casualidad de que venía a visitar a una tía suya, rica por cierto, que vive en Avalon Parkway.

—Naturalmente —respondió Roy—. ¡Y qué contento estará usted con la noticia, granuja desagradecido!

—Tengamos la fiesta en paz, que es lo mejor —dijo Wesson—. Sólo los niños andan jugando al escondite. —Luego se volvió hacia la detenida—. Véanla ustedes —dijo—; escondiendo la cara detrás del bolso. Mire usted, preciosa...; me parece que no va a poder tapar lo que ha hecho, con un trozo de piel de animal.

—¿Tengo que estar aguantando todo esto? —preguntó la mujer suavemente.

—¡Tú, idiota, saca alguna foto! —gritó Wesson sacudiendo al fotógrafo.

La mujer era casi tan alta como Creel que estaba muy lejos de ser un pigmeo precisamente. Llevaba una falda blanca muy ceñida y un suéter azul oscuro no menos ajustado. El cabello, negro como ala de cuervo, lo llevaba echado hacia atrás por encima de las orejas y sujeto con una cinta blanca; era una mata larga y espesa y le caía por la espalda de un modo desordenado. Llevaba puestas unas gafas oscuras y se tapaba el rostro con un bolso de charol. Era evidente que se había vestido apresuradamente y a la ligera. Los detectives estaban todos tratando de adoptar un aspecto de profesional indiferencia; instrumentos de la Ley que se limitaban a cumplir su misión, su deber jurado a la ciudad, al condado, al Estado y a la Unión Federal, en ascendente escala. Incluso el impasible Ed Reynolds se mostraba estudiadamente frío.

—¿Es la lente lo suficiente grande para abarcar toda la escena? —preguntó Wesson, provocando una tonta risotada del fotógrafo.

A pesar de su gran estatura y robustez, la mujer tenía la figura más graciosa y atractiva que Roy había visto en su vida.

—Muy bien —dijo—. Que suba al auto.

—Que suba al auto dice... —suspiró Wesson—. Ése es un favor que a mí me pondría en un compromiso. ¡Hay que ver la cantidad de conflictos que puede traer

para un hombre normal!

Creel miró sorprendido a su jefe.

—¿En mi automóvil?

—Sí —respondió aquél—. Llévela directamente a manos de Alma. Nadie puede verla ni hablar con ella hasta que yo llegue. ¡Nadie!

—Muy bien.

—Vamos pues, ¿qué estás esperando?

La cara de Creel estaba un tanto purpúrea.

—Esa fotografía... —vaciló—; me parece que no le habrá hecho la debida justicia.

—¿Una fotografía? —interrumpió Wesson—. ¿Cómo puede usted decir eso? Va a salir un mapa en relieve.

Creel subió al coche y Red Benson le siguió. La muchacha se sentó, sola, en el centro del asiento de detrás. Red aseguró por dentro las dos portezuelas.

—Es una sabia precaución —observó el periodista.

Roy se acercó al coche y miró por la ventanilla a la joven, que bajó el bolso. Se produjo inmediatamente un fogonazo.

—¡Ya lo tengo al fin! —gritó el fotógrafo.

La mujer tenía la cara serena, casi indiferente. Su nariz era más bien corta y ligeramente arremangada. Tenía una boca muy bonita. Se quedó mirando fijamente a Roy a través de los cristales oscuros de sus gafas. No podían vérselo los ojos en modo alguno.

Roy retrocedió y Creel puso en marcha el coche. Ed Reynolds, que jamás hacía ninguna clase de comentarios, escupió de pronto la goma que estaba mascando y exclamó:

—¡Atiza...!

—Puede usted volver a decir eso otra vez, hermano —observó Wesson—. ¡Atiza! ¡Atiza! Y va que arde...

El periodista sacó entonces su libro de notas y el capitán le dio los hechos que él quería que constasen y concluyó así:

—La mujer fue detenida en la Estación terminal del autocar de Lackawanna por el teniente-detective Lenhard Creel; ¿comprendido?

—Comprendido, mi amo.

—Ahora, usted a lo suyo. Todo el mundo se enterará dentro de media hora.

—Me reservan un extraordinario —dijo el reportero ladeando la cabeza y mirando cariñosamente a Roy—. ¿No lleva usted una porra de caucho en el bolsillo para darse el gusto de darme un golpecito en la cabeza? —Después se volvió hacia el fotógrafo—: Vamos, gusano. Dejemos que las cosas se vayan cocinando.

Se alejaron a buen paso, saltaron al coche de Wesson y partieron con un estrépito infernal en medio de una densa nube de humo.

—Lléveme a casa, Ed —dijo Roy—. Quiero descansar un poco. Hace

veinticuatro horas que no me acuesto.

Subieron al coche.

—He visto muy buenas mozas en mi vida... —empezó a decir Ed lentamente—, pero ésta... ¡Atiza!

—Sí —se limitó a contestarle su jefe.

A Roy le fue difícil descansar. Las persianas estaban echadas y no hacía demasiado calor en la habitación, pero él se encontraba tan fatigado que tenía calambres en las piernas, y cuando conseguía al fin adormilarse un poco, los acontecimientos de la noche pasada, desde que había salido de Half Moon Beach en plena tormenta, danzaban en su recuerdo una zarabanda salvaje, confusa y distorsionada: Joe Sert hablaba como Chad, y Creel como Lackey —siempre sin sentido alguno—, y luego, lentamente, se despertaba, sudando y con los nervios excitados, se sentaba en la cama enjugándose el torso desnudo con una toalla y dándose cuenta del bullicio de pleno día que resonaba y zumbaba en la calle, dudando si podría volver a reposar un poco.

¡Aquella mujer...! Su vista le había dejado como en un estado de estupor, y eso que apenas había conseguido verle la cara; pero lo que había podido contemplar era ya suficiente. Era tan patente su efecto, que incluso aquel pobre Ed, que parecía estar siempre ensimismado, había exclamado «¡atiza!», demostrando que se trataba de algo que estaba fuera de sus posibilidades de comprensión.

«Y también de la tuya, maldito estúpido», se dijo a sí mismo Roy con una especie de incontenible furia.

Al fin se durmió mientras el estrépito de la calle iba desvaneciéndose gradualmente y ya no oyó nada.

El teléfono empezó a repiquetear. Roy se incorporó maldiciendo. Era Emmet.

—Roy, lo siento mucho —se excusó Lackey—, pero creo que debes venir. Lamento molestarte, pero... Todos los periodistas de la ciudad se nos han echado encima. Incluso Mr. Bayliss ha llamado.

—¿Qué hora es?

—Son más de las cuatro.

—¡Demonios! Dile a Boley que me venga a buscar inmediatamente.

Colgó el aparato y se metió precipitadamente debajo de la ducha. Sólo se había propuesto descansar durante un par de horas, y, prácticamente, había perdido todo el día.

En la ducha empezó a canturrear, pero se detuvo casi inmediatamente. ¿Cuánto tiempo hacía que no cantaba debajo de los chorros de una ducha? Riéndose, recordó el insistente estribillo de Wesson, en el bar, la noche anterior, antes de experimentar en su cráneo la caricia de la porra. ¡El bueno de Wesson! ¡Demonio de hombre...!

Se vistió con su mejor temo (un obsequio por algún favorcillo al mejor sastre de la ciudad). Aquello representaba un buen puñado de dólares. ¡Vaya traje!

Después se contempló en el espejo. «Estupendo —pensó— si no fuera por la cara. Si se fijan más en ésta que en el traje, me parece que resultaré bastante mal parado».

Sin embargo, sabía que para muchas mujeres resultaba un hombre atrayente. Había una especie de viril dureza en su cara enjuta y en sus ojos grises, fríos y

penetrantes, que las turbaba bastante.

Mientras se encaminaba en el coche hacia el Ayuntamiento, Boley explicó a Roy que el lugar se había convertido en un tumultuoso avispero con manadas de periodistas corriendo desenfrenadamente por los pasillos y el pobre Lackey a punto de enloquecer tratando de restablecer el orden. Una escritora de una revista se había colado hasta las celdas de los sótanos, bien fuese esquivando la vigilancia o sobornando a alguien.

—Cosa ésta que no es difícil de lograr —observó el capitán—. ¿Y consiguió una entrevista?

—No. Se encontró con que le calentaron las orejas.

—¿Qué me dices? —exclamó Roy volviéndose y mirando a su chófer con interés.

—Alma me explicó que la detenida le cantó las cuarenta a la periodista. Y, además, sin levantar la voz. Ni una palabra más alta que otra. Alma echó de allí a la intrusa, y, a su vez, ésta puso a aquélla de vuelta y media. Aquello sí que ya fue levantar la voz. Alma me dijo que había escuchado cosas que en su vida había oído decir a nadie y que no sabía ni siquiera que existiesen. Yo creo que, al fin y al cabo, todo debe ser cosa de la mejor formación escolar de la periodista, ¿no le parece?

—Claro —asintió Roy.

—Wesson me dijo que tenía que irse escondiendo para salvar la vida. El éxito periodístico que ha tenido ha levantado una gran polvareda y algunos periódicos piensan presentar una reclamación. Protestan porque Wesson siempre resulta favorecido porque es un entrometido.

—Eso es, más o menos, una verdad —interrumpió Roy riéndose ligeramente.

—Nunca había visto una mujer así —prosiguió Boley—. Mire, jefe; es una moza como para hacer perder la chaveta a cualquiera.

—¡Atiza! —exclamó Roy.

—Tendría que haber visto la cara que puso Emmet. Él...

—¿Cuándo la vio? —le interrumpió Roy.

—¿Verla? ¡Se la comía con los ojos! Estuvo examinándola concienzudamente.

Por un momento pareció que Hargis iba a perder la calma; pero se contuvo y acabó por echarse a reír.

—Bueno —dijo—; al fin y al cabo no hay ningún motivo para que ese pobre Lackey no tenga también su ración de vista. Todo el mundo la tiene. De todos modos, parece que nadie hace ningún caso de mis órdenes.

Boley se puso serio y permaneció un rato silencioso; después prosiguió sus comentarios:

—Ya tiene usted razón, jefe... Las cosas parece que se han trastornado. Es un maldito fregado que trae a todos de cabeza. El asesinato de un ricachón poderoso como Hobart y una preciosa muñeca mezclada en el ajo. Yo creo que si los comunistas volaran Washington en pleno, no se venderían más diarios. Los

periodistas son capaces de recibimos a tiros... ¡Dios sabe...! ¿Qué hacemos, jefe?

—Vamos por el pasadizo de detrás. Nos deslizaremos hasta los sótanos y tú subirás por el ascensor.

—Perfectamente.

—¿Sabes si algún periodista se ha puesto en comunicación con Dumas o con Miss Jensen? Si ha sido así, haré que trasladen a Sid.

—Creo que no. Los tiene escondidos no sé donde.

Boley empezaba a sentirse un poco preocupado. Cuando Roy emprendía el sendero de la guerra todo podía temerse. Las alturas siempre le apoyaban sin vacilación alguna.

* * *

Un carcelero de pelo gris se sobresaltó un poco cuando vio a Roy y Boley descendiendo por la rampa que conducía a los sótanos desde la entrada de camiones. Después se volvió y llamó.

—¡Alma! ¡Alma! ¡El capitán!

Alma, con su correcto uniforme gris, salió al corredor. Era una mujer alta y huesuda de unos cuarenta años. Pertenecía a la Fuerza desde hacía veinte, en un empleo o en otro, y en aquel entonces era jefe de las matronas y de las mujeres policías del Ayuntamiento. Estaba muy bien considerada por todo el elemento masculino, que era lo que más podía decirse en relación y contraste con la mayor parte de las mujeres pertenecientes al Departamento. Tenía el pelo negro y una cara larga y vulgar, ligeramente desfigurada por unas cicatrices procedentes de quemaduras que había sufrido arrastrando a un presunto suicida fuera de la zona donde se había producido una explosión de gas. Era una mujer imperturbable, difícil de impresionar por nada y aparentemente inmune a los impulsos emocionales que rebajaban la capacidad de acción y de efectividad de un número demasiado elevado de mujeres pertenecientes a la Policía. Pero, en aquellos momentos, parecía agitada, e incluso un rizo de su peinado le colgaba sobre la frente descomponiendo su faz de ordinario fría como la de una estatua. Roy se fijó en aquel detalle porque carecía de precedentes. Alma era la esencia misma de la pulcritud y de la compostura.

—¿Qué clase de chica me ha mandado usted, capitán? —gritó—. No lleva encima ni un hilo, como no sea esa falda y ese suéter.

—Tuvo que vestirse muy de prisa —dijo Roy.

—Vino aquí un taxista con tres maletas llenas de ropa para ella. Unas prendas maravillosas. Nunca había visto ropa interior tan fantástica.

—¿Se la ha entregado usted?

—Claro que no. ¿Quién es ella para eso?

—¿Quiere usted decir que le ha hecho ponerse la bata de uniforme?

—Naturalmente, capitán.

—¿Y está en un calabozo?

—No. La he dejado en el cuarto de arrestados. Es una habitación confortable. Buena cama y demás. La tuve en un calabozo hasta que aquella pelirroja...; bueno, aquella pelirroja periodista del Post, se coló hasta aquí.

—¿Qué piensa usted de su prisionera?

—Es una belleza extraordinaria, desde luego, y muy correcta y educada en su manera de conducirse. No puede pedirse más. Puso a aquella pelirroja..., bueno, a aquella chica pelirroja en el lugar que se merecía; y muy finamente, por cierto.

—Dele la ropa que le han traído. Que se vista a su gusto. Nada de batas ni de rutinas. No tiene que hacer otra cosa sino estarse sentada en el cuarto y leer o hacer lo que tenga por conveniente.

—Conforme, capitán. A sus órdenes.

—Que no tenga contacto con ninguna otra persona detenida. Le hago a usted personalmente responsable de ello.

—Sí, capitán.

—Ahora, vamos con Lackey. ¿La interrogó éste?

—No, señor. Creo que no. Estuvo solo con ella en el gabinete de identificación un breve rato. Hizo algunos trabajos.

—Muy bien, Alma.

* * *

Roy se metió en su despacho por un pasillo situado en la parte posterior. Boley estaba en el antedespacho para ayudar a Gert y a Ed Reynolds. El capitán oyó el bullicio exterior cuando Boley abrió la puerta y asomó la cabeza para hacerle un guiño.

En la oficina contigua, Lackey estaba sentado detrás de una mesa y Wesson detrás de otra.

—¿Y bien...? —dijo Roy mirando con fijeza al periodista.

—Soy persona no grata para mis colegas —observó éste—. Interpretelo en el sentido de que soy un entrometido y una especie de parásito.

—¿Y bien...? —repitió el capitán.

—Espere un momento, Roy. Todo depende del punto de vista y éste, a su vez, del clima moral. El que al presente impera, digámoslo así, deja un poco que desear, ¿verdad? ¿Qué quiere usted que haga? ¿Torturarme inútilmente...? ¿Está usted mismo en condiciones de tirar la primera piedra?

—Es usted de una frescura inaudita, amigo —le dijo Roy.

—Muchas gracias. No; lo que pasa es que sigo el consejo clásico: mientras estés en Roma sé romano. Yo soy el heredero de una tradición aún más antigua: un griego entre bárbaros, podríamos decir, pero tengo una tripa que llenar.

—¿Y qué tripa...! Bueno, diga de una vez lo que sea. Tengo mucho trabajo.

—¿Puedo esconderme en su oficina particular, Roy? Vamos, hombre. Sólo hasta que se enfríen los ánimos. Me han amenazado en serio, créame.

—No; no. ¿Usted cree que quiero que meta las narices también en mis archivos? Detrás del hall hay un almacén; métase allí si quiere. ¡Ah! Y no se llene los bolsillos de máquinas de escribir.

Wesson cargó con su chaqueta, pues estaba en mangas de camisa, y con un manojo de revistas.

—Lo mismo me daría hacerlo —dijo, y se marchó.

Roy se sentó frente a la mesa de Lackey, cuyo labio superior se hallaba perlado de gotas de sudor y cuyos ojos se mostraban más huidizos que de costumbre detrás de las gafas pasadas de moda.

—Le dije a Creel —comenzó Roy— que nadie tenía que ver a esa chica.

—Lo sé, Roy; pero lo interpreté en el sentido de que la orden se refería a los periodistas, a las personas ajenas a la casa. Yo tenía que realizar mi trabajo.

—¿Y qué has averiguado?

—No tenía en las manos señal alguna de haber disparado recientemente ningún arma.

—Perfectamente. ¿Y si llevaba guantes?

—Encontré dos pares en su departamento. Un par en un armario y el otro en una papelera. Pensé para mí que éste podía ser...; pero nada.

Roy cogió un teléfono y marcó un número. Al cabo de un momento contestó Alma.

—Alma —preguntó el capitán—. ¿Hay algún par de guantes en esas maletas que han traído?

—No; no hay ninguno.

—Emmet —dijo a su subordinado después de colgar el aparato—. Esta noche necesito que vayas solo a aquella dirección de Barrington. Echa un vistazo a ver si encuentras unos guantes.

—Sí, Roy. Oye otra cosa: la detenida tenía un ojo completamente amoratado. ¿No te fijaste?

—No —respondió Roy mientras la mirada le brillaba ligeramente—. Llevaba puestas unas gafas negras.

—Me dijo que en su departamento del Ashton hay una puerta de armario que estaba muy ajustada y había que tirar con fuerza hacia fuera para abrirla y que, al hacerlo así, se abrió de repente y le dio un golpe en la cara.

—¿Qué has hecho?

—Telefoneé inmediatamente al Ashton y se puso mister Clemm. Me confirmó que, en efecto, una de las puertas de un armario está en esas condiciones.

—Muy bien. Y ahora, dame el informe de rutina.

—No se ha encontrado ningún arma. La de autos era, al parecer, un revólver del 38; pero no ha sido encontrada más que una bala y ésta tan aplastada y deformada

que resulta difícil sentar ninguna consecuencia. Uno de los disparos hirió a Hobart de refilón en la sien; otro le rozó el hombro y, finalmente, otro le atravesó el lado izquierdo del pecho y le ocasionó la muerte.

—¿Resulta algo de interés de la declaración del vendedor de periódicos?

—Establece con exactitud la hora; eso es todo. Ocurrió poco después de las once y media. Hobart pareció surgir del aire, según dice ese chico. Momentos antes un automóvil había doblado la esquina, pero esto puede o no puede tener algo que ver con el asesinato. El testigo se muestra muy indeciso. Leyendo su declaración parece ser que Hobart anduvo unos pasos antes de desplomarse. Cuando el muchacho lo vio al principio, después de oír los disparos, le pareció que estaba de pie en la esquina. No hubo más detonaciones. De pronto el hombre empezó a contraer el cuerpo.

—¿Hay algo más?

—Sí. El *Cadillac* de Mr. Hobart se encontró abandonado a unas diez manzanas de distancia del chaflán donde fue muerto.

—¿Has examinado a fondo el vehículo?

—Sí. No hay nada. En el cajoncito de delante había una fotografía de la detenida. Tiene una dedicatoria que dice: «A Frank, mi querido *daddy*».

—«Querido *daddy*» —repitió Roy entre dientes—. Resulta muy divertido ver cuántos queridos *daddys* resultan alcanzados por el plomo... ¿Hay huellas dactilares?

—Todavía no han terminado el examen. Pero no espero mucho de eso. Las del volante estaban muy borrosas. Más tarde lo sabremos.

—Conforme —Roy se levantó—. Que venga esa chica, la Jensen. Pasadla por la parte de atrás. Yo estoy en mi despacho.

—A la orden, Roy. —Lackey añadió mientras cogía el teléfono—: Espero, Roy, que no te habrás disgustado. Creí que te referías...

El capitán se rió quedamente.

—Lo que querías era echar un vistazo a esa pájara. ¿No es así, Emmet? Admite algo, por una vez siquiera.

Lackey carraspeó con visible turbación.

—Bueno; ahora —explicó—, desde luego, había por mi parte cierta curiosidad que juzgo muy natural, pero...

—Te dejo como caso perdido —dijo Roy y entró en su despacho cerrando la puerta de un golpe.

* * *

En el mismo momento en que Roy acababa de sentarse tras de su mesa, sonó el teléfono. Era Gert, desde el antedespacho.

—Es Mr. Bayliss, capitán —dijo.

La voz de Chad siguió inmediatamente. Tenía un tono triunfante.

—Lo está usted haciendo maravillosamente bien, Roy. ¡Maravillosamente! He

visto los diarios de la tarde. Esto va a llenar ahora las primeras páginas durante unos días.

—Pues está sólo empezando. Espere que nos vayamos metiendo en harina.

—Vi las fotografías del *World*, aunque no pude sacar mucho en claro. Gafas negras y un bolso en el camino. Pero, ¡por Dios, Roy! ¡Qué figura...! Ahora puedo comprender muchas cosas. Pobre amigo Frank; no creo que pudiera ponerse al lado de una mujer como ésa. De todas maneras, usted ha llevado muy bien las cosas, Roy... Espere un momento, tengo que decirle aún una cosa. Siempre hay algún maldito pelma que tiene que amargarle a uno el día, por muy feliz que éste pueda haber sido. Chuck Thomas ha llamado desde el *Post*. Es un viejo amigo mío. Está que echa lumbre y me ha formulado una queja. Dice que usted siempre favorece al *World*. Le dije que le hablaría sobre el asunto. Y ahora lo hago.

—Un instante, Chad. El *World* no significa nada para mí; pero tienen un reportero llamado Wesson. Resulta tan encantador que creo que sería una buena idea el ahogarle. Me ha seguido el rastro en este asunto como un sabueso. Incluso mencionó el término «política» y, por lo tanto, tengo algo de cuidado con él.

—Bien hecho —fue la contestación que llegó de Chad por el hilo—; pero por un inglés nunca me he preocupado, Roy. De todos modos, si usted puede hacer algún favor a Chuck no eche en saco roto lo que le he dicho.

—Perfectamente. Pero no olvide lo que le he dicho respecto a ese Wesson.

—Lo tendré presente. Adiós. Es usted un portento y...

—¡Espere, espere! —interrumpió Roy rápidamente—. ¿Desde dónde me está hablando?

—Desde un teléfono público.

—Espléndido... Escuche, Chad: en este caso existen algunos aspectos un tanto especiales. Quizá tengamos ya al verdadero culpable.

—Ni por asomo, Roy. Se lo digo yo.

—¿Está seguro de que no procede bajo los efectos de un prejuicio? A lo mejor se equivoca.

—Créame en esto, Roy. Es lo auténtico. Estuvieron haciendo amenazas; me refiero a los chicos de quienes ya le hablé. Hace un mes que envié a un hombre mío para que entrara en contacto con ellos y sólo sacó una coz fulminante. En esa organización ha habido un cambio de arriba a abajo. Y ahora, sangre... No, Roy. Siga el camino que ha emprendido, pero procure no engañarse a sí mismo.

—Conforme, Chad.

Cuando el capitán colgó el aparato, se escuchó un ligero golpe en la puerta y a continuación entró Alma con Ruth Jensen que no parecía ya tan pulida como se había presentado en las primeras horas de aquel mismo día.

—Siéntese, Miss Jensen —le invitó el policía—. ¿Quiere usted esperar en el antedespacho, Alma? No tardaré.

—No, creo que será mejor que me vaya a mi puesto. Atrapamos de nuevo a esa

chica del *Post*. Estaba llamando en la puerta de Miss Vance. Nunca sabremos cómo bajó allí y cómo sabía dónde tenía que llamar.

—¿Quién está de servicio en el rastrillo?

—El viejo Pat.

—Pues dígame de mi parte que se vaya a comprar un regalo para su mujer con el soborno que ha recibido, y ponga en su puesto a Red Benson. Emmet le dará la consigna de que puede echar a patadas a todos los periodistas que quiera, incluidos los del sexo femenino, y que puede también patear todas las máquinas fotográficas que lleguen a su alcance.

Alma se sonrió ligeramente.

—Sí, capitán. Será mejor, entonces, que me vaya abajo. No sabemos lo que puede pasar.

—¿Entregó usted sus ropas a la detenida?

—Así lo hice, en efecto. Creí que se iba a echar a llorar. Odiaba de todo corazón la bata de uniforme. Me hubiera gustado que usted hubiera podido ver lo que le gustó nuestra bonita ducha.

—Mimándola, eh... Ya puede estar contenta de no haber ido a dar con sus huesos en la cárcel del Condado... Muy bien, Alma. Si hay algún nuevo incidente, llámeme; pero me parece que no lo habrá, estando allí Red.

Alma se marchó. Roy se levantó, se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo.

—No tenía la menor idea de lo importante que es usted aquí, Mr. Hargis —le dijo Ruth que había permanecido silenciosa en su asiento.

Roy la miró, recogiendo el tono irónico de la observación. De todos modos, la cara de la muchacha mostraba la tensión de la espera y de la incertidumbre. Tenía un aspecto decidido, sin duda, pero Roy se dio cuenta de que era muy emocional, muy apasionada, y que sentía un gran entusiasmo por aquel joven músico, alto, dejado y arrogante.

—Llámeme «capitán» y no «míster» —dijo, sonriéndose ligeramente—. ¿Le permitieron utilizar el teléfono?

—Sí. Alma es muy amable. Hice caso de lo que usted me dijo y, por lo tanto, no llamé a un abogado, limitándome a hacerlo a una amiga mía para pedirle que cuidara de mi tienda durante mi ausencia.

—Comprendo... Bueno, no tardaremos mucho. Después podrá usted marcharse.

—¿Y qué hay respecto a Bob?

—Hablaré con él después.

—Me hago cargo; pero él necesita trabajar. No tiene ni un penique.

—Me parece que le guardarán el puesto. Es decir, si es que alguna vez consigue salir de aquí.

Ruth se levantó de un salto y se aproximó a Roy con una profunda preocupación pintada en el rostro.

—Pero usted cree que él... ¿Cómo puede usted pensar una cosa semejante? Es

inocente como un cordero. Es incapaz de matar una mosca. Capitán Hargis; escúcheme. Lo que pasa es sólo una consecuencia de haberse relacionado con una... con una...

—¿Con una qué, Miss Jensen?

—Con una persona tan horrible como esa mujer.

—¿Tenía relaciones con ella, verdad?

—No. No las tenía —gritó Ruth—. Ella hizo todo lo que pudo para...

—Incluso un asesinato, ¿eh?

—No sé a lo que usted se refiere.

Ruth estaba muy pálida y agitada. Sacó un pañuelo y empezó a hacer una pelota con él y luego a desgarrarlo.

Roy la observó durante un momento y después se acercó más a ella, la cogió por el brazo y la obligó a sentarse suavemente.

—Dígame lo que sucedió anoche —demandó.

—Ya se lo dije, capitán.

—No; usted mintió. Ahora necesito que me diga toda la verdad.

—Le conté la verdad —afirmó Ruth después de una pausa.

—No —insistió Roy—; pero si usted me dijese la verdad, podría ayudar a Bob, si es que no estoy muy equivocado. No deje usted que su vanidad se interponga en su camino. Conocí a dos hombres que fueron ahorcados por un exceso de vanidad.

Ruth siguió hablando en una voz tan queda que el policía apenas podía oírla.

—No sé a qué se refiere usted —murmuró.

—Se lo explicaré. Usted pasó con Bob toda la tarde y noche últimas. Era lunes y «Cipriano's» estaba cerrado. Organizaron una pequeña velada íntima. Usted charlaba a sus anchas. Quizá Bob tocó el piano en su honor; quizá alguna composición propia...

Ruth rompió a llorar.

—Es un buen chico —siguió Roy—. Puede que sea un alborotado, pero esto no ha impedido nunca a un hombre el ser una buena persona. Y usted también es una buena muchacha. No quiero decir con ello que sea precisamente una vestal; pero hay otras maneras de poder ser buena también... ¿Qué sucedió entonces? El teléfono suena. Llama la arpía, su buen amigo sale pitando, dejándola a usted que espere..., y usted espera..., y apunta el día...

—No —sollozó Ruth.

—Sí —afirmó Roy—. Usted es muy linda, Miss Jensen; y muy refinada y muy buena en el sentido a que yo me refiero. Usted siente de todo corazón el máximo interés por Bob y haría cualquier cosa por ayudarlo. Le gustaría casarse con él y facilitarle la existencia. ¿Verdad, Miss Jensen?

—Sí.

—Estupendo. Y, sin embargo, ahora, movida por la vanidad, está negando que aquella arpía llamó..., y que Bob la dejó..., y que estuvo fuera desde aquel momento

de la noche. ¿Por qué hace eso?

—Yo no estaba con Bob. Él no me dejó porque esa mujer le llamara. No sé nada de esto.

—¿A qué hora llamó?

Siguió una larga pausa. Finalmente Ruth alzó la cabeza.

—¿Puedo fumar un cigarrillo, capitán? —preguntó.

—Desde luego, Miss Jensen.

Sacó un pitillo, lo encendió y se lo entregó a la interrogada. La mujer fumó en silencio con una mano que temblaba algo. De vez en cuando las lágrimas brillaban en sus pestañas y ella se libraba del estorbo con un nervioso parpadeo.

—¡Es tan insensato en algunas cosas! —hipó—. No sé por qué tengo yo que vivir en aquel sórdido edificio. Mi tía cree que estoy loca y mi conducta estuvo a punto de matarla.

—Las damas ricas tienen su manera de salirse con la suya. Yo no me preocuparía por una cosa así.

—A pesar de todo, ella es muy buena para mí. Compréndalo; yo era una niña mimada. Ella costeó mi fiesta de entrada en sociedad, que resultó carísima. Tenía preparado para mí un buen partido, pero yo necesitaba volar a mi gusto y abrí la tienda de música. Allí conocí a Bob que siempre anda buscando piezas antiguas y tiene una buena colección. Yo pude facilitarle algo de lo que quería y...

Se detuvo en seco, movió la cabeza e hizo un ademán como queriendo decir, «¿para qué seguir?».

—Comprendido —dijo Roy—. Y ahora usted está con él, ¿eh?

—Sí.

—¿A qué hora llamó Miss Vance? —insistió el policía.

—Eran más de las doce; cerca de la media.

—Gracias, Miss Jensen. Ahora ya puede irse a su casa. Gracias otra vez.

Ruth se levantó y permaneció un rato de pie mirando inciertamente a Roy que estaba marcando un número en el teléfono que había sobre su mesa.

—¿Alma...? Suba para llevarse a Miss Jensen... ¿Está ahí Lois...? Muy bien... Saque a Miss Jensen por la entrada de camiones y que Lois la lleve a su casa en coche. Nadie tiene que verla, ¿comprendido...? Gracias, Alma.

—No sé si habré hecho las cosas bien —dijo Ruth—. Estoy tan...; bueno; nunca me había pasado una cosa así hasta ahora, y...

—Hizo usted lo que debía —respondió Roy—. Ha puesto usted a Bob a mitad de camino de su libertad.

—¡Oh, gracias a Dios! —suspiró la muchacha.

Parecía a punto de desmayarse. Roy encendió rápidamente un cigarrillo y se lo entregó.

* * *

Ruth se había marchado y Roy estaba recorriendo su despacho a grandes zancadas, arriba y abajo, sumido en sus pensamientos, cuando se abrió la puerta lentamente y asomó por la abertura una cara rolliza y de nariz achatada, ¡Wesson! Cuando éste se aseguró de que el policía se hallaba solo, entró y cerró la puerta tras sí. Roy hizo como si no se diera cuenta de su presencia. Apoyándose en la mesa del despacho, el reportero empezó a canturrear:

*«Me gusta un poco de Stilton cuando como
Sí; me gusta un poco de Stilton
Me gusta un poco de Stilton cuando como
Lo mismo que a mi abuelo, en 1852».*

—Tengo la seguridad de que su abuelo era un condenado mico —dijo Roy.

—Vaya, vaya... ¡Calma! Sólo he entrado porque tengo una idea que me está preocupando.

—No sé de nada que sea capaz de preocuparle y también le considero incapaz de tener ninguna idea.

—Eso de la estación terminal del autocar de Lackawanna me preocupa mucho, muchísimo.

—¿Por qué?

—Eso indica que la paloma se disponía a emprender el vuelo.

—¿Y no era así?

—No desde ese sitio.

—Pues debe ser cierto. Lo he leído así en el *World*. «Sólo publicamos la verdad». ¿No se acuerda ya de sus propias frases?

—Vaya, somos un par de galopines, ¿eh? —dijo Wesson que empezó de nuevo a canturrear entre dientes la báquica cancioncilla.

—Váyase al almacén y no se meta en líos.

—No tiene usted necesidad de decírmelo. Incluso he encontrado allí un teléfono. He celebrado una serie de conferencias con todas partes; hasta he hablado con mi sobrino, en Oxford.

—No, de Inglaterra —contestó el periodista mientras abandonaba la estancia, cerrando suavemente la puerta.

—¿Oxford, de Ohio?

Roy estaba sentado tras su mesa de despacho comiéndose un emparedado y bebiéndose una taza de café, cuando Boley abrió la puerta e hizo entrar a Bob Dumas con breve ademán. Se disponía a retirarse cuando Roy le preguntó:

—¿Cómo van las cosas por ahí fuera?

—Peor que nunca. Están llegando ahora periodistas de fuera de la ciudad y hasta tenemos un operador de noticiarios —contestó Boley.

—Díales que tengan paciencia. Dentro de una hora tendremos preparada la función. ¿Ha visto alguien subir a Bob?

—No. Lo hice como usted mandó.

—Muy bien.

Boley se marchó, cerrando la puerta. Bob se quitó la americana y la tiró encima de una silla, errando la puntería, como de costumbre.

—¿Conque la función, eh? —dijo—. Me parece que lo que es esto es un circo.

Volvió la espalda a Roy y se puso a mirar por la ventana. La noche había ya caído, clara y tranquila, con un cielo sin una nube donde centelleaban las estrellas. Los anuncios luminosos resplandecían a lo largo de los bulevares como flores nocturnas y llegaba hasta allí el ruidoso bullicio del tráfico de la ciudad.

Roy acabó de comerse el emparedado, apuró la taza de café, atrajo hacia sí algunos papeles, les dio un vistazo y levantó luego la cabeza.

—Veo que fue usted declarado inútil para el servicio militar —le dijo a Dumas— según resulta del cuestionario que ha formalizado algún eficaz funcionario de los de abajo. ¿Por qué? No me conteste si no quiere hacerlo. Es mera curiosidad por mi parte. No tiene importancia alguna.

—Lo dudo mucho, capitán —respondió el interpelado—. Con usted, todo tiene alguna importancia. Pero le contestaré. No he tenido mucha suerte en mi vida, pero en esto de la inutilidad para el servicio..., bueno... Cuando tenía nueve años me caí de una tapia elevada y me rompí la pierna por dos sitios. Fue una fractura de mala clase. No se consolidó bien y tuvieron que volver a intervenirme. Me parece que aquel médico era un torpe y un ignorante. ¡Dios le tenga en sus manos! La pierna me quedó peor la segunda vez y el Ejército no quiso nada conmigo.

Roy le dirigió una rápida mirada.

—¿Quiere usted decir que es cojo? ¿Cómo pude no darme cuenta antes?

—No tiene nada de extraño. La cojera es muy poco perceptible y además he aprendido la forma de disimularla.

—¿Y esto le parece a usted tener suerte?

Bob se separó de la ventana y fue a sentarse frente a Roy.

—Sí. Permítame que le cuente una anécdota, capitán. Parece que usted dispone de un tiempo ilimitado...

—Oh, claro.

—Leí esta historia —prosiguió Dumas— en un libro sobre Whistler, el pintor.

Roy pareció quedarse en ayunas.

—¿Sabe usted? La obra se llama «La madre de Whistler».

—Sí, sí —concedió el policía.

—Bueno. Lo que le digo ocurrió en 1870, después de la derrota de Francia. Los alemanes estaban en París. Parece ser que Whistler era un fierabrás del Sur..., como yo —añadió Bob riéndose burlonamente.

—¿Usted es del Sur?

—De Nueva Orleáns. Bueno; Whistler encontró a un joven pintor francés —no puedo recordar su nombre— en una fiesta. Estaban hablando de los apuros de Francia y a Whistler le extrañó que a su interlocutor pareciera no importarle un bledo de todo aquello. Le preguntó qué era lo que estaba haciendo en Inglaterra en unos momentos como aquéllos y por qué no se hallaba en las filas de su ejército nacional. El joven francés le contestó que había huido para evitar ir a filas. «¿Por qué?», le preguntó Whistler. «Porque —respondió el pintor con toda indiferencia— yo soy un cobarde».

Roy miró a Bob sorprendido y después se echó a reír. El relato le había interesado. Resultaba una cosa muy chocante.

—Lo que le pasaba a aquel individuo —prosiguió Bob— era que se consideraba un pintor y no un soldado. Tenía algo que hacer en el mundo y pretendía llevarlo a cabo. No tenía madera de héroe. Era, al fin y al cabo, sincero.

—Sí —asintió Roy—, en la última guerra hemos tenido muchos así. Hubo quien llegó a cortarse dedos de las manos y de los pies para esquivar el servicio.

—Dejemos eso —suspiró Bob—. Veo que no he hecho más que perder el tiempo.

—No lo sé. Quizá tenga usted un fondo de razón.

Roy se levantó y se paseó un rato por el despacho; luego, volviéndose hacia Bob, le preguntó:

—¿A qué hora le llamó a usted Ilona Vance anoche?

Bob clavó por un momento la mirada en su interlocutor.

—Mire usted —le dijo al fin—. No me gusta el tipo de conversación a base de acertijos... «¿Dónde estuvo usted la pasada noche, muchacho...?». Eso me parece cómico. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Quiero saber a qué hora le llamó ella a usted —preguntó Roy suavemente.

—Ella no me llamó.

—Entonces, ¿por qué dejó usted a Miss Jensen y salió?

—A eso vamos... Dígamelo usted.

Roy le miró largamente y después hizo un ademán de asentimiento.

—Muy bien, Dumas; puede usted volverse abajo. Ya veo que no quiere ayudarnos.

—¿Por qué tengo que ayudarles? ¿Para qué? Estoy dedicado a mis propios asuntos. Se me detiene, se me trae aquí, se me lleva de cuarto en cuarto rodeado de una multitud de periodistas que chillan como maniáticos... Podríamos suponer que

yo estuviese ocupado en algo, ¿no le parece? En realidad, ahora no tengo nada que hacer y no voy a ponerme a llorar por esto; pero Ruth está en ese caso. Y, por cierto, ¿dónde está?

—La he mandado a su casa.

—¿La interrogó usted?

—Dígame usted —replicó Roy.

—A eso vamos... Esto está resultando un diálogo ridículo y cómico. ¡Jesús! Créame que es fatigoso y que pone nervioso a cualquiera. ¿Qué diablos significa todo esto? ¿Quiere usted decírmelo de una vez?

—¿Le resulta a usted algo penoso ceñirse al asunto, verdad, Dumas?

Bob se quedó mirando a Roy durante un largo rato en silencio.

Después, le dijo:

—Mire, capitán. El asunto, para mí, como usted dice, es la música. Nada de guerras; nada de quien mata a quien, ni por qué... Le contaré otra anécdota...

Roy hizo una mueca, pero no protestó. Bob puso los pies encima de la mesa y empezó a buscar un cigarrillo. El policía le quitó los pies de allí, empujándolos, y luego encendió un cigarrillo y se lo entregó.

—Una vez —explicó el pianista después de recobrar la postura normal en su silla y de lanzar una bocanada de humo— un par de músicos estaban paseando frente a la catedral de Santo Domingo. Algo debió ocurrir por allí arriba y, de pronto, la enorme campana se derrumbó, cayendo en la acera a pocos pasos de los dos amigos con un estrépito infernal capaz de volver loco a cualquiera. En medio del estruendo, el metal vibró con un agudo tañido que parecía la póstuma nota de un instrumento que se hace pedazos. «¡Santo Cielo!» —exclamó uno de los músicos—. «¿Qué es eso?». Y el otro le contestó: «Un mi bemol».

Roy miró a Bob inexpresivamente durante un momento; luego, se sonrió.

—Creo que comprendo lo que usted quiere decir —comentó.

—Por ejemplo —prosiguió el otro—. Usted tiene una voz muy interesante. A veces habla en terceras, en un registro profundo. No es cosa muy corriente.

—Tengo entendido —dijo Roy— que Ilona Vance no tiene mucha voz.

—Esa pobre chica... —comentó Bob suspirando—. Un tono opaco. Sin embargo, hay aún cosas peores. Podía resultar una contralto. Su voz no resulta tan mala. Pero desafina cada nota por baja o por demasiado aguda. Es casi un fenómeno.

—¿Por qué, entonces, insiste usted con ella?

Bob volvió a poner otra vez los pies encima de la mesa, pero los retiró en seguida.

—Bueno —dijo—; por fin vuelve usted de nuevo a su tema... Insisto, como usted dice, porque..., bien; porque es una mujer condenadamente tozuda.

—¿A qué hora le llamó ella anoche? —insistió el capitán.

—Eso —bromeó Bob— me está sonando ya como el título de una canción.

Se produjo un breve silencio y después Roy habló con tono cansado:

—Una cosa que nunca hubiera sospechado en usted es que fuera una especie de

caballero andante.

—¿Y por qué no? —fue la contestación—. Soy del extremo Sur. Magnolias, y todo lo demás. Por allá abajo ponemos todas esas cosas en un pedestal.

—Esto está resultando un diálogo ridículo y cómico —replicó Roy, volviendo la pelota.

—Sí; y, ¡maldita sea!; me parece que he pescado la epidemia.

—Dumas —le dijo el policía después de otra pausa—: ¿sabe usted lo que quiere decir «encubridor»?

—Sí; creo que sí. Alguien que compra por un dólar un brillante del tamaño de una rueda de carro, o cosa por el estilo.

Roy apretó los labios, se inclinó sobre la mesa y cogió el teléfono.

—¿Boley...? Muy bien. Venga a buscarlo y llévelo por los pasillos principales a la vista de todos. Que tomen todas las fotografías que quieran y que los periodistas le den un repaso un buen ratito.

Bob se levantó, cogió su americana y se la puso, no sin alguna dificultad porque los forros de ambas mangas estaban descosidos.

—Tengo entendido —le dijo a Roy— que sus subordinados golpean la cabeza a la gente con porras y cosas por el estilo. Se me pone la carne de gallina al pensarlo.

—Ahora está usted empezando, amigo —le contestó Roy volviéndole la espalda.

—¿Conoce usted —le preguntó el músico— a algún buen abogado a quien pudiera avisar?

—'Pregúnteselo a Boley. Tiene un puñado de tarjetas de picapleitos.

—Lo malo es que querrán una provisión de fondos, ¿verdad?

—Los buenos, acostumbran a hacerlo así. Ya le buscaremos uno gratis, si quiere; pero no se lo aconsejo porque a lo mejor se quedaría indefenso.

—Muchas gracias, capitán.

Al cabo de un momento entró Boley.

—Vamos, preciosidad —dijo dirigiéndose a Bob—. Aquí fuera le esperan muchos curiosos. Vamos a entretenerles un poco.

—Siempre ese eterno diálogo —suspiró Bob emprendiendo la salida.

Pero cuando Boley iba a cerrar la puerta tras de sí, fue empujada de nuevo hacia dentro y una chica de aspecto impetuoso y cabello rojizo penetró en el despacho como una tromba. Se detuvo en seco un momento, primero, al ver a Bob, y luego corrió hacia Roy, le agarró por el brazo y le sacudió vigorosamente. Éste, irritado, la apartó de un empujón.

—¿Quién ha abierto la ventana, pajarito? —preguntó.

Boley, azorado, cerró precipitadamente la puerta.

—Soy Gay Lucas, del *Post* —gritó la joven—. Y estoy ya harta de que esos patanes de subordinados suyos me echen de todas partes.

—Ese lenguaje... —gruñó Roy.

—No se enfade, capitán... Y ahora, escuche...

Siguió quejándose del trato que le habían dispensado.

Roy no le prestó atención alguna, volvió a su mesa, abrió un cajón, sacó dos fotografías relucientes y se las entregó a la periodista. Una de ellas era un retrato de Ilona; la otra la representaba también en su caracterización de vendedora de cigarrillos y bombones.

—Y ahora, preciosa, ¿está usted contenta? Le regalo estas fotos —le dijo el policía.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—¡Cómo...! —balbuceó, confusa.

—Y le prometo —prosiguió el capitán—, que si usted es una buena chica y se porta bien con nosotros, le regalaré también otra fotografía de Ilona en traje de baño.

La periodista alargó la mano ansiosamente.

—Más adelante, más adelante, guapa. Tenga un poco de paciencia.

—No sé si podré sacar partido del retrato en traje de baño —dijo la chica pensativamente—. A lo mejor resulta demasiado atrevido...

—No se preocupe —le contestó Roy con un guiño.

—Es usted encantador... ¿Casado?

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Nada, nada —respondió la chica maliciosamente.

Roy le hizo dar la vuelta y le señaló la puerta; después le dio una palmadita en el hombro.

—Se está usted perdiendo la fiesta, ahí fuera.

Ella le miró por encima del hombro, le dedicó una amplia sonrisa complaciente y salió.

Roy se sentó de nuevo tras de su mesa.

—¿Qué no haré yo por el viejo Chad? —se preguntó en voz alta.

Después cogió el teléfono:

—¿Boley...? Póngame con él... ¿Joe? ¿Me oye usted...? ¡Dios mío, qué alboroto...! Llévselo abajo y después coja su coche y espéreme en la puerta de camiones. Vamos a salir.

Era un poco más de las nueve de la noche y Vanity Row estaba empezando a despertarse. Los porteros, como almirantes de opereta con sus galones dorados, se encontraban en sus puestos; los taxis formaban en fila en sus lugares de aparcamiento; los grandes automóviles particulares, con sus erguidos chóferes, iban estacionándose a la puerta de «Cipriano's», del «Gold Eagle», de «Merlin» y de «Weber's», y unos guardias dispersaban a un grupo de muchachos de rapadas cabezas, atrevidos, obstinados y desvergonzados, que hostigaban a los concurrentes pidiendo autógrafos.

Boley detuvo el automóvil en la misma esquina de Blackhawk y Roy descendió:

—No tardaré —le dijo a su chófer—. Espera aquí.

—¿Va usted a entrar por la puerta de delante? —preguntó Boley riendo—. Solamente el dejar el sombrero ya le costará un pico, según tengo entendido.

—¿Pues para qué te has creído que luzco este magnífico temo? —le hizo observar su jefe.

—Me estaba preguntando que para qué sería —comentó el polaco con una risotada.

El portero de «Cipriano's» dirigió una mirada curiosa a Roy y pareció estar a punto de hacer alguna observación mientras el policía esperaba a que le abriese la puerta; pero hubo algo en el modo como éste le miró fijamente con sus ojos grises poco amistosos, que, al parecer, impresionó al portero e hizo que éste cambiara de opinión y le abriese la puerta inclinándose ligeramente.

—Buenas noches, señor.

Roy entró en un vestíbulo que parecía una gruta forrada de felpa y llena de un olor denso a perfume. Las luces eran discretamente tenues y de las estancias contiguas llegaba el retintín, no menos discreto, de los cubiertos de plata y de la fina vajilla. De vez en cuando un camarero, con el uniforme de la casa (chaqueta corta y pantalón color lavanda y oro) entraba y salía por alguna de las altas puertas en forma de arco, llevando una bandeja. En el bar, llamado el salón tangerino, sonaba un piano. Aquel era el sitio donde normalmente tocaba Bob Dumas.

La chica encargada del guardarropa llevaba una especie de blusa azul de estilo campesino con un escote tan pronunciado que dejaba los hombros al descubierto. Tenía el cabello rubio, espeso y áspero, y llevaba los párpados pintados de un tono azulado. En general parecía una bailarina de ballet ruso.

Una especie de jefe de ceremonias de pelo brillante y vestido también con el uniforme del establecimiento, pero recargado de cordones como si fuera un tambor mayor, se acercó al recién llegado. Su aspecto era francamente insolente.

—¿Qué desea, señor? —preguntó con una mirada inexpresiva que nada tenía de acogedora.

—¿Es usted César?

El *maître* retrocedió ligeramente, como si el advenedizo hubiera hecho alguna observación indelicada.

—¡Oh, claro que no! ¿Qué es, si puedo preguntarlo, lo que desea usted de César? ¿Una mesa reservada, quizá?

—Quiero hablar con él. Dígale que venga.

El interpelado estuvo a punto de desvanecerse de asombrado horror y miró en torno suyo como si tratara de buscar la protección de algún camarero robusto, para caso de necesidad.

—¡Oh! Eso es una cosa que está completamente fuera de lo posible, señor. Si hay algo que yo...

—¿Quiere usted que le ponga en un aprieto enseñándole la placa?

El empleado se sobresaltó y miró a un lado y otro involuntariamente. La gente estaba entrando a la sazón en bastante cantidad. Sin duda iba a haber mucha concurrencia para ser un martes por la noche.

—¿Quiere usted venir conmigo? —indicó bajando un tanto los humos.

Roy le siguió por un pasillo estrecho y tenuemente iluminado a cuyo fondo, había una puertecita. El guía tocó suavemente en la misma, y cuando se oyó una voz en el interior que decía: «¿Qué pasa?», con tono irritado, dijo, entreabriéndola, unas cuantas rápidas frases en italiano. Al momento se abrió la puerta por completo y apareció en el umbral un hombrecillo de aspecto pomposo en traje de calle oscuro, de excelente corte.

La mirada que dirigió al intruso, parecía despedir rayos olímpicos.

—¡Pero esto es atroz! —gritó.

—Un momento, por favor —dijo Roy pasando junto a él e introduciéndose en el pequeño y desordenado despacho.

El que había servido de acompañante al policía desapareció apresuradamente, pálido y agitado. César adoptó entonces una postura napoleónica: los brazos cruzados sobre el pecho y un pie adelantado, contemplando con violento desprecio, de estilo netamente italiano, al osado que se hallaba ante su majestuosa presencia.

—¡He de protestar contra esto! —llameó—. ¡Protesto! ¡Protesto!

—Vamos, vamos. Reserve todo eso para los pueblerinos —le interrumpió Roy mostrando la placa.

—Esto le va a costar muy caro —bramó el tonante autócrata—. Ya lo verá usted. Una sola palabra por mi parte... Sí, una sola que diga al oído a Mr. Spalding, y ¡puf...!, usted se queda sin esa placa.

—¡Oh, por favor! —repuso el policía—. Vamos, descienda de su pedestal. Me habían dicho que usted era un buen amigo de Mr. Hobart.

César se estremeció, se convulsionó casi, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Descruzó los brazos con estudiado ademán.

—¡Que Dios le tenga en su gloria! Era el caballero más distinguido que he tenido ocasión de tratar.

—Yo soy Hargis. Llevo este caso. Y querría hacerle algunas preguntas.

—Pero... ¿Por qué no empezó usted por decirme que era el capitán Hargis? Pensé que se trataba de algún inferior suyo que pretendía abusar de su autoridad.

—Perfectamente... no tiene importancia... Y, dígame, ¿quién le presentó a usted a Ilona Vance?

César retrocedió un paso y se pasó la mano por su pelo gris, espeso y ensortijado.

—¿Que quién me presentó a mí...? —repitió—. Pero yo... Iba a decir que no sé qué importancia puede tener...; pero ya me doy cuenta... Sí, sí... Me la presentó Elmer Spencer. ¿Le conoce usted? Creo que ahora se llama Alien Spencer. Es una especie de empresario o cosa por el estilo.

—¿Le pidió él que usted diera una colocación a esa mujer?

—Me lo rogó. Y yo lo hice. Era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Lo sostengo así, capitán Hargis..., es un caso triste, muy triste. Incluso después de todo lo que ha pasado, yo no puedo creer que fuera ella quien lo hiciera.

—¿Por qué?

—¡Oh! No puedo, simplemente. Es demasiado hermosa.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudiera ser quien...?

—¿Matara a Mr. Hobart? ¿A ese hombre admirable? No; eso sólo puede haber sido un accidente.

—Bueno; así no iremos a ninguna parte. ¿Está aquí Joe Sert?

—Sí; está. ¿Tengo que avisarle? ¿Cree usted que será conveniente?

—¿Quiere hacerlo, por favor?

César llamó por una línea interior y sostuvo una breve conversación; después colgó el aparato e hizo un ademán afirmativo.

—Tendrá mucho gusto en verle, capitán Hargis.

—¿Está su esposa con él?

—Sí; pero está enferma, en cama. En la parte de atrás hay un departamento muy espacioso, ¿sabe usted? Mr. Sert y su nueva esposa están viviendo aquí, pasando su luna de miel... Siento mucho, capitán, que hayamos tenido un pequeño malentendido.

—No se preocupe.

—¿Quiere usted que le muestre el camino?

César le guió por un estrecho pasillo hasta aquel otro en que estaba el tocador de señoras. Era el mismo de la noche anterior, pero ahora no estaba desierto. Mujeres espléndidamente ataviadas iban y venían por él. Los estilizados desnudos que ornaban las paredes y la grotesca estatua de la negra desnuda parecían ahora difuminarse gratamente en el ambiente y no destacaban rígidos y llamativos, como la noche precedente.

—Una pregunta, por favor. Ese traje tan fino, capitán... —comentó César al llamar con los nudillos a la puerta.

Roy citó el nombre del sastre más famoso de la ciudad.

—Es un verdadero artista, desde luego, y me he vestido muchas veces con él. Pero ahora hay un sastre italiano nuevo. Un tal Riggio. No deje usted de verle. Dígale que le envía César. Le hará un descuento, naturalmente. Está esforzándose por abrirse camino.

—Muchas gracias.

La puerta fue abierta por Joe Sert que iba en mangas de camisa.

—Entre, Hargis. Entre... —saludó amablemente—. Gracias, Atilio.

—A su disposición, capitán —dijo César haciéndole una inclinación muy expresiva que, de ordinario, estaba solamente reservada para la clientela del salón babilónico de «Cipriano's».

* * *

Joe Sert parecía agitado y un tanto melancólico. Roy se sentó observándole, mientras el otro paseaba de arriba a abajo, pasándose la mano por el pelo y haciendo visajes.

—Un mundo muy raro éste, ¿verdad, Hargis?

A Roy no se le ocurrió ninguna respuesta, y se limitó a un vago ademán de asentimiento.

—Para decirle a usted la verdad, Hargis, yo no disfruto de buena salud. Tengo presión arterial y hace unos dos meses que padezco también de diabetes. Bueno; Tootsie y yo... Ya comprenderá usted...; la luna de miel. No pude por menos que decirme a mí mismo, al principio: «Joe, muchacho. Sería mejor que anduvieras con un poco de cuidado. Si no lo haces, te vas a morir». ¿Sí...? Pues créame usted; nunca en mi vida me he sentido mejor..., y ahí tiene usted a Tootsie; enferma en la cama y no es más que una chiquilla, y fuerte, además.

—Cosas de la vida —dijo Roy.

—Sí; muy extrañas. Se desmayó. Al principio creí que era cosa del champaña, pero luego le entró una calentura que no acaba de irsele. El médico quiere que ingrese en un sanatorio para pasar allí una semana en observación, pero Tootsie no quiere ir. Estoy muy preocupado con ella, Hargis. ¿Qué podría hacer? ¡Demonios! No podemos llevarla a la fuerza, chillando y pataleando. El médico dice que si no seguimos sus instrucciones, que nos busquemos otro, porque no quiere hacerse responsable. Créame, Hargis, estoy verdaderamente preocupado.

—Tendrá usted que convencerla para que vaya al sanatorio, Mr. Sert.

Joe se dejó caer pesadamente en una silla.

—Sí —convino. Después, durante un largo rato permaneció inmóvil mirando sombríamente al suelo.— Muy bien —dijo al fin—. Me parece que usted ya tiene sus propias preocupaciones y no necesita para nada que le venga con las mías. ¿Cómo va ese caso?

—Necesito algo de ayuda.

—Perfectamente. ¿Cuál?

—He sabido por César quién fue el que le presentó a esa mujer. Eso no me lleva a ninguna parte. Estaba tratando de ver si puedo establecer alguna relación entre ella y gente maleante.

—¿Por qué? —preguntó Joe levantando la cabeza.

—Tengo mis razones para ello. Una cosa muy rara, Mr. Sert. Alguien saqueó el departamento de esa muchacha. Se llevaron sus abrigos de pieles y no sé cuántas cosas más. Ella no quiso denunciar el hecho, e incluso se lo negó al detective particular del Terrace. Sé muy bien cómo fue perpetrado ese robo y es un trabajo típicamente profesional si es que alguna vez en mi vida he visto yo otro.

—Sí —comentó Joe vagamente.

—¿No podría darme usted alguna orientación a este respecto?

Joe se levantó y reanudó sus paseos de una parte a otra de la habitación durante un rato sin dejar de alisarse el cabello. Al fin se detuvo frente a Roy.

—¿Cómo puedo ayudarle a usted en esto, Hargis? —preguntó—. No acierto a comprenderlo.

—Muy sencillo. Si ella creyó que Hobart era el responsable del robo, despojándola por ese medio de todo lo que antes le había regalado, entonces ya tenemos un motivo para que lo matara. Necesitamos algún motivo, dejando aparte eso de una pelea por celos o cosa parecida. Resulta demasiado impreciso. Hay que buscar algo más concreto.

—Sí —reconoció Joe, y después de un momento, prosiguió—: ¿Usted me tatará a mí, Hargis?

—Por completo.

—Muy bien. Estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mis manos para poner a esa tunanta en el sitio que se merece. Ha aniquilado al mejor hombre que he conocido en mi vida. Lo convirtió en algo parecido a... Escuche, Hargis; resultaba una cosa verdaderamente penosa: borracho, jurando y tambaleándose en el Club como cualquier labriego embriagado en una feria pueblerina. No podía uno dar crédito a lo que veían sus propios ojos. Parecía que hubiese perdido la razón. Y, para decirle la verdad, creo que eso era lo que pasaba. Pero en el primer momento no fui lo suficientemente agudo para darme cuenta de ello. Hágase cargo del respeto que yo sentía hacia él. Todo lo que decía era el Evangelio para mí. Si afirmaba que nevaba en julio, pues bien, para mí nevaba en julio. ¿Me comprende? Permítame que le hable de Mr. Hobart. Pertenecía a la clase de personas que nunca se quejan por nada. Era demasiado altivo para hacerlo. Podía estarse muriendo, comido de un cáncer, y no hubiera pronunciado ni una queja. Me cuesta mucho trabajo el explicar lo que quiero expresar y la impresión que experimenté cuando empecé a verle borracho y lloriqueando cerca de esa mala mujer...

»Mire. Aquella última noche de la que ya le he hablado a usted, Mr. Hobart vino solo al Club. Llevaba la ropa arrugada y necesitaba afeitarse. César estaba

horrorizado; lo estaba, literalmente hablando. Bueno; Mr. Hobart se puso tan pesado que el italiano no sabía qué hacer con él. La gente empezaba a mirarlo y él se vertía la bebida en la pechera de la camisa al pretender tomar copa tras copa, con mano temblorosa. Al fin le dije a César que lo trajera aquí. Pudimos convencerle diciéndole que me había llegado un nuevo pedido de champaña y que quería conocer su autorizada opinión. Se sobrepuso bastante y cuando lo trajimos aquí pareció que volvía a ser el de antes, tan cortés y distinguido; pero apenas probó una copa de champaña cuando volvió a perder la cabeza, y, hermano, ¡de qué manera!

Joe, en el centro de la habitación, movió la cabeza lleno de pesadumbre y asombro.

—Empezó a contarme sus penas, farfullando fatigosamente. Resultaba espantoso, Hargis, el contemplar a un hombre como aquél... Bueno; yo me sentía cada vez más rabioso... Pero no contra él, ¿eh?

»Después se derrumbó materialmente. Me dijo que se estaba alelando, que no podía dormir, que iba a morirse...; majaderías por el estilo... Después dio más detalles. Esa puerca de mujer ya no quería nada con él y no podía sufrirlo. Empezó a contarme todo lo que había hecho a favor de ella, todos los regalos con que la había obsequiado, que había gastado una fortuna con ella... En vez de reaccionar por su ingratitud, parecía que aún quería justificarse. Le había comprado un abrigo de chinchilla y dos de visón para no hacer mención de las joyas y demás, incluso un automóvil. Mr. Hobart le dijo que tendría que devolvérselo todo si seguía por ese camino. No porque a él se le diera un comino del dinero...; tenía mucho y era un hombre generoso. Trataba, por este medio, de atraerla de nuevo. Pero la mujer le dio verdaderamente la patada. Le dijo que le repugnaba, que todo aquello eran porquerías y, finalmente, lo echó fuera de su departamento y le dio con la puerta en las narices...

—Veo que quisieron engañarme en el Terrace —interrumpió Roy—. Me dijeron que Hobart nunca entraba en sus habitaciones.

—Es un convencionalismo —prosiguió Joe plácidamente—. Tratan de justificarse por motivos puramente comerciales... Así pues, ahí tenemos a Mr. Hobart, a ese gran hombre, procediendo como un cualquier cosa, como un vulgar nuevo rico que trata de recuperar sus propios obsequios. La cabeza me ardía al ver una cosa así; entonces sí que puede decirse que mi presión arterial subió a un grado inverosímil. Así pues... ¿Es necesario que le cuente lo demás?

Joe se acercó a su mesa, cogió una botella de *whisky* y se sirvió un buen trago. Después miró a Roy.

—Perdóneme, Hargis —le dijo—. Estoy dándole la lata. ¿Quiere una copa?

El capitán se limitó a negar con la cabeza.

Siguió luego un corto silencio mientras Joe dejaba el vaso en la mesa.

—El automóvil que le regaló estaba matriculado a nombre de Mr. Hobart, de modo que todo fue bien...

—¿También le quitó usted el coche?

—Desde luego. Lo tiene el sobrino de Mr. Hobart. Nosotros la saqueamos por completo. Incluso le quitamos los vestidos de noche. Mis muchachos encontraron 3.500 dólares en billetes detrás de un cuadro. Les dejé que se los quedaran y, de ese modo, la faena me resultó gratis. Creo que los pobres chicos cargaron también con algunas joyas, y quizá con la perfumería que hallaron a su alcance; para sus novias, naturalmente. —De pronto Joe, al recordarlo, echó hacia atrás la cabeza y se rió estridentemente durante un buen rato—. Esa maldita renegada no salió del Terrace con mucho más de lo que tenía cuando entró allí. *Okay*. Fue un buen golpe. Usted me tatará, ¿verdad Hargis?

—Desde luego —contestó el policía. Después se levantó—. Bueno. Creo que ya está bien por hoy. La cosa marcha perfectamente por ahora. Usted quedará completamente al margen de todo, Mr. Sert. Grant, el detective, ya ha testimoniado lo referente al saqueo. La muchachita ya ha caído en el garlito.

—¡Muchachita! —gritó Joe con los ojos echando chispas de odio—. Dejé *knock-out* a uno de mis camareros; echó fuera de su cuarto a Mr. Hobart...

—Sí —repuso Roy suavemente—. Bueno; adiós, mister Sert. Buenas noches. Espero que Mrs. Sert se encontrará mejor mañana. Póngame a sus pies.

Joe dedicó a su visitante la más complacida y amistosa de sus sonrisas. Era evidente que aquél era su punto sensible.

—Muchas gracias, Hargis —respondió—. Ella le ha mencionado a usted un par de veces y también a aquel muchacho que le acompañaba. Creo que le causaron ustedes muy buena impresión. *Okay*, Hargis. Así pues, usted me tatará, ¿eh?

—Pierda cuidado. Le tataré; tenga la completa seguridad de ello.

Cuando se acercaron a la esquina del Ayuntamiento, Roy le dijo a su chófer:

—Déjame en la puerta principal. Ya ha llegado la hora del espectáculo.

—Esto es lo que yo quería ver —contestó Boley, suspirando y moviendo la cabeza.

Dio la vuelta y se dirigió despacio hacia un pasadizo interior para no encontrarse en un atasco al pasar desde la calle a la rampa de entrada del Ayuntamiento. El tráfico era intenso y rápido en aquella parte de la ciudad. Unos guardias hacían que la circulación fuese siguiendo para evitar que se produjeran obstrucciones y estancamientos en los accesos al edificio. La noche era templada, casi veraniega. Una luna oblicua y a mitad de su creciente vagaba por encima de las elevadas edificaciones en un cielo claro y sin nubes, color índigo. La suave brisa que soplaba de la parte del río traía un olor a aguas profundas. La atmósfera era ligera y daba una sensación de espacio y libertad.

—Ésta es la clase de noche, jefe —comentó Boley husmeando el aire—, que debía haber tenido en la playa en lugar de aquella tormenta. ¡Aquella rubia...! ¿Dónde estará esta noche?

Roy no le prestó atención. Apenas sabía a quién se refería su chófer. ¿Cómo se llamaba...? ¡Ah, sí! Kit... Condenada chica; queriendo saber lo que era el trueno...

El Ayuntamiento estaba completamente iluminado, como si se celebrara alguna fiesta. Resplandecían tantas luces dentro, que las farolas del exterior resultaban oscurecidas. Los coches se alineaban en su lugar de aparcamiento, y algunos se hallaban cruzados de una manera que producía la impresión de que hubieran sido abandonados precipitadamente. Boley y Roy vieron un par de guardias que ponían orden en los coches.

—¡Esos chicos de la prensa...! —dijo Roy—. ¿Para qué tendrán una cabeza sobre los hombros?

—Wesson lo hace todo muy bien —replicó el chófer.

—Sí —asintió Roy—, pero en tomo a Wesson hay un misterio. ¿Cómo puede ser que un hombre tan listo como él esté siempre sin un céntimo? Ni siquiera ha elegido una profesión donde se pueda sacar mucho de los demás. Se pensaría que un hombre así podía haberse dedicado, cuando menos, a la política.

Bajaron del coche y caminaron a través de la ancha plaza de cemento hacia la gran puerta de entrada.

—Resulta un tipo muy raro ese Wesson —comentó Boley—. Por mucho que beba nunca llega a emborracharse del todo. Jamás se cae, ni siquiera hace eses y siempre sabe lo que pasa. Sin embargo, una noche me lo encontré en un bar y nos hicimos mutuas confidencias. No tardó en hablarme de su viejo hogar en Inglaterra, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Hace diecisiete años que está ausente.

—Sí; y cuando empezó a llorar, estoy seguro de que procuraría sonsacarte lo que

pudiera.

Boley miró de reojo a su jefe mientras penetraban en el edificio y se dirigían por un ancho pasillo de mármol hacia los ascensores.

—Claro que trató de sonsacarme —reconoció—. Siempre está haciéndolo con todo el mundo. Pero a lo que yo me estaba refiriendo era a sus lágrimas. ¡Wesson con lágrimas en los ojos...! Aquello me chocó extraordinariamente. ¡Wesson dominado por una emoción como pocas veces he visto yo otra! Aunque es un excelente cómico como usted sabe perfectamente.

—Claro que lo es —convino Roy—. Las lágrimas son cosa fácil. Él estaba tratando de ablandarte a fin de que sintieras compasión y le facilitaras alguna información.

—¿Lo cree usted así? Sí, seguramente tiene usted razón, jefe. ¡Vaya un canalla! Y nosotros, desperdiciando simpatía hacia él. Mire usted, jefe, a veces yo también pienso en la vieja patria. Me pongo triste. Recuerdo un gran río, un río muy hermoso, y me acuerdo también de mi abuelo. Era campesino y tenía una barba rubia.

—Creía que habías nacido aquí.

—No. En Polonia. Me trajeron aquí cuando tenía nueve años.

—Bueno, Joe; si regresaras allí sentirías también tristeza acordándote entonces de este país.

—Es muy probable —reconoció Boley pensativamente—. Sí; creo que tiene usted razón. Dondequiera que uno esté, cualquier otro sitio le parece mejor, y también prefiere siempre la chica que no tiene, y cosas por el estilo. ¿Por qué pasará eso?

—No lo sé —dijo Roy secamente mientras entraban en el ascensor y subían en él. Esas cosas le molestaban. No eran más que fantasías fútiles y ociosas.

Se detuvieron en una pequeña oficina vacía del tercer piso desde donde llamó a los calabozos de los sótanos. Contestó Red Benson.

—¿Cómo va? —preguntó el capitán.

—He tenido que entendérmelas con un par de entrometidos, de esos que quieren solucionarlo todo a su modo. Les he tenido que sacudir un poco, pero no les he hecho ningún daño y ni siquiera han salido con un ojo morado. Nadie se ha colado desde que yo estoy aquí, capitán, y nadie se colará mientras siga.

—Buen trabajo... Tan pronto como Alma suba aquí la chica esa, tú puedes irte a casa, Red, y que duermas bien. Te lo has ganado... Ahora que se ponga Alma al aparato.

Después de bastante rato de espera, Alma dijo desde el otro extremo del hilo.

—A sus órdenes, capitán.

—¿Está usted lista?

—Lista, decidida y capaz, capitán. ¡Esa chica...! Verdaderamente sabe dominarse. Hace una hora que está ya vestida para subir. La mayor parte de las mujeres se sentirían nerviosas. En seguida que se visten para ir a algún sitio, ya están queriendo ir. La última vez que he ido a echar un vistazo, la he encontrado

dormitando en una silla.

—¿Qué aspecto tiene?

—Capitán —respondió Alma—. No hay derecho. Nadie debería tenerlo para estar tan bien.

—*Okay*. Súbala aquí.

Roy colgó el aparato y después él y Boley ascendieron por la escalera hasta el cuarto piso; habían dejado el ascensor en el tercero para que Roy pudiera hablar por teléfono sin ser observado.

Aún no habían subido la mitad del tramo de escaleras que mediaban entre el tercero y el cuarto cuando oyeron ya la algarabía. Aquello parecía un *cocktail* alborotado. Se oían ruidosas conversaciones y sonoras carcajadas, y el ambiente era de nerviosa tensión.

Cuando Roy y Boley llegaron al rellano de la escalera, se escucharon gritos y algunos hombres acudieron corriendo hacia ellos. La puerta del antedespacho se hallaba abierta y la gente entraba y salía: periodistas de ambos sexos, fotógrafos, empleados del Ayuntamiento que habían acudido atraídos por el bullicio y algunos pocos extraños que, al parecer, procedían de la calle. El pasillo estaba sembrado de periódicos, revistas, envolturas de goma de mascar, cerillas, colillas y, prácticamente, todo lo demás que la gente es capaz de arrojar al suelo, incluyendo, como piezas extraordinarias, un par de guantes de mujer, una bolsa de la compra con algunas latas de conserva dentro y un sombrero masculino.

—Parece un sábado, después del mercado comarcal —observó Roy.

Varios periodistas empezaron a interpelarle a la vez. Alguien sacó una instantánea. Hubo un hombre que incluso lo agarró por el brazo.

—¡Calma! ¡Calma! —dijo el capitán—. ¿A qué viene todo este alboroto?

—¿Que a qué viene este alboroto dice? —repitió un hombre de roja cara y con traje de dril.

Roy le asió por las solapas y le sacudió suavemente.

—Me parece que con ese traje va usted retrasado de temporada, amigo.

—No he parado desde las ocho de esta mañana y, entonces, hacía un calor infernal. Óigame, capitán... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

—¿Cuándo qué...?

Se produjo un revuelo formidable cuando Roy trató de penetrar en el antedespacho apartando la gente a un lado.

—Ya sabe usted el *qué* —respondió el del vestido veraniego—. No dejará de estar enterado de que los directores de periódicos de la ciudad están echando toda la carne al asador para vender todos los ejemplares que sean capaces de sacar, con el asunto de esa *hermosísima muñeca*.

—Ella nunca ha matado a nadie —gritó una voz—, ¿verdad, capitán? ¿Cómo podía hacerlo? Sería contra la naturaleza.

—Y aunque lo hubiera hecho, no le pasará nada —afirmó una voz femenina— si

su defensor consigue que se reúna un jurado de hombres.

—Con un jurado de mujeres, estaba perdida —fue otro de los comentarios.

—Esperen un poco —dijo Roy—. No vamos a juzgarla ahora.

—¡Una nota! ¡Que den una nota! —gritaron varios en medio de una confusión de voces, que a veces parecían aullidos, y de empujones.

Se tiró otra placa. El policía, para hacer broma, se quitó el sombrero y se tapó con él la cara. Tuvo un éxito de risas, pero éstas resonaban más bien con algo de histerismo.

A poco, el ascensor se detuvo frente a la puerta del antedespacho y salió del mismo Alma seguida por Ilona Vance.

Se hizo inmediatamente un silencio sepulcral.

La detenida llevaba un vestido sencillo de seda negra que modelaba bellamente su figura. Llevaba recogido su espeso pelo negro, que tenía reflejos cristalinos bajo las luces, formando un moño sobre la nuca. No llevaba ninguna joya; ni siquiera un anillo. Se adornaba el cabello con unas gardenias. Una suave onda de perfume exquisito empezó a luchar con el humo de los cigarrillos en el corredor atestado. Llevaba unos escaquineros negros de tacón muy alto adornados con bordados de oro y plata.

—¡Santo Cielo! —exclamó alguien con una voz quebrada por la emoción, rompiendo el silencio.

Hubo unas risas nerviosas y después los fotógrafos entraron en acción y los fogonazos llenaron el pasillo.

—Estamos perdiendo ya demasiado tiempo con estas cosas —gritó Roy, haciendo que la mujer se le quedara mirando curiosamente con sus grandes ojos de forma de almendra y de un color gris claro en los que no se pintaba la menor emoción.

—Entre, *Miss* —dijo el capitán mientras Boley y Ed Reynolds se esforzaban en abrirle paso—. Siga en derechura hasta el despacho inmediato.

Con el garbo fácil, gracioso y artificioso de una modelo, la muchacha atravesó el paso abierto entre la multitud, sin mirar a nadie, calmada, recogida e inexpresiva.

Cuando hubo pasado, seguida por Alma, Roy se interpuso en la puerta.

—Ahora escuchen —gritó dirigiéndose a aquella abigarrada muchedumbre—. Todos están invitados a entrar, de modo que no se alboroten. Nada de apreturas ni de empujones. Aquí todo el mundo entra y no tenemos favoritos.

—¿Qué nos dice de Percy Wesson, ese inglés gordo? —demandó una voz anónima.

—¿Quién? —dijo Roy con una sonrisa irónica.

—Ése debe tocarle la barbilla al comisario —gritó alguien.

—¡Qué pensamiento más repulsivo! —exclamó una periodista, provocando un coro general de risas.

Emmet Lackey se hallaba en la oficina principal, que era grande y tenía cuatro mesas, con muchas sillas a lo largo de las paredes. Estaba sudando y secándose la

cara con un gran pañuelo mientras entraba la joven precedida por Boley y Ed Reynolds y seguida por Alma.

Lackey trató de desvanecerse en el fondo ambiental, situándose al otro extremo de la estancia, pero la mujer se dio cuenta de su presencia.

—Muy buenas —saludó cortésmente con su voz profunda que parecía venirle de los talones y que, sin embargo, resultaba agradable, suave y natural.

En efecto, aquella mujer parecía carecer de toda afectación y coquetería. No se sonreía, y esto también parecía una cosa natural en ella, alejando todo aspecto de adustez. Ni se atusaba el pelo ni se estiraba el vestido ni hacía, en suma, toda esa clase de gestos inútiles que acostumbran a hacer las mujeres cuando pasan por circunstancias como aquéllas. Daba la impresión de una calma y un reposo auténticamente sinceros.

Lackey se la quedó mirando reflejando en su rostro un aire de mansedumbre.

—Muy buenas —contestó al saludo que le había sido dirigido, con una voz que temblaba un poco y a la par que se inclinaba ligeramente.

Boley estaba abatido y se limitó a dirigir una mirada más bien triste a aquella visión, preguntándose a sí mismo cómo podía haber tenido nunca el pensamiento de que aquella chiquilla rubia. Kit, pudiera comparársele. Ed Reynolds mascaba su goma silenciosamente; al fin le dijo al chófer:

—Creía que no podía parecer ya mejor; pero ahora lo está. ¿Por qué no la nombran Miss América? Creo que no tendría rival en el concurso.

En la puerta principal, Roy había cerrado el paso a la clamorosa horda que de nuevo había estallado en un vocerío ensordecedor.

—Tómenlo con calma, señoras y caballeros. Hay sitio más que suficiente para todos si no se desmandan. Pueden entrar. ¡Poco a poco...!

Roy se echó a un lado y la caterva periodística se precipitó dentro, empujándose y hablando.

—¿Le importaría situarse aquí, Miss? —dijo el capitán a la recién llegada indicando un sitio frente a una de las mesas.

La interpelada le miró fijamente, vaciló, y luego se colocó allí. Después se le quedó mirando sin pestañear. Aquello le molestó un poco a Roy.

—Soy el capitán Hargis, Miss Vance —le explicó.

—¡Oh! —exclamó la joven—. Así es usted el que manda aquí.

—Soy el que manda aquí, en efecto —repitió Roy sintiéndose orgulloso por aquel hecho por primera vez desde hacía muchos meses.

—Entonces será mejor que le obedezca.

Roy se la quedó mirando, en espera de una sonrisa, pero no vino ninguna. La mujer apartó la mirada y la dejó vagar por el atestado despacho.

—¿Qué es lo que significa todo esto? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Los chispazos de las máquinas de retratar empezaron de nuevo. Un par de

fotógrafos saltaron encima de mí mesa pisoteando los papeles que había sobre ella. Boley les dedicó una maldición, pero Roy le hizo un ademán de que les dejara estar. Una chica fotógrafo se abrió camino entre la multitud.

—¿Querría usted sentarse encima de la mesa, ricura, y posar un poco para los muchachos?

Hubo algunos alaridos que bien pudieran compararse a aullidos de chacal, pero la interpelada contestó sin perder la compostura.

—Lo siento, pero no soy una estrella de la pantalla. —Los aullidos se convirtieron en lúgubres y la detenida pareció quedarse pensando un instante—. Claro —concluyó por decir mirando a Roy—, que si el capitán lo dispone...

—Usted misma es quien ha de decidirlo —respondió rápidamente el aludido.

—Muy bien; entonces decididamente no me siento con vocación estelar.

No pareció prestar atención alguna al tumulto que sus palabras produjeron. Parecía que nada de aquello tuviera que ver con ella y todo lo que hizo fue mover ligeramente la cabeza. Había hablado ya, y aquello era todo lo que tenía que decir.

De nuevo se volvió hacia Roy:

—Capitán, ¿quiere decirme qué es lo que significa todo esto? —repitió.

—Es una conferencia de prensa.

—¿Quiere usted decir que he de responder a las preguntas...?

—Claro.

—Pero, ¿tengo que hacerlo forzosamente?

—No —respondió el capitán—. Es usted libre de hacer lo que quiera.

La mujer tosió ligeramente para aclararse la voz y luego dijo con la mayor cortesía:

—Pues lo siento, pero no deseo contestar a ninguna pregunta.

Se produjo un rugido tremendo y las protestas surgieron de todas partes.

—Pero, muchachos —dijo Roy—. ¿Qué esperaban que yo hiciese? Está en su perfecto derecho. Si no quiere es que no quiere, y no hay más.

—Triste cosa —comentó uno de los reporteros.

—Usted solía trabajar en «Cipriano's» ¿verdad? —preguntó alguien de pronto.

La mujer vaciló un poco y después hizo un lento ademán de asentimiento con la cabeza.

—Trabajé en «Cipriano's». Eso es todo. Y no me hagan más preguntas. No las contestaré. —Se volvió luego de espaldas al círculo de periodistas—. Lo siento —dijo por encima del hombro.

—Bien, muchachos —terció el capitán—. Podéis estaros por ahí hasta dentro de un rato. Os facilitaré alguna nota. No diréis que no me preocupo de vosotros.

Miss Vance se volvió de nuevo de frente a sus acosadores. En la mano llevaba un pedazo de papel.

—Desearía hacer una afirmación —dijo suavemente.

—Bien. Siga adelante —le dijo Roy un tanto sorprendido.

La muchacha leyó lo que decía el papel.

—Quiero decir que soy total y enteramente inocente en lo que respecta al lamentable asesinato de Mr. Hobart.

Siguió un silencio mortal y luego alguien se echó a reír. Ilona Vance miró en la dirección de aquella risa.

—Me gustaría —afirmó— ver a la persona que piensa que lo que acabo de leer resulta divertido —dijo fríamente.

Nadie más osó reírse. Roy se acercó más a ella y le preguntó en voz baja:

—¿Dónde ha encontrado usted esa afirmación?

—Pues la escribí yo misma, capitán Hargis. Y ésa es la verdad y no haré otra cosa que repetirla siempre.

El policía la empezó a observar con atención. A aquella corta distancia se dio cuenta de que había realizado un maquillaje maravilloso sobre su ojo amoratado. Advirtió también que las pestañas no eran artificiales; eran, a pesar de todo, las más largas y negras que había visto en su vida. Después, de un modo brusco, cesó en aquel examen. ¡Pobre Hobart! Había sido completamente sobrepujado. Su derrumbamiento no le pareció tan sorprendente como lo había sido para Joe Sert.

—Lleva a Miss Vance a mi despacho, Boley —ordenó a éste.

El chófer y Ed Reynolds tuvieron que emplearse a fondo para hacerla atravesar la muchedumbre hasta el despacho de Roy. Los reporteros se apiñaban en torno suyo, tratando de impresionarla o hacerla enfadar para que respondiera a alguna pregunta o hiciera algún comentario. Ella permaneció erguida mientras atravesaba aquella especie de carrera de baquetas. Al fin desapareció tras la puerta del despacho de Roy seguida de Boley y de Ed Reynolds.

—¿Creéis que las antiguas Amazonas se parecerían a ésta? —preguntó un periodista—. Si se parecían, ¡qué clase de *machotes* tenían que ser los griegos para luchar con ellas!

—Para librarse de ellas, querrás decir —replicó otro levantando un coro de risas.

—No digas tonterías —arguyó el primero—. Yo creo que cualquier hombre que quisiera librarse de una mujer así...

—Pues sería un sabio —terció una periodista.

Poco a poco, Roy fue consiguiendo que desalojaran la estancia y, finalmente, pudo cerrar la puerta. Lackey se hallaba aún en un rincón con la espalda apoyada a la pared. Cuando su jefe le miró, extrajo su pañuelo y se secó la frente.

—Bueno —dijo Roy—. Me temo que mi espectáculo ha resultado un tanto deslucido.

—¡Oh, no! Por el contrario —exclamó una voz que salía no se sabía de dónde.

Los dos policías se volvieron en aquella dirección y Wesson surgió de dentro de un armario empotrado en la pared que servía para colgar los abrigos. Estaba muy encamado y con visibles muestras de haber bebido más de la Cuenta. Roy se le acercó y le examinó atentamente.

—¿Con una *trompa*, eh? No me dirá ahora que en el almacén ha encontrado líquidos aprovechables.

—No —reconoció el periodista—. La verdad es que envié a un simpático negrito a que me trajera medio galón de ginebra. Por el camino, el condenado se bebió la mitad y ahora duerme apaciblemente sobre el suelo del almacén abrazado a una escoba. Yo me bebí el resto, naturalmente.

—¿Y cómo diablos ha venido usted a parar ahí?

—¡Ah! Ésa es la cuestión.

Marcando el ritmo con la mano, recitó:

*«¡Vino, aquí! ¡Vino...!
¡Que los necios temores del mañana
se desvanezcan por sí solos!
La muerte me habla al oído:
“¡Vive! —susurra dulcemente—.
¡Vive! ¡Ya estoy aquí!”»*

Roy se limitó a quedársele mirando.

—Veo que usted no aprecia la poesía clásica, amigo —le dijo el inglés—. Es Virgilio, nada menos... Roy, ¿puedo sentarme allí? —preguntó indicando con el pulgar la puerta del despacho particular del capitán.

—¡No puede entrar ahí! —respondió Roy—. ¡Maldito borracho de todos los diablos...!

* * *

El capitán Hargis y su prisionera se encontraban ahora a solas. Las ventanas del despacho de aquél estaban abiertas y por ellas ascendía el distante bullicio y el clamor de la ciudad, acentuando aún más el silencio que reinaba dentro. La joven se hallaba ocupando el único asiento relativamente confortable que había allí, una baqueteada butaca forrada de cuero que danzaba desde hacía años por el Ayuntamiento, rodando de despacho en despacho. Roy, detrás de su mesa, se estaba dando cuenta, por vez primera, que aquella butaca era una verdadera desgracia: sucia, rota y con el relleno a la vista en algunos lugares.

Ilona Vance se hallaba sentada en una postura más bien rígida con los tobillos y las rodillas juntos y las manos cruzadas apretadamente sobre su regazo.

Roy se entretuvo en jugar con un lápiz, después con un cortaplumas, y, finalmente, se levantó y cerró una de las ventanas.

—¿Está mejor así? —preguntó—. Entra ya un poco de fresco, me parece.

—Sí; está mejor —respondió la mujer.

—¿Y si cerrara también la otra?

—Ciérrela, si no le importa.

Roy la cerró. Había algo en la manera de hablar de la muchacha que le había interesado, con independencia de su voz. Hablaba con mucho cuidado, como un extranjero que acaba de aprender el idioma y tiene miedo de cometer equivocaciones y de que se rían de él. En su dicción existía algo claramente artificioso. No hablaba descuidadamente, como la mayor parte de los norteamericanos lo hacen, trátese o no de personas cultas. Por el contrario, separaba claramente las palabras y acentuaba cada sílaba. Aunque era evidente que había estado preparándose para aquel modo de expresarse, y no mucho tiempo antes, conseguía adaptarlo a su personalidad y darle un aspecto propio como le sucedía con su manera de andar, que constituía, evidentemente, un estilo personal.

«Es una verdadera producción teatral, ¡por Dios que lo es!», se dijo a sí mismo el policía.

Después se sentó detrás de su mesa y al cabo de un momento preguntó:

—¿Quiere decirme usted misma lo que ha sucedido y sin que yo tenga necesidad de andar preguntándole?

—No quiero decir nada, capitán Hargis. Estoy profundamente agitada por la muerte de Frank. Es una cosa terrible y preferiría no tener que hablar de ello.

—¿Puedo ofrecerle un cigarrillo, Miss Vance? —invitó Éoy tras una pausa.

—Gracias. No fumo.

Roy se levantó y dio unos pasos junto a la mesa. Se sentía nervioso, francamente incómodo. Por regla general se veía superior a la gente y algo despectivo, mostrándose descuidado y procediendo sin cumplidos ni ceremonias en su actitud. Pero aquella mujer, majestuosa, inmóvil, fría y decorativa, lo trastornaba algo y le hacía sentirse poco seguro de sí mismo. ¿Cómo podría penetrar su armadura?

—Creo que usted conoce a Bob Dumas... —comenzó, tanteando el terreno.

—Sí; le conozco, en efecto.

—¿A qué hora le llamó usted el lunes por la noche?

—No le llamé a ninguna hora el lunes por la noche. Hace tiempo que no le he llamado...; semanas enteras.

—Entonces, ¿cómo fue que él se hallaba en su compañía cuando usted se despidió en el Terrace?

—¿Que se hallaba conmigo, dice?

Siguió una larga pausa. Con las ventanas cerradas, el perfume femenino se hacía cada vez más fuerte. Roy lo encontró muy turbador. Al cabo de un momento fue hacia su mesa, sacó un cigarro, cortó la punta con los dientes y luego vio que la chica se le quedaba mirando con lo que casi parecía un aire divertido. Sus ojos no eran tan claros como parecían a primera vista, se dijo a sí mismo, y el efecto provenía del hecho de que sus pestañas eran muy negras, espesas y largas, habiendo ya observado el mismo efecto en los ferroviarios cuyas pestañas ennegrecidas por el humo y el carbón dan a sus caras, viriles y duras, un aspecto falsamente afeminado.

—¿Le importará si me fumo un cigarro?

—No, si abre usted una de las ventanas.

Roy, con un gesto de repentina irritación, arrojó el cigarro sobre la mesa.

—Atiéndame pues, guapa —gritó con una vehemencia irreprimible—; vamos al grano. Tengo ya lo suficiente contra usted para hacer que la ahorquen..., o poco menos. Así pues, le aconsejo que hable. Empecemos. Pienso ser todo lo cortés que pueda, pero no intente abusar de esta buena disposición por mi parte.

La muchacha le miró en silencio.

—Así pues, ¿usted no llamó a Dumas? —preguntó Roy.

—No, capitán.

—¿Se despidió usted del Terrace?

—Sí, capitán.

—¿Por qué?

—Porque había decidido marcharme fuera.

—¿Por qué?

—Estaba cansada de esta ciudad. Además, Mr. Hobart, ¡pobre hombre!, estaba empezando a ponerse insoportable.

—¿Celoso?

—Oh, no. Nada de eso. No tenía motivo alguno para sentirse celoso. Eran sus borracheras. No sé lo que le pasó a ese desdichado. De repente se puso a beber whisky sin tasa. La cosa empezó a resultar muy molesta. Cada vez que salíamos, acababa por... intoxicarse.

—¿Y a dónde pensaba usted irse?

—Pensaba regresar a San Francisco.

—¿Su ciudad natal?

—Sí, capitán. Yo nací allí.

—¿Qué pensaba hacer usted para procurarse dinero?

La muchacha le miró fijamente y después bajó la mirada al suelo.

—No comprendo esta pregunta, capitán.

—¿Tenía usted dinero para irse?

Siguió una larga pausa y después la chica dijo:

—Hay algo que me gustaría preguntarle, si puedo hacerlo.

—Siga adelante.

—He leído, en el *World* que fui detenida en la estación terminal del autocar de Lackawanna. ¿Quién puso eso? ¿Por qué lo puso?

—Usted lo sabe tan bien como yo.

—No. No lo sé. Es una mentira. Da la sensación de que yo estaba huyendo.

—¿Y no lo hacía usted así?

—No. Cuando una persona decide abandonar un sitio, ¿se le llama a eso huir?

—¿Quiere usted que rectifiquemos esa equivocación en el *World*? ¿Se trata de eso? ¿Quiere usted que establezcamos que fue detenida cuando huía de la casa de

mistress Allen Spencer, su hermana, en Barrington States?

—¡Oh! Así ella se lo dijo a usted —exclamó Ilona sorprendida.

—Yo lo sabía ya. ¿Cómo supone usted que sabía dónde encontrarla?

—¿Cómo pudo enterarse? Nadie lo sabía.

—Hay gentes cuya misión estriba en enterarse de las cosas de los demás, y yo, que pertenezco a ese gremio, puedo encontrar ayudas... Le aseguro a usted, Miss Vance, que no se hace ningún bien a sí misma con esa actitud evasiva que está adoptando.

—Capitán —respondió la interpelada—. Soy dueña de mis actos y tengo que arreglármelas yo misma; así pues, pienso hacer lo que crea más conveniente... Siento tener que hablarle así.

—Me parece que va a seguir usted un camino equivocado.

—Tendré que ser yo misma la que lo decida, capitán. ¿Qué es lo que usted intenta decir? ¿Que debería confiarme a usted?

Roy se volvió de espaldas, fue hacia su mesa y se sentó tras ella.

Ilona prosiguió:

—Porque si es esto lo que trata de decir, no resulta tan inteligente como le había juzgado. Yo no me confío a nadie. La experiencia me ha enseñado a obrar así..., y siento, repito, tener que hablar de este modo.

Después de un largo rato de silencio, Roy preguntó:

—¿Quién supone usted que saqueó su departamento, Miss Vance?

La interpelada se sobresaltó ligeramente y bajó los ojos. El policía esperó un buen rato, pero como ella no daba signo alguno de responderle, prosiguió:

—Un abrigo de chinchilla, dos de visón, un automóvil, vestidos de noche, ropa interior... y tres mil quinientos dólares en efectivo.

Ilona se levantó casi de un salto. Le temblaban los labios y sus ojos tenían una expresión tan fría como el hielo. Su tez palideció aún más de lo que, de suyo, estaba, reflejando lo que parecía ser una emoción muy fuerte de algún género, quizá la rabia, según Roy pensó. Se hizo un prolongado silencio y, finalmente, la muchacha volvió a sentarse recobrando su compostura momentáneamente perdida. No había pronunciado ni una sola palabra ni hecho siquiera mención de articularla y, sin embargo, el ambiente entero del despacho parecía haber experimentado un cambio. Se diría que había electricidad en el aire.

«Me parece que he dado en el blanco», se dijo a sí mismo el implacable interrogador; después se levantó, se acercó a Ilona y se plantó de pie frente a ella.

—¿Quiere usted que le diga algunas otras pocas cosas que también sé?

—Que usted cree que sabe —interrumpió ella, negándose a mirarle.

Roy observó que los largos dedos de la mujer se entrelazaban sobre su regazo y que se hallaban tan estrechamente unidos que las manos tenían un color casi cadavérico.

—Sé perfectamente, por ejemplo, el lugar donde usted abandonó el *Cadillac* —

dijo—. Conozco la hora a la que usted llamó a Dumas: alrededor de las doce y media...; y por cierto que él está abajo esperando a ser interrogado. Estoy al tanto de que usted se despidió del Terrace sobre las dos treinta. No ignoro que usted se negó a reconocer que su departamento había sido saqueado. En realidad yo estoy enterado de muchísimas cosas que se refieren a usted, Miss Vance... Muchísimas.

Ilona volvió a ponerse de pie bruscamente. En sus ojos había una densa potencia que turbó tanto a Roy que éste comenzó a palidecer.

—Muy bien —dijo ella hablando muy rápidamente y respirando con un ritmo irregular—. Usted sabe mucho. Lo reconozco así. Sí; usted sabe mucho... Pero no lo sabe todo. Todo esto constituye una equivocación. Le juro sobre la tumba de mi madre, sobre todo lo que usted quiera, que soy inocente. Yo no maté a Mr. Hobart... Capitán, por favor, ¡ayúdeme! —se arrojó en los brazos de Roy y apretó su cabeza contra el pecho varonil—. ¡Por Dios! ¡Ayúdeme! —imploró sollozando.

El suelo pareció conmovirse. Roy se sintió subyugado, sin fuerza para sobreponerse. Sentía, en el suyo, la presión de aquel cuerpo fuerte, firme y joven que se le abandonaba. Por un momento la rodeó con sus brazos, pero luego los retiró apresuradamente, luchando por recobrar su propio dominio.

Finalmente logró separarla y suavemente la obligó a sentarse de nuevo en la silla.

—Vamos, Miss Vance —le dijo con la voz algo trémula—. No se deje dominar por la emoción; sobrepóngase, por favor.

—Lo siento —dijo la muchacha mirando al suelo llena de confusión—. Pero yo no he tenido a mi lado nunca a nadie que me ayude; nunca, nunca...

Roy se sentó tras la mesa, sostuvo un momento más de lucha interior y, finalmente, pulsó un timbre. Al cabo de un momento, Lois, la auxiliar de Alma, entró en el despacho.

—¿Quiere hacer el favor de volverse a llevar a Miss Vance? Hablaré con ella esta noche, más tarde.

—Sí, capitán. Vamos, querida.

Ilona Vance salió del despacho sin volverse a mirar hacia atrás. Lois cerró la puerta suavemente. Roy paseó arriba y abajo de la habitación durante un rato y después se acercó a la ventana y la abrió por completo.

—¡Este maldito perfume! —gritó en voz alta.

Dejó pasar un rato respirando a pleno pulmón el aire, algo fresco ya, de la noche, y después se acercó a un espejo que pendía de la pared y permaneció un momento frente a él, estudiándose. Tenía la cara pálida y estirada. «Mira, hijo —dijo dirigiéndose a su propia imagen—. ¿Tú eres aquel hombre del sistema hermético? ¿Te acuerdas de aquello? ¿Tú eres el que no quería complicaciones femeninas? ¿Te acuerdas también?».

La puerta se abrió tras él y el policía se volvió en redondo, dando la espalda al espejo y sonrojándose como un chiquillo atrapado en algún acto vergonzoso.

Era Wesson. El periodista olfateó el aire como un sabueso.

—¡Ah! —gritó—. ¡Qué perfume más excitante...! ¿Hemos sacado algo en claro? Me refiero a una acusación de asesinato, naturalmente.

—Wesson —le dijo Roy—. ¿Se ha serenado usted por completo?

—Serenos como un juez. Y no me refiero precisamente a aquel juez a quien tuvieron que apuntalar en su sillón.

—Pues bien; esa mujer lo ha negado todo. Wesson.

—Pues ha tardado mucho tiempo en decir que no; me refiero a lo del asesinato, naturalmente.

—Es usted un mal bicho, Wesson. ¡Lárguese de aquí!

—¿Ya qué viene este cambio de actitud?

—Siempre creí que era usted un mal bicho.

—No me refiero a eso. Quiero decirle que a qué viene esta actitud suya tan poco amistosa.

—Dé la vuelta y váyase con los demás, Wesson. Ya le he hecho bastantes favores.

El periodista se quedó mirando a Roy, quien cogió el teléfono y habló a Lackey, en la oficina principal.

—¿Es Emmet...? Óyeme: Wesson tiene que permanecer fuera, en el *hall*, con todos los demás, desde ahora. Tenlo allí.

El capitán colgó el aparato sin dar más explicaciones.

Wesson se encaminó lentamente hacia la puerta, la abrió, y después observó.

—Y todo esto, sólo porque he visto al Gran Capitán admirándose en el espejo y ensayando expresiones...

Roy se lanzó contra él, pero el reportero huyó apresuradamente cerrando de un golpe la puerta. Roy se refrenó, después retrocedió y fue a sentarse tras de su mesa, dando un suspiro.

* * *

Como antes lo había hecho ya, Bob Dumas se despojó de la americana y la arrojó a una silla, errando, fatalmente, la puntería; pero esta vez no parecía sentirse tan despreocupado como la anterior. Se aproximó a una de las ventanas y permaneció un momento contemplando el exterior, después de lo cual empezó a olfatear el aire y luego se volvió.

—Huele aquí como en los pasillos del «Cipriano's» —observó.

—Su amiga. Miss Vance —respondió Roy que estaba sentado tras su mesa hojeando unos papeles.

—Pero, ¿cuándo duerme usted, señor lince? —acabó por preguntar Bob tras un instante de silencio.

—¡Oh! Descabezo un sueñecillo aquí y allá... Tengo entendido que le han permitido usar el teléfono abajo. ¿Ha conferenciado usted con algún abogado?

—No. Estuve hablando con una chica. Me hago la ilusión de que no tardaré

mucho en salir de aquí.

—Y esa chica, ¿le ha repetido las preguntas que yo le hice y las contestaciones que me dio?

—Capitán —respondió el pianista sonriéndose irónicamente—, le ruego que se refiera a ella en forma más elevada; está usted hablando de la mujer a quien yo debería amar.

Roy hizo una mueca y encendió un cigarro.

—¿Tiene usted ganas de un rato de charla? —preguntó.

—Me parece como si estuviera metido en el consabido lío —suspiró Bob mirando, abajo, a la ciudad y escuchando los ruidos del tráfico. Volviéndose, preguntó—: ¿No ha oído usted esa bocina en la-mi-sol? Un acorde menor con un bajo disonante como el pitido de una locomotora, ¿no le parece?

Roy se limitó a mirarle.

—Usted cree que yo estoy un poco chiflado, ¿verdad? —dijo el músico—. Bueno; no es usted el único en tener esta opinión, incluyendo a la tía de Ruth. De todos modos, esa buena señora es una excelente persona. Mi opinión personal es que pertenece por completo a su época. Tiene siempre un aspecto magnífico de seguridad y está rodeada de un ambiente de cosa firme y consolidada. La mayoría de las mujeres de su edad no se le parecen. Se pasan la vida en los clubs femeninos, chillando sobre naderías. Nunca vi una mujer que pudiera estarse tan tranquila y con un aspecto más satisfecho. A mí me pone nervioso.

—Cuando le pregunté si tenía usted ganas de un rato de charla, no quería decir que lo hiciera a tontas y locas —le interrumpió el policía.

—Yo siempre hablo de esa forma. A veces yo escucho que salen de mi boca las cosas más disparatadas. Son lo que pudiéramos llamar improvisaciones. Si se tiene un poco de paciencia, a veces se logran resultados sorprendentes.

—Pues lo que es Miss Jensen, debe estar fresca.

—Para decirle la verdad —dijo Bob sentándose frente a Roy—, a ella le gusta todo esto; resulta una oyente silenciosa o, cuando menos, acostumbra a serlo, aunque, desde que me conoce, se va animando un poco. Cuando la vi por primera vez era una completa chiquilla. Al dejar el colegio no sabía nada de la vida. ¿Qué diablos podía uno esperar de una criatura así?

—Pobre chica —comentó el policía—; nada más que desventajas.

—Usted cree que esto es una broma, pero nada más lejos de la realidad. Cuando la conocí, no sabía ni por dónde andaba. ¿Ha oído referir usted aquella inconveniencia que parece que dijo María Antonieta? «Pues que coman pasteles...». Hay quien dice que eso fue una invención de sus enemigos políticos; yo creo que lo dijo, aunque inocentemente... Debió resultar, en efecto, una frase sorprendente. «Pues si se les ha acabado el pan, que coman pasteles, ¡qué diablos...!». Pues bien, Ruth me decía a mí muchísimas cosas por ese estilo. No crea que es broma. Es que no tenía ni la menor idea de cómo vivía la gente del mundo distinto al suyo.

—Bien; ahora ya debe saberlo —comentó el capitán.

—Lo está aprendiendo... Y esto, queridos radioyentes, nos lleva de nuevo al aspecto comercial de esta emisión... Volvamos al caso, capitán. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Sé perfectamente bien a qué hora le llamó a usted Miss Vance. Lo único que deseo de usted es que lo admita.

—Muy bien. Lo admitiré pues. Me llamó sobre las doce y cuarto; quizás a las doce veinte.

—Siga.

—No. Ahorraremos tiempo si es usted el que me pregunta a mí.

—¡Ahorrar tiempo! Ahora el señorito quiere ahorrar tiempo, después de estarme diciendo todas esas cosas respecto a la tía de Miss Jensen y a María Antonieta.

—Usted es un hombre muy indicado para poner las cosas en su punto. Ni siquiera descansa y es de los que oyen crecer la hierba.

—Procuro obrar así cuando se trata de descubrir un asesinato.

—Naturalmente —dijo Bob pensativamente—. Me olvidaba de esto. Muy bien. Miss Vance me llamó a las doce quince, digamos, y me comunicó que estaba en una situación comprometida, preguntándome si disponía de dinero. No pude por menos que echarme a reír al oír esto. ¿Yo? ¿Disponer yo de dinero...?

—Perfectamente —interrumpió Roy con impaciencia—. ¿Dónde se reunió usted con ella?

—Primero tuve una bronca con Ruth. Ésta estaba junto a mí, al lado del teléfono, y oyó, palabra por palabra, toda la conversación. ¡Menuda armó! Pero yo no puedo consentir que ninguna mujer me tienda la mano en busca de apoyo sin dárselo. Hay que tomarme como soy o mandarme al cuerno. Por lo tanto le dije a Ruth que se metiera en sus propios asuntos, y me marché. Hay que tener presente que esa buena de Ruth tenía formada una mala idea de mi amistad con Lone.

—¿Con quién?

—Con la Vance. Ruth creía que yo me entendía con ella, pero nada más lejos de la realidad. Hágase usted cargo de que Lone pertenece a esa clase de mujeres que no tienen amigos. Sus compañeras de sexo la odian, lo que, al fin y al cabo, es comprensible, porqué, hermano, ¡vaya competencia...! ¿Y cómo puede un hombre ser amigo suyo? Un hombre lo que quiere es conquistarla, hacerla suya, y si no lo consigue, manda todo lo demás a paseo. Pues bien, para hablar en plata, yo no soy ningún Don Juan ni ningún sátiro. Soy un hombre normal y mi virilidad no cede ante la de cualquier otro, pero las preocupaciones sexuales no me han perturbado nunca mucho...

«Maldito tunante», pensó Roy para su capote.

—... no, no lo han hecho. —Después de un momento de reflexiva detención, Bob prosiguió—: Realmente han sido siempre para mí una cosa secundaria. Quizá sea debido a que yo soy una especie de fanático. Incluso desde que tenía seis o siete años,

nunca pensé en otra cosa que en la música. Puedo tocar cinco instrumentos..., y bien. Si usted cree que con esto no hay bastante para ocupar todo el tiempo de una persona... Además tengo escritas un montón de composiciones; apuntes, desde luego, pero voy mejorando... Bueno. Lone, claro está, no podía acabar de entenderme. Yo me limitaba con ella a términos estrictamente amistosos, y eso era todo. Ninguna conversación atrevida, ningún avance... Nos estábamos sentados, hablando, nada más, y nunca se me ocurrió pensar en sus atractivos femeninos. Así íbamos pasando. No tardó ella en pretender que yo le diera lecciones de canto. Resultó descorazonador. Traté de dárselo a entender, pero ella no quiso escucharme. Piensa que es cuestión de trabajar mucho, de practicar. Pero no puede afinar. Es imposible que Lone comprenda nada de todas esas monsergas de la inspiración. Lo que se necesita, dice, es voluntad. ¿Comprende usted lo que quiero decirle? A veces pienso en los millones de papanatas que hay en este país y que piensan de esa manera y se quiebran los cascos empeñándose en ser músicos, escritores, pintores o incluso profesionales del deporte... Lo primero que hay que tener es talento. El trabajar y el sudar viene después.

—Sí —convino Roy—, estoy conforme..., pero atienda un momento. Nos estamos saliendo del buen camino. Dice usted que sus relaciones con Miss Vance fueron puramente platónicas, y admito su palabra... Ahora bien; usted se encontró con ella... ¿Dónde lo hizo?

—En la esquina de Crandall y la calle 47. Ella tenía el *Cadillac* de Mr. Hobart. Lo dejamos allí y fuimos a un bar de la calle 47 donde nos tomamos unas copas que ella tuvo que pagar. Yo, como de costumbre, no llevaba encima más que algunos centavos.

—¿Qué me dice respecto al *Cadillac*? ¿Qué le explicó ella?

—Me contó que había tenido una pelea con Mr. Hobart y que él le había dado un puñetazo, amoratándole un ojo. Estaba furiosa. Me dijo que aquello era ya el final. Iba a liar los bártulos y a volverse a San Francisco, pero no tenía dinero suficiente. Pensé que aquello resultaba muy extraño. Lone tenía abrigos de pieles y diamantes. Yo la había visto en el club resplandeciendo como la amiga de un brasileño millonario. Le pregunté por qué no vendía algo de lo que tenía, pero no me contestó nada.

—Dejemos estar ese punto —le interrumpió el policía—. ¿Le dijo ella algo en particular referente a Mr. Hobart? ¿Le contó lo que le había sucedido a éste?

—Sí —respondió Bob—. Ella lo había dejado apeándose del coche entre Commercial Street y Blackhawk. Él se puso tan frenético que dijo que no quería seguir con ella en el auto ni un momento más.

—¿Y por qué le dejó allí?

—Mr. Hobart dijo que quería ir a «Cipriano's».

—«Cipriano's» estaba cerrado aquella noche.

—Me parece que se olvidaría de que era lunes. Pudo ser así.

Roy pensó en aquello un momento.

—Muy bien —dijo luego—. Siga adelante. ¿Qué pasó después?

—Bien; ella procuró convencerme para que la acompañara a San Francisco. Me dijo que conocía la ciudad y que allí ya encontraríamos los dos algún medio de ganarnos la vida. Admitió que aquí no le sería posible encontrar trabajo después de la vida que había llevado, le resultaría bastante embarazoso. En fin, estuvimos charlando allí hasta la hora de cerrar y después nos fuimos en un taxi al Terrace donde ella hizo el equipaje y se despidió. Yo la seguí y fuimos por la parte de Barrington States, no sé dónde, a casa de un matrimonio que ella conocía. El recibimiento que le dispensaron no pudo ser más frío. Resultaba una cosa francamente embarazosa, y allí estaba yo plantado, como un pasmarote y sin saber de qué iba todo aquello. Tuve una verdadera alegría de podérmela quitar de encima. Me repitió que se procuraría dinero y que nos marcharíamos a San Francisco. ¡Vaya tozudez de chica! Bueno; me dio unos cuartos, pues a mí no me hubieran llegado los que llevaba, y regresé con el taxi, pero al pasar por un establecimiento abierto toda la noche en la orilla del río, en las *Stairs*, oí a una maravillosa orquestina de color que estaba soplando formidablemente y me metí allí. Había un ambiente de humo de tabaco que asfixiaba y estábamos hacinados como sardinas en banasta. ¡Terrible...! Me senté donde pude pensando en mis cosas y divirtiéndome a mi manera hasta que una chica negra, que yo creo llevaba encima una buena tajada de marihuana o lo que fuese, se enamoró de mí... y tuve que largarme a todo vapor. Estuve a punto de ser raptado, hermano...

Bob se levantó, se acercó a la ventana y estuvo un rato mirando hacia el exterior.

—Sí —prosiguió— y casi hubiera valido la pena de pasar por todo, sólo por escuchar a aquella orquestina. Muchacho, ¡vaya una ejecución! Me parecía estar en el lejano Sur del tiempo de mis abuelos, oyendo la algarabía brillante de una fiesta desenfadada de esclavos con reminiscencias de las selvas del Congo.

—Mire, Dumas —le dijo Roy cansadamente—, hasta ahora se ha portado usted muy bien. Pero hay una cosa: Usted dice que no hay nada entre usted y la chica. Perfectamente; no voy a discutirlo. Pero, entonces, ¿por qué tenía ella tanto interés en que usted la acompañara en su marcha? ¿Tiene esto sentido para usted?

—Sí —contestó el músico—. Un sentido bien claro. Mire usted; en esto no ha existido ningún propósito ulterior: ni dinero, ni vanidad, ni la busca de la seguridad u otras ventajas. Sólo ha habido una simple razón de amistad, de compañía. Como usted comprenderá, todos los hombres que se han acercado a una hermosa Juno como Lone, lo han hecho con móviles bien definidos, y ella está ya cansada de ese constante acoso. Conmigo, ha podido descansar tranquila. Yo he sido el único amigo, sin más complicaciones, que ha tenido en su existencia. Así me lo ha dicho.

Siguió una dilatada pausa. El ruido de la ciudad penetraba por las ventanas abiertas.

—Está bien —dijo Roy—, puede usted irse a su casa. Permanezca en la ciudad;

quizá pueda volver a necesitarle.

Bob cogió su americana del suelo y comenzó a ponérsela.

—Es usted muy bueno para mí, señor maestro: la lección ha terminado. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, pero después se detuvo en su camino—. Capitán —dijo volviéndose de nuevo—. Estoy muy preocupado. Voy a buscar un abogado para Lone. Sólo su aspecto representa para ella una presunción de culpabilidad. Todas las mujeres de la ciudad estarán ardiendo de envidia sólo al verla en las fotografías de los diarios. Creo que está en un aprieto.

—Sí —repuso el policía—; está en un aprieto, efectivamente... Y si usted es un poco inteligente, debe procurar mantenerse alejado de todo esto. Puede que todavía no esté usted definitivamente seguro. Yo, en su caso, procuraría inhibirme todo lo que pudiera.

—Buenas noches, capitán. Créame que esto ha sido una lección para mí. Ahora tengo mejor idea de los policías. Adiós.

Salió, con su aspecto de indiferente descuido, cerrando la puerta de un golpe. Roy guiñó un ojo y después se sentó, moviendo la cabeza.

Roy oyó las campanadas de la medianoche resonando solemnemente en el aire desde el reloj del Centro Cívico. Pensó que debería continuar el interrogatorio de la detenida, pero no se sentía con fuerzas para ello por el momento. Tenía un dolor de cabeza que parecía horadarle los sesos, el estómago pesado y la fatiga le enturbiaba la vista. Falta de sueño, demasiada actividad y un exceso de tensión nerviosa.

Mandó a buscar una botella de cerveza y un emparedado y se sentó para comer y beber, mirando por la ventana con aire de ausencia a la pétrea faz del enorme edificio de treinta pisos dedicados a oficinas que se alzaba al otro lado de la calle. Durante el día, la casa bullía de actividad, pero, por la noche, parecía un mausoleo gigantesco con un escalonamiento semejante a una pirámide, con sus ringleras incontables de ventanas negras y su solidez mastodóntica.

«Parece que hace siglos que esté ahí», pensó Roy. Después terminó la cerveza, tiró el papel del emparedado en la papelera y se levantó.

En aquella ocasión le habían encomendado una papeleta verdaderamente complicada. Una cosa era operar en la penumbra, como generalmente sucedía cuando la Administración se reservaba para sí un caso por razones políticas y se lo encomendaban a él, y otra muy distinta tener que actuar a plena luz y con la prensa en pleno observándole sin quitar ojo.

No era difícil dar un traspiés. Desde que él estaba trabajando para la Administración, no había cometido ni un solo error. Era el niño mimado y tenía carta blanca para todo. Disfrutaba de las máximas deferencias y se convenía universalmente en que tenía un gran porvenir por delante. Los caciques máximos que dirigían la Administración parecían considerarle, desde la altura de su encanecida experiencia, como un chiquillo cuya precocidad resultaba asombrosa.

«No es más que un niño —se decía a sí mismo el interesado remedando a aquellos padres de la patria—. ¡Treinta y cinco años, y soy un niño! ¡Vaya una criatura!».

No, él no había cometido nunca ningún error; pero era como el equilibrista que pasa la cuerda a una altura de vértigo y sin tener debajo ninguna red protectora. Sólo podía cometer un error; sería el único y el último.

Roy movió pensativamente la cabeza, suspiró, volvió a sentarse y se esforzó en pensar sobre las posibilidades y ramificaciones del caso. El aspecto ético del caso lo ponía por completo en un segundo término. No se trataba de un problema de inocencia o de culpabilidad, y esto, para la Administración, carecía por completo de trascendencia. El principal, el único punto digno de tenerse en cuenta, era mantener la versión que conviniera.

Muy bien. Adelante con ello. Ahora bien; ¿dónde radicaba el peligro? En aquel momento, y a su juicio, podía venir de dos direcciones. Primero, de la propia muchacha. Ésta, en efecto, había llegado a ejercer ya demasiada influencia sobre él.

Había, pues, que precaverse de este riesgo. El segundo se centraba en Wesson. ¡Vaya un tipo! Con sólo una pequeña alteración del *statu quo*, con una oportunidad momentánea —un desastre, una revolución— Wesson podía llegar a estar dirigiendo las cosas en vez de limitarse a escribir sobre ellas. En el concepto de Roy aquel reportero era tan hábil y tan astuto como el propio Chad Bayliss, el gran hombre.

Roy se daba perfecta cuenta de que Wesson no estaba engañado en lo más mínimo. No era por mero accidente por lo que había empleado la palabra «política» aquella noche en el garaje de Stoneham. De momento, iba siguiendo con el juego, pero, ¿y el día de mañana? Su periódico, el *World*, resultaba siempre peligroso a causa de su inmenso prestigio, y Wesson era precisamente el hombre que podía tirar de la manta si, por la razón que fuese, decidía que debía hacerlo.

Roy cogió el teléfono y llamó a la oficina principal. Lackey le contestó.

—¿Está todavía por ahí Wesson? —fue la pregunta.

—Sí, Roy. Está haciendo juegos de manos con una baraja en el *hall*, y resulta maravilloso. Deberías ir a verlo.

—Muy bien —le interrumpió el capitán—; manda entonces a Lafe que vaya a buscar media docena de botellas de cerveza y un par de emparedados de carne. Cuando regrese con el encargo, dile a Wesson que entre en mi despacho.

* * *

Wesson despachó una botella de cerveza en tres tragos y el segundo emparedado desapareció con la misma presteza que si alguien lo hubiera arrojado por la ventana en un segundo en que Roy se volvió para no se sabe qué. Wesson hizo bascular hacia atrás la silla que ocupaba, encendió un cigarrillo y se golpeó el voluminoso vientre. Tenía una cara ancha, pecosa y descarada, y su ralo cabello era de un color rubio rojizo. Cuando era un chico, en Inglaterra, le apodaban «Ginger» (jengibre).

—¡Ah-ah-ah! —bostezó con poca distinción, por cierto, y para acabar de completar el cuadro, eructó sonoramente—. Es una vieja costumbre árabe —explicó luego—. Si no se eructa es que la comida no ha satisfecho, el anfitrión se siente ofendido y le manda degollar a uno... Muchas gracias, Roy. Esto ha dado en el blanco... Y ahora, si usted no ha formado otros planes para el resto de esta cerveza...

—Puede usted servirse lo que quiera.

Wesson obedeció presuroso. Entre trago y trago, hablaba.

—Creo que usted debería cambiar de conducta conmigo. ¡Portarse así con un viejo amigo como yo...! Cuando aquello que pasó en el bar, fue distinto. Yo me lo busqué, al fin y al cabo. Puse en duda su palabra, cosa verdaderamente estúpida e inconveniente con cualquiera y que tratándose de un hombre tan duro como usted, resulta matante, lo comprendo. Pido mil perdones. Pero usted ha añadido la mofa y el escarnio, y, francamente...

—*Okay*, gordo —interrumpió el policía—. Ahora soy yo quien tengo que

disculparme.

—Bueno; ahora vamos a ser un par de buenos camaradas —dijo Wesson. Después, levantando la vista sagazmente, preguntó—: ¿Hay algún nuevo acontecimiento?

—No —respondió el capitán—, pero esa chica está metida en un verdadero lío. No tiene nada que se parezca a una coartada.

—Buena suerte para usted —comentó Wesson—, y mala para ella.

—Así parece.

—¿Espera usted cargar este mochuelo a esa mujer, Roy? ¿No hay otra solución?

—No; no hay otra solución... me parece.

—¡Qué lástima! No puedo acostumbrarme a la idea. ¡Imagínese! Una preciosidad de chica como ésa, languideciendo en una cárcel de mujeres... Resulta una cosa repulsiva, un pensamiento horroroso. —Roy nada contestó y el otro prosiguió—: ¿No lo cree usted así, maestro?

Nuevo silencio por parte de Roy por toda contestación.

Wesson se desprendió y abrió otra botella de cerveza.

—Me dispensará si vuelvo a encurdelarme, como de costumbre —continuó—. Soy hombre de grandes apetencias y de ningún dominio sobre mí mismo, de una abulia absoluta... Una terrible combinación de malas cualidades, ¿no le parece, maestro?

—Creo que va usted por buen camino, amigo —respondió Roy—; en cierto modo, al menos.

—¿Quiere usted decir que tiene que hacerme alguna proposición? Soy todo oídos. En la actualidad estoy empeñado en..., digamos, unos mil quinientos dólares.

—¿Esa cantidad le sacaría a usted a flote?

—Bueno; por unos dos mil me encontraría con el camino despejado. Esto, claro está, dentro de mi habitual modestia.

Roy se acercó a la ventana y miró al exterior. Wesson terminó la botella de cerveza y se secó los labios. Luego, siguió hablando:

—Pero..., ¿qué es el dinero? Se desliza entre los dedos como arena y, en definitiva, acaba por no servir para nada. Vosotros, los yanquis, aprendisteis esto en 1929.

—Nosotros los yanquis —corrigió el capitán riendo.

—Okay... Okay —convino el reportero ligeramente turbado—. Yo soy ciudadano de los Estados Unidos, naturalmente; un yanqui. A veces mi mente retrocede a tiempos más felices, cuando para mí, un yanqui era un ser espantoso que mascaba goma, decía Okay y algunas otras escasas palabras y tenía un miedo espantoso a Europa... Y, de todos modos, ¿qué es el dinero, en efecto?

—Pues, entre otras cosas, constituye una necesidad.

—Concedido. Pero mejor es disfrutar de una situación elevada; mucho mejor. Como pasa con usted mismo, por ejemplo. Muy arriba y con una aureola rodeando

esa querida cabecita. Piense en toda la gente agradecida que le debe favores; piense en eso nada más. Mire ese magnífico temo que lleva puesto y, observe, por contraste, el mío. Quince al contado y el resto cuando consigan atraparme bien. ¡Ay de mí!

Wesson se puso en pie, bostezando.

—¡Wesson! —exclamó—. ¡El mejor perito en asuntos públicos, teniendo que ganarse la vida como oscuro reportero! Tengo ideas luminosas para llenar magníficos artículos de fondo, pero, ¿hay alguien que me preste la menor atención? Triste...; muy triste... Pero, supongo Roy, que querrá usted seguir con su trabajo, ¿eh?

—Sí —respondió el interpelado con un ligero sobresalto.

—Bien; pues me vuelvo a mis juegos de manos con las cartas —suspiró el periodista saliendo del despacho.

* * *

Chad tenía un aspecto nervioso y preocupado. Él y Roy se hallaban sentados en un pequeño sofá en el vestíbulo del departamento del primero, hablando en voz baja. A Mrs. Bayliss le había administrado un poderoso sedante el médico de cabecera y estaba ahora durmiendo en la gran alcoba conyugal.

—Merle me está volviendo loco —dijo Chad—. No puedo ni salir siquiera al pasillo sin que me pregunte qué es lo que estoy haciendo. ¡Se imagina unas cosas...! Mire, Roy; yo no soy ningún ángel, pero ya voy teniendo años y, además, no puedo perder el tiempo persiguiendo mujeres...; todo eso no son más que figuraciones de mi esposa. —Vaciló un momento y añadió—: Bueno... casi todo.

Su interlocutor se limitó a un ligero ademán comprensivo.

El político hizo un evidente esfuerzo para ceñirse al asunto que ocupaba ahora la atención de todo el clan.

—Hablemos de Wesson. Quizá haya tenido usted una idea excelente, Roy; pero no puede tomarse ninguna disposición hasta que este asunto esté resuelto. Y, por cierto, que está usted llevando a cabo un trabajo estupendo. En mi vida había visto un despliegue como éste. En realidad todo el mundo parece haberse olvidado ya del pobre Frank. Apenas merece ya ni una sola línea. Todo lo acapara esa chica. Siga por ese camino... Sí; quizá, repito, haya tenido usted una idea excelente respecto a Wesson. Perito en asuntos públicos... Esto es para nosotros una gran necesidad, ahora que tenemos encima las grandes elecciones de 1952. Incluso podemos crear esa función. Le hablaré de eso al alcalde...; pero no hasta después que hayamos resuelto este caso, Roy. No todo el mundo es estúpido o loco, como usted sabe.

—¿Podría hacer alguna indicación al periodista?

—No, mientras no se pongan feas las cosas. Reserve sus armas, Roy, hasta que las necesite; y conste que no debería tener necesidad de decírselo.

El policía se levantó.

—Muy bien, Chad —asintió el policía al tiempo que se levantaba—. Confío en

que no le habré molestado, pero creo que deberíamos jugar esta partida sin pérdida de tiempo.

Chad se levantó también.

—Desde luego. Quiero que todos los que estén en la Administración sean tan activos y concienzudos en su trabajo como usted lo es. Pero hace demasiado tiempo que estamos ocupando el poder y estamos recargados de gorriones cebados que creen que esto va a durar siempre sin que ellos tengan que molestarse en mover ni siquiera un dedo. Nosotros estamos más al tanto de todo, ¿verdad, Roy?

—En efecto —convino Roy.

Se estrecharon las manos.

—Siga remachando el clavo —dijo el gran cacique—• y si ganamos en la gran contienda del 52, usted no seguirá ya mucho tiempo en ese oscuro despacho del Ayuntamiento. Buenas noches, Roy.

Roy decidió que sería mejor que Lois permaneciese con él en el despacho mientras interrogaba a Ilona Vance, pero, de pronto, cambió de modo de pensar y, en consecuencia, la detenida se hallaba sentada de nuevo en el ajado sillón de cuero y él estaba tras de su mesa, manoseando unos papeles sin importancia.

La mujer estaba un poco más pálida que antes y parecía aún más hermosa, según Roy pensó. En su cara se reflejaba algo muy extraño; ¿sería, tal vez, cosa de la naturaleza de su cutis? A veces parecía que la cara se le iluminaba desde dentro. Roy no podía encontrar, en su pensamiento, otra frase más apropiada para expresar aquella apariencia.

—¿Pero es que esa gente que hay ahí fuera no se retira nunca a su casa? —preguntó ella haciendo un vago ademán.

Roy había oído el bullicio y tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer en el despacho. Le hubiera gustado salir y ayudarla a pasar por la doble fila de implacables aves de rapiña. Pero había vencido este impulso. A veces era mejor quedarse en el despacho y representar el papel de hombre importante, dejando que los subalternos arreglasen los detalles.

Ilona Vance extendió la mano hacia su interrogador con un gracioso movimiento de su largo brazo y depositó en la mesa un trozo de papel. El policía lo cogió y lo leyó:

Apreciada Miss Vance:

La «Consolidated New Service» le pagará a usted mil dólares por sus Memorias. Usted puede contárnoslas, nosotros las escribiremos y usted cobrará el dinero. ¿Podemos llegar a un acuerdo?

—¿Y bien? —preguntó Roy levantando la vista hacia la mujer.

—Bueno —respondió ella—; ¿puedo dar mi conformidad? Les contaré una historia. No creo que sea necesario que sea precisamente la de mi vida. ¿Quién cuenta su propia vida? Pero, así, podría hacerse.

—Desde luego —asintió Roy—. Pero tome precauciones para el pago.

—Ya pienso hacerlo así.

—Yo me asociaría con Alma. Ella lo arreglaría todo. Tendrá que darle algo, pero su buena voluntad tiene mucho valor.

—Más me gustaría contar con la suya, capitán —respondió la muchacha mirándole fijamente.

Roy se rió con algo de desasosiego.

—La mía pica mucho más alto que esto.

—Estoy segura de ello.

Roy se levantó y se puso junto a la ventana.

—Miss Vance —dijo al cabo de un momento—. La última vez que usted estuvo aquí se dejó vencer por la emoción. Preferiría que eso no volviera a pasar.

La muchacha no dijo nada. Roy esperó largo rato. Tuvo la seguridad de que ella estaba procurando atraer su mirada y, finalmente, lo consiguió. Ilona se sonrió ligeramente. Era la primera expresión semejante a una sonrisa que Roy veía en aquella cara. Y, al reír, se formaban unos deliciosos hoyuelos. «¡Santo Dios! —se dijo Roy a sí mismo—. ¡Todo lo demás, y hoyuelos por añadidura...!».

—Podría decirle, capitán, que refrenaré toda emoción, podría prometérselo..., pero... Me temo estar sintiendo ya que la emoción me acecha y... —suspendió la frase moviendo vagamente una mano.

—Bueno; pues procuremos que quede reducida a un mínimo —dijo Roy sonriendo irónicamente—. Ahora, Miss Vance, usted tiene que ensayar un relato, y podría, también, permitirme que la ayudase a hacerlo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que habrá una encuesta ante el coroner. Allí no podrá usted encerrarse en el mutismo.

—¡Oh! —exclamó Ilona—. No había pensado en eso.

—Pues bien; piense en ello. Yo puedo esperar. Tengo mucha paciencia.

—No tiene usted aspecto de tenerla, capitán. Pero, cuando lo dice, debe ser así.

La mujer volvió a sonreírse y de nuevo florecieron los hoyuelos en su cara.

Roy se asomó a la ventana. Empezó a sentir de nuevo los efectos de aquel perfume exótico, insidioso y turbador. Maldiciendo *in mente* se retiró bruscamente de su mirador y volvió a sentarse detrás de la mesa.

Siguió un breve silencio. El policía empezó a hojear unos papeles procurando no mirar a la mujer; pero su voluntad le falló y empezó a examinarla. Parecía perfectamente tranquila, hasta un extremo que resultaba casi enojoso. Se hallaba sentada como durante el interrogatorio anterior, con los tobillos y las rodillas juntos y las manos abandonadas en el regazo. Las gardenias tenían un fulgor crema en el fondo negro-azulado de su cabello. Roy se dio cuenta de que las cejas de aquella mujer eran negras y muy poco curvadas, con un aspecto tan natural como las de un hombre. En ciertos ángulos y en reposo, sus facciones tenían algo de máscara, y cuando se movían y entreabría ligeramente la boca, se daba uno cuenta de la blancura nacarada de su dentadura y de la vivacidad sensitiva de los ojos, claros y rasgados, destellando en el marco oscuro que les rodeaba. Era un conjunto en el que podría haber, seguramente, no poco de artificio, pero que, a pesar de ello, tenía una apariencia tan natural como una salida de sol.

—¿Quiere usted contarme una historia? —preguntó Roy—. Cualquier historia. Quizá la misma que estaba usted pensando contar a la «News Service».

Ella no contestó nada.

Roy se revolvió en su asiento, sacó un cigarro, jugueteó nerviosamente con él durante un momento y luego lo dejó a un lado.

—He tenido una larga charla con Bob Dumas —acabó por decir—. Tiene la idea, bastante curiosa, de que usted quería que él se marchase con usted a San Francisco porque le gustaba su conversación.

—No es su conversación —dijo lentamente la mujer—. Es él quien me gusta. En un mundo lleno de falsedad, ese hombre resulta sincero.

—Pero excesivamente despreocupado, ¿no le parece?

—No es despreocupación lo que hay en él. Es, sencillamente, un hombre sano. No es como yo, capitán, ni tampoco como usted mismo. Es auténticamente sano.

—¿Entonces, usted no considera que yo lo sea? ¿Cómo me conceptúa pues a mí, a este respecto?

—¡Oh! Usted es como yo, capitán. Siempre luchando, siempre persiguiendo la riqueza, el poder, lo que sea. Procurando mejorar, subir, ser más... Bob se limita a ser lo que pudiéramos llamar él mismo. ¿Sabe usted por qué? Porque valora cosas que nosotros no podemos comprender. Considerado desde un punto de vista puramente personal, resulta un hombre imposible; quiero decir, para cualquiera que tuviese que depender de él, aunque, de todos modos, se puede estar seguro de que es un hombre incapaz de robar, de mentir, de engañar ni de vender a nadie por su propio provecho.

Roy bajó los ojos, clavándolos en la mesa.

—Comprendo —fue su único comentario.

—No he conocido a nadie más así en mi vida. Por algún tiempo me equivoqué al juzgar de ese modo a otra persona, pero luego se me cayó la venda de los ojos. Estaba equivocada. Pero lo raro con Bob es... que yo no estoy enamorada de él. Nunca lo estuve; y respecto a él, no creo que se le importe dos cominos de mí a este respecto. Me doy perfecta cuenta de ello. Pero ha sido un buen amigo para mí, y se puede tener siempre la seguridad de que cualquier cosa que diga es la verdad.

—Estoy convencido de ello. Pero esto me lleva a tratar de algunas cosas especiales. ¿Por qué, por ejemplo, dejó usted a Mr. Hobart fuera del coche en la esquina de Comercial y Blackhawk?

—Porque quería irse a «Cipriano's».

—¿Un lunes por la noche?

—Él sabía perfectamente el día que era, pero era un gran amigo particular de Mr. Sert. Mr. Sert vive allí desde que se casó con Tootsie.

—Comprendo. ¿Por qué abandonó usted el *Cadillac*?

—¿Y por qué no? Había abandonado a Mr. Hobart. ¿Para qué quería yo su automóvil?

—O fue él quien la abandonó a usted, como bien pudiera ser el caso.

—En cierto modo, tiene usted razón; pero no en el sentido exacto a que usted se refiere. Hágase cargo de que al principio Mr. Hobart me había hablado muchas veces de casarse conmigo. Me llevó a ver a su sobrino, su único pariente, e hizo cosas por el estilo. Sí; me hablaba con frecuencia del matrimonio... es decir, hasta que me instalé en el Terrace. Después de esto, si alguna vez se volvió a hablar de ese tema

fue porque yo saqué la conversación, y él procuraba cambiar de asunto.

—Ésa es una vieja historia en el mundo —dijo Roy—. Vamos pues, Miss Vance... Usted no pretenderá hacerme creer que usted se interesase por un galán así, por muy distinguido que fuera. La verdad, me está defraudando usted.

—Pues eso es lo extraordinario; pero eso es lo que pasó. ¿Por qué? Porque creí que Mr. Hobart era como Bob. Hablaba de la misma manera.

—Eso me resulta difícil de creer —comentó el policía—. Mire, Miss Vance; nadie habla como Bob Dumas.

—Me refiero a su modo de apreciar las cosas. Hablaba como si...

Ilona se detuvo en seco y, con gran asombro de Roy, se sonrojó.

¿Pero podía sonrojarse una mujer como aquélla, que parecía pertenecer al mundo del ensueño? Las mujeres como ella no pertenecían a la esfera de lo real. ¿Cómo era posible, pues, que el rubor se les subiese a las mejillas?

—Comprendo —prosiguió la muchacha interrumpiendo los pensamientos de su interlocutor— lo que usted quiso decir cuando manifestó que se sentía defraudado por mí. Relacionando esto con lo que yo dije, podía dar la impresión de que yo me presentaba como una pobre doncella engañada, etc. etc. No quiero decir nada de esto. Dios sabe que yo he vivido ya lo bastante para no representar una comedia así. No; no es que yo le exigiese que se casase conmigo. Nada de eso. Fue él quien trajo eso a colación y, hablemos con toda claridad, sin que tuviera ninguna necesidad de hacerlo. ¿Me entiende usted ahora mejor?

—Sí —respondió Roy—; y ya no me considero defraudado por usted.

—Muchas gracias —dijo la muchacha.

Después se sonrió poniendo de manifiesto nuevos hoyuelos y dedicándole una mirada llena de intimidad que él encontró subyugadora.

—Perfectamente —dijo con brusquedad—. Estaba usted diciendo...

Al cabo de un momento, la muchacha reanudó su relato.

—Estaba diciendo que me costó algún tiempo averiguar que Mr. Hobart era, al fin y al cabo, un fantoche como otro cualquiera de los que pululan por Vanity Row. Todos andan por allí buscando algo: negocios, dinero, influencias, mujeres... Ése era un buscador de mujeres. Lo que decía no podía tener otra significación: era su línea de conducta, su rutina. Más tarde supe que hacía años que andaba a la busca de mujeres. Daba a esa especie de cacería, el tono respetable de su caballerosidad con cabello gris. Era un maestro consumado. Conmigo supongo que incluso se excedió un poco, seguramente porque yo estaba en mi apogeo o cosa por el estilo.

»Por mí, perfectamente. Yo no soy ninguna tonta. Me hallaba espléndidamente. En realidad tenía todo lo que quería y no iba a ser la que pusiese sobre el tapete la cuestión del matrimonio. He conocido a bastantes mujeres que se casaron por interés y siempre resultó que, en definitiva, lo pasaron bastante mal. La mejor manera de lograr el dinero es ganandoselo con el propio trabajo; nadie se lo puede echar a uno en cara, ni pretender una esclavitud. Esto era lo malo con Mr. Hobart. Él quería

pensar por mí, respirar por mí. Pretendía vivir su vida y también la mía. Se ponía furioso si discrepaba de él, fuera en lo que fuese. Muy bien; yo podía pasar por todo aquello... Pero por lo que no podía pasar era por sus celos insensatos. Me hubiera encerrado en una cripta, si hubiera podido hacerlo, y sacado de allí y vuelto a guardar a su gusto. No podía comprender la clase de relación que me unía con Bob por muchas que fuesen las veces que me esforzara en explicárselo.

—Pues creo que tenía razón —interrumpió Roy—. Bob es un joven muy guapo y Mr. Hobart era lo bastante viejo para ser el abuelo de usted.

—Póngase en mi caso, capitán. ¿Qué iba yo a hacer cuando Mr. Hobart no estaba conmigo? Me gusta charlar, por el mero placer de hacerlo..., ya me comprende. Bueno; yo tenía una amiga que se llamaba Babby. Era una chica muy mona; era, también, una persona tan conforme como podía serlo yo misma, y, en cierto modo, como el propio Mr. Hobart... Pero no... ¡Ella era una perdida! ¡Vivía con un hombre...! Imagínese usted esto. Decírmelo a mí, a mí... Pero, ¿qué era lo que yo estaba haciendo? Pues bien, era preciso que yo rompiera con Babby, que la despidiera cuando me viniese a ver y cosas por el estilo. Aquello no me gustaba, pero no tuve más remedio que hacerlo. Pero cuando, finalmente, le llegó el turno a Bob Dumas, no quise transigir más. Tarde o temprano tenían que llegar las cosas a su límite. Yo soy un ser humano. No puedo estar durmiendo veinte horas diarias ni estar sentada sin hacer nada en mi cuarto. Bien; así se pusieron las cosas. Mr. Hobart era un hombre muy dominante. Tendría que haber visto usted a su sobrino; estaba atemorizado por Mr. Hobart. ¡Qué chico más tímido, demonios! Mr. Hobart le quería. No puedo extenderme en muchas ponderaciones sobre la brillantez del tal sobrino. En realidad, no tenía más espíritu del que pueda tener un gusano. Le daba miedo quedarse a solas conmigo y si Mr. Hobart salía fuera un momento, él recurría a alguna excusa para marcharse también. Creo que tenía verdadero pánico de que su tío pudiera sentir celos... Pues bien, yo, en conjunto, nunca he sido una persona apta para que me domine nadie; jamás lo he sido. Y quizá con esto, esté ya dicho todo.

Se produjo una dilatada pausa y, por un momento, Roy pareció quedar absorto en el examen de unos papeles que había sobre la mesa. Finalmente, levantando la cabeza, preguntó:

—¿Y qué me dice del cardenal en el ojo?

Ilona no contestó nada, limitándose a mirar tranquilamente a su interlocutor.

—Yo creo —prosiguió éste— que usted afirmó que la puerta de un armario de su departamento iba muy fuerte; que usted tiró de ella y se dio un golpe en el ojo, ¿no es así?

La cara de la interpelada palideció un poco más y torció un instante la boca, pero en seguida pareció recobrar su propio dominio.

—No, no es así. Sin embargo, es verdad que había un armario en mi departamento donde sucedía eso con la puerta.

—¿Quiere usted decirme, pues, por qué se le puso el ojo así?

—Sí. Mr. Hobart me golpeó varias veces: en el pecho, en la boca y una vez en el pómulo. Llevaba un anillo y...

La chica parecía estar dispuesta a seguir, pero apretó los labios y su expresión adoptó la marmórea impassibilidad de una estatua de rígidas facciones donde, sin embargo, brillaba la vivaz y vigilante mirada de sus ojos.

Roy se movió en su asiento y se pasó la mano por la cara con un ademán de cansancio. Volvía a sentir dolor de cabeza que le mortificaba como una conciencia intranquila.

—Miss Vance —acabó por decir—, estamos retrocediendo en vez de adelantar. Estamos poniendo el carro delante del caballo y, en parte, soy yo quien tiene la culpa de ello. ¿Le gustaría contarme toda la historia a su propia manera? ¿Comenzar desde el principio?

—No —respondió Ilona clavando la vista en el suelo.

—Muy bien —dijo Roy—. Entonces lo haré yo. Dejando aparte el asunto del matrimonio, pues eso no tiene para mí trascendencia, lo cierto es que usted no tuvo inconveniente en que Mr. Hobart la llevara a vivir al Terrace. Eso no tiene nada de particular y es una cosa que cada día está pasando. Pero él se gastó con usted una pequeña fortuna: un automóvil, tres abrigos de pieles muy caros, joyas, vestidos..., todo lo que usted quería. Aparte de esto, usted llegó a sacarle aproximadamente unos mil quinientos dólares por mes, digamos. Esto es algo, ¿no le parece?

—Conforme, capitán —convino la muchacha tosiendo ligeramente para aclararse la garganta.

—Perfectamente. Sin embargo, usted se aburría. Esto no es muy frecuente, que digamos. Mr. Hobart no prestó aprobación a una de sus amistades femeninas...

—Mi única amistad femenina —rectificó Ilona—; y ella está ahora en Nueva York.

—Bueno; su única amistad femenina. Usted prescindió de ella, pero le supo mal hacerlo. Después vino el asunto de Dumas. Esto motivó disgustos, riñas y toda clase de perturbaciones y, con asombro general, Mr. Hobart se dio a la bebida, él, un hombre que hasta entonces se las había sabido manejar a la perfección. Pero usted no cedió. Él hizo todo lo que estuvo a su alcance para disuadirla de esa amistad, bastante particular. Más disgustos, más peleas... Mr. Hobart le presentó después un ultimátum... —Roy se detuvo y miró a Ilona que mostraba signos de evidente nerviosismo aunque todavía conservaba bastante bien su propio dominio—. ¿Tengo razón, Miss Vance?

—En cierto modo... sí.

—Muy bien. Él le presentó, pues, un ultimátum. Usted lo dio por no presentado. O bien usted creyó que no llevaría las cosas adelante, o no le importaba un bledo...

—Definitivamente, no me importaba un... bledo —interrumpió la mujer con una voz tan baja que Roy apenas pudo oírla.

—Quizá lo hiciera así —prosiguió éste— porque usted nunca pensó que él fuese

capaz de adoptar represalias. Usted pensó que todo aquello no eran más que palabras vanas. Al fin perdió usted los estribos, se encastilló en su dignidad y le cerró la puerta de su departamento. Quizá incluso le arrojó de su cuarto de un modo material y un tanto violento; ¿tengo razón, Miss Vance?

La interpelada no dio contestación alguna; se dedicó a la observación del pavimento como si no prestara atención a lo que le estaba diciendo el policía.

—Le cerrara la puerta o echase de allí violentamente, es lo mismo. Usted pensó nada más que él era un loco o un tonto. Realmente no creo que usted misma se diera cuenta de que estaba poniendo a su amante a las puertas de la demencia; pero esto fue lo que sucedió, Miss Vance. Usted lo trastornó por completo... Después, un día, al volver a su departamento, vio usted que alguien lo había saqueado. Incluso se habían llevado el dinero que usted consiguiera economizar, los tres mil quinientos en cuestión. Usted se quedó tan parada que ni siquiera supo qué hacer; pero, al fin y al cabo, procedió prudentemente. No denunció el robo y ni siquiera pareció darse por enterada, pero, en su interior, puso el grito en el cielo al comprobar que Mr. Hobart, un hombre como él, había aprendido la lección de su propia manera, implacable y egoísta, de comportarse y le había propinado aquel golpe perfecto y de una contundencia formidable. Usted estaba otra vez en la calle con un par de centenares de dólares quizá por todo capital. Ni siquiera tenía usted bastante dinero para pagar el alquiler, que, lo reconozco, es elevado y, en consecuencia, llamó a Mr. Hobart. Él la tenía en sus manos.

—¡Él no me tenía en sus manos! —gritó Ilona en voz alta, elevando el diapasón de su voz hasta el tono más agudo—. ¡Está usted equivocado! Fue él quien me llamó a mí. Quería volver a empezar de nuevo. Fuimos en el automóvil cuatro horas, discutiendo siempre. Primero condujo él y luego yo. Recorrimos todo el condado. Quería que me fuese con él a su casa de Riverview y me dijo que buscaría un departamento para su sobrino en la ciudad. Me prometió que me devolvería todas mis cosas y que me regalaría un automóvil nuevo, un *Lincoln* descapotable...

—¿Y qué respecto a Dumas?

—No tenía que volver a verle, ni a hablar con él por teléfono ni nada por el estilo... Tiene usted razón, capitán, Mr. Hobart estaba enloquecido. Hablaba de un modo insensato, sin ilación en las palabras ni en las ideas. Parecía un enajenado furioso. Tuve la impresión de que, realmente, había perdido la razón.

—No obstante, usted no quiso ceder en lo referente a Dumas.

—No; no quise. No era que Bob supusiese mucho para mí..., aunque no deja de suponerlo en realidad. Después de todo, cuando no se cuenta más que con un amigo, con una sola persona que realmente se preocupa si una vive o si se ha muerto, si tiene hambre, si le duele la cabeza... No; no era esto solamente. Yo estaba luchando por mí misma. Si cedía en aquella ocasión a las exigencias de Mr. Hobart, si hacía todo lo que él quisiera, entonces estaba perdida. Ya no volvería a ser una persona propiamente dicha. No sería más que algo sin individualidad propia, un leño flotando

en el mar, como aquel pobre sobrino medio entontecido por el terror.

—Muy bien —dijo Roy secamente—. Así pues, usted no quiso ceder. ¿Y después?

—Regresamos a la ciudad yo no sé cómo; no lo recuerdo aunque yo misma conducía. Estaba entonces tan nerviosa que no sabía ni siquiera lo que me hacía. Mr. Hobart seguía chillando y manoteando como un condenado. Nos detuvimos en un cruce. Los coches se aglomeraban en derredor nuestro, pero Mr. Hobart no hacía ningún caso: gritaba, aullaba podría decirse, con frenéticos ademanes. La gente se nos quedaba mirando como si fuésemos fieras escapadas de una jaula. Bueno; no pude sufrirlo por más tiempo. Procuré conducir hacia el bordillo de la acera a fin de poder saltar del coche y correr hacia cualquier parte... No le exagero si le digo que Mr. Hobart estaba en condiciones de que le pusieran la camisa de fuerza. Me agarró, me tiraba del vestido, pretendiendo furiosamente impedir que me marchase. Temí que volcásemos. Finalmente se tranquilizó un poco y le dije que le iba a llevar a «Cipriano's». Mr. Hobart gustaba mucho de la compañía de Joe Sert; se sentaban juntos a charlar y beber champaña...

—¿Qué hora era?

—No estoy segura, capitán, pero debía ser alrededor de las once y media o faltar muy poco. Estábamos en el auto desde las tres de la tarde. Yo no había comido nada y me sentía tan débil y nerviosa que llegué a temer el desmayarme...

—Siga adelante.

—Bueno; Mr. Hobart pareció irse calmando. Pero cuando paré el coche para que descendiera, empezó de nuevo a reanudar toda la historia. Me suplicó, me rogó, me lo prometió todo, me dijo que se casaría conmigo... Pero entonces le tenía verdadero miedo. Sólo quería que se bajara del coche. Pasé el brazo por delante de él y abrí la portezuela. Entonces empezó a gritar y me golpeó. Me pegó tan fuerte en el pómulo que, por un momento, me quedé sin ver nada. Después perdió el equilibrio y se deslizó fuera del coche. La portezuela estaba abierta. Me incliné, la cerré de un golpe y arranqué. Él casi cayó de rodillas, pero se incorporó como impulsado por un resorte y empezó a correr por la calle detrás de mí. Podía verle por el espejo retrovisor. Estaba aterrada. Temí que cogiese un taxi para seguirme. Apreté el acelerador a fondo y doblé la esquina de Blackhawk y la plaza sobre dos ruedas nada más...

La muchacha respiraba fatigosamente y estaba muy pálida. Empezó a retorcer las manos, pero poco a poco fue tranquilizándose mientras Roy, sin decir nada, permanecía sentado dando golpecitos en la mesa con un lápiz. Se produjo luego un prolongado silencio y al cabo de un momento Ilona volvió a adoptar su postura acostumbrada: las rodillas y los tobillos juntos y las manos en el regazo; pero el policía se dio cuenta de que estaba temblando.

—Miss Vance —preguntó tranquilamente—. ¿Ha tenido usted alguna vez un revólver?

La interpelada se puso en pie de un salto. En su mirada había un matiz de defensa.

—Capitán... Usted verdaderamente no pensará que yo...

Roy se levantó también detrás de su mesa. Observó que sus propias manos temblaban. En una especie de repentina introspección se dio cuenta de que todos sus sistemas carecían entonces de eficacia y que cuando el verdadero destino de cada cual le mira a uno frente a frente no hay escape posible. Se sintió débil y tuvo que apoyarse en la mesa. La mujer le estaba mirando con un aspecto de desesperación como si el mundo se le hubiera venido encima.

—Miss Vance —pronunció él haciendo un esfuerzo—: no ha respondido usted a mi pregunta. ¿Ha tenido alguna vez un revólver?

A Ilona le temblaban los labios. Al cabo de un momento contestó con una voz casi inaudible:

—No, capitán. Nunca lo tuve.

El policía dio la vuelta a la mesa hasta llegar a su ángulo exterior. Ambos parecían proceder más como autómatas que como personas; sus movimientos eran rígidos y torpes, sus fisonomías carecían de expresión y no pronunciaban palabra. Roy no tuvo más que extender los brazos y coger a la mujer entre ellos. Se produjo un silencio absoluto que hizo que el lejano bullicio de la gran ciudad repercutiera distante en el despacho como si fuera invadiendo poco a poco la estancia.

—Tiene usted que ayudarme. Nunca en mi vida he contado con nadie que lo hiciese... —murmuró finalmente Ilona con tono apagado al oído del capitán.

La puerta se abrió de pronto de modo brusco y Lackey apareció en el umbral donde se quedó mirando con un asombro que parecía hacerle saltar los ojos de sus órbitas. Roy dio un salto hacia atrás como un luchador dispuesto a librar el mortal combate decisivo. Echaba chispas por los ojos. Avanzó luego tres pasos y descargó un terrible golpe en plena cara al intruso que, lanzando un agudo grito, se derrumbó en el mismo marco de la puerta con el estrépito de un gran árbol que cae derribado, chocó contra una silla, contra la mesa y finalmente contra el depósito de agua para beber que estaba adosado a la pared y que se desprendió de su soporte cayendo al suelo con el consiguiente derramamiento del líquido que contenía.

—¿Conque espiando, perro maldito? —rugió el capitán con furiosa cólera—. ¡Éste es mi despacho...!

Lackey se sentó en el suelo mirando a su alrededor lleno de aturdimiento. Tenía la faz de color amarillo verdoso, y, por un instante, pareció a punto de morir de espanto.

—Pero, Roy —balbuceó—, si acabo de llegar..., pensaba que te habías marchado.

—¿Pensabas que me había marchado? ¿Dónde demonios está Lois?

Lackey, penosamente, se las arregló para incorporar pesadamente la montaña de su gruesa humanidad, carente de toda fuerza.

—Quizá esté en el tocador, Roy. Lo siento, Roy... No he tenido intención alguna... Lo siento en el alma...

—¿Qué buscabas en mi despacho?

—Siempre entro aquí para arreglar un poco las cosas cuando te marchas. Ya lo sabes, Roy, siempre lo hago.

Lackey se expresaba como un niño que procura que no se repita la azotaina con la que ha sido poco antes obsequiado.

Lois entró precipitadamente desde el pasillo, mostrando al punto en su cara un horrorizado estupor.

—¡Cielo Santo! —exclamó—. ¡El agua...! ¿Qué ha sucedido?

—Llévese a Miss Vance por la parte de atrás —ordenó el capitán—. Nadie puede verla ni hablar con ella, salvo usted misma o Alma, hasta que yo vuelva mañana por la mañana. ¿Entendido? No hay ninguna excepción. Puede retirarse, Miss Vance.

La detenida se marchó sin dirigirle ni siquiera una mirada. Roy procuró mantener separada la suya, pero falló en su intento y se volvió para seguirla con los ojos mientras ella salía del despacho andando con su gracia usual. El corazón de Roy pareció paralizársele. Tendría que transcurrir toda la noche antes de que volviese a verla.

Lackey salió al pasillo posterior y volvió en seguida con un negro, del turno de noche, que llevaba un cubo y una bayeta. Roy lo miró como si estuviera sumido en un estado de estupor.

Después, el zarandeado teniente se fue a la oficina principal, se sentó en su mesa y apoyó los codos en ella con la cara entre las manos. Entre sus dedos empezaron a deslizarse unas lágrimas.

Una mancha purpúrea empezaba a marcarse en el lado izquierdo de su blanda y fofa cara.

Roy entró y se quedó en pie frente a la mesa, mirándole desde su altura.

—¡Válgame Dios, Emmet! Lo siento. Pero tú... tú... Entraste de un modo que me sobresaltó. Date cuenta...

Cortó en seco sus excusas, pronunciadas con voz entrecortada.

Lackey levantó la cabeza, sonriendo tristemente, con expresión de mártir.

—¡Oh! Está bien, Roy... Debería haber llamado con los nudillos en la puerta. Pero, naturalmente, yo creí...

—La chica esa... Estaba a punto de derrumbarse...

—Sí, sí, naturalmente —dijo Lackey—. Me doy perfecta cuenta.

—¿Está Boley por ahí? —preguntó bruscamente el capitán.

—No. Le permití retirarse. Estaba deshecho. ¿Quieres que avise a Ed?

—Sí. Estaré en mi despacho. Saldremos por la puerta de atrás, para evitar la curiosidad de los periodistas. Mira, Emmet: necesito dormir hasta las diez y no quiero que nadie me moleste.

Roy, que se sentía terriblemente turbado en presencia de Lackey, dio media vuelta sobre sus tacones y regresó a su despacho.

Lackey cogió el teléfono y llamó a Ed Reynolds. Después permaneció largo rato sentado tras de su mesa sin hacer movimiento alguno, con la cara sin expresión y la

vista perdida en la gran oficina tenuemente iluminada. Al fin se dibujó en sus labios una leve sonrisa.

—Capitán —dijo entre dientes con un sordo murmullo—; ésta es la única mujer que no lograrás conseguir para ti.

Cuando Roy apagó la luz y abrió la ventana, oyó que, en algún sitio, un reloj estaba dando las tres. Se asomó para mirar la ciudad. Había una bruma, como gasa, sobre los elevados edificios situados en la parte Norte y, a través de aquel velo, brillaban apagadamente unas pocas estrellas de color blanco-azulado. Un fino penacho de humo que salía de la pequeña chimenea de un rascacielos iba pasando intermitentemente del color rojo al azul a medida que cambiaba a intervalos regulares la luz de un monumental anuncio luminoso situado encima de un edificio inmediato. La ciudad estaba sumida en el silencio, pero cuando se aguzaba el oído parecía percibirse su respiración, semejante a la de algún animal gigantesco y fabuloso que jadease en un reposo inquieto.

Una ligera brisa húmeda empezó a soplar desde la parte del río. Roy se apoyó en el antepecho mirando hacia afuera y dejando que aquel fino viento le acariciase el rostro. Estaba tan cansado que apenas podía sostenerse en pie y se sentía tan nervioso que a veces le daba la impresión de que iba a volar hecho pedazos, estallando en todas direcciones como una bomba y no dejando más que algunos despojos inidentificables que no tardarían en desaparecer. Le dolía la cabeza, el estómago le pesaba como el plomo y a veces se le nublaba la vista. Su agotamiento era tal que casi tenía miedo de irse a la cama. El estar acostado, solo, en una habitación oscura y sin poderse dormir es una de las cosas peores que le pueden suceder a una persona.

Bajo la ventana pasó un automóvil con el aparato de radio a pleno funcionamiento. Era una orquestina de baile que tocaba un ritmo muy rápido. Una risa de mujer ascendió hasta él.

Maldiciendo entre dientes, increpándose a sí mismo, Roy fue hasta el teléfono y marcó un número. La espera fue larga y Roy agitaba la cabeza de una parte a otra preso de furiosa impaciencia. Al fin, Lois se puso al aparato.

—Soy el capitán Hargis, Lois.

La voz que vino por el hilo pareció muy sorprendida.

—¡Oh! A sus órdenes, capitán.

—Acabo de pensar en una cosa. Que se ponga Miss Vance al aparato.

—Pero está durmiendo, capitán. Nosotras... Alma y yo, le dimos un par de tabletas de un soporífero. Ella estaba... bueno, un poco trastornada. Lloraba mucho y...

—¡Oh! Bien; en este caso... *Okay*, Lois. Esperaré hasta mañana.

—La despertaremos si usted quiere, capitán.

—No, no —fue la rápida respuesta—. Está bien, Lois.

Colgó el aparato bruscamente y volvió a la ventana.

«¡Estúpido! ¡Idiota!», se increpó a sí mismo añadiendo cuantos epítetos insultantes se le vinieron a las mientes; pero estaba dirigiéndose a un sordo, y él lo sabía perfectamente.

Encendió un cigarrillo y volvió a sumirse en la contemplación del intranquilo sueño de la urbe. «Estás atrapado, tú, hombre sabio y prudente —se dijo a sí mismo—. Tenías todas las cosas perfectamente dispuestas; lo habías planeado todo maravillosamente... y ahora estás atrapado como una mosca en la tela de una araña. ¡Necio maldito!».

Pasado un rato fue calmándose gradualmente. Al fin tiró la colilla por la ventana y se inclinó hacia abajo para observar cómo caía describiendo un largo arco, produciendo, al chocar con el pavimento, un postrer despliegue de chispas que pareció una miniatura de fuegos artificiales. Después se volvió y se metió en la cama.

«¿Qué haremos ahora, Roy? —se preguntó en la oscuridad—. Te has metido en un túnel más negro que el carbón y no ves ninguna claridad que marque su final».

Apretó la cabeza contra la almohada, e, instantáneamente, se durmió.

Sonó el timbre del teléfono. Medio dormido, se negó tozudamente a contestar. «Le dije a aquel estúpido elefante que no me molestara para nada hasta las diez», murmuró bajo el embozo de la sábana que subió luego tapándose la cabeza. El aparato sonaba y sonaba con una tenacidad desesperante. Roy lo dejó repiquetear hasta que, al fin, se paró.

Ahora era en la puerta donde retumbaban unos golpes mientras una voz agitada gritaba:

—¡Jefe! ¡Jefe! ¿Está usted ahí? ¿Se encuentra bien?

Al fin, el policía se sentó en la cama. Era ya pleno día.

Bostezando hasta desencajarse la mandíbula, se inclinó hacia la mesilla de noche y miró el reloj. Eran las diez y cinco.

—¡Válgame el cielo! —gritó saltando de la cama y abriendo la puerta.

Boley tenía un aspecto asustado. Se quedó mirando a su superior de pie en el umbral. Llevaba en la mano un periódico plegado.

—¡Jesús, jefe! —exclamó entrando—. Estaba preocupado. El portero ha estado llamándole desde abajo durante cinco minutos seguidos.

—Creía que estábamos aún en plena noche —dijo Roy entre dos bostezos— y pensé que sería Emmet que, según su costumbre, se apresuraba a despertarme tan pronto como tuviera la menor excusa para hacerlo... ¿Para qué llevas ahí ese periódico?

—Una importante novedad en el caso —gritó el polaco—. Han encontrado el revólver.

—¿Quién lo ha encontrado y de qué demonios de revólver estás hablando?

—Todo viene explicado en el *Sun* —respondió el chófer alargando el diario.

—¡Al diablo con el periódico! Explícamelo tú.

—Es un buen éxito para el *Sun* —comenzó el chófer—. Un empleado de la Compañía de agua, gas y electricidad estaba trabajando en el alcantarillado. Una avería en la línea, o cosa por el estilo, y encontró el revólver.

—¿Dónde estaba?

—En el chaflán de Blackhawk y la plaza. Es un revólver del 38 con los números borrados. Una verdadera arma de pistolero.

En la cara del capitán se dibujó una fugaz sonrisa que se borró con la misma rapidez. Boley le miró con curiosidad. El teléfono sonó en aquel momento y Roy lo descolgó con un juramento. Era Wesson y su voz tenía un acento plañidero.

—¿Qué diablos de doble juego es éste, Roy? Una noticia sensacional, un verdadero golpe de teatro, la primera que vale la pena publicar desde hace veinte años. ¿Qué se propone usted?

—Gordo, acabo de despertarme. En este momento Boley me estaba leyendo el periódico. Todo eso es nuevo para mí. Venga a mi despacho; dentro de veinte minutos estaré allí.

Colgó el aparato y se precipitó en el cuarto de baño, se tiró agua fría por la cara y empezó a vestirse sin perder tiempo en ducha ni afeitado. Boley le siguió, hablando.

—Maldito asunto —dijo—. Una patrulla pasaba en aquel momento junto a la boca del pozo de la alcantarilla y cuando el empleado salió de allí con el revólver en la mano dio de manos a boca con los guardias. La patrulla era, naturalmente, de la Comisaría Central, y son ellos los que se han calzado el éxito, naturalmente. Shellenbarger hinchará el perro todo lo que pueda, como es lógico.

—A lo mejor sale con las manos en la cabeza por esto.

—Puede que sí —respondió el conductor—. No lo sé. Pero resulta que con esa patrulla iba un reportero del Sun. ¿Se imagina usted? Iba con los guardias para hacer una especie de encuesta sobre no sé qué; una de esas cosas que sirven para llenar una columna del diario, especialmente en los del estilo del *Sun*... Bueno, como es natural, los guardias de la patrulla empezaron inmediatamente a chillar como ratas: «¡El arma asesina...!»». Ellos dicen también que es un revólver típico de pistolero. Ahora lo tenemos nosotros y Emmet lo está examinando minuciosamente.

El policía cogió el aparato con una mano mientras que con la otra se afianzaba el nudo de la corbata auxiliado por el solícito eslavo. Era Chad Bayliss que parecía estar echando espumarajos por la boca.

—Parece que no puedo ni siquiera volver la espalda un momento —gritó—. Pierdo media mañana tratando de convencer a mi esposa que es verdad que voy a salir para jugar una partida de golf, y cuando me dispongo, al fin, a empezarla, ¿qué sucede? Un mal nacido desconsiderado me pone en las manos un número del *Sun*...

—Sí, sí... Espere un momento, Chad... Yo...

—Es usted el que, por lo visto, espera. Un titular en primera página con letras de a palmo y a toda plana. El revólver. Un arma de pistolero. Misterio impenetrable. ¿Por qué fue asesinado Frank Hobart con un revólver de *gángster*...? Todavía voy a jugar la partida, ¡maldito sea!; pero no supongo que el tanteo supere mi presión arterial.

El gran hombre parecía trastornado. ¿Lo estaba realmente? Claro que sí. Prácticamente se hallaba al borde del ataque histérico.

Roy le explicó pacientemente las circunstancias que habían mediado y luego añadió:

—No es más que un contratiempo, Chad. Mala suerte. Nadie puede prever una cosa así. Me pongo inmediatamente en campaña. Procure tranquilizarse. Juegue con calma. Yo ya veré lo que puede hacerse.

Chad colgó con un golpe seco. Boley tenía ya preparada la americana de su jefe y éste se la puso apresuradamente.

—Presumo que esto mejora la situación de la chica —aventuró el chófer.

—Sí —respondió él capitán mientras salían—. Así parece.

Sentía un júbilo irracional. Casi desde los primeros momentos y a pesar de sí mismo, había sospechado de Ilona Vance. Había demasiadas pistas que conducían fatalmente a ella. Y, sin embargo, ¿qué relación podía tener ella con un arma de aquellas características? Después Roy refrenó su satisfacción. Muy bien; suponiendo que ella fuese inocente, ¿qué importaba? El tinglado estaba montado ya y había que seguir adelante. Nada cambiaba pues. En realidad, lo que ahora había que hacer era enderezar las cosas. Precisamente lo que estaba procurando la Administración era que la etiqueta «pistolero» no se pegara sobre aquel caso.

—Nunca creí que esa mujer pudiera haber hecho una cosa así —comentó Boley—. Eso no encaja en su manera de ser.

Su jefe se limitó a gruñir entre dientes.

* * *

Los periodistas se apiñaban en torno al Ayuntamiento y muchos estaban ya pululando por los pasillos y colándose por todos los medios imaginables. La sala de prensa del primer piso se hallaba desierta sin más excepción que un reportero que dormitaba junto a un perchero.

Roy rechazó el alud que se le vino encima en cuanto hizo su aparición.

—Acabo de levantarme de la cama —repitió infinitas veces—. Tengo que dormir un poco, de vez en cuando. Más tarde se dará una nota, muchachos.

—Sí, pero, ¿no puede usted aventurar una opinión? ¿No da este hallazgo un nuevo giro a las cosas...?

—¡Más tarde, muchachos, más tarde!

En el antedespacho, Gert y Ed Reynolds estaban a punto de volverse locos. Roy consiguió abrirse paso a codazos con ayuda de Boley.

—Llamad a Red y a Creell —ordenó el capitán por encima del hombro—. Necesitáis refuerzos aquí. Nadie puede entrar en la oficina principal sin una autorización expresa.

Después murmuró algo al oído de Ed Reynolds cuando pasó junto a él.

—Ya está ahí —contestó éste pasando su goma de mascar de una parte a otra de la boca con ayuda de la lengua mientras tenía, a la vez, la pretensión de articular las

palabras—. Supongo que se ha deslizado dentro no sé cómo.

Roy entró en la oficina principal seguido por Boley. Lackey se hallaba sentado detrás de una de las mesas y Wesson tras la otra.

—Ha habido un buen cambio, ¿eh? —dijo el periodista levantando la cabeza—. Cuando el *Sun* consigue una noticia, da el golpe. ¿Qué pasa, Roy?

—¿Cómo ha entrado usted aquí? —preguntó a su vez el capitán.

—Usted me invitó.

—Pues ahora tengo curiosidad por saberlo.

—Bueno. Entré por la puerta de atrás. He conseguido mis influencias... Pero mire esa acuarela en la cara del pobre Emmet. Pisó inadvertidamente en un rastrillo y el palo se levantó golpeándole como si fuera una palanca. ¿No es así, Emmet?

—Pues... no fue exactamente un rastrillo —respondió lentamente el interpelado.

Roy observó a su enorme compañero. Se había producido en él un cambio, algo nuevo. Ahora ya no presentaba aquel aspecto evasivo y conciliatorio. Aquella mañana ofrecía algo así como un matiz de afectación, de presunción.

—¿Podría hablar un momento a solas contigo, Roy? —preguntó.

—Claro. Vamos adentro.

Lackey se levantó, sacó una pequeña caja de uno de los cajones de su mesa y siguió a su jefe al despacho de éste. Wesson protestó a gritos, diciendo que le crucificaban de mala manera.

—¡Derrotado por el *Sun*! ¡Dios mío! —exclamó.

—Puede contar con las primicias de lo que venga después —le aseguró Roy mientras cerraba la puerta.

Los dos policías se sentaron. Roy detrás de su mesa y Lackey en una silla, enfrente, sosteniendo sobre sus rodillas la cajita.

—La verdad es que, como ha dicho Wesson, tienes en la cara una verdadera acuarela —dijo el capitán a su subordinado parpadeando ligeramente.

—Por favor, olvidemos eso, Roy. No volvamos a hacer alusión alguna a este asunto. Se trata solamente de uno de esos desgraciados malentendidos que a veces se dan entre las personas. Fue mía la culpa, lo reconozco.

—*Okay*; pero de todos modos la falta no fue tuya. Perdí los estribos como un estúpido... ¿Qué llevas ahí? —preguntó Roy después señalando la caja.

Lackey levantó la tapa, extrajo un pequeño revólver y lo depositó sobre la mesa de su jefe. Era, efectivamente, un revólver de cañón corto y con una culata muy pesada. Los maleantes utilizaban a veces ese tipo de arma para golpear en la cabeza, como una pequeña maza, y además eran instrumentos sólidos, de tamaño reducido y fáciles de llevar en cualquier sitio.

—Ya —asintió Roy examinando el arma—. Comprendido. ¿Y qué tiene de particular, Emmet?

—Es del calibre 38 y se han disparado con él tres tiros quedando otras tres cápsulas en el tambor. No hay huellas digitales. Ha permanecido en el agua y el lodo

y, además, el hombre que lo encontró lo manoseó por todas partes. Por ese lado no puede sacarse nada. Tampoco existe un medio seguro de probar que fue el arma con la que se cometió el asesinato, hablando en términos de balística, claro. El único proyectil que se ha conseguido recoger está tan aplastado y retorcido que no puede establecerse con certeza que proceda de este revólver; es completamente imposible hacerlo.

Roy hizo un ademán de asentimiento y después extendió el brazo para tocar el timbre; pero Lackey se inclinó suavemente hacia adelante y lo detuvo.

—Dispénsame, Roy. Ibas, presumo, a llamar a Wesson...

—Sí —respondió el capitán, mirando con curiosidad a su interlocutor—. ¿Qué pasa con ello?

—Bueno...; creo que, antes de que lo hagas, sería mejor que hablásemos un poco.

Roy volvió a observar aquel matiz de afectación presuntuosa en su subordinado.

—Perfectamente, Emmet —asintió.

—Ya puedes darte cuenta de que todo el mundo considera el hallazgo de esta arma como una cosa muy importante —dijo Lackey con una risita falsa—, y creo que es mejor que dejemos que siga en pie esta impresión. Pero el gran golpe, el verdadero golpe, lo hemos conseguido nosotros y lo tenemos aquí mismo, al alcance de nuestras manos.

—¿De qué se trata?

—¿Conoces a Whitey Vickers?

—Claro. Es un confidente.

—Pues lo tengo encerrado abajo.

—¿Por qué?

—Ése es nuestro golpe. Vino para hacernos un favor. Le escuché y luego le hice encerrar... Una simple custodia protectora, naturalmente.

—Comprendido. ¿Y cuál es ese gran favor que nos hace?

Lackey repitió su risita de conejo pero se refrenó en seguida.

—Ha identificado el revólver —afirmó.

—¿Qué me dices? —Roy se levantó y se inclinó sobre la mesa mirando fijamente a Lackey—. ¿Cómo lo hizo?

—Ese individuo vio la fotografía del arma en el *Sun*, que era muy grande y detallada... No te quepa la menor duda de que lo que nos dice es cierto. Creo que estarás conforme conmigo en esto cuando oigas el resto. Whitey era un *alter-ego* de Nick Brozsa, e incluso hubo que detenerle por reñir cuando éste fue atropellado por aquel automóvil resultando muerto.

—Lo recuerdo —interrumpió Roy con impaciencia.

—También recordarás, sin duda, que Nick Brozsa regentaba el «Dreamland» y el «Palais de Dance». El primero anunciaba las mujeres más hermosas del mundo y en su salón privado se hacía pagar a dólar cada baile, ¿te acuerdas? El comisario Prell acabó por clausurar el establecimiento por considerarlo una mera tapadera de la

prostitución cara, ¿sigues recordando?

—Me acuerdo, me acuerdo... —gritó Roy agitado, mientras un presentimiento lo desasosegaba—. Adelante.

—Pues bien. Aquí hace su aparición una hermosa mujer. Se llamaba Dorothy. Alguien la recomendó a Nick. Whitey no sabe quién. La empleó en el salón privado, a dólar el baile, y los hombres empezaron a disputársela. Esto enfureció a las otras chicas y ella llegó a verse en un aprieto. Para acabar de estropear las cosas, el propio Nick se enamoró de ella, o como quiera llamarse a esta clase de sentimientos tratándose de gente como esas... esas...

—¿Esas qué? —preguntó Roy.

—Esos desechos humanos —dijo Lackey con una dureza que sorprendió a su jefe—. Gente perdida, degenerada, dañina, terrible...

—Está bien, está bien. Puedes ahorrarte el sermón.

Lackey recobró su propio dominio y prosiguió:

—Sea como sea, lo cierto es que Nick se enamoró de la tal Dorothy que era morena, alta, hermosa y voluptuosa. Pero Nick tenía ya una mujer que vivía con él. Era una pelirroja de cuidado que no sólo era viciosa, acorde en esto con la manera de ser de su amante, sino que también estaba dominada por las drogas, capaz de matar a cualquiera cuando se hallaba bajo los efectos de las mismas. ¿Te acuerdas de ella? Se llamaba Carla Drew. Fue detenida y estuvo presa cuando Nick fue arrollado por aquel automóvil. Por un momento pareció que iba a ser acusada y un testigo afirmó que la había visto en otro coche en las inmediaciones del lugar del hecho. Pero finalmente todo quedó en nada y quizás anduvo el dinero por medio y se echó tierra encima; todo puede suponerse.

Lackey lanzó un suspiro y pareció saborear el efecto de sus palabras manteniendo hipócritamente baja la mirada.

Lentamente, Roy empezó a darse cuenta de que su subordinado estaba jugando con él como el gato con el ratón. Empezó a observar a Lackey con mayor atención. ¿Había, detrás de aquella fachada mastodóntica algo que él no hubiese sospechado, que no hubiera sabido tener en cuenta? Roy se sentó, cruzó las piernas, dio una ojeada a los papeles que había sobre la mesa y después encendió un cigarrillo con toda calma. De pronto levantó la vista. Lackey le estaba mirando sin quitarle el ojo de encima.

—Bueno —dijo éste reanudando su relato—; al fin Nick decidió prescindir de la morena, temeroso de que aquello pudiera alborotar demasiado el gallinero. Después resolvió despedirla. Por muy hermosa que fuese, quizá reportaba más inconvenientes que ventajas para el «Dreamland». Pero, según Whitey, una noche cambió de opinión, se fue a su casa y echó fuera a puntapiés a Carla. Ésta dio un escándalo que motivó que hubiera que meterla unos pocos días en chirona, según consta en el fichero de antecedentes, pero cuando salió se dedicó a proferir toda clase de amenazas. Esto motivó que Nick entregara un revólver a la morena para que pudiera

defenderse si llegaba el caso. Whitey presenció la entrega del arma en cuestión. Era un revólver que Nick tenía desde hacía mucho tiempo, diez años por lo menos, con la numeración borrada... Ya comprendes lo que quiero decir, Roy... Si Nick entregó a Dorothy el revólver.

Siguió un largo silencio. Finalmente el capitán levantó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es una cosa curiosa —respondió Lackey—, pero el nombre de la mujer era Dorothy Vance. A veces la llamaban Do Vinck y Whitey asegura que era de San Francisco. Y, fíjate bien, Roy. Ese hombre jura y perjura que está seguro de que es la misma muchacha que nosotros tenemos detenida abajo... Miss Ilona Vance. ¡La misma mujer!

El silencio que siguió se prolongó mucho tiempo. Roy fumaba con aspecto pensativo procurando evitar que le temblasen las manos. Al fin rompió la pausa.

—Muy bien, Emmet. Has hecho un buen servicio; pero... examinemos detenidamente el asunto antes de adoptar ninguna resolución precipitada. En primer lugar, Whitey es un «randa» de la peor especie. Un embustero y un ladrón de los que juegan con dos barajas. En segundo término, sus antecedentes policíacos son tan malos, tan rematadamente malos, que haríamos reír si lo presentásemos como testigo ante un Tribunal. El abogado defensor lo pondría en tales aprietos que él llegaría a desear no haber nacido, y el fiscal tendría que batirse en retirada con el rabo entre piernas. Cualquier juez se sentiría predispuesto en contra de Whitey. Y, ¿qué pensaría de él un jurado formado por ciudadanos normales y respetables? ¿Puedes imaginarte ni por un instante que el jurado declarase culpable a una chica como Miss Vance por el testimonio de una rata apestosa como el tal Whitey?

—No, no lo creo, Roy —respondió Lackey vacilante y empezando a perder su insólita petulancia—, pero es un eslabón en la cadena.

—Lo que necesitamos son pruebas, e incluso llego a dudar que constituya lo que tú llamas un eslabón. Lo dudo mucho. Creo que Whitey perjudicaría nuestra acusación hasta tal punto que sería mejor dejar correr por completo todo el caso. Y no es que yo lo quiera así, compréndeme.

Roy oprimió el timbre de aviso y habló por el aparato de comunicación interior.

—¿Boley...? ¿Está ahí Wesson...? Ya te ha ganado todo, ¿eh...? Hazlo entrar aquí.

Instantáneamente se abrió la puerta y apareció la rojiza y achatada faz del periodista.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Voy, voy! ¡Y encima de mi escudo...!

—Wesson —le dijo Roy—, le voy a dar noticias frescas. No existe prueba alguna concluyente de que este revólver haya sido el arma homicida. ¿No es así, Emmet?

—Pues... sí, Roy —asintió Lackey tragando saliva—. No hay, en efecto, ninguna prueba concluyente de ello.

—Gracias, caballeros, muchas gracias —dijo Wesson—. ¿Me permitirán disponer

de un corto espacio de tiempo? ¿Digamos una hora?

Roy asintió con un ademán.

—*Okay*, pues. Jugaré una partida más con ese eslavo melancólico. Sabe usted, Roy: yo no creo que aprecie en todo su valor a ese pobre Boley. Tendría que oírle expresarse cuando le desafío a beber ginebra. Es del mismo estilo que Joseph Conrad.

Wesson hizo una mueca y desapareció prestamente.

—¿Quién diablos es ese Joseph Conrad? —preguntó Roy.

—Es un autor de novelas de carácter marítimo, creo —respondió Lackey recobrando algo de su decaído aplomo.

—¿Cuánta gente sabe eso que me has contado de Whitey? —inquirió Roy mirándolo.

—Nadie, Roy, más que yo. Es decir, nadie conoce su declaración salvo yo mismo, y puedo añadir que solamente yo sé que está aquí. Creí que te parecería bien esta reserva.

—Perfectamente, Emmet. Vamos a dar un pequeño repaso al tal Whitey. Tengo un par de ideas.

* * *

Whitey era un albino de ojos rosados, un hombrecillo delgado y gruñón de unos cuarenta años. Cuando hablaba, se aproximaba a su interlocutor y le clavaba la mirada, bizqueando y arrugando la cara. Reconoció fácilmente, a preguntas de Roy, que no veía muy bien, especialmente a plena luz solar, pero por la noche su vista era excelente.

—Veo, de noche, tan bien como un gato, capitán —aseguró con tono quejumbroso.

Estaban en una dependencia de los sótanos donde la luz eléctrica permanecía encendida las veinticuatro horas y sin que hubiera grandes posibilidades de que se filtrara nunca un rayo del astro diurno.

—¿Y cómo ves aquí? —le preguntó Roy—. Aquí hay siempre luz artificial.

—Veo magníficamente, capitán —respondió el maleante frunciendo los párpados—. Estupendamente bien; lo mismo que un gato.

—Muy bien —dijo Roy—. Ahora escúchame, Whitey. Éste es un asunto terriblemente serio y podría mandar a alguien a la silla eléctrica. ¿Entiendes? Procura no equivocarte. No pretendas vendemos un favor, sea como sea. ¿Comprendes lo que quiero decir? Tómame el tiempo que creas preciso. Todo lo que quiero de ti es que me digas la verdad; ¿al tanto, Whitey?

Roy alargó el brazo, y puso la mano en el hombro del sujeto, oprimiéndolo con cierta fuerza.

—¡Diablos, capitán! ¡Vaya una mano! —se quejó Whitey con poca gracia y encogió un poco.

—Nada de errores, ¿está claro? Si metes la pata y me metes a mí en un lío, haré que te acuerdes de mí y no para bendecirme precisamente.

—Comprendido, capitán, comprendido. ¡Demonio, qué manita!

—Muy bien. Aquí tienes una mesa llena de revólveres de todas clases. Busca el arma a la que te refieres.

Whitey empezó a moverse con inquietud, se acercó lentamente a la mesa e, inclinándose sobre ella, empezó a husmear aproximando la mirada a la aturdidora fila de armas. Todas ellas estaban limpias y relucientes.

Después de una larga y penosa búsqueda, Whitey se volvió y aseguró con voz quejumbrosa.

—No está aquí, capitán.

Roy contuvo una sonrisa.

—*Okay, White.* Ahora ven conmigo.

Cogió al individuo por un brazo, de modo un tanto rudo, lo llevó hasta una puerta, la abrió, y le hizo entrar, empujándole, en un ancho corredor con suelo de cemento. Whitey dio un paso atrás bruscamente y luego se volvió hacia el capitán mirándole con un gesto de inquieta interrogación.

Veinte mujeres policías, con su limpio uniforme gris, estaban en fila en el corredor en posición de firmes. La mayor parte de ellas eran mujeres de aspecto sencillo y vulgar, aunque no faltaba alguna de elevada estatura y de aire juvenil y atractivo.

Ilona ocupaba el tercer lugar al final. El uniforme no le sentaba muy bien. Llevaba zapatos de tacón bajo y el negro pelo recogido apretadamente por encima de las orejas y sujeto por detrás en forma de cola de caballo. No llevaba maquillaje de clase alguna, ni siquiera pintura en los labios. Miraba de frente, con las facciones rígidas. Los pómulos le resaltaban mucho y el conjunto de su cara parecía algo la de un fino y guapo muchacho.

Whitey recorrió la fila de arriba abajo lo menos media docena de veces. Alguna vez se detuvo a mirar, acercándose mucho, a una linda morena, alta y más bien angulosa, que estaba en el centro.

Finalmente, sudoroso, Whitey se volvió hacia el capitán y le dijo tristemente:

—No está aquí, capitán... Al menos, yo no puedo identificarla.

Roy hizo un ademán con la mano a las mujeres policías indicando que ya podían romper filas, lo que hicieron, poniéndose a charlar animadamente mientras él se llevaba a White.

—Métame en el calabozo si quiere, capitán —murmuró fúnebremente el tembloroso confidente—, pero yo no puedo hacer estas cosas. Maldito si puedo hacerlas.

Roy se volvió hacia Lackey que adoptaba un aspecto de resignación.

—¿Necesitas a Whitey para algo más, Emmet? —le preguntó.

—No, me parece que no.

—*Okay, Whitey* —le dijo a éste el capitán—. Vete a casa. Y cierra el pico, ¿eh...? No te marches de la ciudad sin permiso mío.

Whitey arrugó la cara como un acordeón.

—*Okay, capitán*. Se hará como manda. Siempre a sus ordenes, señor.

Hizo una especie de saludo militar y se volvió para marcharse.

Roy llamó a Boley, que le había seguido y había presenciado todo aquello, hallándose entonces apoyado en la pared con aspecto de asombrado aturdimiento.

—Sácalo por la puerta de atrás y llévatelo en el coche a los barrios bajos.

—A sus órdenes, capitán —repitió Whitey—. No tiene más que llamarme cuando me necesite. El teniente Lackey sabe mi dirección.

Él y Boley desaparecieron. Roy se volvió hacia Lackey.

—Y bien, Emmet —le dijo—. ¿Te has dado cuenta de lo que yo quería decirte respecto a Whitey? ¿Crees que puede servirnos de alguna ayuda?

—No, no lo creo. Pero..., creo que el asunto podría estudiarse más adelante.

—Claro, claro —convino el capitán—. Ya me ocuparé de ello.

* * *

Roy pasó el resto del día a sus anchas, paseándose a sí mismo, como él decía. Experimentaba tal ansiedad por ver a Ilona y hablar con ella, que apenas podía contener el deseo de mandar que la subieran a su despacho, pero el hecho de haberla visto un momento en el corredor de los sótanos, tan hermosa como siempre o más, si esto fuera posible, a pesar de que su vestuario policíaco no le proporcionaba ningún atractivo especial, lo había tranquilizado algo. Por consiguiente, se dedicó a sus asuntos, ejercitando la paciencia y dejando que transcurrieran las horas.

Ilona era culpable, culpable sin remedio, y las cosas ofrecían un aspecto aún peor de lo que él había imaginado:

«¡El “Dreamland”, cielo santo, y Nick Brozsa...!». Sin embargo, eso no parecía importarle ya mucho. A nada conducía el denostarse a sí mismo. Aquello era una cosa que sobrepujaba ya a su razón.

Almorzó en el Regent con Lenny Creel y pasó allí un rato sin prisa alguna bebiendo cerveza. Dedicó la mayor parte de la tarde a los trabajos rutinarios: firmar las nóminas del personal como jefe de su grupo, dar el visto bueno a toda clase de informes y memorándums, redactar boletines informativos para la prensa con la ayuda de Creel y Lackey y, finalmente, conferenciar con un funcionario de la oficina del coroner respecto a la encuesta. Roy consiguió que ésta se aplazara indefinidamente.

A las siete, el trabajo comenzó a darse por acabado. El capitán y Wesson se fueron a un restaurante donde sólo se servía pescado.

Mientras comían Wesson dijo:

—Whitey no le sacó de muchos apuros, ¿eh?

Roy tuvo un leve sobresalto y después miró a Wesson que le guiñaba un ojo.

—No —contestó.

Wesson exhaló un suspiro y pidió otro plato de pescado. Como su compañero pareciera sorprenderse, explicó:

—Yo siempre pido dos platos aquí. Creo que se molestarían conmigo si no lo hiciese. Además yo me perezco por las percas. Y, en definitiva, quien paga es la ciudad.

—Tiene razón; pero algún día acabará usted por reventar y entonces no me gustaría ciertamente estar a su lado.

—Usted podrá no creerlo —repuso el periodista—, pero yo tengo siempre hambre. Nunca me lleno. Dese usted cuenta de que yo figuro entre los fracasados de este mundo: una especie de Al Capone sin pena ni gloria. Según Freud, el hombre que fracasa en sus más vehementes deseos busca consuelo en la comida.

—Y en la bebida...

—No. La bebida es un placer, y el exceso de comida, por el contrario, llega a ser una necesidad. ¿Quiere que volvamos de nuevo a Whitey?

—Procure abreviar —interrumpió Roy.

—Sólo tengo que decir una cosa —afirmó Wesson mirando de reojo—. El proteger a una aventurera no es el sistema ideal para hacerse una carrera, a menos que ella tenga diez millones de dólares. En tal caso, el hacerlo sería una cosa a fortiori.

—¿A qué...?

—¡Oh, perdón! Me había olvidado que usted, prácticamente, es un analfabeto. Quiero decir que sería una cosa necesaria, que tendría que hacerse.

—¿Cuántos años tiene usted, Wesson? —le preguntó Roy al cabo de un momento.

—Tendría más probabilidades de poder verme las rodillas a pesar de mi voluminoso vientre, que de ver de nuevo mis cuarenta y cinco años.

—¿Y cómo se las ha arreglado usted para vivir tanto tiempo?

—¡Oh, vamos, Roy! ¿Qué importancia tiene una bromita entre buenos amigos? Usted es analfabeto. Yo soy sordo... Cada uno tenemos nuestra cruz que llevar.

Al final de la comida reinó silencio. Wesson dejaba pasar el tiempo y Roy fumaba y lanzaba lentas bocanadas. Al fin, y mientras se levantaba para pagar la cuenta, éste dijo:

—Preferiría no oír por ahí ningún rumor referente al tal Whitey.

—Roy —le contestó Wesson poniéndose la mano en su voluminoso estómago—, le juro que esas palabras tuyas me han hecho mucho daño.

* * *

Boley estaba esperando en el automóvil. Wesson quiso que volvieran al Ayuntamiento, pero Roy le mandó a paseo.

—Me voy derecho a casa a meterme en la cama —dijo—. No tengo tiempo de llevarle a ningún sitio. Tome un taxi. Cuando llegue a su domicilio, póngase cómodo y descanse un poco. Está usted yendo demasiado de prisa para que pueda convenirme.

Mientras el auto se alejaba, Wesson se quitó el sombrero y se inclinó saludando; después dio media vuelta, volvió a entrar en el restaurante y se sentó en un taburete del mostrador.

—¿Qué es lo que va bien para beber después de las percas, Llody? —preguntó al pequeño barman galés de pelo negro.

—Ésta es la cuestión, Mr. Wesson —respondió el interpelado volviéndose apresuradamente para contestar—. Quizá un buen brandy.

—Exactamente, Llody.

El barman sirvió un brandy.

—¿Verdad que una noche dijo usted que nunca había estado en Cardiff, señor?

Llody trataba a Wesson con una deferencia exagerada que resultaba desacostumbrada en él. Estaba considerado un buen barman y por eso conservaba su empleo, pero tenía un carácter extravagante y fantástico lo que motivaba que sus patronos tuvieran siempre no pocos motivos de queja contra él.

—No he estado nunca allí, en efecto. Y siento tener que decirlo.

—¿Y no dijo usted que Londres era su ciudad natal, señor?

—Londres lo fue —contestó Wesson tristemente.

—¿No le parece a usted señor, que hemos sido un par de estúpidos ciegos al marcharnos de allí?

—Pero, ¿es que no lees los diarios, Llody? ¿No has oído hablar de los programas de austeridad en Inglaterra? Vamos, amigo; por mucho que yo ame a la vieja patria, la austeridad supondría la muerte para mí.

—Quizá tenga usted razón, señor. ¿Y también se extienden esos programas a Gales?

—Claro que sí. Estoy seguro de que así es, en efecto. Wesson permaneció después mudo mirando a su brandy con aspecto mustio.

* * *

Con Wesson fuera ya de su camino, Roy y Boley volvieron con el coche al Ayuntamiento deslizándose furtivamente por la entrada de camiones.

—Dentro de poco me llevarás a casa, Boley —le dijo el capitán—. Haremos aquí una pequeña parada y después habrás terminado ya para el resto de la noche.

—¡Gracias a Dios! —dijo el chófer—. Myrt está empezando a sospechar de mí.

—¿Y cómo está Myrt?, por cierto.

Boley miró al techo y se encogió de hombros con desaliento.

Roy se rió quedamente y luego le dijo:

—Coge una silla y descansa un poco.

El viejo Pat les abrió el rastrillo con una mueca.

—¿Cómo van las propinas, Pat? —le preguntó Roy.

—No son lo que acostumbraban a ser —contestó el vigilante—. Los chicos de la prensa ya no quieren gastarse dinero, capitán. Se están volviendo muy roñosos.

Lois vio venir al capitán y se levantó de la silla donde estaba leyendo una revista bajo la lámpara del corredor, a la vez que vigilaba.

—Necesito ver a Miss Vance —le dijo Roy.

—Alma está jugando a las cartas con ella. Estamos embobadas con esta chica, capitán. ¿Verdad que estaba muy mona hoy, con el uniforme? ¿Por qué no la enrolamos en la Fuerza? Ella dice que le gustaría.

—¿Es que no tenemos ya bastantes preocupaciones? —respondió Roy riéndose y siendo acompañado por Lois en sus risas.

El capitán siguió a aquélla por el pasillo y se detuvieron frente a la puerta del cuarto de detenidas. Había allí una reja y Lois miró por ella, dando después unos golpes.

—¿Quién gana? —gritó.

La puerta se abrió. A la vista del capitán, Ilona se levantó rápidamente tirando al suelo las cartas. Iba vestida con un sencillo albornoz azul y calzaba chinelas con una gran borla.

La inhóspita estancia había sido adornada considerablemente en atención a la ocupante que albergaba. Se habían colgado cuadros en las paredes y había flores, una alfombra y la cama se hallaba cubierta con una colcha que, hasta cierto punto, ocultaba la circunstancia de que el tal lecho era de una clase especial y estaba provisto de fuertes argollas para sujetar a las detenidas histéricas o que sufrieran algún trastorno mental transitorio. Alguien había incluso habilitado una lámpara con pantalla color rosa que daba a la pequeña estancia una luz grata y doméstica.

—Estupendo —exclamó el policía—. No parece que sea el mismo sitio.

—Han sido muy buenas para mí —dijo Ilona mirando al suelo—. Estoy muy contenta.

—Tengo entendido que le gustaría ingresar en la Fuerza —dijo Roy.

—Eso fue idea de Alma. No sé; podría ser que sí.

El capitán se rió y luego se volvió hacia Alma.

—Sólo voy a estar un momento. Usted y Lois pueden salir un instante.

Ambas asintieron con un ademán y salieron de allí.

—Siéntese —indicó Roy.

Ilona se sentó en una silla y adoptó en seguida su pose habitual. Roy se sentó frente a ella.

—Le voy a hacer a usted unas pocas preguntas —dijo el policía—. Y le agradeceré que me conteste la verdad.

—Sí, capitán.

Roy procuraba no mirarla, pero le resultó imposible. Había algo en ella que parecía distinto. Al principio, no pudo determinar exactamente qué podría ser hasta que, finalmente, lo descubrió. La mujer tenía sueño. Sus ojos tenían una expresión adormecida y llena de sopor y sus facciones parecían más blancas que de ordinario. Daba la impresión de una mayor juventud, pero esto era debido quizás a que llevaba el pelo suelto.

—¿Conoció usted a Nick Brozsa?

—No, capitán —respondió Ilona sosteniendo la mirada del capitán.

—¿Y nunca trabajó usted en el «Dreamland»?

—No, capitán.

—¿No fue nunca conocida por el nombre de Dorothy Vance o Do Vinck?

—No, no lo fui —fue la suave respuesta.

Roy se levantó. La mujer también lo hizo y se quedó mirando fijamente a su interrogador. Éste se volvió rápidamente y se encaminó hacia la puerta. Tenía que proceder de este modo o tomarla en sus brazos. Aquella mujer lo fascinaba. Nunca le había pasado una cosa así hasta entonces. Era como una obsesión, algo que no podía dominar aunque la vida le dependiese de ello.

Abrió la puerta.

—Está bien, chicas.

Alma y Lois estaban apoyadas en la pared de enfrente, al final del pasillo.

—Vaya, no ha tardado usted mucho, capitán —dijo Alma.

—No tenía más que aclarar un extremo. Buenas noches, muchachas.

Alma y Lois correspondieron a la despedida y luego Roy desapareció por el final del corredor.

Alma entró en el cuarto de detenidas y Lois se quedó en la puerta, sonriéndose.

—Será mejor que no juguemos más —dijo la primera—. Se le están cerrando los ojos de sueño.

—Apenas podía mantenerlos abiertos cuando el capitán estaba aquí —respondió la detenida—. Espero que le habré dado las contestaciones adecuadas.

—Tengo aquí un bocadillo bien envuelto para usted, querida. ¿Lo quiere?

—Sí, muchas gracias. Puede que tenga apetito durante la noche... ¡Cielos! —exclamó luego—. ¡Me he olvidado de decirle al capitán que he cobrado los mil dólares!

* * *

Roy telefoneó antes de salir para ver a Allen Spencer. El agente de negocios parecía estar nervioso pero deseando, con patentes ganas de congraciarse, prestar la colaboración que estuviese a su alcance.

—Usted nos ha evitado una situación muy desagradable, capitán —le dijo—. Mi mujer no hace más que hablar de usted desde entonces.

Roy y Spencer se hallaban sentados en un pequeño despacho, muy bonito, revestido de madera clara. En una chimenea diminuta, situada en un rincón, ardía un fuego que apenas se notaba. La casa estaba tranquila y silenciosa.

—Mi esposa y la niña están durmiendo —explicó Spencer—. Gracias a usted estamos tranquilos... ¡Qué mujer esa! Parece mentira que pueda ser hermana de mi esposa.

Roy se aclaró la garganta con una tosecilla y miró a su alrededor un tanto desasosegado.

—¿No le importaría a usted —preguntó a su interlocutor— responder a unas cuantas preguntas rutinarias, Spencer?

—Contestaré a lo que sea. A todo lo que pueda servirle de ayuda.

—¿Sabe usted si Miss Vance trabajó alguna vez en «Dreamland»?

Spencer palideció ligeramente, se pasó la mano por el pelo con un gesto lleno de vaguedad y finalmente contestó:

—Sabía que este asunto, tarde o temprano, saldría a relucir. Lo sabía.

—Tranquilícese, Mr. Spencer. No es probable que esto salga nunca a la luz pública.

—Pues sí —respondió Spencer—. Trabajó en el «Dreamland». Y, desde luego, se metió en un lío tremendo, como acostumbra a hacer siempre. Imagínese usted, capitán, ¡la hermana de Helene trabajando en ese prostíbulo dorado!

—¿Qué nombre usó allí?

—Esto sí que no lo sé. Quizás el suyo propio, Olla. El nombre de Ilona vino más tarde, cuando fue a «Cipriano's». ¿Quiere usted que le diga con mis propios términos, lo que...?

—Sí, siga adelante.

—Bueno. Pues durante mucho tiempo yo ni siquiera supe que Helene tuviese una hermana. Después esa perdida se presentó a nuestra puerta. Llevaba los tacones torcidos y la maleta más estropeada que he visto en toda mi vida. La dejé entrar. Sentí compasión. Era una pena ver a una chica tan hermosa en un estado semejante. Creí que necesitaba incluso de una buena jabonadura. En aquel momento entró Helene en el vestíbulo, dio un vistazo a la escena y se desmayó. «¡Hermana!», exclamó la recién llegada, y cayó de rodillas llorando. Helene volvió en sí y empezó a gritar y a darse a los diablos, acabando por echar fuera a su hermana; pero yo no pude por menos de deslizarle cincuenta dólares en la mano. Luego me vino a ver a la oficina y volví a darle otros cincuenta y así estuvo sacándome los cuartos billete tras billete. Finalmente yo me cansé y puse en antecedentes a Helene. Mi mujer tuvo un ataque. Creía que Olla se había marchado de la ciudad. La próxima vez que mi cuñada vino a verme le dije que Helene quería hablar con ella, pero me contestó que sólo había venido para decirme que había encontrado una buena colocación y que ganaba mucho dinero, por lo que me devolvería el que yo le había dado. Efectivamente, en dos semanas me devolvió trescientos dólares. Esto me preocupó y se lo conté a Helene

que se limitó a exclamar: «¡Dios nos valga!». Después no volvimos ya a tener contacto con ella, de modo que llegamos a olvidarla. La primera noticia que volvimos a tener de ella fue cuando apareció en casa, vestida esta vez como la Reina de Saba, pero cargada con una maleta. Tenía que esconderse. Una noche que se bebió unos martinis se sintió confidencial y le contó a Helene la historia. Había estado trabajando en el «Dreamland» ganando quinientos dólares a la semana, pero la amante del dueño del establecimiento, que, según Olla, estaba loca, le había tomado una tirria terrible y era capaz de pegarle un tiro...

»Mi cuñada permaneció en nuestra compañía durante cerca de dos semanas. A pesar de todo era ella la única parienta viviente de Helene y ésta no dejaba de sentir preocupación por ella. Entonces leímos que Nick Brozsa, el propietario del «Dreamland», había sido atropellado por un automóvil resultando muerto. Olla se quedó muy trastornada al saberlo y dijo que ya no podría volver nunca más allí. Como de costumbre se hallaba, pues, sin trabajo y sin dinero. Éste se le escapa de entre los dedos.

»Yo, naturalmente, tenía que hacer algo. No podía permitir que siguiera en casa pasándose el tiempo yendo de un cuarto a otro y teniéndose que esconder cuando venía gente. En consecuencia le hablé a César de ella. Se puso a trabajar en «Cipriano's»... y, lo demás, ya lo sabe usted.

—Sí —dijo Roy—. Gracias, Spencer, muchas gracias. —Se levantó y los dos hombres se dieron la mano—. No creo que nunca llegue a divulgarse que Ilona es hermana de su esposa; no hay motivo para ello.

—Gracias a Dios —suspiró Spencer; y luego añadió—: Mire, capitán, las cosas me van ahora bastante mal, pero si alguna vez puedo hacer algo por usted...

—Si llegara el caso, ya se lo pediría. No soy vergonzoso. Adiós, Mr. Spencer; buenas noches.

Una nueva doncella acompañó a Roy a la puerta. Era tan torpe, sucia y desmañada como Clarice, y Roy se preguntó cómo podía ser que los Spencer fueran tan desgraciados que tuvieran dos criadas así, seguidas.

Pensando en ello mientras se dirigía a su automóvil decidió que probablemente Spencer, que andaba siempre a dos velas, no podía extenderse mucho en los salarios ni recurrir tampoco a las mejores agencias de colocaciones.

Roy se estaba desnudando para acostarse cuando sonó el teléfono. Contestó cansado y molesto, pero con no poca sorpresa vio que el que llamaba era Chad y que su tono de voz demostraba agitación.

—Roy —dijo— va usted a recibir unos visitantes. Le estoy llamando desde mi casa, ¿comprende...? ¿Qué hora tiene usted, Roy?

—Casi las once.

—Encuéntrese conmigo en el sitio de costumbre cuando haya terminado y lo antes posible.

—Muy bien, Chad.

—Tiene usted una conferencia a la vista. Resuélvala como mejor pueda. Adiós, Roy.

Sumido en sus reflexiones, Roy volvió a vestirse y luego cogió un periódico y se sentó para leer la página deportiva mientras esperaba. Aquel asunto lo tenía intrigado... ¿Una conferencia? ¿Con quién sería? ¿Y por qué tanto revuelo? Le resultó muy difícil concentrar su atención en los lances del *base-ball* a pesar de lo reñido de las competiciones y de que se disputaba el campeonato. En su juventud Roy había practicado aquel deporte y hasta había pensado en profesionalizarse, pero una vez trató del asunto con un famoso jugador que le aconsejó que abandonara aquellos proyectos y buscara otra profesión, diciéndole que entonces descollaba en su equipo porque jugaba mucho, pero que cuando ingresara como profesional no pasaría de una medianía y, por lo tanto, no debía quebrarse los cascos haciendo aquellos proyectos. Roy tuvo el buen sentido de seguir aquel consejo.

No tardó mucho en sonar en su reloj la campanada de las once y media. Roy escuchó ruido de pasos en el corredor y luego llamaron a la puerta.

Roy vivía en el segundo piso de una casa de departamentos y sin duda el sereno de noche había indicado a los visitantes dónde tenían que llamar.

El capitán abrió la puerta. En el exterior se hallaban dos hombres. El pasillo sólo tenía la acostumbrada iluminación nocturna y Roy no pudo verlos muy bien. Ambos eran de poca estatura y bastante jóvenes.

—¿Es usted Hargis? —preguntó uno de ellos con voz un tanto ruda.

—Sí. Entren.

Abrió la puerta por completo y los recién llegados entraron, uno en pos de otro, iban muy bien vestidos, con trajes caros y de aspecto serio, pero, para Roy, llevaban escrito en la cara su condición de elementos pertenecientes al hampa. Tenían una expresión dura, insolente, de hombres que se sienten seguros de sí mismos. Eran forasteros, evidentemente. Roy conocía perfectamente a toda la gente integrante de la fauna local, al menos a los que habían adquirido cierto relieve, y en las escasas ocasiones en que se enfrentaba con alguno de ellos, se mostraban extremadamente deferentes.

El más bajo de los dos llevaba un traje azul oscuro y un sombrero gris claro con una cinta blanca.

—Me llamo Stan —dijo—, y éste es Tommy.

El aludido hizo una pequeña inclinación de cabeza. Vestía un traje cruzado de franela gris y un sombrero del mismo color con el ala delantera baja. Tenía una nariz chata y arremangada y la mandíbula saliente. Parecía irlandés. Paseó una mirada, donde se reflejaba una ligera sorpresa, por la habitación de Roy.

—¿Qué es esto, Hargis? ¿Un refugio? —preguntó.

Ambos visitantes se echaron a reír.

—Puede usted denominarlo así, si le gusta —respondió Roy irritado.

—Por la forma como los muchachos se desenvuelven en esta ciudad debería usted estar viviendo en el Stoneham o en el Terrace. ¿Por qué no se sienta?

Los visitantes eligieron sendas sillas y Tommy sacó un pañuelo del bolsillo y sacudió el polvo del asiento antes de ocuparlo. Roy se sentó en el borde de la cama sin prestar atención a la insolente grosería de aquel individuo.

Stan se echó hacia atrás el sombrero, sacó un cigarro, se lo puso en la boca y empezó a mordisquear la punta. Era muy moreno. Tenía una cara delgada y aguzada; las cejas, espesas y negras, corrían en línea recta sin la menor curvatura.

Ambos sujetos examinaron atentamente al capitán durante un buen rato mientras éste parecía ignorar su presencia.

—Por ahí me han dicho —afirmó finalmente Stan— que usted era un hombre bastante duro, Roy.

—¡Oh! No lo sé —respondió el policía. Levantando la mirada la paseó de uno a otro—. Puede alcanzarse una reputación muy grande limitándose uno a aparentar dureza.

Ninguno de los dos pájaros pareció recoger la insinuación ni el tono hiriente con que había sido hecha, y se limitaron a seguir estudiando al policía con persistencia.

—¿Sabe usted quiénes somos nosotros? —preguntó Stan.

—Sí, creo que sí —respondió Roy apaciblemente.

—Pues sería mejor que bajase algo las agallas y se mostrase un poco más amistoso.

—Ni soy amistoso ni dejo de serlo. Sepamos lo que les trae por aquí.

—Quizá está algo picado —dijo Stan mirando a Tommy.

—Quizá —contestó Tommy.

—*Okay* —prosiguió Stan—. Muy bien, Hargis. ¿Cree usted tal vez que dos o tres millones de dólares al año son mucho dinero?

—Mucho, desde luego.

—Sí. ¿Verdad que nadie se saca esa cantidad sin hacer algo para conseguirla?

—Naturalmente.

Stan siguió expresándose con un tono de repentina y extremada aspereza.

—Perfectamente. Entonces tendrá usted que hacer algo también. ¿Quién

demonios se ha pensado usted que somos nosotros? ¿Una especie de Reyes Magos?

—¿Qué me dice?

—Usted sabe muy bien a lo que me refiero, señor *quindilla* —gritó Stan—. Usted lo había preparado todo para quemar a la bruja, y de pronto retira la leña. Revólver de pistolero y toda la mandanga... Nadie mató a Hobart más que esa mujer. No quiero indicar que él no se mereciera que lo mataran. Tuvo la pretensión de avasallarnos sin querernos decir claramente cuáles eran sus exigencias. ¿Me comprende?

Durante la pausa que siguió, Roy se levantó para buscar un cigarrillo. Tommy sacó un encendedor dorado y le encendió el pitillo. El policía volvió a sentarse en la cama.

—¿Han tratado ustedes de esto con alguien más? —preguntó.

—Naturalmente, hombre... ¿Piensa usted que teníamos que venir a verle primero que a nadie? ¡Por amor de Dios...!

—Pues, entonces, ¿para qué han venido a verme a mí para nada, Stan? ¿Stan...? Creo que se llama usted de un modo así, ¿no?

El aludido se volvió hacia su compañero.

—Este mozo...; me está fastidiando ya. ¿Te has fijado, Tommy?

—¡Oh! Está en su papel, al fin y al cabo. Ya sabes cómo son estos guardias del pito.

—Supongo que debe usted querer decir que su *amo* ha hablado con alguien —dijo Roy—. ¿No tengo razón? Entonces, los *mandamases* dejaron los detalles para ustedes, los de la cola. ¿No...?

Tommy se rió de buena gana cuando vio la expresión que se pintaba en la cara de Stan. Éste estuvo a punto de atragantarse con el puro. Se puso un poco pálido y tiró violentamente el cigarro al suelo.

—Nos ha llamado «los de la cola» —bramó—. Oiga usted, *quindilla*: yo puedo comprar y vender a su gran hombre. Puedo comprar el edificio donde habita. Puedo comprar las cosas más grandes de esta ciudad. ¡Los de la cola...!

—Bueno, bueno... Sólo fue una manera de expresarme, caballeros —dijo el capitán suavemente—. Todo el mundo tiene un amo u otro.

—Creo que es cierto lo que nos han dicho —dijo Tommy mirando a Stan—. Es un tipo duro. ¿Te has fijado, Stan?

—No me he fijado en nada. Creo que es un... ¿sabes lo que quiero decir?

—Sí; sí... Un punto de cuidado... De todos modos...

—Sí, de todos modos. —Se volvió hacia Roy—. Escuche —le dijo—, lo tenemos todo en nuestras manos. Si usted *chaquetea o se raja*, se va a armar la gorda en esta ciudad. Pase lo que pase, nosotros operaremos aquí. Si hemos de ser amigos, *okay*. Si no, *okay* también. A nosotros nos tiene sin cuidado. Sólo que... cuanto más suaves vayan las cosas, mejor para todos. Nos dijeron que usted era el hombre indicado. Yo y Tommy pensábamos que nos daría la bienvenida. Ya comprende: encantado de verles y demás monsergas. ¿Qué es lo que hemos encontrado? Oposición. ¿No tengo

razón, Tommy?

Siguió un largo silencio. Roy se acercó a la ventana y tiró a la calle el cigarrillo. Tenía los nervios en tensión y procuró serenarse. La cínica arrogancia de aquellos maleantes bien vestidos le sacaba de quicio y apenas podía contener el deseo de echarlos a puntapiés, cosa ésta, por lo demás, que era locura sólo pensarla. Pero eso no era lo peor de todo. Se encontraba en la situación de un hombre que está errando en medio de una densa niebla y sin ningún punto de destino, incluso aunque consiguiese abrirse paso. En aquellos momentos no sabía, literalmente hablando, ni qué hacer ni qué dejar de hacer. Se hallaba de espaldas a los dos individuos que se miraban mutuamente encogiéndose de hombros. Poco a poco Roy se calmó y dio media vuelta.

—¿No han leído ustedes los periódicos? —preguntó.

—Sólo los festivos —respondió Stan.

Roy esperó antes de seguir hablando y procuró disimular la cólera que estaba de nuevo invadiéndole.

—La historia referente a que el arma debe pertenecer a un pistolero —dijo al fin — sólo ha aparecido en el *Sun*, que es el diario de menor importancia. Los demás periódicos publican la referencia que yo les di de que no existen pruebas concluyentes de que ese revólver sea el arma homicida...

—Muy bien, muy bien —interrumpió Stan con impaciencia—, pero nosotros sabemos lo que está pasando aquí. Tenemos mucha pupila, *quindilla*, y no nos faltan amistades. Sabemos quién ha dado ánimos a esa individua. Nos consta que fue ella la que mató a Hobart y, por tanto, queremos que la bruja sea quemada, ¿me comprende? Esto es todo lo que pasa. Es bien sencillo. Después, cuando el proceso haya terminado, nos sentiremos tranquilos y seguiremos con nuestro trabajo. Profesamos aquella norma de «vive y deja vivir», al menos, hasta cierto punto. ¿Dónde está la pega, *quindilla*? Queme a la bruja y todos contentos.

—Hasta ahora —repuso el capitán—, las pruebas no pueden presentarse ante un Tribunal. Todo depende de la palabra de un *randa* de la peor calaña que se llama Whitey Vickers. Un abogado defensor haría tabla rasa de él. Presentado como testigo creo que más bien perjudicaría a la acusación que otra cosa. ¿Me comprende?

Stan se quedó un momento mirando a Roy con aire especulativo; después asintió con un ademán.

—Así pues, ¿usted está enterado de lo de Nick Brozsa?

—Estoy enterado de todo lo que haga falta —respondió el policía—, pero demostrarlo, presentarlo ante la Sala, es algo completamente distinto.

Stan se puso en pie y Tommy hizo lo propio. Ambos permanecieron un momento frente a Roy mirándole en silencio. Al fin Stan tomó la palabra.

—Déjeme decirle algo, *quindilla*. Usted está en el saco. Trabaje usted, y de prisa, o puede darse por perdido. Tenemos en nuestras manos todos los hilos de este asunto. Usted es un don nadie, a pesar de toda su dureza. ¿Cree usted que hay alguien que

pueda permitirle que se interponga en el camino de un negocio de dos o tres millones? Hay muchas maneras de hacer rápidamente las cosas. Usted debe saberlo de sobra, polizonte... Usted lo pase bien.

Stan abrió la puerta y salió. Tommy se quedó un momento más mirando al policía y después se volvió, riéndose.

—¡Los de la cola! —exclamó—. Me parece que después de este chasco, Stan ya no volverá a ser nunca el de antes.

Y se marchó meneando la cabeza y sin dejar de reír.

* * *

Roy acabó de dar los últimos toques a su vestuario y se disponía a salir para ir a encontrarse con Chad cuando oyó que alguien arañaba ligeramente en la puerta del cuarto.

De una parte a otra de la casa andaba siempre un perro viejo que tenía el extraño nombre de «Franklin». Perteneía a alguien del tercer piso y era un verdadero vagabundo que iba de habitación en habitación arañando en las puertas y buscando siempre compañía. Era grande, negro y de raza incierta. A Roy le gustaba, y con frecuencia le dejaba entrar en su cuarto, le daba algo de comer y le permitía que se echara en su cama un rato.

—Es tarde ya para esto, viejo pícaro —murmuró mientras abría la puerta.

Roy dio un respingo. Wesson estaba frente a él con el sombrero ladeado de un modo fantástico y oliendo fuertemente a alcohol.

—Creí que se trataba de otro perro —dijo el capitán—. ¿Qué hay de nuevo?

Wesson empezó a canturrear la cancioncilla que había compuesto en beneficio exclusivo del policía.

*«El verdugo no tiene ningún amigo
y es un solitario melancólico
que persigue fines insondables...
Un azote para la humanidad».*

Roy se volvió y entró de nuevo en el cuarto. El periodista cerró la puerta tras él, siguiéndole.

—Tiene usted unas amistades muy extrañas, capitán —dijo. Luego tras una pausa prosiguió—: Roy, ¿se acuerda usted de aquella noche, en el garaje del Stoneham?

—Sí —contestó el interpelado sin volverse.

—¿Recuerda una indicación, ligeramente oportuna, que le hice?

—Sí.

El periodista se acercó a la ventana lentamente.

—Roy —siguió preguntando—, ¿conoce usted la Biblia?

—Algo por encima.

Wesson se rió entre dientes y continuó:

—Está llena de máximas que resultan muy proféticas. Por ejemplo: «... si el Señor no guarda la ciudad, el vigilante velará en vano»... Bueno, Roy. Dudo mucho que el Señor guarde esta ciudad y todos sabemos que el vigilante se queda dormido inmediatamente. ¿No es así?

—Así es.

—Hacemos lo que podemos en la situación en que nos encontramos.

Roy vaciló un momento y dijo después:

—Tengo que ir a hablar con Chad. Me parece que lo de consejero en asuntos públicos puede ser viable, Wesson.

—¿Cómo? —preguntó el periodista, asombrado.

—Dejemos que el tiempo haga su obra. Yo le hablé ya a Chad del asunto.

—Eso es ser un buen camarada —dijo Wesson—. Lo que se llama un verdadero camarada.

* * *

Como otras veces, Chad y Roy se paseaban de arriba abajo frente al negro pórtico con arcos del Club de Patines. Era una noche cálida. No corría ni un soplo de aire y, sin embargo, podía percibirse el olor del río que corría a alguna distancia. Roy hizo esperar a su taxi, con el contador corriendo a expensas del erario municipal, naturalmente. Mrs. Bayliss estaba sentada en la parte de atrás de la gran limousine de Chad, arrebujada y esperando.

—Se ha levantado de su cama de enferma para venir conmigo —explicó Chad moviendo la cabeza cansadamente—. Cada vez se está volviendo más insoportable.

Dieron unos cuantos pasos durante un rato.

—Y bien —acabó por preguntar el gran cacique—, ¿qué piensa usted de nuestros amigos?

—Unos chicos muy simpáticos. Casi me inclino a preferir a uno que se llama Stan. Me gustaría encontrarme a solas con él alguna noche sin ningún obstáculo en medio ni otra preocupación que el mero placer del encuentro.

—Roy..., me deja usted sorprendido... —comentó Chad riendo quedamente.

—No sólo me limitaría a cambiar la dirección de su nariz sino también la de su tono.

—Y después, un día amanecería usted muerto. Stan es el jefe de la organización.

Roy se detuvo, se volvió hacia su interlocutor y se le quedó mirando lleno de asombro.

—¡Ese mozo! ¿Él es el jefe?

—Es una nueva cosecha procedente de fuera... Será todo lo raro que usted quiera, pero ellos afirman que fue la chica quien mató a Hobart. Me parece que detrás de esa

seguridad hay algo más que una mera coartada, pero lo hiciese ella o no, hay que cargarle el mochuelo. O se hace así o estalla la guerra, y esto tenemos que evitarlo a toda costa. Hemos de ganar las grandes elecciones del año 52. Nos hemos captado ya muchos enemigos. Ayer el fiscal del distrito se enteró de que su teléfono estaba interceptado. Dentro de poco vamos a tener que abandonar la iniciativa, si las cosas siguen así, y bastante tendríamos con luchar por nuestra propia supervivencia.

—Tengo bastantes cargos contra esa mujer, Chad, pero el proceso no se presenta completamente claro. ¿Le gustaría a usted que todo acabara en una absolución?

—Eso sería peor que no llevarla a juicio.

—Lo mismo creo yo.

—Pero todo esto está por demás, Roy. Usted tiene que hacer que comparezca ante el Tribunal y usted tiene también que hacer que la condenen. Ésa es su misión y para esto le estamos pagando.

—Necesito un poco de tiempo, Chad.

—Tómese todo el que necesite mientras no yerre el golpe cuando llegue el momento.

—*Okay.*

—Nosotros tenemos una gran fe en usted, Roy, y contamos con su esfuerzo. No nos juegue una mala pasada.

Siguieron paseando en silencio durante unos momentos y después Roy habló a Chad respecto a Wesson.

—¡Vaya con ese condenado gordo! —gritó Chad echándose luego a reír—. Pero, al fin y al cabo, resulta bastante aceptable. Es de la clase de hombres con la que necesitamos contar. Me ocuparé de él, Roy. Le doy mi palabra.

—No tendrá usted más remedio que ocuparse de él. Puede desbaratar nuestros planes de un soplo y nadie hay que sepa hacerlo mejor que él.

—Chad —llamó Mrs. Bayliss desde el coche—. Se está haciendo tarde. Vámonos a casa. Tengo frío.

—Mi mujer tiene frío —comentó el marido en voz baja— y yo estoy sudando—. Después de un intervalo, preguntó—: ¿No hay nada más?

—No.

—Entonces, perfecto. ¡Duro con ello, Roy! Y cuanto antes, mejor. Esta ciudad es una mina de oro y siempre lo ha sido. Vale la pena jugar fuerte pues no hay otra población en el país que se preste más a ello. Esos individuos forasteros quieren alzarse con el santo y la limosna, pero, por unas razones u otras, ya hace tiempo que tienen que estar aguantando el tipo. Dejémosles que sigan así por ahora. Buenas noches, Roy.

Se estrecharon las manos y después Chad subió a su coche y arrancó.

El taxista de Roy le abrió la portezuela para que subiera.

—¿Le gustaría divertirse un poco esta noche, señor? —preguntó—. En New Baxter se han abierto dos nuevos establecimientos. Chicas forasteras, señor...

Algunas procedentes de la costa occidental. Bellezas de Hollywood.

—No, esta noche no, amigo —contestó Roy mientras subía al taxi suspirando cansadamente.

21

Boley condujo a su jefe a la oficina sobre las diez de la mañana del día siguiente. Ed Reynolds estaba sentado tras de la mesa de Lackey mascando un cigarro, para variar un poco.

—¿Ha visto usted a Gert, jefe? —le preguntó.

—No, debe estar en el tocador.

—Pues le llaman a usted desde la Sala de Juntas A, en el piso séptimo, para las diez y cuarto.

Roy le miró sorprendido.

—¿A mí? ¿Qué demonios tengo que hacer yo en la Sala de Juntas A? ¿Estás seguro de que no te equivocas? Allí es donde se reúne la Comisión de Planes.

—Acabo de encontrarme con la nota escrita aquí —respondió el agente—. Lo ha apuntado Gert.

—¿Dónde está Emmet?

—No lo sé. Esta mañana no ha venido ni tampoco ha mandado ningún aviso.

—Todo esto me resulta muy raro. A lo mejor el pobre está enfermo. Dale un telefonazo.

Ed no obtuvo contestación a su llamada telefónica. Roy empezó a pasearse por la estancia. Había algo que, definitivamente, funcionaba mal. Al cabo de un momento Gert asomó la cabeza por la puerta.

—¡Ah! ¿Está usted ahí, capitán? ¿Le ha dicho ya Ed algo respecto a la cita que tiene usted arriba?

—Sí. ¿Es así?

—En la Sala de Juntas A —afirmó Gert—, a las diez y cuarto. ¡Caramba! Está usted volviéndose un personaje muy importante.

—¿Cómo me han llamado?

—Telefonó una secretaria. Parece que es cosa de la Fiscalía del Distrito.

—Comprendido.

El capitán miró al reloj. Eran las diez y doce minutos.

—Bueno —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Me parece que será mejor que vaya a enterarme de qué es todo esto.

* * *

Una secretaria joven y bien parecida levantó la cabeza al ver entrar al capitán en el antedespacho con entropaños de madera, y le sonrió.

—Entre en seguida, capitán. Le están esperando.

Roy entró por la puerta giratoria. Anteriormente nunca había estado en aquella sala de juntas. Era una estancia larga y más bien estrecha y en el centro había una

mesa de reuniones, sólida y brillantemente barnizada, con una fila de sillas a cada lado. En la gran mesa sólo había dos hombres. La escena evocó a Roy un salón de baile con una concurrencia exigua.

Chad Bayliss estaba sentado en la cabecera de la mesa con unos pocos papeles enfrente. A su izquierda se sentaba un joven a quien Roy no conocía. Llevaba un traje bien cortado, gafas de concha y corbata de lazo. Era rubio, de mandíbula grande y de aspecto frío, con ojos azules de perspicaz mirada.

—Siéntese —dijo secamente Chad al recién llegado. Sus maneras eran muy poco amistosas y ni siquiera miró a Roy.

El capitán se sentó, vacilando.

—Grant Perrin, de la oficina del fiscal —presentó Chad, recobrándose un poco.

Roy hizo una inclinación de cabeza que obtuvo análoga correspondencia. Ninguno de los dos hombres sonrió.

—Roy —comenzó el cacique máximo—: ¿qué es lo que piensa usted que está haciendo?

—¿En qué sentido?

—¿No se ha entendido usted todavía con la chica esa?

—¿Qué chica? —preguntó Roy sonrojándose.

—Ilona Vance.

—¿De qué demonios está usted hablando?

—Usted sabe muy bien a lo que me refiero. Está usted prescindiendo por completo de mí. Se está burlando de nosotros. Tiene usted suficientes pruebas contra esa mujer en la actualidad para mandarla a la silla eléctrica.

—No estoy conforme con eso. Ya se lo expliqué anoche.

Chad le interrumpió:

—Cállese. ¿Quiere usted oír una opinión jurídica procedente de la Fiscalía? Puede hablar, Grant.

—Con los medios de prueba que yo he visto —dijo el aludido—, podemos fundar una acusación sin dificultad alguna, y a menos que suceda algo fuera por completo de lo normal, un veredicto condenatorio también.

—¿Qué elementos de prueba ha examinado usted y cómo es que los ha tenido a su disposición? —preguntó el policía.

—No todo el mundo se duerme, ¿sabe usted, Roy? —terció Chad—. Usted no es tan listo como cree ser, amigo... Muy bien; hablemos pues de esos elementos probatorios. El móvil es claro y evidente. Frank estaba ya harto y cansado de esa aventurera y le dijo que le devolvería su libertad. Ella no aceptó y, en consecuencia, Frank le quitó todo lo que le había regalado. Esto la enfureció de tal manera que ella lo mató. Todo está más claro que la luz. El revólver pertenece a Ilona Vance y podemos demostrarlo así. Sabemos quien se lo dio. Tenemos un testigo...

—¡Vaya testigo! —interrumpió el capitán.

—Su testimonio será tenido en cuenta. Yo lo avalaré —afirmó el fiscal.

—Es una opinión legal, Roy —observó Chad—. Y es buena, no le quepa duda. Tenemos el móvil del crimen y el arma con que se cometió, y Dios sabe que también tenemos el cadáver... ¡Pobre Frank!

—Ahora salimos con eso de «pobre Frank» —refunfuñó Roy empezando a perder los estribos.

Estaba ya harto de todo aquello. ¡Vaya unos días! Wesson, los *gángsters*, y, ahora, Chad...

—No me hable en ese tono, Roy —gritó Chad— o le juro que lo va a pasar muy mal.

—Lo dudo —respondió el policía paseando una mirada insolente del cacique al abogado-fiscal.

—*Okay, okay* —masculló Chad bajando la vista—. No vamos a sacar nada riñendo. —Alargando después un documento a Roy, le dijo—: ¿Ha visto usted este dictamen balístico?

El capitán se quedó mirando con sorpresa al papel.

—No, no lo había visto —replicó.

«¿Cómo habrá podido ser...?», se preguntó a sí mismo. De pronto la contestación se le hizo patente. ¡Lackey!

—Esto parece que empieza a olerme a juego con doble baraja —expresó en voz alta.

—Y aunque así fuera... —repuso el político—. Este nuevo dictamen demuestra que la bala que ocasionó la muerte de Frank procede del revólver encontrado. ¿Comprende?

—Comprendo —respondió el policía empujando el documento despectivamente.

—Aquí tenemos un pequeño detalle de gran interés —siguió Chad—. Un informe sobre la existencia de una mancha de pólvora en uno de los guantes de la sospechosa.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Es una broma? —exclamó Roy aturdido, poniéndose en pie.

—Lea usted el informe y comprobará que está firmado y visado por el mejor experto en la materia que tenemos en la ciudad.

Roy se sentó y leyó el dictamen.

—Ahora le voy a hacer a usted una pregunta —le dijo Chad—• y quiero que me conteste la verdad. ¿Por qué ocultó usted este informe?

Se produjo un largo y denso silencio, y, al fin, Roy contestó:

—Sé que tiene usted oculto a Lackey por ahí, en algún sitio, de modo que pueda hacerlo aparecer cuando lo juzgue conveniente. Hágalo aparecer, pues.

Chad Bayliss se quedó reflexionando un momento, y, después, pulsó un timbre. Tras una espera bastante dilatada, Lackey salió vacilando de una puerta que había en el fondo de la sala. Estaba pálido y sudoroso y su montaña de grasa parecía temblar como la gelatina. Se hallaba en un estado tal que no se atrevía a mirar a nadie.

—Lackey —le dijo Roy—; ¿he podido ver yo este informe sobre el guante de esa

muchacha?

El interpelado levantó la vista por un segundo y miró fugazmente a Perrin y a Chad.

—Sí, capitán —respondió— podía usted haberlo visto.

—Especifica algo más, Lackey. Dices que podía haberlo visto... ¿No entra dentro de tus deberes el llamarme la atención sobre estos informes técnicos?

—Sí, capitán.

—¿Y lo hiciste así?

Lackey se quedó dudando, mirando en torno suyo con aspecto desvalido. Al fin hizo un esfuerzo para responder.

—Se lo dejé en la mesa de su despacho, capitán.

—Muy bien. Lo dejaste en mi mesa... Mira, Emmet. A mí no puedes engañarme, pero lo que al parecer pretendes es quedar en buen lugar con estos señores. Ahora bien; ¿no dirías que éste es el indicio más importante que hasta el presente se ha encontrado en el caso?

Lackey permaneció silencioso mirando al suelo.

—¡Contéstele de una vez, maldita sea! —vociferó Chad.

—Sí... sí..., señor —balbuceó el gigantesco teniente—. Quiero decir que... quizá, señor, fuese el más importante. Enlaza las cosas entre sí...

—Perfectamente —dijo el capitán—. ¿Por qué, entonces, no me hablaste de un modo expreso de ese documento? Esto es asunto tuyo. ¿Por qué no trataste de ello conmigo? ¿Por qué te limitaste a dejar encima de mi mesa, si es que lo hiciste siquiera, un elemento tan importante y vital como ése?

Lackey no contestó, limitándose a humedecerse los resecos labios. De vez en cuando lanzaba una angustiada mirada, por encima del hombro, hacia la puerta de donde había salido como si midiese la distancia que le separaba de aquella anhelada vía de evasión.

—¡Respóndale, Lackey! —chilló Chad furioso y con la cara congestionada hasta el rojo vivo.

—Pues... pues... no lo sé.

—Que no lo sabes, ¿eh? —estalló Roy—. Pues yo sí que lo sé. ¿No le has contado a Mr. Bayliss que te colaste de rondón en mi despacho sin llamar a la puerta cuando yo estaba interrogando a la detenida?

—Usted estaba... usted estaba... besándola —gritó Lackey estremeciéndose de rabia y con una osadía repentina semejante a la reacción imprevista que el terror podría producir en un animalejo acorralado.

—Muy bien —repuso Roy—. Me viste. ¿Le has contado ya a Mr. Bayliss que te pegué por ello, que te tiré al suelo de un golpe y que te dejé un ojo a la funerala?

—Había resuelto quejarme oficialmente —contestó Lackey apretando los labios y pasando, sucesivamente, de un color a otro.

—Espere un momento —terció Chad recobrando instantáneamente la calma—.

Usted no puede hacer eso, Lackey. ¿Es que quiere echarlo todo a rodar?

—No hará nada, no se preocupe —interrumpió el capitán—. Por ahora, se conforma con seguir viviendo.

¿Insiste usted pues —preguntó Chad a Lackey— en que Hargis ocultó este informe sobre el guante de esa mujer?

—Sí —afirmó el teniente—. Yo no soy ningún esclavo. No puede tratármeme de ese modo. Llevaré el asunto a la Comisión de funcionarios públicos, a los tribunales, a donde sea... El capitán no tenía derecho a maltratarme de ese modo cuando yo no hacía otra cosa que cumplir con mi deber.

—El espiar a un superior no es cumplir un deber —hizo constar Roy.

—Un momento, un momento —terció Chad—. En esto no puedo estar conforme con usted, Roy. Muy bien, Lackey —añadió dirigiéndose a éste—; puede esperar fuera:

—Pido que se me traslade —gritó Lackey—. No quiero volver a esa oficina. Nunca más trabajaré con Roy Hargis.

—Conforme, conforme —siguió Chad con tono cansado—. Pero espere afuera un momento. Esté tranquilo.

Lackey dio media vuelta y se fue, tambaleándose.

Al cabo de un momento, Chad escogió una carta de entre los papeles que tenía delante y se la enseñó a Roy.

Aquí tiene usted una solicitud firmada por el alcalde pidiéndole que dimita. ¿Quiere usted poner aquí su renuncia ahora mismo, Roy, o quiere alegar algo?

Roy estudió la expresión de la cara del cacique durante unos instantes, pero aquella faz roja y congestionada no le dijo nada. El policía sabía muy bien que aquella demanda de dimisión era idea de Chad y no del alcalde. Aquél se había limitado a poner un trozo de papel delante de éste y decirle que lo firmara. Chad era el amo y aquello era darle la patada al capitán. Con éste fuera del camino, Ilona Vance estaba perdida. La condena podía considerarse fatal y eso suponía un largo encierro, diez años tal vez, o bien algo peor.

La fiscalía del distrito mantenía un tinglado completo con aquel caso, con todos los accesorios. Sería un juicio sensacional con una nube de periodistas y de representantes de la prensa de toda la nación, fogonazos de fotógrafos y relatos impresionantes, y luego, al cabo de unas pocas semanas, se cerraría una pesada puerta de hierro detrás de la condenada y ésta sería enterrada en vida con tanta efectividad como si lo fuera en algún cementerio abandonado. Enterrada y olvidada.

Roy experimentó un repentino sentimiento de vértigo y náusea. Se levantó de la silla y se quedó de pie, inclinándose sobre la gran mesa reluciente y sin mirar a nadie. Se había puesto muy pálido. Perrin y Chad le miraron sorprendidos y, después, preocupados.

—Nada, nada —dijo el policía.

Luego volvió a sentarse, sacó un pañuelo y se secó la cara llena de sudor frío.

La representación mental de aquella hermosa mujer separada de él por muchos años, quizá para siempre, le afectó tanto que, por un momento, le pareció ser presa de una angustia mortal. Poco a poco empezó a sentirse mejor. El vértigo y las náuseas desaparecieron y se quedó como alelado mirando el tablero de la mesa como si estuviese hipnotizado. La voz de Chad llegó hasta él como si saliera del vacío.

—¿Quiere usted firmar, Roy?

La cara del capitán volvió a recobrar su color y el cuerpo se le endureció como si se dispusiera a emprender una lucha material.

—Chad —preguntó—. ¿Podría hablar un momento a solas con usted?

Chad se pasó la mano por la cara con lentitud y dirigió una mirada a Perrin.

—¿Sería usted tan amable que esperase un momento fuera. Grant?

—Con mucho gusto, Mr. Bayliss —respondió el joven fiscal levantándose y saliendo al antedespacho sin hacer el menor signo de saludo al policía.

—Ése es su probable sucesor, Roy —le dijo Chad sonriéndose ligeramente—. ¿Qué le parece?

—No me gustan las corbatas de lazo.

Siguió un corto silencio que rompió finalmente Chad.

—Si usted está pensando la forma de fastidiarnos, Roy... Mire, por amor de Dios, ¿qué supone para usted una individuo como ésa? Usted no es un chiquillo. Me ha sorprendido usted, Roy... Estoy conforme con que se trata de una verdadera beldad, pero todas son igual y nadie lo sabe mejor que usted mismo. Al final, siempre acaban cansándole a uno. ¿Qué demonios le ha ocurrido, Roy? Por lo que he oído, usted ha sabido siempre desenvolverse maravillosamente en ese terreno. ¿Para qué dar ahora semejante campanada?

Roy no contestó nada, manteniendo la mirada perdida en el vacío. Cada una de las palabras de quien, en definitiva, había sido hasta entonces su amo, le llegaban al alma como verdades que él sabía por personal experiencia, pero, a pesar de ello, todo aquello le tenía sin cuidado.

El hombre tranquilo, dueño de sí mismo; el que no pasa por una vicisitud que le embarga el ánimo, está siempre en condiciones de dar un buen consejo, cosa ésta que es lo que menos cuesta en el mundo y también la más inútil.

—No pretendo fastidiarle para nada, Chad —acabó por contestar—. No pienso en tal cosa, después de todo lo que usted ha hecho por mí. Sin embargo, si tuviera que emprender la lucha, si, al fin, me decidiese a hacerlo, resultaría muy desagradable para todos. Usted seguiría su propio camino, Chad, yo lo sé perfectamente. Pero creo que quedaría algo malparado y que todo este asunto tomaría un cariz extraordinariamente feo.

—Concedido.

—¿Cree usted —prosiguió el capitán— que sería una buena idea el convertir un juicio de esta naturaleza en un espectáculo que no tendría nada de edificante?

—¿Qué quiere usted decir?

—Iban a salir a la luz pública una porción de cosas muy poco ejemplares. Mr. Hobart no iba a quedar como un lirio inmaculado. Por ejemplo, un abogado listo pondría de manifiesto ante el Tribunal que, durante muchos años, el difunto había andado golpeando por el Row.

—Eso no tiene importancia alguna, Roy. No olvide que nosotros mangonearíamos el proceso. El juez es nuestro y sólo saldría a relucir, más o menos, lo que deba salir a la superficie.

—Más o menos, como usted dice. Pero hay una pega muy grande. Supóngase que alguien se las arregla para que la muchacha tenga como defensor a Benny Lynch.

—¿Y quién iba a conseguirlo? —preguntó Chad parpadeando.

—¿Quién? —Roy se rió quedamente—, Chad; usted tiene enemigos. ¿Cree que todo el mundo está dormido? Tome un ejemplo: Wesson. Hasta ahora yo he conseguido mantener incólume su pellejo, Chad. ¿Qué me dice usted de todo ese asunto de las interferencias telefónicas, de esas concomitancias con la banda de *gángsters* que se dedican a captar las comunicaciones para chantajear, sorprender secretos de toda clase y operar en toda clase de asuntos y negocios utilizando las noticias que han robado, por decirlo así, de los propios hilos? ¿No supondría, el conocimiento de ese control impúdico de nuestras conversaciones, de nuestras conferencias, un escándalo inenarrable? Bastante alborotada está ya la ciudad, señor mío. Supóngase que usted pierde en 1952. ¿Qué es lo que cree que va a pasarles a muchas de las personas a quienes ha dado usted colocaciones y empleos en la Administración?

—¿Qué?

—Pues van a ir a parar al banquillo de los acusados por malversaciones y otros asuntillos por el estilo.

Chad volvió a parpadear.

—¿Sí? ¿Qué me dice?

—Deje su optimismo aunque sólo sea por un momento. Supongamos que ninguno de sus enemigos consigue hacer suyo este asunto; démoslo por cierto, que ya es mucho decir. Conforme con que nadie recurra a Benny Lynch, a quien le satisfaría mucho verle a usted con el agua al cuello.

—Bien; supongamos todo eso, ¿y qué?

Roy demoró algo la contestación que, al fin, articuló con voz lenta y baja.

—En este caso, yo sería quien acudiría a Lynch para proteger a Ilona Vance.

Chad estuvo mirando un largo rato a su interlocutor con aire apreciativo.

—Comprendido —dijo al fin—. Usted está completamente prendido en las redes de esa beldad, ¿no es eso?

El cacique se levantó y dio unos pasos por la habitación. Después, encendió un cigarro y fumó silenciosamente un rato. Luego rompió la prolongada pausa.

—Roy, no lo comprendo. Usted no tiene la menor probabilidad de salvar a esa chica, dese cuenta de ello.

—Lo sé.

—Pues entonces, ¿qué diablos significa todo esto?

Roy extendió el brazo sobre la mesa, cogió el documento en que se solicitaba su renuncia y lo levantó en alto.

—No quiero tener una cosa así pendiente sobre mi cabeza.

Chad le arrebató el papel y lo rasgó con impaciencia, haciéndolo pedazos.

—Muy bien, ¿y ahora?

—Lo que usted necesita es una prueba, ¿verdad, Chad?

—Efectivamente.

—Pues concédame veinticuatro horas de plazo. Y no me pregunte nada.

—No sé, Roy... Usted, a mi juicio, está procediendo conmigo como un hombre que ha perdido por completo las riendas de pronto. Quizás usted mismo no se dé cuenta de ello, pero ésa es su manera de conducirse. Teníamos para usted planes de gran envergadura, pero todo lo ha tirado usted por la ventana, hijo. Creo que usted mismo se ha puesto la cuerda al cuello.

Roy se sorprendió a sí mismo al comprobar que todas aquellas reflexiones no le ocasionaban la menor mella. Se lo echaba todo a la espalda.

—Okay, Chad. Todo lo que me ha dicho, sobra. Límitese a concederme las veinticuatro horas que le pido. Me parece que no es una pretensión exagerada.

Chad se dejó caer pesadamente en una de las butacas de cuero cerca del ventanal. En el silencio que siguió, el vuelo de una mosca hubiera resonado como el de un aeroplano.

—Veinticuatro horas no es mucho, Chad —insistió el otro— y ya me está haciendo perder los minutos. Tengo que irme inmediatamente. Firmaré todo lo que usted desee. Después haga lo que quiera. Puede usted poner a ese esplendoroso joven en mi lugar con su corbata de lazo y todo, y que le aproveche.

—Es una resolución difícil de tomar —suspiró Chad al cabo de un rato—. Pero, al fin y al cabo, todas las resoluciones definitivas son difíciles de tomar. ¿No ha pensado usted nunca en esto, Roy? Yo soy el hombre que tiene que decir sí o no; tengo que decidir una cosa u otra, acertada o equivocada. Tengo que resolver y atenerme después a las consecuencias. ¿Por qué cree usted que mi presión arterial es tan elevada? —siguió un largo intervalo mientras Chad daba vueltas a algo en su cabeza—. Algunas veces —musitó reflexivamente—, los hombres del sí y del no creen que pueden descansar un poco. Encuentran a su hombre, le entregan toda su confianza y se dicen a sí mismos: «Vaya; dejemos que se ocupe de ultimar este asunto». Pero, ¿qué pasa entonces? De repente, el colaborador le descarga a uno un golpe en pleno rostro.

—Lo reconozco, Chad. No estoy discutiendo con usted.

Chad se puso de pie repentinamente.

—Muy bien, Roy. Haga lo que sea. Yo le espero contando las horas.

El capitán se levantó también, sonriendo cansadamente.

—Gracias... Ahora, con referencia a Lackey, necesito que deje la oficina y que se tome unas vacaciones hasta que todo esté terminado. Después, puede usted hacer lo que le parezca con él.

—Es un buen elemento, ¿no le parece?

Roy dudó un momento antes de contestar.

—Sí, en cierto modo. Muy trabajador y hábil. La única pega que tiene es que es un gusano, que se da cuenta de ello y que le molesta serlo.

—Bueno; ya veremos, ya veremos...

Roy hizo un ligero ademán de despedida y se marchó. En el antedespacho, el brillante, joven de la corbata de lazo estaba colocando una pequeña conferencia a la secretaria y ésta le miraba con coquetería. El capitán atravesó el antedespacho y salió por la puerta como si no se diera cuenta de su presencia.

* * *

El despacho de Benny Lynch se hallaba en una de las casas más antiguas de la ciudad. Un ascensor que rechinaba y se bamboleaba subió a Roy al tercer piso, y después de una breve búsqueda en el corredor oscuro y polvoriento, encontró la puerta que buscaba y entró. Eran las seis de la tarde y ya comenzaba a oscurecer. Una luz tenue iluminaba escasamente la rancia antesala que estaba desierta y olía a polvo, a tinta y a libros enmohecidos.

Roy dio unos golpecitos en la puerta del despacho y como respuesta, una voz aguda y de tono elevado dijo:

—Entre.

El visitante abrió la puerta. Lynch estaba sentado detrás de su mesa donde reinaba gran confusión de libros y papeles, fumando una pipa. Era un hombre bajo y delgado con cabello negro ya grisáceo, rizado y áspero. Tenía la nariz pequeña y aguileña y ojos castaños muy penetrantes. Vestía un traje bastante ajado. Parecía rodeado de un ambiente de cómoda dejadez mitigada en cierto modo por la aguda viveza de su mirada llena de astucia.

Era un rebelde por naturaleza. Por fortuna no se había casado nunca sintiéndose contento de aguantar, solo, los resultados de su temperamento indisciplinado. Era frugal para todo, excepto para el tabaco, pues fumaba incesantemente, pero, en cambio, no bebía y su alimentación era exclusivamente la precisa para sostenerle vivo. La mayor de sus diversiones era su visita semanal al parque zoológico donde la mayor parte de los animales hacía mucho tiempo que eran amigos personales suyos.

Toda su vida había considerado un imposible el someterse a nada. Su genio se encrespaba con motivo o sin él. Había venido al mundo para estar siempre en la oposición. El éxito le hubiera hastiado.

—Vaya, vaya... —dijo mirando por encima de la pipa—. ¿Conque usted es el famoso capitán Hargis...? ¿Se ha vuelto usted loco o cosa por el estilo? Parece ser

que todos los lunáticos acuden a mí.

Roy depositó encima de la mesa un largo escrito.

—Aquí lo tiene usted todo, Mr. Lynch. Léalo y deme su opinión.

—Me quedaré aquí para leerlo. Concédame un par de horas para hacerlo.

—Perfectamente. Éste es el número del teléfono de mi casa. Estaré esperando noticias tuyas.

—Ya he declinado anteriormente el ocuparme de esta defensa. A mi juicio esa mujer es culpable hasta los pelos, aunque, en realidad, no tengo derecho a lanzar una afirmación así que sólo está fundada en la lectura de los periódicos... ¡Válgame Dios! ¿Qué conclusión puedo sacar yo de todo esto?

—¿Quién acudió a usted?

—Un chico endiabladamente aturdido que se llama Dumas o cosa por el estilo. Parecía carecer por completo de sentido común. Le eché de aquí. La defensa de mujeres de vida irregular no sólo resulta infructífera, sino también muy pesada. Todas son iguales: demasiado perezosas para trabajar y demasiado estúpidas para evitar el meterse en líos. —El abogado dio unos golpes con la palma de la mano en el voluminoso documento—. ¿No le parece, capitán, que esto resulta algo insólito, por no decir poco ético?

—¿Qué es lo que usted quiere indicar con esa última expresión?

—¿Con esa expresión? ¡Oh! Nada a lo que pueda concederse importancia alguna en los tiempos que corremos. Olvídela y téngala por no pronunciada... Muy bien, capitán; no tardaré en ponerme en comunicación con usted.

Roy sacó la cartera y contó un buen número de billetes.

—Mil dólares, Mr. Lynch. ¿Es bastante?

—¿Para qué es ese dinero?

—Bueno... un anticipo.

—Un momento, capitán. Ya le dije a usted antes, cuando me telefoneó, que no tenía intención de defender a esa muchacha. Es un caso en el que estoy conforme con la Administración. Creo que a Ilona Vance deben mandarla a presidio. ¿Por qué esforzarse en un asunto en que sé que no voy a triunfar?

Durante un largo rato Roy estuvo mirando al letrado con atención, estudiándolo. ¿Qué quería decir con eso? ¿No sabía él que aquél era uno de los casos más vidriosos para la Administración? Al parecer, desconocía tal antecedente. «Me parece que está *chaqueteando* —pensó Roy—. Había oído decir que era un verdadero ariete demoleedor, pero...».

—Me parece que usted no me ha comprendido bien —dijo en voz alta—. Sólo quiero la opinión de un experto y quizás algún consejo.

—Pues eso no vale mil dólares.

—Yo creo que sí —repuso el capitán empujando los billetes sobre la mesa.

—No comprendo nada absolutamente de todo esto, capitán.

—Todo lo que yo deseo es su honrada opinión. Después podremos hablar de todo

lo demás.

—Me había temido un doble juego, si es que puedo llegarme a imaginar alguna manera de que se pretendiera proceder así conmigo en un asunto de esta naturaleza.

—No se preocupe usted por eso, Mr. Lynch. Es una cosa que queda estrictamente entre nosotros. Nadie más que usted y yo sabe nada de ello. ¿Me ha comprendido, Mr. Lynch?

—Sí —respondió éste lentamente—. Pero esto pone otra vez sobre el tapete esa desagradable expresión de «ética». Sin ética, podría decir a todo el mundo que yo había sido abordado reservadamente por un funcionario de la Administración con fines de soborno.

—Pero usted respeta la ética...

—Sí —convino el jurisconsulto—. Tengo mi ética que hace que ahora parezca un fenómeno, como una vaca con dos cabezas o cosa por el estilo.

—En todo caso, yo no he acudido a usted como funcionario, sino como un simple particular.

—Conforme, conforme. —Lynch hablaba impacientemente—. No nos andemos por las ramas... Ya le daré a usted mi opinión, capitán.

* * *

Casi dos horas más tarde, Lynch llamó por teléfono a Roy.

—Ya he estudiado eso, capitán.

—He pensado después —respondió la voz de Roy—, que sería mejor que me pasase por su despacho. Hablaríamos con más tranquilidad. Dentro de veinte minutos estoy ahí. ¿Le parece bien?

—De acuerdo, Hargis.

Roy tomó un taxi. Eran cerca de las ocho y apenas podían circular por el embotellamiento del tráfico a la entrada de los espectáculos. Al fin tuvo que dejar el vehículo y continuar a pie.

La casa parecía abandonada. Después de apretar una docena de veces el timbre del ascensor, sin resultado, Roy trepó hasta el piso de Lynch por los tres tramos de escalera.

La puerta exterior se hallaba abierta. El abogado estaba sentado en la mesa de su secretaria junto a un pequeño aparato de radio portátil oyendo un programa festivo y riéndose de buena gana.

—Pues yo no le veo la gracia —refunfuñó el visitante.

—Estoy para usted al punto —le dijo Lynch sin dejar de reírse—. Están terminando.

Roy le dirigió una mirada llena de irritación y se dedicó a pasear de una parte a otra de la estancia fumando nerviosamente. El jurista se reía a carcajadas hasta que, al fin, cerró el aparato.

—No sé cómo se las arreglan para mantener la gracia en este programa semana tras semana —dijo riéndose aún—. Resulta muy divertido.

El policía se encogió de hombros y miró al techo conteniendo su mal humor.

—¿Me encuentra usted algo trivial, capitán? —preguntó Lynch sonriéndose irónicamente mientras estudiaba a su cliente.

—No, nada de eso —se apresuró a contestar éste.

—Usted tiene cara de ser muy serio; quizá demasiado. ¿No tengo razón?

—No lo sé.

—*Okay*. Vamos allá —dijo Lynch entrando en su despacho—. Basta de charla por mi parte y ocupémonos del asunto.

Se sentó tras de su mesa y el policía lo hizo enfrente.

—He leído palabra por palabra el documento que me trajo —dijo el abogado—. Es el caso más comprometido que puede verse, capitán, salvando el de una plena confesión.

—¿Asesinato?

—Sí; yo diría que asesinato si el fiscal no hace cuestión de gabinete el pedir la pena de muerte. Los jurados hacen cosas muy raras. A veces se ponen tercos y hay que tener también en cuenta que la pena de muerte resulta una fea cosa, sobre todo si la acusada es joven y bonita. Conociendo el criterio de la fiscalía, como yo lo conozco, estoy seguro que no querrá pedir la pena de muerte. Lo dejará al arbitrio del jurado. Sí, capitán: esa chica puede ser acusada de asesinato. Un revólver de pistolero no es exactamente un objeto que uno consideraría como un accesorio normal en el bolso de una mujer. Ella lo llevó consigo por algún motivo... Y lo usó.

—En apariencia, así es. Pero ella podría hacer mucho tiempo que lo llevase encima para su defensa. No olvide que tenía un ojo amoratado.

—Si toda mujer que tiene un ojo amoratado por alguna caricia de su marido o de su amigo reaccionase matando, el país entero no tardaría en resultar diezmado... Como es natural, la defensa tratará de probar que la acusada llevaba siempre un revólver encima. ¿Pero cree usted que esto predispondrá al jurado a su favor? El fiscal se apresurará a presentarla como un pistolero con faldas... No, capitán. Esa chica será condenada, y quizás a prisión perpetua.

—¿No ve usted ninguna esperanza en absoluto?

Lynch movió la cabeza enfáticamente.

—Ninguna en absoluto.

—Supongamos que temiese que Hobart iba a matarla...; supongamos que la hubiese amenazado.

—¿Conocía usted a Frank Hobart?

—Hablé con él una vez.

—Pues bien, capitán; lo que usted indica es una cosa que no podrá nunca inculcarse en el cerebro de los jurados. Jamás existió un hombre más correcto, más pulido, que el muerto. El fiscal hará desfilar a una serie de banqueros, políticos, todo

lo que usted quiera, para demostrar que Frank Hobart era un verdadero señor, fino, atento, de modales suaves y distinguidos. Esto no sólo anulará cualquier declaración que pueda hacer la acusada sobre esas, amenazas, sino que, en definitiva, perjudicará a la defensa. ¿Comprende lo que quiero decirle? Las personas que desfilarán como testigos en este punto serán de tal calidad que, en contraste, la chica quedará por los suelos. ¿Me explico claramente?

—Sí. ¿No hay salida posible?

—Ninguna. Naturalmente, un abogado defensor muy experto podría armar aquí un enredo de mil demonios y enmarañar las cosas de un modo tal que el jurado acabara por no saber por dónde se andaba. Pero aun así, capitán, piense que en la fiscalía no son mancos... No; hablándole con toda franqueza, aquí no hay esperanza alguna y yo mismo no querría hacerme cargo de esta defensa ni aunque me dieran cincuenta mil dólares.

Roy no dijo nada. Lynch le observó durante algún tiempo y después llenó su pipa y la encendió.

—¿Puedo preguntarle ahora, capitán —le dijo— qué pasa con todo esto?

—Sólo necesitaba conocer una opinión libre de prejuicios sobre la verdadera situación —fue la respuesta. Después el capitán recogió el voluminoso escrito—. Muchas gracias por el interés que se ha tomado, Mr. Lynch.

El letrado le miró por un momento con rostro inexpresivo y después tiró de un cajón de la mesa, sacó una cartera muy usada y contó un fajo de billetes.

—Éste es su dinero, capitán. Me quedo con cien dólares en concepto de honorarios. Un millar resultaría ridículo y yo no trabajo así.

—Así lo veo —dijo Roy sonriéndose levemente y paseando la mirada a su alrededor.

—Todo depende, capitán, de lo que uno quiera sacar de la vida —dijo Lynch haciendo una mueca amistosa—. Me crea o no, a mí me gusta mi vida, tal y como es.

El abogado acarició su vieja pipa de madera renegrada con evidente satisfacción.

El policía sintió envidia por aquel profesional del derecho y se volvió para marcharse, algo conmovido.

—¡Oiga! —le llamó Lynch—. Su dinero... ¿Cree usted que le he hablado en broma?

Roy recogió los novecientos dólares y se los metió descuidadamente en el bolsillo. Después, con un brusco arranque, ofreció la mano a Lynch.

—Quizá esta noche, más tarde, le dé un telefonazo, Mr. Lynch, o quizá no lo haga.

El jurista escribió algo en la hoja de un bloc, la desprendió y se la entregó a su visitante.

—Éste es el número del teléfono de mi casa. No está en la lista. Tendría demasiados pelmas llamándome a todas horas. Como le dije al principio, todos los lunáticos tienen que acudir a mí.

Roy se deslizó en el Ayuntamiento por la entrada de camiones. En primer lugar telefoneó a Boley, arriba, diciéndole que bajara en seguida y después fue por el corredor a la pequeña oficina de Alma y entró en ella. No había nadie allí, pero Alma acudió inmediatamente algo sobresaltada.

—Y bien, capitán. ¿De dónde viene usted?

—Acabo de llegar.

—Capitán; quizá no sea esto cosa mía..., pero, ¿qué diablos pasa arriba? Corren toda clase de rumores. El teniente Lackey se ha marchado. Aquello parece una casa de locos.

—Es un pequeño cambio de política, Alma. No tiene usted que preocuparse por nada. Son cosas que no la afectan.

—¡Oh! Así me quedo tranquila. A Lois y a mí nos gusta mucho estar aquí, en el Ayuntamiento. Siempre hay alguna ventaja y además esto es limpio y arreglado.

—Miss Vance no estará acostada, ¿verdad?

—No; está jugando a las cartas con Lois.

—¿Está vestida?

—No; sólo lleva una bata encima.

—Pues dígale que se vista. Va a venir conmigo. Existen algunas contradicciones en lo que ha declarado y se hace preciso desvanecerlas. Tendremos que practicar muchas diligencias, de modo que probablemente estaremos fuera bastante rato. Boley nos llevará con el coche. Dentro de un momento bajará.

—Muy bien, capitán. Creo que a ella le gustará salir de aquí por un rato. La dejamos pasearse por el corredor de la parte de atrás todo lo que podemos, pero eso no es como salir, y ver las luces, y el tráfico, y cosas por el estilo.

—Claro que no, tiene usted razón... Cuando esté lista tráigala a su despacho. Yo estaré por ahí.

Roy entró en la oficina principal de aquel departamento, desierto a la sazón, y Boley no tardó en aparecer.

—¡Cielo santo, jefe! ¿Dónde estaba usted? —preguntó—. Estamos medio locos. Circula el rumor de que ha sido usted trasladado o cosa así y que ha sostenido usted una gran batalla allá arriba. ¿Qué demonios ha pasado con ese mentecato de Emmet? Se ha deshinchado como un globo pinchado. Gert entró mientras él estaba vaciando su mesa. El pobre estaba llorando y gimoteando como un crío.

—Mira, Joe: te he llamado para que nos lleves en el auto esta noche porque sé que puedo confiar en ti, ¿verdad?

El polaco estudió la cara de su jefe que estaba descolorida y demacrada.

—Sí, jefe, ¡por todos los diablos! ¡Puede usted estar cierto de ello!

—Muy bien. No me preguntes nada y olvídale todo después. ¿Comprendido?

—¡Jesús, jefe! Me gustaría saber qué es lo que va a pasar. Esto me pone los

nervios de punta, y nos los pone a todos. El viejo Ed se ha tragado esta tarde la goma de mascar. ¡Diablos, jefe!; no parece darse cuenta de cómo nos sentimos todos ligados a usted. Nos parece como si nuestro propio padre se encontrase en un aprieto.

—¿Qué es lo que os ha hecho pensar eso?

—Pues creímos que sucedía alguna cosa. No le veíamos a usted. Usted no llamaba. Y ahora le veo así... tan pálido.

Roy no contestó nada. Se dio cuenta de que estaba tratando de rehuir las miradas de Boley, que le molestaban y le irritaban.

—¿Ves eso escrito que hay encima de la mesa? Cógelo y llévatelo en el coche. Ya puedes marcharte. Yo saldré dentro de unos pocos minutos.

A Boley no pareció gustarle mucho aquello, pero no dijo nada. Cogió el escrito, dio media vuelta y se marchó subiendo pesadamente la rampa hacia la entrada de camiones.

Roy esperó, paseando de arriba a abajo. El tiempo parecía haberse parado. Al cabo de un momento entró en el despacho de Alma y llamó por el teléfono que comunicaba con las otras dependencias de aquel mismo lugar. Después de una dilatada espera se oyó la respuesta de Lois.

—¿Cómo diablos tardan tanto? —gritó Roy por el teléfono.

—No podemos ir más de prisa, capitán. Ella está tan nerviosa pensando que va a salir... Todo se le cae de las manos...; no puede acabarse de vestir. Alma la está ayudando y dándole prisa.

—Está bien —contestó secamente el policía mientras colgaba el aparato.

A pesar de todo, estaba profundamente conmovido, ¡Ilona estaba nerviosa...! ¡La que para él era casi una diosa experimentaba esa humana limitación...! Y todo ello a causa de... Contuvo esos pensamientos y se sonrió sardónicamente para sí mismo. Claro que estaba nerviosa; y aquello no tenía nada que ver con él. La mujer estaba acusada de un asesinato y le había mentido repetidamente. Hasta dónde podía ella saberlo, iban a salir para hacer algunas comprobaciones sobre detalles de lo que había declarado. «Es culpable, maldito estúpido —se dijo a sí mismo—. Está pasando por un verdadero apuro. ¿Por qué no ha de estar nerviosa?».

Al fin oyó que venían por el corredor apresuradamente y repiqueteando en el suelo de cemento con los tacones altos. Se volvió rápidamente de espaldas y encendió un cigarrillo. Desde la puerta del despacho de Alma se puso a mirar la gran oficina principal, vacía y medio oscura, con las negras sombras que apenas desvanecía la escasa iluminación.

Las oyó detrás de él.

—Capitán —dijo Alma—; siento que...

—Han tardado mucho —dijo Roy volviéndose.

Cuando Ilona Vance encontró la mirada del policía se sonrió levemente poniendo de relieve solamente un pequeño hoyuelo; después se quedó pensativa. La cara de Roy estaba pálida y seria, con un visible estiramiento en sus facciones. A Ilona se le

cayó el bolso de la mano y lanzó una exclamación con voz que parecía ausente. Alma lo cogió del suelo y se lo entregó.

—Bueno; vámonos —dijo el capitán—. No vamos a perder toda la noche.

—Sí, capitán —respondió Ilona con una voz tan sorda que apenas se oía.

—Cuídela bien, capitán —terció Alma dándose cuenta de la tensión que reinaba en el ambiente y sintiéndose nerviosa sin saber exactamente por qué, procuró dar a su voz un tono ligero y de broma.

Roy hizo un breve signo afirmativo y cogió por el brazo a la detenida, pero al momento la soltó con un ademán nervioso.

—Suba por la rampa, Miss Vance —dijo.

Ella echó a andar delante dirigiéndose a la entrada de camiones. Llevaba el mismo vestido negro y gardenias en el cabello. Contrastando con el duro fondo donde resaltaba, parecía incluso más hermosa que antes. Roy sintió que el corazón se le oprimía ocasionándole casi un malestar físico.

Se reunió con ella en la parte superior de la rampa. Dándose cuenta entonces del perfume, se apartó un poco. Boley les vio y se quedó mirándoles fijamente; después se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la cabeza lentamente.

—Buenas noches —le saludó cortésmente la muchacha.

—Muy buenas, señora —balbuceó Boley quitándose el sombrero y volviéndoselo a poner rápidamente.

—¿Llevas el escrito? —le preguntó el capitán.

Boley asintió, sin dejar de mirar con aire aturdido.

El capitán ayudó a Ilona a subir al asiento de detrás y después subió él también colocándose a su lado. El chófer abrió la boca en el colmo de la sorpresa y se quedó junto al coche con su persistente mirada de asombro. Roy cerró la portezuela de un golpe, el polaco pareció volver en sí de su aturdimiento y subió precipitadamente al asiento de delante.

—¿A dónde vamos?

Roy se inclinó hacia adelante y le respondió unas palabras en voz baja:

—A la playa, Joe.

El conductor giró por completo en su asiento y miró horrorizado al capitán.

—Pero mire usted, jefe... sería mejor...

—¿Quieres llevarme o no?

—Claro que sí, jefe. Pero yo me considero un amigo suyo y...

—Entonces llévanos a Half Moon Beach. A cualquier sitio..., al chalet del concejal, por ejemplo.

Boley volvió a girar en el asiento, salió de la zona de aparcamiento y se dirigió por el Norte, por Belleview, para tomar la carretera general. Estaba tan aturdido que murmuraba palabras entre dientes hablando solo. Ahora lo iba comprendiendo todo. La tensión existente en la oficina, los rumores, el aspecto pálido y conmovido de su jefe... Pero, ¡cómo era posible que Roy! El hombre precavido, el de los rígidos

sistemas. Boley sintió que el sudor frío le corría por la espalda. Experimentó el sombrío presentimiento de un desastre.

Roy y la mujer permanecieron silenciosos en el asiento trasero del coche. Al cabo de un momento ella se aproximó más a su acompañante quien sintió que el corazón se le contraía como antes, pero luego, de pronto, experimentó una sensación de alivio. La muchacha deslizó suavemente su brazo en el de Roy y ambos permanecieron con las manos cogidas en la oscuridad. La de Ilona estaba fría como el hielo.

Al cabo de un momento Roy preguntó:

—¿Va usted suficientemente abrigada? Debería haberse puesto algo, un chaquetón o lo que fuese.

Ilona se acercó más a él de un modo lleno de delicadeza.

—No tengo frío. Es que estoy algo nerviosa. ¡Lo soy tanto, Dios mío!

—Pues no se ponga así y procure tranquilizarse.

Siguió una breve pausa y después la mujer apretó su mano y le preguntó:

—¿Adónde vamos, capitán? ¿A qué sitio me lleva usted?

—A la playa.

La muchacha se volvió hacia él. En la penumbra su cara estaba muy pálida.

—¿A la playa? Pero, ¿por qué?

—Tengo mis motivos para ello. Esté tranquila. Todo acabará bien.

—Cuando usted lo afirma así, no puedo ponerlo en duda... —dijo Ilona acercándose más aún—. Pero he estado todo el día tan preocupada, tan nerviosa... Nadie sabía nada de usted. Entonces oí a Alma que estaba hablando con Lois. Se refería a algo respecto a unos rumores. Pero cuando Alma me dijo que usted había vuelto y que quería verme, yo..., bueno, no podía ni siquiera vestirme, y me parecía tener las manos como paralizadas. ¿Qué es lo que nos pasa, capitán?

—Maldito si lo sé —contestó ásperamente Roy.

Al cabo de un rato Ilona se hundió más en el asiento y pasó el brazo por la espalda de su compañero.

Boley, que veía por el espejo retrovisor, dio un salto en su asiento y casi perdió la dirección. Estaban entonces atravesando los suburbios; salvaron un puente y poco después se encontraron ya en campo abierto. Una luna amarillenta alumbraba el paisaje. Los pájaros nocturnos atravesaban volando por delante del coche, dando chillidos.

Boley seguía murmurando para su capote: «¡Roy Hargis aprovechándose así de una detenida puesta a su disposición! ¡Ahora ya puede pasar cualquier cosa en el mundo! ¡Cualquier cosa!».

* * *

La playa estaba prácticamente desierta y las hileras de luces dispuestas a lo largo de la costa tenían un aspecto abandonado y melancólico.

Boley dejó el coche junto al elegante *cottage* del concejal y se quedó en su asiento, esperando y mirando a las luces con ojos mortecinos. Recordaba la última vez que había estado allí, con Kit, aquella chica rubia y agradable. Se acordaba que experimentó entonces la sensación de estarse ahogando y ahora le pareció sentirse aún peor. Era como si hubiera un temblor de tierra continuo y la tierra se estuviese levantando y, lo peor de todo, sin que hubiera posibilidad de huir corriendo... ¡Roy...! ¡Perdiéndose de aquella manera! Y todo, ¿por qué? Por una cualquiera, por una mujer ligera... Muy hermosa, desde luego, pero aun cuando fuera así...

Roy ayudó a su compañera a descender del coche. Volviéndose luego al chófer le ordenó:

—Dame el escrito ese.

Boley obedeció sin pronunciar una sola palabra.

—Debías bajar también, Joe —prosiguió el capitán—. Permaneceremos aquí algún tiempo.

El polaco bajó también del coche y siguió a los otros hasta el pórtico de entrada donde Roy manipuló con un manajo de llaves hasta que abrió la puerta. Ilona permanecía arrimada a él, cogida de su brazo, como si el hombre le perteneciera.

Entraron. El capitán encendió las luces. La mujer miró llena de asombro alrededor contemplando el saloncito de estar de estilo hawaiano.

—¡Esto es muy bonito! —exclamó.

Las paredes estaban recubiertas de esteras barnizadas y los muebles eran de sólido bambú mientras que el suelo estaba cubierto de alfombras indígenas y toda la tapicería era de un material isleño de colores muy vivos y caprichosos. En una pared pendía una gran reproducción de un cuadro famoso representando unos jinetes indígenas en una fantástica playa de color rosado. Las demás paredes estaban adornadas con redes y otros útiles de pesca y canaletas de maderas exóticas profusamente labradas.

Mientras Ilona continuaba observando aquel vistoso conjunto, Roy abrió la puerta de una pequeña biblioteca y encendió la luz. Volvióse después hacia la joven y le ofreció el escrito que llevaba.

—Siéntese ahí y lea esto —le dijo—. Tómese el tiempo que quiera. Póngase lo más cómoda posible.

Ilona le miró sorprendida y de modo maquinal cogió en sus manos el voluminoso documento.

—Pero, ¿por qué...? —preguntó.

—Porque tan pronto como usted lo haya leído tenemos que hablar de su contenido.

—Muy bien, capitán —respondió ella—. Lo que usted diga.

Le cogió la mano y lo miró cariñosamente con sus ojos claros en forma de almendra y sombreados por las negras pestañas.

Boley se volvió rechinando los dientes. Aquello era el final, la catástrofe, lo

último...

Cuando Ilona entró en la pequeña biblioteca, Roy se volvió hacia el chófer.

—Trae una baraja, Joe. Si Wesson puede darte una paliza, no sé por qué no he de hacerlo yo también.

Suspirando, el esclavo se dispuso a buscar las cartas.

Al cabo de un largo silencio, Boley levantó la vista de las cartas que tenía en la mano y preguntó:

—¿Qué es ese ruido que se oye?

El capitán miró hacia la biblioteca pero no hizo comentario alguno.

—Parece como si alguien estuviese sollozando o cosa por el estilo —insistió Boley, sin atender ya al juego—. Me parece, jefe, que esa chica está llorando ahí dentro.

—Encontraré motivos para hacerlo... ¿Vas a jugar de una vez, o no?

—Bueno, bueno, en seguida —Boley tiró una carta—. ¡Dios mío, jefe! —exclamó—. ¿Cómo quiere usted que yo pueda jugar? Todos estos misterios me tienen anonadado. ¿Qué pasa?

—Cuanto menos cosas sepas tú, mejor. Juega.

Cubierto por un sudor viscoso, el interpelado procuró concentrarse en su juego, pero cometió una equivocación tras otra. Al fin Roy arrojó las cartas sobre la mesa con un ademán de disgusto y se levantó.

Los sollozos iban en aumento.

—Nunca he podido sufrir las quejas ni siquiera de un perro —dijo Boley—; es una cosa que me saca de quicio.

—¡Válgame Dios! ¿Y tú perteneces a la policía desde hace una docena de años? —exclamó Roy irritado—. Has debido ver llorar a cientos de personas.

—Nunca me he podido acostumbrar a ello. Jamás pude aguantarlo y siempre experimenté el deseo de ayudar, de hacer algo en su favor.

—¿Y tú quieres hacer algo por mí?

—Naturalmente, jefe.

—Pues entonces vete a dar una vuelta por ahí y procura perderte un poco —gritó el capitán.

—Claro que sí, jefe. *Okay* —exclamó Boley sorprendido por la violencia de su tono—. Esté usted tranquilo y tómese el tiempo que precise.

El conductor se marchó inmediatamente. Roy oyó cerrarse la persiana exterior del pórtico y después empezó a tamborilear nerviosamente con los dedos en la mesa de juego, paseando irritado la mirada por el gabinete hawaiano. ¿Por qué le gustaría a la gente disfrazar de esa manera un sitio como aquél? En Honolulu, muy bien, pero en Half Moon Beach, le parecía una solemne estupidez. Le entraron unas vehementes ganas de destruirlo todo, romper los muebles a patadas y tirar al suelo aquel estúpido cuadro. ¿Dónde podía verse jamás una playa de color rosado?

Era como estar en un club nocturno adocenado. ¿No tenía ya la gente bastantes

clubs nocturnos para hacer que su propia casa se asemejase a ellos?

Se levantó y empezó a recorrer el cuarto a grandes zancadas. Los sollozos habían cesado. El tiempo parecía haber detenido su curso.

Pero de nuevo se reanudó aquel sordo llanto y entonces Roy escuchó un apagado grito y que Ilona exclamaba «¡Dios mío!», con acento desolado.

Roy trató de sumirse en la lectura de una revista que había encima de la mesa. Estuvo mirándola durante lo menos un cuarto de hora antes de enterarse que era una publicación femenina y que estaba leyendo una serie de consejos para mantener el atractivo del busto.

Tiró la revista al suelo, lanzando una maldición. Luego se metió en uno de los dormitorios y se tiró encima de la cama, en la oscuridad. Le pareció que, por un momento, abandonaba el mundo y se encontraba en otro sitio más limpio, más sencillo y más pacífico. Procuró, de un modo inconsciente, alejar de sí aquella idea irracional procurando reírse de sí mismo.

Se despertó sobresaltado. Oía a Ilona que estaba gritando «¡capitán!, ¡capitán!», mientras andaba buscándole y resonaba en el suelo el repiqueteo de sus elevados tacones.

Se tiró de la cama haciendo un esfuerzo y salió al gabinete.

Ilona se volvió al oírle. Sus ojos tenían una mirada de angustia y estaba muy pálida.

—¡Dios mío, capitán! —exclamó—. ¿Qué es lo que puedo hacer?

De pronto pareció que iba a desmayarse. Cayó de rodillas junto a un diván y doblándose sobre él se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar amargamente.

Roy vaciló indeciso y luego se acercó y se sentó en el diván. Al cabo de un momento, ella levantó los ojos y le miró. En aquéllos había una sombra de duda.

—¿Por qué me ha hecho usted leer esto? —preguntó.

—He querido que se diese cuenta exacta de su situación.

—No le comprendo, capitán. ¿No será esto una treta por su parte? ¿Es un doble juego? No sé qué pensar.

Roy se inclinó hacia ella y le acarició el pelo.

—No hay aquí ninguna treta ni ningún doble juego. Ésos son los cargos que aparecen contra usted. Se han acumulado incluso a espaldas mías y a pesar de todo lo que haya podido hacer para evitarlo.

La esperanza volvió a brillar en los ojos de la mujer.

—¿Quiere usted decir que procurará..., que procurará...?

—¿No le he dicho que la ayudaría?

—Sí —reconoció Ilona poniéndose lentamente de pie—. Usted me lo dijo. Y yo..., bueno, yo me lo creí. No sé por qué lo hice. Me han engañado ya muchas veces en mi vida, capitán. —Vaciló un poco y luego se sentó junto a su interlocutor—. Pero, capitán... ese... ¡ese documento...! ¿Qué podemos hacer? Me llevarán al banquillo de los acusados, ¿verdad?

—Procurarán hacerlo así.

—Me harán centenares de preguntas... Normalmente soy una mujer capaz de arreglármelas por mí misma y lo he estado haciendo así desde que tenía catorce años, pero... quizás ahora consigan embarullarme. No harán más que preguntarme... preguntarme... Una vez presencié cómo juzgaban a una muchacha. La envolvieron de mala manera, le hicieron incurrir en multitud de contradicciones, la aturdieron..., y luego resultó condenada. Capitán, ¿qué puedo hacer?

—Dígame la verdad, por una vez al menos.

Ilona le miró con reserva y de nuevo su mirada reflejó una angustia mortal.

—¿De qué ayuda me podría servir esto? —preguntó—. Quiero decir, el contarle a usted la verdad.

—Pues no me la diga entonces. En realidad no me preocupa y creo que, de todos modos, llegaré a saberla.

—Sí, se la diré —gritó al fin Ilona tras una larga pausa—. Puede usted llevarme a la silla eléctrica..., pero se la diré. Yo no puedo aguantar más esta situación. Es tan espantoso el sentirse sola, abandonada, sin contar con nadie para...

Rompió a llorar, tapándose la cara con las manos.

—Tú no estás sola, amor mío —dijo de pronto Roy con un tono a la vez firme y lleno de ternura que acentuaba el tuteo, lleno de confianza, y la dulzura de la expresión que equivalía a una declaración de sus incontenibles sentimientos.

Al oírle, Ilona apartó bruscamente las manos con que se cubría la cara y se quedó mirando a Roy con los ojos brillantes de lágrimas y más brillantes aún por la intensidad de una emoción sin límites. Después, de repente, se precipitó en sus brazos. A Roy le pareció que el suelo vacilaba. Se besaron, y, sin embargo, le pareció que todo aquello le estaba sucediendo a otro.

Perdieron la noción del tiempo. Ilona musitaba algo en su oído, pero apenas podía entender bien lo que le estaba diciendo. Era algo sobre el amor, el destino, sobre los amantes que se encuentran por lo que parece un mero azar y que, sin embargo, no lo es en realidad...

Poco a poco fueron recobrando el dominio sobre sí mismos y pasado aquel momento de tensión emocional, una gran sensación de paz fue gradualmente adueñándose de sus espíritus.

Al cabo de un rato salieron juntos al pórtico. Boley estaba durmiendo arrellanado en una butaca de mimbre. El capitán se le acercó, sonriendo comprensivamente. Luego fueron hasta el extremo del pórtico y permanecieron allí de pie un rato mirando las aguas del lago. Estaba terso como un cristal y el reflejo de las luces era tan limpio y tan concreto como las luces mismas. La luna se había puesto ya y las estrellas lanzaban destellos por encima de la lejana orilla opuesta en un cielo que parecía de terciopelo negro.

El leve ruido que hicieron fue suficiente para despertar a Boley que abrió los ojos sobresaltado.

—¡Jefe! —exclamó. Después, mirando su reloj de pulsera, prosiguió—: ¿Sabe usted que son ya casi las dos y media?

—¿Sí?

—Mire usted, jefe, me cansé de dar vueltas por ahí y me senté. Poco a poco me he ido adormeciendo.

—¿Por qué no vas a proseguir tu sueño dentro del coche? Estarías mejor y nosotros tenemos que hablar aún un rato.

—Como usted mande —dijo el chófer levantándose algo entumecido. Después como hablando consigo mismo, murmuró entre dientes—: No entiendo nada en absoluto. Tal vez es culpa mía, pero me parece que todavía no estoy bastante americanizado —concluyó mientras salía cerrando de un golpe la entrada del pórtico.

Ilona y Roy volvieron a entrar en el gabinete. Parecían haber perdido el sentido de la realidad y se había creado entre ellos una atmósfera de feliz despreocupación, como si ya no tuvieran que enfrentarse más que con los acontecimientos ordinarios de la vida. Roy, sin embargo, a pesar de los sentimientos eufóricos de fuerza y de felicidad que le animaban, no había olvidado por completo las preocupaciones que pesaban sobre él, pero Ilona parecía embargada por la emoción del instante, olvidándose de su futuro peligroso y problemático, según se adivinaba por el tono de su voz. No obstante, la muchacha pronto volvió a recobrar su gravedad, bastando para ello algunas frases severas del policía que la volvieron a la realidad. Pero su actitud no era ya la misma que cuando llegaron allí; ya no había en ella vacilación, cautela, ni desconfianza. Estaba segura de Roy y de ella misma y miraba al hombre con absoluta confianza.

Se sentó en el diván, inclinada hacia delante, y frente a ella lo hizo Roy en un taburete, cogiéndole las manos.

—Frank estaba loco —empezó a decir la muchacha—. Ésa era la realidad. ¡Si pudiera saberlo todo...! Al principio se mostraba muy amable, lo reconozco, pero, poco a poco, fue cambiando y empezó a beber. Aquello fue el principio del fin. Yo no podía disponer de mi propia existencia. Me telefoneaba a todas horas, de día y de noche. Contrató a un hombre para que me vigilara. Cuando estábamos juntos, se enfadaba hasta si iba al tocador. ¡Oh! No puedes figurarte... Pronto empecé a cansarme. Una cosa así acaba por resultar insufrible. Produce la impresión de encontrarse sin libertad, prisionera..., no sé cómo explicarlo.

»Pero volvamos a aquella noche fatídica. Ya te he hablado de ello, pero..., bueno, no te he contado todo lo que pasó. Durante toda la tarde y la noche, Frank procedió como un vesánico. Para decirte toda la verdad, no es que yo sea miedosa. Mi madre murió cuando yo tenía catorce años y desde entonces tuve que ocuparme de mí misma. Esto fortalece a las personas, las endurece. Pero yo tengo un miedo terrible a los dementes. Una vez cuando yo era una niña, en nuestra vecindad, un hombre perdió la razón y quiso matar a su esposa con un hacha. Ella huyó refugiándose en nuestra casa. No pudimos tranquilizarla de modo alguno. Cayó al suelo y tuvo un

ataque. Yo sólo tenía entonces nueve años. Vi a la policía cuando dio caza a aquel hombre, acorralándolo en un pasadizo. Tenía un extraño color verdoso en la cara y en sus ojos la furiosa mirada de una fiera... Pues bien, la de Frank Hobart tenía la misma expresión y me recordaba la de aquel hombre de San Francisco.

»Nick Brozsa me había dado el revólver. En el “Dreamland” había un ambiente rudo y yo tenía que andar de una parte a otra sin más protección que la que yo misma pudiera proporcionarme. Vino después la pelea con Carla... En definitiva, me acostumbré a llevar siempre el arma en el bolso. No tardó en llegar un momento en que me parecía que faltaba algo en mi vestido, en mi equipo, por decirlo así, si no llevaba el revólver encima. No me sentía segura sin él. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Pues bien, aquella noche... Al fin creí que iba a terminar aquel tormento. Pensé que Frank Hobart acabaría por desistir, bajándose del auto y yendo a ver a Mr. Sert. Puede que yo no tuviera razón, pero es el caso que no podía ceder ante las exigencias de Frank ni dejarme vencer por el pánico, porque, si lo hacía, él volvería a empezar de nuevo y sería peor. Pero en el preciso momento en que yo detuve el coche junto al bordillo de la acera y abrí la portezuela para que él bajase, cambió de opinión. Dijo que no quería dejarme marchar. Me necesitaba. Parecía como si fuera a atropellarme allí mismo, en el coche, en plena calle. Hablaba como un enajenado, farfullando palabras sin ilación. Me agarró del vestido sacudiéndome y cuando traté de resistirme, me golpeó furiosamente. Sólo recuerdo, en realidad, haber recibido tres golpes, pero debí sufrir más dada la forma como esgrimía los puños. Recibí uno de ellos en el pómulo, dado con toda la fuerza, y estuve a punto de perder el conocimiento. Cuando conseguí recobrarme estaba tratando de arrastrarme, de sacarme del coche, sin saber lo que se hacía... Yo estaba verdaderamente asustada, aterrorizada. Encontré a tientas mi bolso, que rodaba por el asiento, y saqué el revólver. Cuando él vio el arma, me soltó y medio se cayó del coche, de rodillas. Se incorporó rápidamente y empezó a denostarme con palabras que no puedo recordar... y, de repente, el revólver disparó tres veces... No puedo asegurar que aquello fuese un accidente. Yo estaba tan dominada por el pánico, tan fuera de mí, que quizás oprimí el gatillo. Empezó a tambalearse, retrocediendo, y yo pude, con un estirón del cuerpo, cerrar la portezuela y arrancar bruscamente. Cuando miré hacia atrás, apenas pude dar crédito a mis ojos. Seguía andando por la calle tras de mí. Oprimí el acelerador a fondo, haciendo casi saltar el mecanismo, para huir.

Ilona apretó fuertemente las manos a Roy con los labios temblorosos. Estaba muy pálida y en el labio superior le brillaban unas gotas de sudor. Él se levantó, fue a sentarse a su lado en el sofá y le rodeó el cuerpo con los brazos. Ilona apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y ambos se quedaron en silencio durante un largo rato.

* * *

Al fin, Ilona reanudó su relato.

—En el colegio nunca pasé del séptimo grado. Cuando tenía doce años, mi padre nos abandonó y nunca más supimos nada de él. Era belga, un hombre alto y rubio. Mi madre siempre creyó que se había marchado clandestinamente, regresando a su país natal del que siempre estaba hablando. Mi madre era irlandesa, es decir, su padre había nacido en San Francisco, pero de origen irlandés. Era una mujer muy religiosa y lo mismo mi hermana, Hellen.

»Ésta nunca parecía capaz de buscarse ninguna preocupación, quizá porque era gorda, como mamá, hasta que cuando iba a cumplir los veinte años se sometió a un tratamiento de las glándulas. Tenía unos dieciocho años cuando nuestro padre se marchó, y, por lo tanto, había recibido una educación bastante completa en un colegio de monjas. Pero yo no tenía esa educación. Siempre me estaba metiendo en líos, uno tras otro, y luego tenía que enfrentarme con ellos. Hacía cosas que no debía, siempre he procedido de esa manera, sólo porque me gustaban, y luego..., ¡al diablo con todo! Hellen sólo hacía lo que estaba bien. Yo, ni siquiera sé lo que está bien hecho o no... ¿Y tú?

—Sólo hasta cierto punto —contestó Roy.

—La primera vez —prosiguió Ilona— que me metí en un lío grande fue cuando tenía doce años, poco después de la marcha de mi padre. Estaba empezando a desarrollarme y parecía mucho mayor. Se trataba de un profesor de matemáticas del colegio. Era casado y tenía dos niños. No me dejaba ni a sol ni a sombra. A mí no me gustaba y me parecía tonto. Una noche me esperó a la salida del colegio y quiso..., bueno, sostuvimos una gran lucha. Yo tenía mucha fuerza y de un golpe le hice saltar un diente...

—Espero que eso le induciría a dedicarse, en lo sucesivo, sólo a las matemáticas —interrumpió Roy mirando a su interlocutora con cierta admiración.

—No —prosiguió ésta—, después aún fue peor. Se puso frenético. En consecuencia, tuve que abandonar el colegio y nunca más volví a él. De todos modos, mi madre ya no podía seguir manteniendo aquel gasto. Busqué trabajo en una confitería. Tenía trece años, pero aparentaba dieciséis... Bueno —terminó la narradora lentamente—; me parece que ya hay bastante de esto.

—Sí —convino su oyente—. Ya tengo una idea general.

* * *

Cuando emprendieron el camino de regreso, Boley iba medio dormido y el capitán había ya resuelto hacerse cargo personalmente de la conducción cuando el chófer sacó un cigarrillo, lo encendió y pareció espabilarse.

Roy se sintió más tranquilo. Ilona se moría de sueño; se acurrucó apretándose contra su acompañante, apoyó la cabeza en su hombro y suspiró. Vencida por el

sueño, cada vez pesaba más, pero al hombre no le parecía desagradable aquel peso.

Cuando llegaron a los suburbios, Boley bostezó ampliamente y observó:

—Bueno, un día más y otro dólar más: enriqueciéndose uno a cada minuto que pasa.

—Sí —convino su jefe con aire ausente.

* * *

Sólo estaba despierta Lois que miró con marcada sensación de alivio a los tres viajeros cuando, al fin, llegaron.

—Aquí está —dijo el capitán—. La devuelvo sana y salva.

—Me voy a acostar, Lois —dijo Ilona—. Ahora mismo. Me estoy cayendo de sueño.

—Sí, querida —respondió la funcionaria—. ¡Dios santo, capitán! Nos la devuelve usted muy tarde. Las chicas necesitan dormir mucho. Empezábamos ya a preocuparnos. No sabíamos lo que había pasado. Todos esos accidentes de circulación y demás...

—Lo siento —respondió el policía bostezando.

—Buenas noches, capitán —dijo Ilona sin mirarlo.

—Buenas noches, Miss Vance.

Ésta se volvió y Lois le pasó el brazo por la cintura ayudándola, a caminar por el corredor. Roy las acompañó con la mirada, inmóvil en su sitio. Después, suspirando, emprendió la marcha.

—Bien, Boley —dijo—. Ya es hora de que nos vayamos a casa.

—Sí; ya es hora.

Subieron la rampa en silencio. Cuando llegaron al coche, el polaco comentó:

—Espero que usted sabrá lo que se hace, jefe.

—Espero que sí —fue la escueta respuesta.

Hacía una mañana cálida y luminosa con un sol radiante y una brisa templada procedente del río. Las ventanas del Ayuntamiento estaban abiertas de par en par y aunque todavía no eran las diez, la gente estaba ya quejándose del calor. «Es el veranillo de San Martín, el verano indio», decía todo el mundo.

Roy estaba de nuevo en la Sala de Juntas A. Esta vez no reinaba allí una atmósfera tan formalista. Roy, Grant Perrin, y el propio fiscal del Distrito, el gran Bill Wieks en persona, ignoraban la existencia de la larga mesa reluciente y estaban sentados en butacones de cuero cerca de la ventana abierta. Por ella y recortándose en el azul del cielo podía verse la bandera de la Casa de Correos, ondeando débilmente a impulsos de la tibia brisa.

Chad recorría de arriba a abajo la estancia sin dejar de fumar su cigarro, cuya ceniza le caía sobre la solapa.

—No sé, Roy —estaba diciendo—; no me gusta nada el aspecto de todo esto.

—¿Qué tiene usted que objetar?

Chad se volvió, se plantó delante del capitán y le estuvo mirando largo rato desde su altura.

—Mi objeción, Roy, es la siguiente: No me gusta verme sobrepujado por un hombre que se dice que trabaja para mí..., aunque luego resulte que no lo haga. Hay una cosa que se llama lealtad, ¿no cree?

—Perdone —le respondió Roy—, pero ésa es sólo una objeción de carácter puramente personal, Chad. Yo me refiero a objeciones políticas, si es que quiere usted que emplee ese término.

—Usted no tiene ningún triunfo, Roy. Todo lo que tiene es pura chatarra. ¡Y qué chatarra!

—Sí que tengo triunfos, no lo dude, pero no quiero jugarlos a menos que no tenga más remedio que hacerlo así. Y todo en beneficio suyo, Chad.

—¡Oh! Muy agradecido —respondió el cacique sarcásticamente—. Es una cosa altamente generosa, por su parte, capitán Hargis.

En el prolongado silencio que siguió, sólo se escuchó el ruido de los pasos de Chad. Roy observó que Perrin estaba mirando al gran hombre con aire de visible desaprobación. ¡El *pelotillero* aquel! Pero sin duda era más inteligente, más preparado que él, y pensó que Chad había ya rebasado su tiempo y que tendría que dejar el camino abierto a una nueva generación de mejores luchadores..., o mangoneadores. Toda generación nueva creía que arreglaría el mundo y, sin embargo, ¡cómo iba el mundo! Chad tenía, indiscutiblemente, enormes defectos. Era demasiado emocional y efusivo; pero él, y su hermano Al, con alguna ayuda de fuera, se las habían arreglado para mantenerse en el poder durante cerca de veinte años. Aquello constituía un verdadero *récord*. Era cierto que Chad, en ocasiones, podía andarse por las ramas y meterse él mismo, y también a la Administración, en serios conflictos,

pero cuando pasaba la marejada sabía también enderezar el rumbo con un golpe de timón y mantener fuertemente asida la rueda. La palabra «retirada» no tenía sentido para él. Perrin lo aprendería a su propia costa.

—Formúleme usted objeciones de carácter político —insistió el capitán—. Sus alegaciones políticas, por favor... Usted necesita una condena, y yo se la ofrezco. Usted quiere una solución rápida y segura. *Okay*. Yo le facilito ambas cosas.

—Pero parecerá un *pastel* preparado —vociferó Chad.

Roy no pudo contener la risa. La cara del político enrojeció, sus ojos adquirieron un brillo violento y, luego, de pronto, empezó también a reír. Sus carcajadas llegaron a ser estentóreas y a continuación se desplomó en un butacón sin poderse tener materialmente en pie por la impetuosidad de su risa que lo hacía estremecer de arriba abajo mientras se golpeaba los muslos. Al fin, limpiándose las lágrimas que habían afluido copiosamente a sus ojos, le dijo a Roy:

—¡Vaya con el tipo éste! Tiene el *tupé* de un buhonero de los que van ofreciendo su mercancía de puerta en puerta. De todos modos no me ha entendido usted bien, Roy. No le quise decir que yo presentara como una verdadera objeción eso de que el arreglo parecería un *pastel*. ¿Y qué me dice de los periodistas?

—Todos están dormidos excepto el *World* —respondió el capitán—. Y nosotros tenemos ese diario en el bolsillo.

Entretanto, el gran fiscal del Distrito, Mr. William Jennings Byron Wicks, contemplaba la escena con aire indiferente, como una vieja águila demasiado cansada para volar y a quien no le interesa nada más. Su joven auxiliar, Perrin, no ocultaba, sin embargo, su desaprobación por aquella manera de proceder, poniéndolo de manifiesto por la contracción de sus labios y por una cierta luz, fría y despectiva, que brillaba en sus ojos azules. «Estos chapuceros —parecía decir—, estos irresponsables... No saben más que reír... El trabajar es una cosa y otra muy distinta el divertirse».

—Insisto aún en que eso parecerá un pastel —repitió Chad, que, volviéndose hacia el fiscal del Distrito, le preguntó—: Bill, ¿qué te parece a ti?

—Esa muchacha, capitán —preguntó a su vez Wicks levantándose lentamente—. ¿Tiene actualmente algún abogado defensor?

Roy asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntarle quién es?

Roy jugueteó con una caja de cerillas que tenía en aquel momento en la mano y, sin levantar los ojos, contestó:

—Ben Lynch.

Chad tiró el cigarro al suelo y al inclinarse para recogerlo casi cayó de rodillas. Cuando se enderezó su cara había llegado al rojo púrpura y empezó a maldecir a Roy en términos tales que el pulido Perrin no pudo por menos que pestañear.

—¡Ingrato! ¡Rata nauseabunda! —gritó—. Yo debería... Escuche, Roy. Esto es demasiado. No quiero trato ninguno, absolutamente ninguno. Esto se ha terminado.

Formularemos la acusación contra Ilona Vance, la haremos condenar y la enviaremos a prisión para siempre. Usted puede luchar todo lo que quiera, pero le advierto que le aniquilaremos, y también a Lynch. Le vamos a echar de esta ciudad. ¿Quiere usted luchar? Pues la tendrá.

Se produjo un silencio abrumador mientras Chad atropelladamente y sin saber lo que se hacía luchaba con su cigarro y su pañuelo de bolsillo.

Al cabo de un rato fue Roy quien rompió aquella ominosa pausa.

—Chad: hace usted mal en pensar de ese modo. Aquí nadie pretende luchar contra nadie. Todo se mueve en un terreno amistoso. Yo soy amistoso, Mr. Lynch lo es también y la propia Miss Vance está animada de los mismos sentimientos.

—Respecto a ella, no lo dudo —respondió el cacique—. Ahora todos somos muy amigos. Y todos nos apreciamos mucho mutuamente. Especialmente por lo que respecta a usted y a Miss Vance, ¿verdad, Roy?

El aludido no dio contestación alguna. Después de otra pausa, Wicks, aclarando la garganta con una tosecita, terció en la polémica.

—¿No les importaría si yo...?

—No, Bill. Sigue adelante —dijo Chad.

—Al menos —dictaminó el gran acusador público— que tengas en contra alguna especial objeción, yo creo, para ser completamente sincero, que deberíamos tomar en cuenta la proposición del capitán Hargis. No deja de tener sus ventajas. Es un final, terminante y rápido, de toda la cuestión. Deja contento a todo el mundo, ahorra gastos a los contribuyentes y todo se olvidará al cabo de un par de días.

—¿Quieres decir, Bill, que consideras dudoso el poder sostener la acusación contra esa muchacha?

—No. Conseguiré una condena, desde luego, por asesinato; pero eso supondrá librar una batalla con Lynch y con el capitán Hargis según presumo, cosa que puede poner las cosas un poco feas teniendo en cuenta la expectación periodística. No te preocupes, Chad... Si tú dices «acusación», acusación habrá, pero...

Wicks acabó agitando sus manos largas y delgadas, con un ademán ambiguo.

Chad se rascó la oreja y miró a Roy con visible desagrado.

—Roy —le dijo—: hace casi veinte años que estoy viendo actuar a Bill Wicks y se pueden contar las equivocaciones en que haya podido incurrir con los dedos de la mano, y creo que no se pasaría del pulgar. En consecuencia, me parezca bien o mal, creo que tendré que escuchar su proposición. Repítala, pues.

—La acusada se confesará autora de la muerte de Frank Hobart y el juez la condenará a una pena de uno a diez años, según una sentencia indeterminada. Nosotros no propondremos prueba alguna, pues esto podría molestar demasiado a Mr. Wicks. Al cabo de seis meses, la penada será puesta en libertad condicional, y esto es todo. Cumplirá la condena en Winona donde se la tratará con toda consideración, proporcionándole algún trabajo fácil.

—No tenemos la clase de trabajo fácil a que ella está acostumbrada —respondió

Chad batiéndose en retirada.

Wicks tosió con visible desasosiego y luego, muy ceremoniosamente, ofreció al capitán un cigarro que éste aceptó dando las gracias. Perrin, que hasta entonces no había intervenido para nada en aquel conciliábulo, quiso dar muestras de utilidad apresurándose a ofrecer lumbrera al policía, a cuyo fin sacó rápidamente un encendedor que abrió con un seco chasquido no sin alguna ostentosa floritura.

—Aceptado —convino el cacique número uno—. Hasta ahora va bien. Pero, ¿qué es lo que nosotros sacamos de todo esto?

—Pues una victoria segura y cierta, Chad, que despejará mucho las cosas para usted. Ya sabe a lo que quiero referirme. Ninguna tremolina, ninguna dificultad y ningún obstáculo, celada ni trampa.

—*Okay* —dijo Chad—. ¿Podremos contar con su renuncia, capitán Hargis?

—Sí. Tan pronto como el juicio esté terminado. Entretanto continuaré en activo.

—Bill —dijo Chad volviéndose hacia el imponente jefe de la Fiscalía—, esto es ya cosa tuya. Ocúpate de ello.

Wicks se puso de pie. Era alto y delgado y a pesar del aspecto fatigado de sus facciones parecía asombrosamente joven y bien conservado para sus sesenta años.

—Chad —contestó a su amigo—; ahora que todo está ultimado, te daré mi honrada opinión. Creo que esta mañana hemos llevado a cabo un buen trabajo. Bueno para todos nosotros. Bueno para ti, bueno para mí, y, evidentemente, bueno para el capitán Hargis.

—Sí, pero seis meses es un plazo muy largo. Y no se pueden saltar los muros, Roy —dijo el impulsivo político echando atrás la cabeza y prorrumpiendo de nuevo en sonoras carcajadas—. Redacte su renuncia en forma legal y fírmela. Quiero que esté en mis manos en el mismo instante en que se publique esa sentencia.

—Muy bien, Chad.

El capitán salió y atravesó el antedespacho donde la misma joven y encantadora secretaria estaba sin duda esperando a que el joven funcionario de la corbata de lazo saliera y le diese una pequeña conferencia.

El Palacio de Justicia acostumbraba a parecer una casa de locos, pero la sala del juez Lowdnes estaba siempre tan tranquila como una tumba. Había prohibido la entrada de los fotógrafos de la prensa y cerraba la puerta al público. De nada servía quejarse de que él no podía hacer cosas, así. Seguía una táctica de hechos consumados y no había apelación contra las decisiones del juez Lowdnes o apenas podía concebirse que existiese alguna.

Aquel personaje era una verdadera institución en la ciudad. De unos cincuenta y cinco años de edad, era un hombre enorme con una cabeza extraordinaria e impresionantemente alargada que le daba una notable semejanza al conocido retrato de Daniel Webster, aunque también se le notaba cierto parecido con un perro de San Bernardo. Parecía como si algún invisible y misterioso peso tirase de toda su cara hacia abajo, pero él la alzaba de un modo autoritario y mayestático lleno de austera solemnidad. Aquel representante del poder judicial poseía una dignidad inmensa e inmovible. Wesson decía de él que era capaz incluso de hurgarse las narices en público sin perder esa cualidad.

Parecía un gran estadista. Tenía madera de presidente, por el estilo de Warren G. Harding. Al Bayliss le había rogado que se presentase para las elecciones a senador de los Estados Unidos asegurándole su designación como candidato y su elección, pero, con gran dignidad, el juez Lowdnes declinó la oferta. Era un hombre que carecía por completo de toda ambición y, como resultado de ello, era un hombre feliz y enteramente satisfecho con la exagerada deferencia que le tributaba la ciudad. Era reverenciado por todo el mundo sin excepción, desde los chicos de la Prensa hasta los *maîtres* de Vanity Row. Para él, el mero hecho de recorrer una calle tenía ya el prestigio de una procesión triunfal. César, en Roma, podía considerarse como impopular parangonado con el juez Lowdnes en la ciudad donde ejercía su jurisdicción.

Jamás nadie discutía con él y ni siquiera osaba aventurar un ligero movimiento de cabeza indicativo del más mínimo desacuerdo. Podía aquietar al abogado defensor más turbulento sin más que dirigirle una mirada cuya penetración no era incompatible con un cierto aire, melancólico. Podía haber servido de modelo para un cuadro de la majestad de la justicia humana.

En el repertorio, un tanto apagado, de la Administración, era la pieza más aparente. Era famoso por su oratoria política, y en una época en que se recurría para la propaganda electoral a gorras de piel de tejón, murgas de todas clases e incluso acróbatas y danzantes, el juez, con su levita negra y su cuello de pajarita, ponía una nota un tanto incongruente pero original y acertada. No empezaba a animarse hasta después de hora y media de discurso y las frases largas, intrincadas, casi churchillianas, fluían de su boca de un modo incansable e interminable sin una sola vacilación ni un error gramatical. El juez era una verdadera supervivencia del pasado,

y, como decía Wesson, todavía no habían llegado hasta él las noticias del asesinato de Lincoln.

El juez Lowdnes, con su toga negra, paseó la mirada por la soleada sala con su característico aire de melancólica dignidad y después hizo una indicación con la mano al joven Grant Perrin que se levantó rápidamente aclarándose la voz con una tosecilla. El abogado fiscal representaba al Ministerio Público en la vista del proceso del Estado contra Ilona Vance.

Pronunció un largo informe, pero hecho de frases cortas, secas y rotundas que hicieron que el juez frunciera el ceño con aire de desaprobación y llegara más tarde a apretar los labios que ya de suyo lo estaban bastante.

—Y, en consecuencia —concluyó Perrin— y por las razones expuestas, sometemos al arbitrio de Su Señoría el que acepte esta acusación correspondiente al delito definido.

Perrin inclinó la cabeza en dirección al estrado, se sentó y empezó a enderezar el lazo de su corbata que se había desviado un poco debido a las actividades de la nuez con la que se hallaba en contacto.

, Su Señoría correspondió también con una majestuosa inclinación de su augusta cabeza y dirigió luego la mirada hacia Ben Lynch que estaba jugueteando con su pipa apagada y con un manajo, de papeles.

—El abogado defensor tiene la palabra.

—Estamos conformes con la acusación, Señoría —declaró Lynch poniéndose en pie.

—Que avance un paso la acusada —ordenó el juez Lowdnes con una inflexión de voz que hubiera envidiado, el propio Júpiter tonante.

—Si pudiera decir unas palabras, Señoría... —aventuró Lynch.

—Puede hacerlo. Diga el señor letrado.

—Señoría: como quiera que nosotros renunciemos previamente a todo recurso contra la augusta decisión del juzgado, cualquiera que ésta pueda ser, y como renunciemos asimismo a toda prueba, rogamos a Su Señoría, si se digna hacerlo, que dicte sentencia inmediatamente. Lo pedimos así en honor a la brevedad y a la conveniencia, no sólo de la acusada, sino también de la Sala y sus funcionarios. Nos hacemos perfecto cargo de la acumulación de asuntos y deseamos agradecer al Tribunal la presteza de este señalamiento.

—La Sala tomará en consideración su ruego inmediatamente, Mr. Lynch —respondió el juez—. Y ahora, si la acusada tiene a bien avanzar...

Ilona Vance se puso en pie y se adelantó lentamente hasta situarse frente a la mesa del juez. Estaba muy pálida, pero parecía dueña de sí misma. Todos los que se hallaban presentes en la Sala, desde los alguaciles hasta Roy Hargis, que se ocultaba en un rincón del último banco del público, tenían los ojos clavados en la joven que se erguía bajo un rayo de sol que se filtraba por uno de los ventanales, alta, firme, impresionante. El juez la miró fijamente por un momento y luego se aclaró la

garganta con un carraspeo bastante audible y con una dignidad portentosa extrajo lentamente sus gafas de concha, se las caló y empezó a leer a la muchacha un documento que tenía en la mesa, frente a él.

La lectura se prolongó interminablemente. De vez en cuando la acusada se pasaba ligeramente la lengua por los labios resecos y tosía quedamente. Al fin el juez terminó.

—¿Se ha dado usted plena cuenta de la acusación formulada, Miss Vance? —preguntó.

—Sí, Señoría —respondió lentamente Ilona con su voz contenida y de tono profundo.

—¿Qué alega usted?

—Me declaro culpable, Señoría.

Siguió un silencio profundo mientras el juez se quitaba lentamente las gafas y las dejaba a un lado.

—Mr. Lynch —dijo después—; encontramos eminentemente satisfactorias sus razones para que se dicte una sentencia inmediata. Como usted muy bien dice, la acumulación de asuntos es mayor que nunca en esta Sala. Nos encontramos, pues, frente a una situación como nunca pudiera haberse imaginado, ni siquiera dentro de los cálculos más pesimistas. Es completamente increíble. El respeto a la Ley ha declinado en tal medida que llego a experimentar temores por el futuro de nuestro gran país. La delincuencia se ha centuplicado desde los tiempos de mi juventud. En consecuencia, se acumulan los asuntos, sí, y estamos ya acostumbrados a los rodeos, dilaciones y demás prácticas nefandas de aquellos que quieren escapar a su merecido castigo, aunque sólo sea por un mes, una semana, o incluso, en algunos casos, por un solo día. Así pues, repito, sus razones, señor abogado de la defensa, son eminentemente satisfactorias.

»Y ahora en virtud de la jurisdicción de que estoy investido...

El juez emprendió un nuevo discurso. La atención empezaba a desfallecer. La gente comenzó a morderse las uñas, a bostezar, a mover los pies, cavilando sobre sus amargas preocupaciones personales, sus deudas o todo lo que acostumbra a asediar a las mentes humanas cuando su atención no se siente embargada por algún vivo interés.

En su alejado rincón de la sala, Roy Hargis sintió que un sudor frío le bajaba por la espalda. ¡Dios mío! ¿No acabaría nunca su perorata aquel juez?

Ilona Vance se inclinó un poco hacia delante, vencida por la fatiga de su posición, pero se enderezó inmediatamente.

Una paloma vino revoloteando a posarse en uno de los ventanales, teniendo que ser espantada por un paciente alguacil... Pero el juez seguía y seguía sin poner coto a su fluyente elocuencia.

Al fin, de un modo repentino, pronunció la sentencia. Medio asfixiado ya por aquel torrente de oratoria, Roy ni siquiera se dio cuenta de los términos precisos del

fallo. En la sala hubo un largo suspiro de alivio y un general restregamiento de pies contra el suelo.

Un reportero pasó velozmente junto a Roy que le cogió por un brazo.

—¿Qué le ha salido?

—¡Ah! ¡Hola, capitán...! Le han puesto de uno a diez años... ¡Vaya suerte! Estará en la calle dentro de seis meses si observa buena conducta, lo que, como usted sabe, es cosa fácil estando en una prisión de mujeres. Si se la enviara a otra clase de establecimiento, seguro que no salía nunca.

El reportero se marchó por el pasillo, riéndose.

Roy se puso de puntillas para ver mejor. La condenada era acompañada por su abogado a la puerta de salida de presos, donde estaba esperándola Alma.

Ya se habían adoptado todas las medidas. Ilona sería conducida inmediatamente a la cárcel de mujeres de Winona y Lois era la encargada de acompañarla.

Roy salió corriendo de la sala de vistas y tomó uno de los ascensores para bajar a los sótanos. Allí se quedó en el pasadizo de salida esperando mientras fumaba un cigarrillo. El coche celular se hallaba aparcado sólo a unos pasos de él.

Al cabo de un rato Ilona salió por la puerta trasera acompañada de Alma, Lois y Ben Lynch. Aunque parezca raro, lo cierto es que la primera estaba llorando y secándose las lágrimas con el pañuelo.

La muchacha miró a su alrededor rápidamente y con visible interés. Cuando vio a Roy se sonrojó un poco y bajó los ojos.

Alma la ayudó a subir al coche. El abogado le estrechó la mano y le dio unos golpecitos en el brazo. Una mujer policía de aspecto vulgar subió junto al conductor y Lois se metió en el vehículo detrás de Ilona.

Los fotógrafos de los periódicos empezaron a pulular en torno del coche tirando placa tras placa desde todos los ángulos.

En el mismo momento en que Lynch y Alma se separaban del coche, Roy se acercó a él y miró hacia dentro.

—Adiós, Miss Vance —dijo—. Buena suerte.

—Adiós, capitán —respondió la joven.

Roy se apartó del coche y éste arrancó doblando la esquina del pasadizo.

—Tan pronto como disponga de algún tiempo, iré a hacer una visita a la pobre chica —dijo Alma que tenía los párpados enrojecidos—. Para mí era ya como una hermana menor. Nada me importa lo que puedan decir de ella. Jamás había tenido bajo mi custodia una mujer tan agradable.

Roy no aventuró comentario alguno.

* * *

Boley estaba esperando a su jefe en la puerta principal, así que éste volvió a entrar en el Palacio de Justicia y se dirigió hacia la salida del bulevar siguiendo los

pasillos de la planta baja. Alguien le cogió por un brazo. Se volvió. Era el joven Perrin.

—Capitán, le he estado buscando por todas partes.

—¿Qué pasa...?

—Pues que Mr. Bayliss dice que...

Roy chasqueó los dedos.

—¡Caramba! Me había olvidado. ¿Dónde está?

—Está en el despacho del Alguacil Mayor, esperándole.

—Es un hombre de palabra, veo. Muchas gracias.

Roy siguió un corredor lateral, abrió una puerta y entró.

Un escribiente levantó la cabeza para mirarle detrás de su mesa.

—El capitán Hargis, ¿verdad? —preguntó—. Mr. Bayliss le está esperando. Entre ahí mismo.

Roy penetró en un pequeño despacho que olía a humo de tabaco barato y a papeles viejos. Bayliss estaba, sentado en el borde de una mesa desordenada, fumando un cigarro. Miró al recién llegado con una sonrisa irónica.

—Bien; la comedia ha terminado —dijo—. Por un momento temí que el juez iba a embarcarse en el discurso número tres, el que espeta cada año a la Legión Norteamericana.

—Así pues, usted se hallaba allí.

—Como usted. Escondido.

Roy metió la mano en el bolsillo interior de su americana y extrajo un sobre del que sacó luego una carta que abrió, entregándosela a Chad.

—Mi renuncia —dijo—. Completamente en regla.

Chad cogió el papel y lo leyó cuidadosamente.

—Magnífico, magnífico —comentó—. ¿Es Ben Lynch quien lo ha redactado?

—Sí.

—Ya me pareció descubrir su fina mano irlandesa. Es un documento completo. Perfectamente redactado. ¡Qué lástima que...!

Chad interrumpió la frase para desgarrar después en cuatro pedazos aquel monumento administrativo y reintegrar sus arruinados restos al donador.

—¿No le parece bien...? —preguntó el asombrado policía.

—Mire, Roy —dijo el mandarín político—: Un mozo puede cometer un error. Me precipité un poco al hacerle, el otro día, determinadas observaciones. Lo he pensado mejor y he acabado por resolver que usted es precisamente el tipo de hombre que nosotros necesitamos. Lo mismo que Wesson.

—Pues... muchas gracias, Chad.

Se estrecharon las manos y después Roy se dispuso a retirarse, pero Chad le detuvo.

—¿Tiene usted algún proyecto particular para el futuro? Dentro de seis meses, digamos.

El interpelado se pasó la mano por la cara, reflexionando y observó a Chad con aire apreciativo.

—No —respondió al fin—. ¿Por qué?

—Escuche, Roy —dijo Chad después de una corta vacilación—, esa mujer no es buena; es verdaderamente mala.

—Lo sé, Chad, lo sé —asintió Roy y se marchó.

—Bueno; hasta donde usted puede saberlo... —empezó a decir Chad. Quedándose con las palabras en los labios.

El portero del «Cipriano's» contempló a Wesson con aire dudoso como acostumbraba siempre a hacerlo, pero ahora sus ojos se dilataron con asombro. Se trataba de un nuevo Wesson, con un traje espléndidamente cortado y un sombrero gris de última moda. Iba afeitado como nunca lo había ido en toda su vida y exhalaba un penetrante perfume a colonia de la mejor clase.

—Buenas noches, Mr. Wesson —dijo el portero inclinándose ligeramente a la par que le abría la puerta.

Wesson no pareció concederle la menor atención, se encogió de hombros y entró. La rubia muchacha del guardarropa lo miró indiferentemente con sus ojos azules, pero inmediatamente se reflejó en ellos una expresión de asombro y le recorrió de arriba a abajo con la mirada.

El periodista se acercó a ella.

—Hola, encanto.

—Buenas noches, señor —contestó ella sonriendo complacida.

—¿Qué le parezco?

—Le encuentro muy elegante.

—Ahora estoy en el candelero, amiguita. Las cosas han cambiado.

—Las cosas habrán cambiado definitivamente, desde luego, si es que está usted en el candelero de veras.

—¡Oh! Te lo demostraré... después. El invierno está ya en puertas... la estación de los abrigos, como le llamamos en Knightsbridge.

—¿En dónde?

—No importa en dónde, *baby*.

Un decorativo camarero, de color moreno francamente latino, hizo su aparición ostentando un gran menú no menos decorativo con bordes dorados.

—¿Te ha hablado César de mi mesa reservada? —preguntó el arrebatador periodista.

—Sí, Mr. Wesson.

—Para dos, en el salón tangerino, ¿verdad? Un sitio tranquilo. Supongo que será un reservado...

—Respecto a este punto, señor...

—¡Maldita sea! ¡Yo encargué un reservado! —gritó Wesson.

—Yo... yo lo arreglaré con César, señor.

El camarero partió precipitadamente internándose en el pasillo penumbroso y acolchado. Wesson hizo un guiño a la chica del guardarropa.

—Habrá que hacer algunos cambios —le dijo.

Alguien le dio un golpecito en la espalda.

—Siempre interrumpiendo... —empezó a decir volviéndose. Era Roy, vestido con no menos elegancia, que le hacía una mueca amistosa. Wesson le miró y se echó

a reír—. Me parece que somos un par de compinches, ¿eh? —dijo.

* * *

Se sentaron en el favorecido reservado número uno del salón tangerino e hicieron honor a la cena, permaneciendo luego escuchando a Bob Dumas que ejecutaba una música suave, plácida e íntima.

—No sé qué demonios he comido —dijo Roy—, pero sea lo que sea me ha gustado.

—Encargué una comida especial para ti, Roy. Casi una conmemoración. Y he procurado quedar a buena altura. Pero no creo que te formes la idea de que esto va a convertirse en una costumbre... aunque ahora me encuentre en una nueva posición donde puedo hincharme —terminó riéndose con una cordialidad que acentuaba el tuteo que rubricaba su intimidad.

Roy se rió también de buena gana.

El camarero retiró el servicio y después trajo la lista de postres.

—Que venga el *maître* —ordenó Wesson.

—*Oui, M'sieu* —respondió el camarero, inclinándose.

Apollo, el *maître* supremo del salón tangerino, acudió inmediatamente. Estaba un poco nervioso. César había colocado a aquellos dos caballeros, un tanto dudosos, en el reservado número uno. Se daba cuenta de que tenía que hacer una reverencia, pero, sin embargo, aquello le venía un poco cuesta arriba. Se acordaba demasiado bien del pasado de Wesson, un tanto oscuro. Un borrachín pendenciero e insolente.

—¿Tienen aquí Stilton? —preguntó éste.

—Sí, Mr. Wesson.

—¿Quieres un poco de queso, Roy, o prefieres dulce?

—Queso.

—Muy bien, Apollo. Trae Stilton si crees que puede recomendarse.

—Le aseguro que es excelente, Mr. Wesson.

El periodista preguntó si tenían un determinado género de bizcochos.

—¡Oh! Sí, señor —respondió el *maître*.

—Hay una clase muy fina que hace Jacob, de Londres —dijo Wesson—, pero no creo que la tengan aquí.

—Iré a ver si disponemos de eso, señor —dijo Apollo sonrojándose ligeramente.

Luego hizo una reverencia y partió con cierta precipitación.

—Pienso apretar los tornillos, Roy —comentó el reportero—. Cuando el gusano se arrastra, mala cosa; pero cuando se despierta el león...

—Vaya con el nuevo rico... —comentó Roy riéndose.

Wesson aparentó un cómico enfado.

—Mira, Roy, ¿no puedo permitirme el lujo de saborear un poco mi triunfo? Ya sé que no va a durar mucho...; pongamos un año. Hasta las nuevas elecciones, en

definitiva. Tú sabes tan bien como yo que las cosas han llegado ya a un extremo imposible de sostener.

—A veces, Chad hace milagros.

—Esta vez, *mon vieux*, ni siquiera un milagro sería bastante.

Siguió una breve pausa y después Wesson suspiró profundamente y prosiguió:

—Roy; mi triunfo no ha dejado de tener también sus espinas. Esta tarde, por ejemplo, me encontré con Alden Clarke; ya sabes quién es, el redactor del *World* que hace los artículos de fondo. Pues bien, al principio apenas se dignó dirigirme la palabra y aunque después bebimos un trago, se mostró muy insultante. Me dijo que yo me había vendido y cosas por el estilo. Me echó en cara que lo peor de mí era que carecía de corazón, que no tenía sentimientos humanos. Yo le contesté entonces: «Mira, Alden; estás equivocado. Yo soy muy humano y estoy lleno de cualidades destacadamente humanas, por ejemplo: la concupiscencia, la cobardía, la pereza y el egoísmo».

Roy levantó la vista y miró a su compañero estrechando los ojos.

—¿De qué demonios estás hablando? —masculló.

—De lo humano, Roy. Tú has ingresado ahora en las filas de lo humano, muchacho. Ha sido preciso que el destino se valiera de una hermosa mujer para lograrlo, pero, al fin y al cabo, ya estás dentro del gremio. Y aquí te tenemos, como cualquier otro hijo de Adán. De carne y hueso y... de barro. Humano, en fin.

Roy se quedó mirando a su interlocutor con fijeza. Su cara delgada palideció un poco y se alargó con una expresión de seriedad, pero en seguida recobró el buen humor de la sobremesa.

—¡Bicho maldito! —exclamó—. Todavía no puedo comprender cómo has sobrepasado los cuarenta y cinco años sin perder, por lo menos, la integridad física.

—Roy, Roy... —dijo Wesson riéndose—. Estamos en «Cipriano's» y el mundo es nuestro... por ahora. ¿Qué supone una broma, entre buenos amigos...? Pero aquí viene el camarero con el Stilton. ¡Ah!

Roy se quedó silencioso mientras el camarero les servía.

* * *

Mientras se tomaban el coñac, Bob Dumas se permitió un descanso y encendió un cigarrillo. Wesson le hizo una seña para que se reuniera con ellos. El pianista lo hizo así y pidió una copita de ron. Se la bebió y empezó a dar vueltas entre los dedos al pie del vacío recipiente, mientras estudiaba a Roy. El capitán estaba un poco descolorido aquella noche y un poco nervioso también. Le faltaba algo de su habitual dominio.

—¿Sabe usted —dijo el músico— que me pasa una cosa muy rara? No sé una palabra de Ilona. Siempre creí que en el lugar en que se halla, una mujer debía sentirse muy sola y abandonada. Le he escrito dos veces. ¿No le parece muy extraño que no me haya contestado ni una sola línea?

Roy se removió inquieto en su asiento, sin levantar los ojos del mantel. Estaba deseando marcharse inmediatamente. ¿Qué era lo que estaba haciendo allí, de todos modos? ¡Vaya, vaya! ¿Había llegado a tal extremo que hasta la compañía de un Perce Wesson, la de toda aquella gente, pudiera serle grata?

—No es que a mí se me importe un bledo —prosiguió Bob Dumas—. Sólo quería hacer de buen samaritano o cosa por el estilo; nada más.

Roy estaba desasosegado, procurando no pensar en nada. Ilona le escribía casi cada día. Alma la había recomendado eficazmente y podía escribir todo lo que quisiera; pero las cartas eran sólo un débil consuelo. Necesitaba verla, hablar con ella, tenerla en sus brazos. El tiempo se hacía el remolón como si se hubieran olvidado de dar cuerda a todos los relojes y estuvieran arrastrando lentamente los minutos a punto de pararse.

Roy acabó su coñac rápidamente y se levantó.

—Se me hace tarde —dijo— y mañana tengo mucho trabajo.

—Comida hecha, compañía deshecha —dijo Wesson mirándole sagazmente.

—Ya volveremos a reunirnos —contestó Roy teniendo que hacer un esfuerzo para detenerse un momento.

—¡No en «Cipriano's»! —exclamó Wesson burlescamente.

—Vaya; ¿y por qué no? —respondió Roy consiguiendo dibujar una sonrisa poco sincera.

Después dijo adiós y se marchó por el pasillo, para recoger su sombrero. La encargada del guardarropa le miró con indiferencia mientras le entregaba dicha prenda y ni siquiera hizo el menor signo de agradecimiento al recibir una generosa propina.

Roy estaba muy impaciente por salir de «Cipriano's». Le dominaba en aquel momento un desagrado violento hacia aquel lugar; pero, cuando abrió la puerta de salida del establecimiento, vio que estaba nevando fuera. Los grandes copos caían lentamente más allá de la marquesina, iluminados por las luces de la fachada. Al punto se sintió estremecido por una aguda sensación de soledad y casi estuvo a punto de cambiar de idea y de no irse a su casa, donde sólo le esperaban las cuatro paredes desnudas y familiares.

Al fin se marchó.

—¿Qué es lo que preocupa al capitán? —preguntó Bob al periodista.

—¡Oh!, él tiene sus problemas —contestó Wesson inexpresivamente—. Le pasa como a todos nosotros.

Bob suspiró y se levantó.

—Bueno, vamos otra vez al piano. No tengo más remedio que continuar con mi trabajo.

Wesson se repantigó en su asiento y se bebió una segunda copa de coñac. Bob empezó a tocar *L'amour, toujours l'amour*, y una rubia muy guapa, ligeramente bebida y que llevaba un traje de noche negro muy ceñido, empezó a cantar una

improvisación, junto al mostrador del bar, con voz algo bronca. El caballero que la acompañaba, la aplaudió animándola.

Wesson la miró benévolaemente, levantó su copa y le hizo una ligera inclinación. La muchacha se sonrió y continuó cantando.



WILLIAM RILEY BURNETT, nacido a fin de siglo en Ohio, es uno de los grandes innovadores de la literatura policíaca norteamericana. La edición en 1929 de *El pequeño César*, abrirá las puertas a una literatura del mundo gangsteril visto desde su interior, sin baratos maniqueísmos ni moralismo liberal burgués de tercera.

Sus narraciones del bajo mundo de Chicago, su descripción del territorio fronterizo entre las fuerzas policíacas y el crimen organizado, su información sobre las presiones sociales, el *status* del gángster, el reconocimiento de la sociedad las telas de araña que unen a los grandes capitalistas y los nuevos barones del crimen, hacen de la literatura de Burnett una de las más ácidos del período.

La producción literaria de Burnett se desarrolla a lo largo de los años 30 y los 40 cuando escribe *El último refugio* y *La jungla de asfalto* (1949).

Tras haberse dedicado al cine, donde varias de sus historias se convierten en espectaculares éxitos de pantalla, Burnett regresa en 1981 con *Adiós Chicago* a sus temas literarios favoritos; la depresión y el gangsterismo organizado.